

A C A N T I L A D O

Colin Thubron
Noche de fuego

TRADUCCIÓN DE LUCAS MARTÍ DOMKEN



NOCHE DE FUEGO

COLIN THUBRON

TRADUCCIÓN DEL INGLÉS
DE LUCAS MARTÍ DOMKEN



ACANTILADO
BARCELONA 2019

TÍTULO ORIGINAL

Night of Fire

Publicado por
ACANTILADO
Quaderns Crema, S.A.

Muntaner, 462 – 08006 Barcelona
Tel. 934 144 906 - Fax. 934 636 956
correo@acantilado.es
www.acantilado.es

© 2017 by Colin Thubron
© de la traducción, 2019 by Lucas Martí Domken
© de esta edición, 2019 by Quaderns Crema, S.A.

Derechos exclusivos de edición en lengua castellana:
Quaderns Crema, S.A.

ISBN: 978-84-17902-15-5

PRIMERA EDICIÓN DIGITAL

octubre de 2019



Bajo las sanciones establecidas por las leyes, quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o electrónico, actual o futuro— incluyendo las fotocopias y la difusión a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta edición mediante alquiler o préstamo públicos

Para Margreta.

Del mismo modo que existe lo que llamamos «miembros fantasma», existen historias fantasma, historias cercenadas y desechadas que no obstante persisten como posibilidades frustradas y tentadoras nostalgias.

ADAM PHILIPS, *On balance*

1

EL PROPIETARIO

El corte eléctrico comenzó con una chispa, como el primer murmullo de un corazón desfalleciente que terminaría abatiendo el cuerpo, hasta la última conflagración que finalmente consumió el edificio entero. Años atrás, al final del siglo victoriano, la casa había sido construida con decorosa privacidad, pero más tarde los promotores dividieron los pisos en apartamentos separados y lo que en su tiempo fue una imponente escalera ascendía ahora a través de rellanos vacíos y puertas cerradas. El edificio se deslizaba hacia una señorial decrepitud. Los balcones parecían reclinarse en la fachada, empujados por las balaustradas de hierro forjado, y trozos del frontón de estuco caían en cubos de basura quince metros abajo. Detrás, el jardín, que en su tiempo fue el orgullo del propietario, permanecía medio olvidado, y sus arbustos (fotinias, dafnes, romero) florecían salvajes entre la hierba.

En algún lugar en las entrañas del edificio, detrás de una húmeda pared, un cable retorcido y requemado se había convertido en un pequeño horno. A través de esta arteria medio bloqueada, la chispa viajó hacia un enchufe de baquelita, y el inquilino dormido en el sótano—era medianoche pasada—nunca se despertó. La noche de enero era fría. Mucho más abajo, el mar emitió un ronco gruñido. Tierra adentro, las hebras de luz se quebraban allá donde la ciudad se había ido a dormir.

El propietario estaba mirando otros fuegos. Desde la terraza de su azotea el cielo era tan claro que él—un insomne envuelto en bufandas y una chaqueta acolchada—podía escribir sus notas a la luz de las estrellas. Encorvado en el círculo de su improvisado observatorio, vio el vapor de su aliento en el aire de la noche, escuchó el mar y se preguntó si su mujer seguiría dormida. Notaba en las palmas de las manos el tubo del telescopio helado. Este modelo refractivo no era como el anterior, con el que se había familiarizado con los años, sino un tirano informatizado. En la oscuridad, sus dedos se deslizarían inseguros sobre el teclado, o movería el ocular hasta acoplarlo a su cámara. Tras ir probando de enfocar durante largos minutos, finalmente el cielo lo sobrecogería con una revelación fuera del alcance de su envejecida mirada desnuda. Aparecería una supernova, como un fantasma, en una zona que había creído vacía o lo maravillaría ver cómo la estela de una nebulosa se deshacía en un resplandor de distintas estrellas.

Su mirada había cambiado a lo largo de los años. De joven, la inmensa lejanía de esas galaxias lo sobrecogía, produciéndole escalofríos y una especie de mareo, como si cayera hacia arriba. A veces, el vacío y el silencio lo hacían temblar. Incluso le asombraba su antigua fe en Dios. Pero poco a poco se fue familiarizando con este hobby nocturno. Observó todos los objetos celestes catalogados por Herschel y, con la esperanza de hacer una pequeña contribución a la

ciencia, se embarcó en una infructuosa búsqueda de estrellas moribundas aún por descubrir.

Entonces afloró su vieja pasión por la fotografía. Con una cámara réflex de una sola lente montada sobre el telescopio, alcanzó a ver galaxias aún más remotas. Tras centrarse en las nebulosas más al sur, donde la contaminación lumínica se disipaba en el vacío del mar, los resultados de las exposiciones de media hora de apertura lo asombraron casi hasta el estremecimiento. En sus copias fotográficas las enormes nubes de hidrógeno hervían en grandes explosiones orquestadas de gas y polvo que se dispersaban en asteriscos azules donde brillaban nuevas estrellas. Sabía que cada una de estas hermosas perturbaciones era un fermento inabarcable de nueva creación, a menudo el lugar de nacimiento de millones de soles. Las fotografías eran preciosas y sobrecogedoras. Galaxias enteras giraban silenciosamente como girándulas en el espacio. Y lo más espectacular era cómo la cámara creaba imágenes carmesí que estallaban y se derramaban como intestinos en las tinieblas. Al mirarlas le parecían inevitablemente una especie de herida celestial. Estelas enteras de polvo de estrellas—a cien mil años luz de distancia—se ondulaban como arterias en el espacio o se echaban a borbotar de la nada. Y las constelaciones brillaban tan compactas que apenas podía vislumbrarse entre ellas un resquicio de oscuridad.

Pero esa noche, a pesar de que el cielo estaba lleno de estrellas, dejó a un lado su cámara. Aguardaba la lluvia anual de meteoritos de las cuadrántidas. Se había levantado un fuerte viento que encrespaba el mar. Un par de veces un meteorito solitario refulgió y se extinguió en el cielo. Pero la lluvia de fuego que él había pronosticado (sesenta cuadrántidas podían surgir en menos de una hora) estaba aún por llegar. Vendría, lo sabía, del radiante en Boötes, donde en 1860 una nueva estrella enigmática, una nova refulgente, había resplandecido y desaparecido en una semana. Tal vez esa estrella, que había adquirido una importancia capital para él, reaparecería (sobrevivía en los mapas como la invisible T Boötis), razón por la cual había regresado a su localización una y otra vez, como un doliente a una tumba. Su vacío, mucho más allá de la luz de Arturo, parecía augurar una misteriosa epifanía. La montura del telescopio controlada por ordenador era capaz de posicionarse en su localización en tan sólo un minuto, cosa que ahora hacía de manera obsesiva, como si tuviera que ser testigo personal de su resurrección. Pero al enfocar mejor sólo observó un círculo de oscuridad. Y sabía que ese vacío más profundo estaba a setecientos millones de años luz de la Tierra.

De vez en cuando las cifras dejaban de ser números desprovistos de sentido en los mapas y se trasladaban al verdadero cielo. Aun así, la velocidad casi infinita de la luz viajaba tan lenta a través del firmamento que llegaba a los humanos miles de milenios después de emitirse, transmitiendo la imagen de una estrella tal como había sido mucho tiempo atrás. A veces caía en la cuenta de que todo lo que presenciaba se había extinguido muchísimo tiempo atrás. Estaba contemplando a los muertos. Observó el Cúmulo de Coma tal como había existido cuando las criaturas sobre la Tierra todavía permanecían confinadas en el mar; también la luz de tenues galaxias azules, que ahora lo acariciaba inadvertidamente, se había originado antes de que la Tierra se hubiera creado, y tal vez reproducía, como si de un túnel del tiempo se tratara, el proceso de formación de la Tierra para que todos pudieran contemplarlo. Y, evidentemente, el propio tiempo no era algo inmutable: bajo la fuerza de la gravedad podía curvarse o incluso dilatarse en un agujero negro. Dada la velocidad con que viajaba la luz en el tiempo, imaginó que su propio pasado podría disolverse en un ser fragmentado.

La lluvia de meteoritos había sido esporádica y ahora el viento arreciaba. Le pareció que olía

a quemado. Imaginó que se trataba de la hoguera a punto de apagarse de algún vecino y escudriñó el jardín. Pero no vio nada. Faltaba una hora para que la lluvia de meteoritos alcanzara su apogeo, así que descendió por la estrecha escalera hasta su estudio, sorteando las montañas de papeles y cintas de vídeo, y empujó suavemente la puerta del dormitorio. Su mujer estaba durmiendo. Podía oír el penoso silbido de sus pulmones, el sonido que le había angustiado cuatro años antes, y observó el afanoso subir y bajar del pecho bajo las sábanas. Dormía bocarriba, con el rostro enmarcado en la maraña de mechones castaños y blancos. Sus ojos rasgados estaban cerrados. Se inclinó y le besó suavemente las comisuras de los párpados; luego se marchó cerrando la puerta.

El leve hedor a quemado se acentuó. Supuso que a algún inquilino se le estaba quemando algo en la sartén, aunque el olor era acre y no lograba identificarlo. A veces los inquilinos le parecían extraños. Hacinados cinco plantas abajo, la mayoría pagaba el mismo alquiler desde hacía una eternidad. Algunos rara vez salían de sus estancias. Otros iban y venían de forma en apariencia fortuita. Los veía en la escalera o en los pasillos, donde a menudo el interruptor con temporizador no funcionaba y en la penumbra apenas los reconocía, y ellos, por su parte, a veces ni lo saludaban. Más de uno parecía demacrado y débil, como si la vida lo hubiera desechado. Pero con el tiempo su desprecio hacia ellos había disminuido y ahora algunos le inspiraban cierta indulgencia y hasta ternura. De vez en cuando les preguntaba algo al pasar (no siempre contestaban). Con el tiempo había llegado a considerarlos como conocidos un poco inoportunos.

No podía dormir. La noche anterior, tratando de aportar un mínimo de coherencia al desorden pasado, había montado sus viejas películas de ocho milímetros (muchas todavía seguían dentro de los sobres de Kodak, filmadas a lo largo de cincuenta años) y había empezado a unirlas con el mismo pincel fino y el pegamento acre de su juventud. Había empezado a hacerlo como una tarea nocturna y tenía la sensación, nostálgica e incómoda, de resucitar una práctica desfasada. No sabía si la lámpara estallaría en su proyector obsoleto o si el pegamento de acetato resistiría.

Esa noche, en el cuarto oscuro, mientras esperaba la hora de los meteoritos, la primera tira de película se atascó en la bobina con un débil crepitar. La desatascó, volvió a empezar, y una luz amarillenta apareció en la pantalla. El haz de luz y polvo proyectó un marco rectangular en el que surgió la imagen de una mujer joven sobre un escenario vacío. Con el celuloide de la película desprendiéndose, la mujer parecía moverse bajo una lluvia negra. Tardó menos de un segundo en reconocer su picardía de elfo. Estaba haciendo tonterías como siempre, gesticulando a solas. Los asientos del teatro estaban vacíos. En un descanso durante los ensayos, se había sacado una peluca caoba descubriendo su cabello rubio, y se dirigía a ella como Hamlet a su calavera. La cámara vagaba juguetona y simpática a su alrededor. Desprovista del sonido de la película, la boca se abría y cerraba en mudas exclamaciones, mientras que la risa era un hiato silencioso. En un momento dado se volvía hacia la cámara para quejarse de cómo la miraba y de inmediato se ponía a hacer payasadas de nuevo, imitando las llamadas a escena de sus compañeros actores, haciendo pícaras reverencias o inclinándose solemnemente. Luego, elevaba y extendía las manos, oscureciendo la pantalla, y desaparecía.

Enrolló las películas en las bobinas más nerviosamente, inquieto por saber lo que resucitarían. Los personajes de las viejas fotografías daban la impresión de ocupar un tiempo irremediadamente desaparecido; pero en estas películas las personas se movían en el presente, y resultaba desconcertante. Mientras cobraban esa titilante vida se descubrió a sí mismo volviendo la vista hacia un tiempo que en su momento le fue familiar, su hogar de la infancia, y que ahora se había vuelto extraño. Aquellos que para él alguna vez fueron viejos ahora eran mágicamente

jóvenes, mucho más que él en ese momento. Pero, como si los estuviera viendo bifocalmente, conservaban como una huella de la memoria el recuerdo que de ellos tenía antes: en la pantalla, su padre apenas tenía cincuenta años, pero, atrapado ahora en la memoria de su hijo, era rematadamente anciano. La mujer caminando entre los árboles frutales del jardín parecía vivaz y juvenil, pero estaba también cargada de toda la autoridad materna de sus recuerdos.

Varias cintas de película se rompieron dentro del proyector o tal vez las perforaciones se desgarraban y se atascaban en la salida, donde el calor de la lámpara las abrasaba en un instante. Cada vez que esto ocurría, caía presa del pánico. No había visto esas películas en décadas, pero ahora la pérdida de unos pocos fotogramas le producía una tristeza incommensurable. Cada cinta parecía contener su propia cápsula del tiempo, donde las personas llevaban una vida paralela perfectamente iluminada. Pero al igual que la luz proveniente de una estrella muerta, la vida que proyectaban era un espejismo del pasado. Y sus moradores de celuloide, amados u olvidados, eran amargamente mortales. Aquel mundo podía destruirlo un insignificante pegamento, y cada rotura era lo mismo que morir. Notaba temblar las manos cuando las reparaba y eliminaba la emulsión para que se mantuvieran juntas: eran las manos de hombre viejo que recordaba haber visto de niño, cuando le asombraban las abultadas venas que formaban extraños deltas, las manchas de la edad, cosas que a un tiempo le repelían y le fascinaban pero en cualquier caso—estaba seguro—jamás le ocurrirían a él.

Durante medio minuto la cámara recorría el reseco monte bajo. En un asentamiento parecido a un poblado improvisado, aparecía una mujer sentada en un duro banco. Volvió a sentir el fuerte sol, el olor a polvo, la modorra. Se hacía difícil mirarla ahora. Ya no existía en el contexto del campo de refugiados, junto a otros como ella. Estaba sola en la pantalla, devolviéndole la mirada. Él sintió la boca reseca. Ella no sonreía. Quizá no solía sonreír (no conseguía recordarlo). Claro, su cara era joven, aunque ella era mayor que él. Parecía tímida y distraída. Su piel negra lucía más clara de lo que recordaba, parecía seda oscura. Como permanecía completamente inmóvil (no entendía la cámara de cine) la película cobraba la inmovilidad de un retrato. Expresaba el amargo sentimiento de algo muy antiguo. De eones, de vidas, mucho tiempo atrás. Él susurró: «Perdóname...». Ella lo seguía mirando fijamente.

En el angosto estudio el olor a quemado se había intensificado. Como creía que provenía del proyector, lo apagó. Entonces recordó los meteoritos de las cuadrántidas pronosticados para después de medianoche. Subió la escalera hasta la azotea, y el fuego caía del cielo.

2

EL PASTOR

Qué silencioso es todo aquí. De noche a veces es posible escuchar el ir y venir de las olas sobre los guijarros, como el lento latido de un corazón. El sonido se vuelve más triste a medida que uno lo escucha, y en noches como ésta aumenta inexorablemente, como si un reloj cósmico estuviera espoleando el tiempo para apresurarlo a su final.

Era esa misma melancolía la que sentía el inquilino a medida que se sumía en el sueño, y al principio, mientras el humo comenzaba a filtrarse a través de las tablas del suelo, se cubrió mecánicamente la cabeza con la manta. Su apartamento en la planta baja debería haber sido un lugar del que huir fácilmente. Pero durante la última hora el sótano se había convertido en un horno a punto de estallar, sólo contenido por una vieja puerta antiincendios, y el yeso se fundía a toda velocidad. Al final también su piso acabaría entregado a las llamas. Era una persona delgada, más bien ascética, que vivía con pocas cosas bien ordenadas. Su ropa apenas llenaba un armario y de sus libros sólo conservaba aquellos que más le habían inspirado. Esa misma mañana había echado un vistazo a las estanterías, que conocía perfectamente, mientras reflexionaba sobre la efímera sabiduría que contenían sus libros. Había puesto un viejo disco de la *Pasión según san Juan* y lo escuchaba con agnóstico placer cuando de la funda del disco cayó una fotografía amarillenta de la época del seminario.

No faltaba nadie. Posando de pie en los escalones de la capilla todos tenían un aspecto pasado de moda y demasiado formal con sus chaquetas y corbatas, el pelo peinado hacia delante o con la raya en medio. No era así como los recordaba. Sus rostros eran pálidos y contenidos, pero las distintas sonrisas (resueltas, abiertas o remilgadas) parecían fundirse en una agradable felicidad cuyo secreto había olvidado.

Se preguntaba qué habría sido de ellos. Tras su partida, la correspondencia que habían mantenido fue decayendo a causa de una distancia que no sólo era geográfica, y la mayoría acabaron olvidados en el pasado. Excepto Ross, claro. Parecía tan inocente que hasta daba vergüenza, ¡con ese pelo radiante como el sol y sus mejillas de angelito!, el hijo de un Dios que infantilizaba. Sin embargo, su supuesta pureza había llegado a ejercer una velada influencia moral en los demás seminaristas. A su lado Vincent daba la impresión de ser el doble de mayor que Ross: ya entonces parecía inspirar una sobria autoridad. Incluso ahora le costaba creer que esa presencia intimidatoria, de mejillas hundidas y oscura mirada de santo bizantino, tan sólo tuviera veintisiete años. Pese a que Vincent hablara a menudo de que el viaje espiritual no tiene fin, ya había alcanzado unas convicciones inmutables.

Junto a Vincent quedaba el hueco que había dejado el fotógrafo—él mismo—, quien había salido del grupo para tomar la foto y en broma había escrito allí STEPHEN.

Y al lado estaba Julian, sonriendo, vestido con una elegante americana blanca de amplias solapas y una alegre pajarita. Entre todas las castas sonrisas, sólo la de Julian era ambigua. Su cabeza tenía una forma diferente a la de los demás (habría bastado para convencer a cualquiera de la frenología): un triángulo que decrecía hasta llegar a la boquita, en la que de vez en cuando se advertía un rictus de suspicacia. De todos ellos era Julian el que más le había impresionado. Nunca había llegado a comprenderlo e incluso en la fotografía tenía una expresión indefinible: guasona, tal vez incluso cínica, una expresión como nunca había visto en un pastor.

Los problemas y el entusiasmo en las aulas y seminarios abarrotados, el fervor intelectual en torno al Evangelio, las dudas reprimidas, el tenso interrogatorio de su profesor preferido (un hombre con talento para la retórica y la enseñanza, aunque desprovisto de compasión) todo eso pertenecía a una guerra civil de la que a Stephen lo habían dado de baja por invalidez. Asombrado de su antigua fe, ahora se preguntaba cómo había podido llegar a invocar a Dios en sus rezos más íntimos. Pero ese pensamiento siempre hacía saltar una alarma en su cabeza (que sonaba apagada y lejana), como si a fin de cuentas quizá en aquel tiempo estuviera en lo cierto y ahora, pasado el ecuador de su vida, hubiera perdido el don de juzgarse.

A veces, de noche en el seminario, trataba de imaginar a sus compañeros rezando en esos cuartos ya a oscuras: no le interesaban las plegarias que hacían todos juntos en la capilla o las súplicas espontáneas cuando estudiaban juntos, sino los miedos nocturnos y las confesiones de hombres arrodillados en solitario junto a la cama.

A menudo se sentía extraordinariamente liviano y feliz. Le parecía haber descubierto la única manera de vivir que tenía sentido. A veces sentía que amaba a los demás seminaristas, las sonrisas circunspectas y las confidencias, o el ardor contenido en las clases. Imaginaba que era compasivo hasta su profesor, aquel hombre de mofletes rubicundos y chaleco a punto de reventar que contrastaban con su implacable y estricta mentalidad, y también creyó descubrir una discreta amabilidad en el director del seminario, que parecía un viejo muchacho. Y agradecía las amistades que había podido hacer, cada una con su dispar personalidad. En aquellos tiempos parecían estar viviendo en un círculo encantado, una especie de hermandad de revelaciones y confianza. Les resultaba fácil rezar: eran noches bendecidas.

Pero había otras noches en las que se cernía sobre ellos una oscuridad desoladora. Tras leer una complicada exégesis o un ensayo doctrinal, se ponía a releer textos de la Biblia sin apenas fe o consolación, tratando de absolver a Dios de todo aquello que le parecía injusto. En esos momentos, la seguridad que le daban Vincent y Ross se desvanecía. Entonces se encarnizaba con esos pasajes que nunca habían sido pronunciados en los plácidos sermones de la parroquia de su infancia, pero que allí no podía eludir. Incluso la parábola de la higuera maldita o la de los cerdos de Gadara podían ser suficientes para mortificarlo. Pero lo que más lo atormentaba eran las incoherencias entre los distintos evangelios que desembocaban en relatos divergentes sobre la tumba vacía, en los que la palabra de Dios parecía contradecirse en lo fundamental.

A veces batallaba con aquellos textos hasta altas horas de la noche. Era como si hubiera alguna estancia de gracia divina a la que él tuviera vetado el acceso. Así que seguía elaborando complejas teorías intelectuales con las que intentaba aplacar sus inquietudes. Cayó en el pecado de juzgar a Dios. De vez en cuando, para consolarse, recordaba las obras de fe que de joven le habían impresionado más (la *Pasión según san Mateo* de Bach, el gran rosetón de la catedral de

Chartres) y se sentía fugazmente aliviado.

Al final, agotado, buscaba a Dios rezando. Encendía una vela de forma que todo quedara oscuro menos la cruz de madera junto a su cama, y concentrándose en ese sombrío foco sobre la cruz—el centro de toda redención y amor—poco a poco lograba calmarse. Pensaba que a esa hora los demás seminaristas estarían arrodillados como él, y sentía que las oraciones de todos ellos lo rodeaban en mitad de la noche. La vela parecía alentar su gratitud y responder a todas sus súplicas. A menudo susurraba elevando un poco la voz y entonces el poder de las palabras se multiplicaba. Dios parecía resonar como un tambor en su cerebro. Se trataba de la gracia que socava toda lógica, del entusiasmo de Cristo cuidando de su rebaño contra toda razón, del Cristo al que los argumentos no podían abatir.

Pero luego llegaba la hora de la confesión. El autoexamen solitario llenaba a Stephen de desesperación. Cada vez que surgía el asunto del pecado parecía sumirse en un círculo de contrición y arrepentimiento. Se arrepentía de sus dudas sobre las Escrituras y de su incapacidad de amar, de su excesiva susceptibilidad y de la vanidad de su confusa ambición. Se arrepentía de haber dejado a su novia de forma tan brusca. Y se arrepentía abyectamente de masturbarse recordándola, recordando la mórbida suavidad de sus piernas. Medio dormido, como si no fuera consciente de lo que hacía, se acariciaba, y luego caía en un soñoliento remordimiento.

En una ocasión tuvo un sueño extraño en el que hacía el amor con una mujer en una ladera un día de verano. Cobrizas mariposas salían de los arbustos y revoloteaban por encima de sus cuerpos desnudos; luego se posaban en la cara de ella, en sus pechos, como si estuvieran invocando un sacramento secreto, y despertó con el pantalón del pijama mojado, recordando el éxtasis sin pecado y el posterior aroma de asfódelo.

Cuando abandonaba el santuario del seminario, el mundo exterior apenas le inquietaba. Creía ver la mano de Dios incluso en los anodinos pueblos rurales. El día a día se había convertido en el escenario de la gracia divina. En dos ocasiones lo mandaron a capellanías durante el fin de semana en la parroquia más cercana, pero no pudo librarse de sus visiones y ansiedades, y acosó al ocupado vicario con preguntas que no obtuvieron respuesta. Una noche, como si los muertos pudieran tranquilizarlo, caminó durante horas por el cementerio de la iglesia, bajo un cielo invernal refulgente de estrellas. Hacía años que no veía un cielo como aquél. Las formidables galaxias resplandecían en silencio sobre las tumbas: un orden insondable de trillones de soles y planetas girando en sus órbitas, suspendidos en aquel milagro que se desplegaba sobre su cabeza. Le asombraron los colores: dorado, blanco plateado, azul celeste. Y en cierto momento un cometa fulguró atravesando la oscuridad como Lucifer.

Al regresar a la iglesia le dolían los ojos y le temblaba el cuerpo. Colocó uno a uno los números de los himnos del domingo en su lugar por encima del púlpito y se desplomó en un asiento del coro. Detrás del altar el aire frío agitaba las cortinas verde oscuro entre deterioradas columnas. Sin saber por qué, deseaba descorder las cortinas y se levantó con pies temblorosos. Sabía que detrás de ellas sólo encontraría una pared de piedra, pero quería asegurarse, como si cupiera otra posibilidad, como si detrás de las cortinas pudiera ocultarse algo inimaginable. Tal vez sólo hubiera una placa conmemorativa; pero quizá descubriera—y al pensarlo sintió que desfallecía—un paisaje desconocido, la puerta a la gracia perdida. Entonces lo asaltó una carcajada, un estallido autoparódico rompió el silencio, y volvió a sentarse. Se dobló sobre las rodillas para intentar reactivar la circulación de la cabeza. Como si el maná se hubiera esfumado, la cortina había dejado de moverse. Cerró los ojos.

Una semana más tarde ocurrió algo que hizo temblar el seminario hasta los cimientos. El director no solía dar conferencias, pero cuando lo hacía acudían a ellas todos los profesores y los ochenta estudiantes. Aunque habló con precisión quirúrgica del «pensamiento originario» de Heidegger, más tarde nadie habría sido capaz de recordar una sola palabra de lo que dijo. Lo que nadie olvidó fue que Bradley, un estudiante de tercero, se levantó para intervenir cuando el director hubo acabado. Todo el mundo pensó que se disponía a plantear una pregunta o incluso a agradecerle y adular sus palabras. Pero por el contrario anunció que abandonaba el seminario porque había perdido la fe. Agradeció a los tutores su atención y erudición, y explicó que temía haberlos decepcionado. Añadió que su decisión no era responsabilidad de ellos, sino el resultado de un largo conflicto interior que finalmente se había resuelto de forma liberadora y purificadora. Estas últimas palabras las dijo en un tono un poco desafiante y, lo que era más inquietante, a juzgar por su rostro mientras contemplaba uno por uno a sus antiguos compañeros, parecía compadecerlos.

Una oleada de incredulidad pareció recorrer a la concurrencia. La mayoría quedó paralizada. Permanecieron mirándolo fijamente con rostros exangües. Algunos estaban boquiabiertos, pero en un par de ellos podía advertirse el rastro de una sonrisa cortada en seco. Que nada distinguiera a Bradley de los demás sólo consiguió acentuar el efecto de sus palabras. Era un individuo delgado de piel cetrina que llevaba una desgastada sotana: podría haber sido cualquiera de ellos.

Cuando asimilaron sus palabras, dos de los profesores se levantaron tratando de disimular su preocupación. El director, que solía mantenerse al margen, parecía abrumado por una especie de preocupación paternal, como si Bradley hubiera enfermado, y abandonó el atril para ocuparse de él. Pero el estudiante ya se había encaminado hacia la puerta. La dignidad de su retirada sólo la enturbiaron sus zapatos, que chirriaban como ratones sobre la tarima. Stephen nunca olvidó cómo Bradley se volvió a medias hacia ellos para mirarlos a todos por última vez. Acto seguido, desapareció bajo el cartel de SALIDA.

El ambiente en el seminario cambió esa misma noche. Algunos estudiantes tranquilos se volvieron ruidosos y locuaces, como si quisieran reafirmar la fortaleza de su fe, mientras que otros se tornaron sombríos. Solícitos, dos de los profesores ofrecieron apoyo a los estudiantes, y conjeturaron que Cristo, en su bondad, redimiría a Bradley tras esa crisis inexplicable. El grupo de Stephen se apiñó instintivamente en su cuarto para aislarse de aquella atmósfera enrarecida. Vincent estaba enfadado.

—¿Por qué tuvo que hacerlo delante de todo el seminario? ¿Por qué no se marchó sin hacer ruido? Creo que quería arrastrarnos a todos con él.

Ross iba clavando la mirada en cada uno de ellos, como presa del pánico, y aunque era rarísimo verlo discutir con Vincent, dijo:

—No había maldad en él. A Bradley lo atormentaba algo, no sé qué era. Un día me preguntó: «¿Puede alguien caminar sobre el agua?». Estaba raro.

La conversación desembocó en lo que pensaban del infierno y la vida después de la muerte. Era como si la partida de Bradley hubiera sido una anticipación de la muerte, como si Bradley se hubiera adentrado en las tinieblas dejándolos a todos atrás en la pálida luz de la especulación. A Stephen nada le parecía más curioso que el contraste entre Vincent y Ross cuando ambos charlaban: el primero era de una esbelta belleza, mientras que el segundo, frágil y alterado, parecía ser su acólito. Ross habría resultado cómico si no se lo viera tan angustiado. El cabello

coronaba su cabeza como si fuera una aureola enmarañada. Varias veces Ross murmuró como para sí mismo: «Voy a ser fiel a la promesa de Tu palabra», como si lanzara un ancla en medio de una tormenta. En cambio Vincent parecía más fuerte y seguro. Hablaba con grave autoridad mientras sostenía la Biblia entre las manos. A veces intentaba incluso bromear, pero sus bromas siempre resultaban forzadas, como si no dominara el idioma, y sólo le hacían gracia a él. Afable y aparentemente sereno, Julian se sentaba entre ambos, mientras el triángulo de su cabeza mostraba alternativamente diversión y consternación.

En torno a la crucial doctrina del infierno, el seminario les había dejado una insólita libertad. Con la voz quebrada, Ross afirmaba que los condenados no eran atormentados eternamente, sino que sencillamente se consumían y desaparecían.

Pero Vincent negó con la cabeza con cierto pesar.

—Ross, el sentido que tiene Cristo de la justicia no es como el nuestro. El castigo no es algo malo, es la anulación del mal.

Vincent volvió a concentrarse en el Evangelio, ignorando a los demás, y Stephen se dio cuenta de que tenía un pasaje marcado: «Y dirá a los de la izquierda: “Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno...”».

Ross murmuró:

—Recemos por él.

Stephen notó aumentar la ansiedad que tan bien conocía. Un viento gélido parecía recorrer su interior mientras se le hacía un nudo en el estómago. Había revisado los versículos del Nuevo Testamento sobre el destino de los pecadores (eran más de doscientos cincuenta) y de repente se oyó preguntando:

—Vincent, ¿cómo pueden el bien y el mal coexistir eternamente en el universo? Eso supondría un fracaso de Dios.

—Cristo permanecerá en la cruz mientras queden pecadores en el infierno. —Stephen ignoraba qué Padre de la Iglesia había dicho eso, pero seguro que Vincent lo sabía—. Dios permite el mal, Stephen: permitió la mayor crueldad de todas, la Crucifixión.

—Pero no lo permitirá eternamente, ¿no Vincent?—A Stephen le sorprendió la aspereza de su propia voz—. No en el más allá.

Se interrumpió tan de golpe como había empezado a hablar. Se preguntó si había incurrido en herejía. Notó su respiración agitada y cálida, al borde del llanto, azotando su interior. Conocía la causa de ese estado, pero era incapaz de aplacarlo. Dejó caer la cabeza, dándole la razón en todo a Vincent, aunque realmente no oía nada de lo que decía. Cerró con fuerza los ojos y se tragó la pena que lo invadía.

A veces la mano de ella respondía a su presión, como había hecho desde la infancia. Cada vez que ocurría sentía brotar un rayo de esperanza. Pero más a menudo los dedos de ella permanecían inertes entre los suyos, o peor aún, se retorcían intentando soltarse. Sabía que estaba inmersa en el sueño inducido por los sedantes, y que el hecho de que lo rechazara sólo se debía a las reacciones instintivas de un cerebro dañado. Pero cada vez que lo rechazaba volvía a invadirlo la angustia y acariciaba los rígidos dedos de su madre confiando en que volviera a sujetar su mano.

Sabía que no podía esperar una auténtica recuperación. Pero el rostro de su madre seguía siendo el mismo, hermoso, de pómulos altos. A los cuarenta y siete años había sufrido un derrame

cerebral y ni siquiera había tenido la oportunidad de tener un último pensamiento lúcido o de rezar. A pesar de considerarse un fervoroso creyente desde su primer curso de teología, no pensó en el arrepentimiento de su madre. Puesto que ella nunca había pretendido creer, el abismo entre la salvación y la perdición cristianas carecía de sentido para ella. Pero había algo en su interior que se agitaba de forma impredecible. Murmuraba cosas que él no conseguía entender, o se imaginaba visitantes que estaban muy lejos o muertos o desconocidos para él. Nunca lo llamó por su nombre.

De noche las enfermeras le permitían sentarse al lado de su madre, ya que era incapaz de dormir como ella. El guardia roncaba en la oscuridad. En la media luz del cuarto, las máquinas junto a la cama ronroneaban y pitaban manteniendo a la enferma con vida. Los ojos de él se acostumbraron a la falta de luz. De vez en cuando, compulsivamente, ella alzaba una pierna como si quisiera bajar de la cama, y por poco no se soltaban los tubos intravenosos y el catéter. Una y otra vez, él volvía a colocarle con cuidado la pierna junto a la otra. Pero se odiaba a sí mismo por oponerse a la voluntad de su madre, porque sospechaba que ella sabía adónde iba e intentaba escaparse.

Al cabo de dos días se había alejado todavía más de él (le habían inyectado morfina); sus manos ya no sujetaban nada. Él seguía tomándole una mano para reconfortarla, en caso de que todavía sintiera algo. Corrieron una cortina alrededor de la cama. Hacia el final, él le susurró al oído: «Todo irá bien». Había leído que éste era el último de los sentidos que se perdía y que quizá sobrevivía momentos después de la muerte.

Cuando volvió a levantar la cabeza, Ross estaba hablando con Vincent. Stephen no estaba seguro de si ya llevaban una hora hablando o sólo un minuto. La vida después de la muerte, según Ross, tal vez no atañera al cuerpo, ni siquiera al alma, sino que aludía a la memoria de Dios. Había estado leyendo a Tillich y Hartshorne. El libro de la vida podría terminar, pero sus páginas permanecerían intactas en la memoria de Dios.

Stephen sólo pudo pensar: «¿Qué resurrección es ésta? Los recuerdos de Dios no son personas vivas».

Julian, oliéndose el falso consuelo, preguntó:

—¿Entonces seguirá existiendo el mal?

—No lo digo yo...—Ross parecía alarmado—. Pero la teoría dice que Dios olvidará el mal.

Vincent añadió:

—A mí eso me suena a salvación universal. —Ése era un concepto que odiaba. Creía que la salvación minimizaba la severidad del pecado y devaluaba la expiación de Cristo—. Esa doctrina es una falacia del humanismo moderno. No hay nada en las Escrituras que la apoye.

Al ver que Vincent se sonrojaba, con la mirada perdida, y entrelazaba las alargadas manos como si se dispusiera a rezar, Stephen se sintió sorprendentemente enojado pero en absoluto avergonzado por ello. ¿Quién se creía Vincent para negarle la salvación a ella? Por primera vez pensó que lo odiaba. Y sin embargo nada de lo que decía Vincent lo perturbaba de veras ni cuestionaba la decencia de su madre. Con una voz todavía alterada, dijo:

—Cristo murió en la cruz por todos nosotros. Fue un sacrificio universal.

Vincent empezó a revisar la Biblia. Pero Stephen no le dio ocasión de replicar. Sintió un perverso deseo de incordiarlo. Volvió a sacar a colación un tema que no le gustaba a Vincent: el

viejo enigma de la conversión pagana. Y, con fingida ingenuidad, se detuvo en cada una de las latosas preguntas: ¿estaban condenados al tormento eterno todos los que habían vivido antes del cristianismo? ¿Y qué ocurría con todos los que habían vivido y muerto en países y culturas lejanos?

Julian se regocijó añadiendo:

—Rousseau definió la religión como *une affaire de géographie*.

¿O estaba Vincent de acuerdo con la encíclica papal que afirmaba que los ignorantes podían ser salvados por la gracia divina sin ni siquiera conocerla?

Por una vez Vincent no contestó inmediatamente. En cambio, se acercó al lavamanos y se echó agua a los ojos. Actuaba de forma extraña. Incluso había dejado de lado la Biblia. Tal vez el comentario ingenioso de Julian lo había irritado, aunque Stephen tenía la impresión de que en realidad su severo amigo se había sentido particularmente conmocionado y no sabía cómo reaccionar. Finalmente, Vincent volvió a sentarse y dijo:

—Sé que soy un poco pesado a veces. Lo siento... Yo no soy quién para sermonear a nadie. Pero siempre he pensado que uno no puede tomar decisiones a la ligera. Así me criaron. Pero las certezas cambian...—Hizo uno de sus chistes rebuscados y su risa solitaria sólo obtuvo el eco de Ross. Parecía insólitamente alicaído—. A veces pienso que llevamos demasiado tiempo aquí. Ya deberíamos salir al mundo y realizar la voluntad de Dios.

Stephen recordó que justo en ese momento tomó forma la idea del viaje al monte Athos. Lo habían comentado de vez en cuando, pero sólo entonces pareció factible. En dos semanas, al final del trimestre, podrían coger el tren a Salónica en el norte de Grecia y desde allí llegar a Athos en ferri. En aquel momento la soledad mística del lugar los seducía a todos. La montañosa península era una teocracia en el interior del Estado griego, una antigua comunidad ortodoxa reservada a monjes y a unos pocos viajeros. Durante más de diez siglos había existido con un sistema autónomo y aislada del mundo, como si fuera un túnel del tiempo que condujera al origen de la fe cristiana.

Stephen pensó: «Quizá su trascendencia nos resucite a todos. Sí, necesitamos salir de aquí por un tiempo. Puede que serene a Ross y ayude a relajarse a Vincent. Yo también lo necesito. Necesito nuevas voces y nuevos ritos. Quizá la manera ortodoxa de abordar la muerte sea mejor que la nuestra. Por lo visto dan menos importancia al sufrimiento de Cristo. El tormento de la expiación es transformado en triunfo y resurrección. Nos olvidaremos de los embrollos teológicos por un rato, de todas las preguntas sin respuesta. Tal vez conozca a un monje muy viejo y consiga sentirme más cerca de Dios (que tuviera barba ayudaría). Tal vez el lugar sea incluso hermoso y encontremos paz».

Ese domingo el sermón versaba sobre la negación de san Pedro. Lo pronunció con vehemente retórica Howell, el tutor de Stephen, con el pecho hinchado y las encendidas mejillas temblando. Afirmó que la negación no era lo mismo que la traición, de igual forma que Pedro no era Judas. Mientras que uno se había dejado llevar momentáneamente por el miedo, el otro había actuado con premeditada perfidia; mientras que uno alcanzaría la santidad, el otro acabaría ahorcándose. Ni siquiera cuando invocó las parábolas de la oveja descarriada y del hijo pródigo mencionó Howell en ningún momento a Bradley, pero el antiguo estudiante apareció en la mente de todos como un fantasma.

A lo largo de cincuenta kilómetros, las estribaciones de la península fueron retirándose entre la niebla, reapareciendo en ecos más débiles hasta fundirse finalmente con el cielo. Más allá de la proa del ferri, el terreno caía en frondosas paredes interrumpidas por barrancos donde los torrentes de invierno habían barrido la piedra anaranjada. Al oeste las penínsulas gemelas de Sitonia proyectaban su sombra en el mar.

Algunas gaviotas volaban en nuestra estela, graznando. Todos permanecimos en silencio. El viento fresco nos daba en la cara y sentíamos su efecto revitalizador. Ninguno de nosotros había pisado un lugar como aquél antes. Julian tarareaba una canción para sí mismo, intentando recordar la letra en griego, y los demás sonreíamos al viento. Aparte de nosotros, en el ferri sólo viajaba un grupo de peregrinos ortodoxos, cuya lengua no entendíamos.

Ante nosotros, los promontorios se hacían más y más empinados. En aquella luminosidad desconocida—la clara luz griega—, tuvimos la sensación de adentrarnos en otro mundo, incluso antes de poner un pie en la sagrada montaña. Lo único que se oía era el amortiguado ruido de las gaviotas y las olas, y los murmullos guturales de la tripulación. Y entonces emergió en mitad del cielo la escarpadura del monte Athos, como una pirámide nevada (mucho más empinada y remota de lo que habríamos podido imaginar jamás) rodeada de nubes, a dos mil metros sobre el nivel del mar.

Poco después empezaron a distinguirse signos de vida. Pudimos divisar los muelles de las ermitas invisibles en los barrancos más lejanos, y luego, uno a uno, aparecieron los monasterios junto a la orilla. Por encima de las antiguas murallas, construidas para protegerse de los piratas, una gran cantidad de cúpulas de piedra rosada y cruces bizantinas culminaban en campanarios que anunciaban otros tiempos. No se veía un alma. Unas campanadas llegaron hasta el agua distorsionadas de un modo extraño, como el tintineo de una caja de música. A medida que nos acercamos al pie del promontorio, las laderas se hicieron más empinadas hasta formar acantilados. Las escarpadas paredes de los monasterios se alzaban como blancos acantilados de al menos quince metros de altura, en mitad de los cuales aparecían frágiles ventanas y galerías. Todos contemplamos asombrados el paisaje e incluso olvidamos hacer fotos.

Finalmente, cuando la punta del cabo quedó atrás, pudimos apreciar el monasterio principal de Athos: no tanto un edificio como una fortaleza cuyos muros, en los que proyectaban sus sombras los cipreses, culminaban almenas y torreones. Cuando el barco atracó en el embarcadero, el lugar se cernía a ciento cincuenta metros sobre nosotros. Fuimos los únicos en desembarcar. El embarcadero estaba vacío y me pregunté si también el monasterio estaría desierto. Tras veinte minutos de ascenso por un sendero, llegamos agotados a las puertas del monasterio. A nuestras espaldas, las laderas se transformaron en grisáceas rocas sobre el mar. Me había quedado sin aliento más por la impresión que por el cansancio (era un lugar tan extraño y silencioso), y todos parecíamos curiosamente pequeños con nuestras mochilas e improvisados bastones de peregrino que resonaban solitarios en el sendero.

Ross murmuró:

—¿No nos habremos equivocado de sitio? ¿Es posible que sea aquí?

En el fresco que había sobre la puerta de la entrada, la Virgen y el Niño alzaban las manos en una lánguida bendición. Las piedras bajo nuestros pies estaban desgastadas por las botas y sandalias de generaciones de caminantes. Tres enormes puertas de madera y hierro y una rampa sinuosa nos condujeron hasta lo que parecía un pueblo abandonado.

El atrio estaba lleno de capillas y celdas. No sabíamos adónde ir. Escaleras torcidas subían

hasta puertas cerradas y otros edificios con entramado de madera se hundían bajo techos de pizarra como los graneros ingleses. Abandonamos la idea de buscar a alguien y vagamos por aquella desconcertante paz. Empecé a filmar con mi cámara. Pasamos junto a nichos que nos parecieron tumbas de abades, cada losa tallada se postraba ante la mirada de un Cristo pintado. El silencio sólo era alterado por el trinar de pájaros que no veíamos y por un débil canto que provenía de algún punto impreciso. La atmósfera del lugar era la de una aldea soñolienta; unas nubes descendían desde las alturas.

Finalmente nos cruzamos con un joven monje que nos llevó a una galería donde el hospedero (un cordial patriarca que no hablaba inglés) nos dio la bienvenida con el tradicional *ouzo*, café y *lokum*. Abajo, otros monjes se estaban congregando para las Vísperas. El espacio que los rodeaba era tan vasto que daba la impresión de que fueran pocos. Con sus bonetes y togas negras parecían sombras. El cabello peinado hacia atrás y recogido en un moño y las pobladas barbas canosas convertían a cualquiera que tuviera más de cuarenta y cinco años en Matusalén. Cuando descendimos para unirnos a ellos, nos devolvieron una mirada desconfiada y sombría. Me pregunté qué verían en nosotros o si conocían alguna otra lengua que no fuera la suya.

El sol se estaba poniendo. El exterior de la iglesia abovedada, pintada de un rosa desvaído, no permitía ni siquiera imaginar lo que ocultaba en su interior. En el pórtico un venerable anciano nos preguntó:

—¿Católicos?

Vincent respondió:

—Protestantes.

Amablemente, el monje nos condujo a nuestros asientos en el nártex: elevados bancos que crujieron cuando nos acomodamos torpemente en ellos, y sólo a través de un arco que daba al santuario pudimos llegar a entrever el oficio religioso. Me di cuenta de que habíamos sido relegados a una zona para herejes, pero a medida que se desarrollaba el rito, se me pasó el enfado inicial. Éramos los espectadores de una ceremonia increíblemente misteriosa. Durante horas dos voces incorpóreas mantuvieron el hilo de una oración en una especie de antifona solitaria. A menudo, el único sonido en el santuario era un débil golpeteo, como si los lectores estuvieran charlando con Dios, y nosotros no entendíamos ni una palabra salvo el Kyrie Eleison incesantemente repetido, «Señor, ten piedad».

Incluso en la penumbra de esa luz mortecina descubrí que todas las paredes y el techo estaban cubiertos de frescos. Santos desconocidos alzaban sus libros y espadas, amenazando o bendiciendo. Sus miradas poblaban la oscuridad. En el interior del santuario los destellos de los gigantescos candelabros, las lámparas de araña y los tronos e iconos dorados se desvanecían. De una vieja estufa de leña situada en medio salía un oxidado tubo hacia la cúpula. Entretanto, los monjes encapuchados iban y venían al azar, se detenían para encender alguna vela, se inclinaban para besar uno a uno los iconos o para posar los labios en el pie o la mano de algún fresco. De vez en cuando murmuraban entre ellos o se adormilaban en los bancos.

Yo sólo podía imaginar qué sentían los otros. Vincent, inclinado hacia delante en su asiento y estirando el cuello, lo examinaba todo muy concentrado, tratando de comprender algo de lo que ocurría a su alrededor; Ross parecía asustado. Los únicos peregrinos eran una pareja de jubilados griegos y un joven que parecía agresivo y tocaba los iconos con dedos temblorosos.

Aquel canto ininterrumpido me había sumido en un asombro perplejo. Un monje vestido con una casulla carmesí se acercó al nártex, incensando los iconos y a nosotros con nubecitas de

perfume azul. Me levanté para recibir el incienso, imitando a los monjes de mi alrededor. Mi perplejidad no era dolorosa, me sentía en paz. Yo sabía que el canto llano provenía de la antigua Bizancio y que su lenguaje era prácticamente el mismo que el del Nuevo Testamento. En dicho canto no escuché ninguno de los anhelos protestantes, sólo una monodia intemporal, como si todas aquellas preguntas del lejano seminario fueran inútiles, incluso arrogantes, frente a una gracia divina inescrutable. Allí lo sagrado y lo secular se fundían e imaginé a los monjes moviéndose despreocupadamente en la antesala de Dios.

Julian me susurró:

—Aquí la reverencia es inmaterial...

Bajo la luz mortecina, los mártires pintados y los ángeles desaparecían de nuestra vista. Pero sus aureolas ambarinas seguían brillando alrededor de sus rostros, que se iban oscureciendo hasta desvanecerse finalmente en una incorpórea santidad, como tantas de las monedas de oro esparcidas sobre las paredes.

Creo que ésa fue la última vez que fuimos felices juntos. Estábamos bajo el efecto de una especie de hechizo. Julian y Vincent incluso imaginaron que las Vísperas de los monjes reflejaban la certidumbre y la sencillez litúrgica de la Iglesia primitiva. Los celebrantes parecían provenir de otros tiempos. Esa tarde comimos en el refectorio (una estancia cubierta de frescos construida hacía medio milenio por varios cientos de monjes). Bajo la sombría mirada de los monjes pintados en las paredes, cenamos en silencio oyendo las monótonas plegarias de un novicio sentado junto a otros peregrinos en grandes mesas de mármol. La comida consistía en una ligera sopa de verduras—era la época de ayuno de la Cuaresma—acompañada de pan y olivas.

En nuestro dormitorio de paredes encaladas no había casi nada. En una esquina colgaba un icono de la Virgen, y debajo había una lámpara de aceite encendida. El monje hospedero se persignó en silencio y nos dejó solos. Yo había llevado una pequeña estufa de acampar y la encendimos para calentarnos, acurrucados al borde de nuestras camas. Así permanecemos en mi deteriorada memoria, sin envejecer, conversando en voz baja, aunque no hubiera nadie allí que pudiera oírnos. Veo a Vincent acercar las manos a la llama de gas. Sus mejillas hundidas y sus ojos oscuros me siguen recordando a la negra Edad Media, aunque está sonriendo. Julian se ha echado encima una manta que le cubre la cabeza y parece disfrazado de monje, y Ross, con su extraña y reservada ternura, nos ofrece bombones que saca de su mochila. Nos hemos desprendido de todo lo que nos es conocido, el aislamiento del lugar nos ha unido más, y siento el silencio de la montaña que nos rodea como si estuviéramos embalsamados: porque Athos es una teocracia cerrada, un país sin mujeres, un lugar donde nunca nadie ha nacido y sólo se viene a morir. Incluso el tiempo aquí es raro. Los monjes siguen el calendario juliano, abandonado desde hace cuatro siglos, y, como entre los antiguos bizantinos, su día empieza con la puesta de sol. En las celdas a nuestro alrededor deben de estar orando solos, leyendo su canon de los Padres de la Iglesia, que no conocemos, o tal vez murmurando la plegaria de Jesús, ya que todas estas solitarias prácticas los conducen a la salvación. Mucho más abajo podemos oír las olas azotando las rocas.

En cuanto a mí, durante aquellos días parecía una copia infantil de Vincent: delgado y fuerte, pero demasiado sensible para estar en paz, y muy ignorante. A decir verdad, todos lo éramos.

Las revelaciones de san Juan el Divino eran un misterio que nunca se estudiaba en el seminario; pero en las bóvedas pintadas de la iglesia monástica el Apocalipsis se reproducía con

gran minuciosidad. Allí estaban los ángeles con sus trompetas y los cuatro jinetes destructores, la indescriptible bestia del mar y los caballos con cabeza de león resoplando azufre; el monje que a la mañana siguiente nos enseñó el lugar, resucitando un inglés medio olvidado, los señaló con estentórea autoridad, como si el fin del mundo fuera inminente.

Nosotros lo contemplábamos todo perplejos. En las paredes de la iglesia y el refectorio los sobrios y brillantes frescos parecían transportarnos a un tiempo primitivo, más puro y próximo a la escritura. Fue como si contemplara los episodios del Evangelio (el bautismo de Cristo, la Natividad, la resurrección de Lázaro) por primera vez. Su sobriedad evocaba la fuerza de unos hechos sublimes. Y los envolvía un aura triunfal. Las pocas veces que se representaba la Crucifixión no se advertía el agónico rostro tan común en el estilo occidental. En cambio, había ángeles que llegaban volando y recogían en un cáliz la sangre de Cristo. Ni siquiera las escenas del martirio eran torturas físicas, sino celebraciones divinas en las que los verdugos también contribuían a la salvación. La expresión de sus rostros no era muy distinta a la de las víctimas, serenas e imperturbables incluso cuando sus cabezas salían volando—con la aureola intacta—a causa de un golpe de espada.

A medida que la hilera de santos desconocidos aumentaba (san Basilio el Magno, san Gregorio Palamás, san Máximo el Confesor) Vincent se fue exasperando y ofuscando: dijo que los frescos eran toscos y que carecían de toda profundidad o perspectiva. Pero Julian los examinaba fascinado. No creía que los pintores fueran malos, sino que no les interesaba la perspectiva; sus frescos no perseguían atraer la mirada de un espectador, sino proyectarse como presencias vivas. Eran propaganda sagrada.

El monje que los guiaba habló de ellos como si fueran reales. Según él, allí se hallaba el pasado más significativo y también el futuro prometido. Se detuvo frente a un fresco del Juicio Final. Dios tenía una barba tan cerrada que sus ojos claros de color avellana eran lo único que iluminaba su rostro y parecía desmentir la estruendosa solemnidad de su voz. Desde su trono, un río de fuego transportaba a los condenados a la boca del infierno, donde Satanás se retorció (un peregrino le había borrado los ojos). El monje respondió a las inquietudes de Ross con implacable seguridad: no, no era la aniquilación sino el tormento eterno. «Eso es lo que dijo Dios. “Como el pastor separa a las ovejas de los cabritos...”».

La condenación eterna era algo que siempre había preocupado a Ross: justamente a él, que parecía ser el que con menos probabilidad la sufriría. El Juicio enmarcado en el vitral del pórtico aún parecía más inflamado a causa de los cristales púrpura y verde a través de los que pasaba la luz. Cuando el monje señaló las figuras que se ahogaban eternamente en el fuego, Ross dijo: «Son sólo símbolos...».

Resulta extraño, al mirar atrás, el poder que en su momento atribuimos a esos viejos monjes, con sus sotanas ascéticas y sus divinas barbas. Para nuestro guía, nada de lo que contenían las Escrituras podía ser simbólico. Repetía implacablemente: «Es lo que ocurrirá».

Ross apartó la mirada y dijo:

—Creo que los ortodoxos no creéis que hayáis heredado el pecado de Adán. Sin embargo, en Occidente nos atenemos a san Agustín, quien afirmaba que estamos condenados antes de nacer y que nuestras pasiones tienen por objeto a las otras personas en vez de a Dios. —Ross tenía un aspecto insólitamente miserable—. Estamos siempre en pecado.

El monje frunció el ceño, sin entender muy bien a qué se refería Ross, y repitió:

—Estamos siempre en pecado. —Y de inmediato añadió—: El Apocalipsis es inminente. El

mundo ha tomado partido por Lucifer. Sus esbirros están en guerra con el monte Athos. Quieren destruirnos. —Sus ojos de color avellana seguían iluminando su rostro, como si no guardaran relación con las palabras que acababa de pronunciar—. Pero tenemos fe en la Virgen. Vosotros habéis visto su icono en la iglesia. Nos ha prometido alimento y protección eterna...

Entonces empezó a divagar, pasaba de la destrucción del mundo a sus gatos, y su momentáneo y engañoso poder se disipó. Sólo Ross parecía seguir preocupado. En el refractario, cerca del hueco donde se hallaba la mesa principal, me lo encontré contemplando el fresco de la última cena situado en la bóveda sobre la mesa. Tras sonreírme ligeramente, me preguntó:

—¿Quién crees que fue «el discípulo al que Jesús amaba»?

—No estoy seguro, Ross.

Muchos creen que el discípulo anónimo apoyado en el pecho de Cristo en la última cena era el joven san Juan. Pero por qué lo señalaban como el amado por Cristo nadie lo sabía.

Ross preguntó nerviosamente:

—¿Crees que podría haber sido diferente? Quiero decir, lo que Él sentía...

Respondí precipitadamente:

—El Evangelio no lo aclara.

Permanecimos en silencio un rato. De repente, Ross exclamó:

—¡Lo siento!

Sobre nosotros, en la oscuridad, se hallaba la hermosa y joven cabeza apoyada en el pecho de Jesús, y Ross seguía mirando hacia arriba. Pero yo no lograba comprender.

Ese día caminamos por los parajes más agrestes de la península con la intención de alcanzar la orilla oeste hacia mediodía. El cielo se había nublado. El monasterio quedó tan abajo que lo perdimos de vista; ascendimos por uno de los antiguos caminos de piedra que serpenteaba a lo largo de varios kilómetros. Avanzábamos por un pasillo de matorrales y árboles. A un lado se alzaba la escarpada pared de la montaña; al otro, mucho más abajo, el mar brumoso.

A medida que la vegetación se hacía más frondosa, acabamos abriéndonos paso entre anémonas de color rojo púrpura. El camino, al comienzo de piedras bien dispuestas, se iba deteriorando gradualmente hasta convertirse en un montón de piedras irregulares, y finalmente desembocaba en la roca desnuda. Caminábamos en fila india, Vincent a la cabeza. Él solía practicar senderismo durante las vacaciones, y el ritmo que llevaba amenazaba con dejarnos a todos atrás. Ross lo seguía en silencio, seguido de Julian, que se quejaba. De pronto oímos el sonido de unos cencerros: una fila de mulas sin guía cargadas de madera pasó zigzagueando a nuestro lado. También nos cruzamos con un joven monje algo tímido que iba a otro monasterio: «Vayan con Dios», dijo colocando la mano sobre su corazón.

A mediodía cruzamos un bosque por un camino llano. El cielo se había oscurecido. De unas encinas retorcidas y castaños habían caído ramitas y cáscaras al suelo. En aquella absoluta calma hasta los pájaros habían dejado de trinar. Descansamos sobre las rocas un rato mientras comíamos pedazos del pan de los monjes. El mar se había quedado extrañamente en silencio. Fue entonces cuando Ross, sentado junto a Vincent, sacó de su mochila un objeto y se lo entregó con una mirada de un ardor tan inocente que tuve que apartar la vista. Se trataba del icono de la Virgen de la Ternura que había comprado en el puerto donde habíamos embarcado. Julian ya había hecho comentarios mordaces sobre esos iconos comerciales, producidos a través de algún proceso

fotográfico de mala calidad, y a Vincent, en cualquier caso, no le gustaban.

Sorprendido e incómodo, Vincent cogió el icono y lo observó. Durante un largo minuto no supo qué decir. Ross seguía mirándolo.

—Está pintado a mano—dijo (incluso yo podía ver que no era cierto).

Finalmente, Vincent, con un gesto curiosamente conciliador, dio una palmadita al icono, le dio las gracias a Ross (su voz sonó falsa) y lo guardó.

Caminamos durante dos horas más antes de dirigirnos hacia el norte a través de escarpadas laderas. Nuestras esporádicas conversaciones decaían y muchas veces se apagaban por sí solas. Afloramientos rocosos asomaban entre los árboles, y frías corrientes de viento soplaban a través de nuestro camino. Ya sólo nos concentrábamos en seguir avanzando, en absoluto silencio. Nuestros bastones sonaban con golpes precisos que se perdían en la montaña. Las nubes eran tan bajas que avanzábamos con pies pesados entre una niebla que se arremolinaba a nuestro alrededor.

A los pocos pasos de cruzar una cuenca, el camino se empinó, y de repente a nuestros pies se extendió toda la orilla oeste brillante bajo la luz del sol. A nuestras espaldas, riscos grisáceos se erigían en las vertientes boscosas como bloques de roca viva. Enfrente nuestro y más allá, los cabos penetraban en el mar a lo largo de al menos cien metros antes de convertirse en sombras repetidas en la niebla. Mientras recobraba el aliento, pensé: «Con razón los monjes eligieron este lugar».

Ross gritó:

—¡Cómo es posible que haya gente que no cree en Dios!

Poco después de dejar atrás una cruz de madera que alguien había clavado, el sendero serpenteaba al borde de un acantilado reforzado con piedras colocadas transversalmente. Mirando hacia abajo, a través de los arbustos trepadores, se veían, a cientos de metros, las aguas poco profundas color turquesa. Varias veces hicimos rodar alguna piedra que desaparecía silenciosamente en el vacío.

Avanzamos durante unos diez minutos con cautela; Vincent seguía yendo al frente. El aire era despejado y silencioso. Un gavián sobrevolaba los cielos. A causa de la altura, del sol y del calor, yo me había sumido en una especie de letargo cuando de repente Ross se paró en seco delante de mí. Le temblaba todo el cuerpo. Dijo débilmente:

—No puedo más...

Su bastón cayó al suelo. Pensé que estaba agotado y lo animé:

—Ya estamos llegando.

Pero él se sentó de golpe en el suelo, sujetándose las rodillas, la gorra torcida sobre su rubia cabeza. Cerraba los ojos apretándolos con fuerza.

Julian dijo:

—Es la altura.

Me acuclillé detrás de Ross y apoyándome en su hombro le dije:

—Es seguro, el camino es seguro.

Pero cuando me respondió, noté que su voz sonaba extenuada y chillona como la de un niño.

—No puedo—jadeó mirando las montañas, a menos de un metro del abismo.

Vincent había retrocedido, y de pie frente a Ross, irritado, le preguntó:

—¿Qué pasa?

Julian respondió:

—Se ha mareado. Es la altura.

Vincent se agachó y acercándose a la oreja de Ross le dijo con bastante ternura:

—Camina a mi lado. —Y poniendo un brazo alrededor de los hombros de Ross lo levantó del suelo—. Ahora, da un paso.

Ross se quedó inmóvil un instante, y pensé que volvería a sentarse. Pero de inmediato, como un robot que se pone en marcha, dio un entumecido pasito hacia delante. Vincent avanzaba por el lado del acantilado, de modo que Ross no lo veía. Sus pasos eran rígidos y forzados, parecía un sonámbulo. Durante al menos veinte o treinta pasos continuó caminando de esa forma mecánica mientras el brazo de Vincent lo ayudaba a no perder el equilibrio, hasta que finalmente los movimientos de Ross empezaron a relajarse. Pero como el camino seguía siendo estrecho, ambos continuaron avanzando pegados a lo largo de aquella delgada línea. Yo había cogido el bastón de Ross, y como caminaba tras ellos pude notar que el terror de éste iba disminuyendo hasta que finalmente caminaba con normalidad apoyando la cabeza en el hombro de Vincent. Pero no reconocí lo que esa imagen evocaba (la bella cabeza apoyada en el cuerpo erguido a su lado) hasta que recordé sobresaltado el fresco de la última cena.

Luego, cuando el camino se ensanchó, Vincent dijo: «¡Ahora no hay peligro!», y volvió a ponerse delante, seguido de Ross, tembloroso, hasta que descubrimos a nuestros pies una remota ermita. Ante nosotros revoloteaban los pinzones y, como si nada hubiera pasado, el camino, bordeado ahora de violetas y euforbias entre las que zumbaban los abejorros y de arbustos sobre los que aleteaban mariposas de color azafrán, volvió a hechizarnos.

Al atardecer estábamos exhaustos, incluso Vincent flaqueaba. El viento arreciaba. Habíamos calculado mal la distancia hasta nuestro destino y subestimado el desnivel del terreno, por lo que nos sentimos todos muy aliviados cuando a través de los árboles, en la boca de un barranco salvaje, vimos alzarse las poderosas murallas del monasterio de San Pablo mientras el cielo se oscurecía.

Un adusto monje hospedero nos condujo hasta el dormitorio, donde éramos los únicos huéspedes. Nos dijo que como éramos protestantes teníamos prohibido asistir tanto a las Vísperas como a los Maitines, y que tampoco había comida. Los pocos monjes que vimos parecían viejos y ausentes. De repente, hacía mucho frío. No tardamos en oír los gemidos del viento golpeando las ventanas y la cadencia de las olas más abajo. Comimos galletas que llevábamos en las mochilas y caímos molidos en las camas. Supongo que me costó dormirme a causa del cansancio, y permanecí largo rato en una especie de duermevela lleno de pensamientos incoherentes. En algún momento incluso confundí el romper de las olas con el rugido del tráfico. Pero evidentemente, allí nunca habían circulado coches.

Horas más tarde, casi al amanecer, me desperté sobresaltado por un extraño ruido. El viento batía las ventanas, pero lo que me había desvelado estaba más cerca: alguien sollozaba. Era un llanto sordo, de miedo. Me levanté de la cama y me acerqué a Ross, que dormía profundamente. El sollozo provenía de Julian. Aunque en la oscuridad no logré distinguir su rostro, me pareció, por el tono sofocado y reservado, que el llanto procedía del secreto mundo de los sueños, no de la vigilia. Como temía avergonzarlo si lo despertaba, volví a acurrucarme en la cama, pero el enigmático sollozo se prolongó durante largo rato, como si viniera de un lugar donde no existía el consuelo.

He perdido la costumbre que tenía hace mucho tiempo de hacer examen de conciencia, por no hablar de la confesión. Ya no agradezco a una inescrutable divinidad mi suerte, ni siento que mis problemas los provoque intencionadamente Dios por mi propio bien. Ya no mantengo una relación personal con lo oculto. Soy, en cierto sentido, libre.

Una noche, tumbado en la cama, con la lámpara de aceite apagada bajo el icono del Bautista, tuve un anticipo del distanciamiento, como si zarpara de un puerto hacia mar abierto. Ya ante mis compañeros me había dado mucha vergüenza arrodillarme junto a la cama, y el Dios al que solía invocar allí, el Dios que cosquilleaba en mi interior durante la oración, pareció haberse esfumado de repente. Cuando traté de hablar con Él en la oscuridad, sentí que hacía mi pregunta al vacío, lo cual no me resultó doloroso, sino tan sólo desconcertante. Observé a mi alrededor las siluetas dormidas de los demás bajo las sábanas, y por un momento pensé que no los conocía. Cerré los ojos. Al sumergirme en la negrura no ocurrió nada, sólo poco a poco fue menguando mi confusión y Dios regresó filtrándose a través de las ventanas con el amanecer.

Esperaba poder colarme en la iglesia después de los Maitines. En el patio, cercado por almenas y celdas distribuidas en hileras de varios pisos, el viento apenas soplaba, pero yo temblaba de frío. Todo el monasterio parecía violentamente incrustado en la montaña, y la torre y el campanario ascendían como si pugnarán por un poco de aire. Unos cuantos monjes regresaban de los Maitines a sus celdas, dejando un rastro de silencio.

Me cobijé en el pórtico de la iglesia situado entre vitrales. Encima de la puerta, un peregrino había colgado un descolorido icono de la Virgen que yo estaba mirando, pensando en Ross y Vincent, cuando oí a mis espaldas la voz de Julian:

—Es extraño, ¿no?—Parecía tan sereno como siempre, no había rastro de la agitación de la noche anterior, tal vez no recordara nada—. Todo el culto a la Virgen está basado en un error de traducción. San Mateo traduce las palabras hebreas *joven mujer* de la profecía de Isaías al griego como *virgen*. Un error muy común. Y a partir de ahí siguió lo demás—añadió esbozando su pícaro sonrisa—. Pero, claro, en esos tiempos cualquier persona importante había nacido de una virgen. También de Alejandro se decía que era hijo de una virgen, y hasta de Julio César...

No pude contener la risa.

—Julian, ¿en qué diablos crees tú?

—Creo que Cristo murió para librarnos de nuestros pecados, no de nuestra razón—respondió secamente.

A veces tenía la sensación de que su rechazo al sentimentalismo se debía a la autodisciplina que se imponía para frenar a su otro yo, más indulgente. Tal vez existía en alguna parte un Julian que soñaba con auténticos milagros y con el perdón incondicional, pero a ese Julian jamás lo conocería. Supongo que recordé lo ocurrido antes del amanecer, porque sin darme cuenta dije:

—¡Seguramente es más fácil ser como Vincent...!

—No estoy seguro. Vincent quiere ser como su padre. Debe de tener una presión horrible. ¿Te conté que una vez conocí a su padre, cuando visitó el seminario? Al principio lo confundí, pensé que Vincent había encanecido y crecido, porque su padre es enorme. Es el presidente de no sé qué gran empresa. Vincent me contó que el consejo paterno era: «Nunca pidas perdón». —Julian se sentó en el banco bajo los vitrales. Él también estaba tiritando. Su habitual carácter bromista había desaparecido—. No estoy diciendo que Vincent esté buscando a Dios debido a su padre. Yo no sé por qué Dios llama a la gente—añadió alzando la mirada hacia mí—. A lo mejor a ti te

llamó a través de la muerte de tu madre...

—Había tomado la decisión antes—le respondí.

—Bueno, pues entonces creo que tu llamada es tan misteriosa como la mía. —Julian recobró su habitual buen humor—. Tampoco en mi familia hay nada que la explique. Mi padre trabaja para la administración local, nada especial. No tengo ningunas ganas de parecerme a él, ni de sustituirlo por un patriarca divino, y aún menos de merecer la gracia de la Virgen—dijo echando una mirada al icono que colgaba en la puerta—. Mi madre es bastante normal y trabaja en un banco.

—Y Ross...—empecé a decir mirando al suelo de baldosas blancas y negras que se extendían como parte de un gigantesco tablero de ajedrez—, ¿crees que trata de reemplazar a su padre ausente con Vincent?

—Creo que en parte sí.

Me asombró la facilidad con la que hablábamos fuera del seminario. Había descubierto más cosas sobre mis compañeros en aquellos últimos días que en varios meses en el seminario. La hermandad nos igualaba a todos, pero ahora había descubierto que Vincent provenía de una familia bastante grande (y, como yo, había ido a una pequeña escuela privada) y, en cambio, Ross era el hijo único de una familia rota, y su madre alquilaba habitaciones.

Luego Julian añadió:

—El de Ross tal vez sea un caso distinto. No estoy seguro. Es muy sensible—dijo mirándome como si no estuviera seguro de lo que yo habría entendido—. Creo que se siente avergonzado, que no le gusta ser como es. Supongo que en su entorno no son demasiado comprensivos...

En ese momento aparecieron Vincent y Ross con sus mochilas y bastones, bromeando:

—¡Pensábamos que os habíais marchado!

Al cabo de una hora la agreste península había vuelto a cambiar. Cuando llegamos a una ruinoso atalaya junto a la orilla, un sol fuerte y brillante bañaba el mar. Nos sentamos entre la maleza y nos comimos nuestras raciones en silencio. Al norte, una cortina de montañas se hundía de lleno en las olas, y teníamos la impresión de estar encerrados en la ensenada hasta que reparamos en un caminito de cabras que desaparecía entre las rocas. Una y otra vez nos había ocurrido lo mismo: un espolón inmenso o un acantilado parecía interrumpir en seco nuestro camino, pero poco después terminábamos descubriendo un sendero oculto entre los barrancos o las empinadas crestas.

Retrospectivamente creo que algo había cambiado en nuestro grupo, pero no soy capaz de identificarlo. Vincent, con la vieja bionta que le protegía los ojos, seguía dando zancadas o ascendiendo a la cabeza del grupo; Ross le seguía los pasos, a veces sin aliento, y Julian con pantalones de montar de sarga y bufanda de cachemir, demasiado elegante para aquel paisaje agreste. También me veo a mí mismo caminando algo mareado detrás de ellos, con aspecto juvenil a pesar de tener ya veintidós años, y contemplándolos avanzar por el accidentado camino a lo largo de los acantilados, mientras la península parece fundirse a nuestro alrededor en un resplandor estático de rocas y mar. Y en este lugar la herida abierta de la muerte de mi madre empieza a cicatrizar un poco, como si la luz clara hubiera limpiado la pena estancada en mi interior en el seminario.

Llegamos al monasterio de Dionisio al mediodía. Desde su pedestal de roca, tan inclinado que no crecía ni un arbusto en él, se alzaba la pared vertical de las murallas del monasterio, repletas de aspilleras, y a veinte metros de altura se encontraban las galerías. Más abajo, algunos monjes

trabajaban los olivos de las terrazas, y más allá de la rampa de la entrada, donde las puertas de madera y hierro permanecían entreabiertas bajo frescos de afeminados arcángeles, el canto de los pájaros y el aroma del incienso invadían el patio. Las puertas y los pasillos daban a la montaña o al mar, y un decrépito campanario anunciaba las horas bizantinas.

Un monje anciano muy atento nos dio la bienvenida ofreciéndonos café y *lukum*, y nos acompañó a unas diminutas celdas con ventanas sin vistas. Esa noche cenamos pasta y lentejas en el refectorio pintado, mientras la lectura de textos de los Padres de la Iglesia—que realizaba un nervioso novicio—nos compelió al silencio. Más tarde, en la soledad de mi celda, cuando me arrodillé en las frías losas y recé al Dios que no había encontrado la noche anterior, su presencia volvió a hacerse familiar y palpable, de manera que pude por fin tumbarme en paz sobre la dura cama.

La toaca del monasterio era una barra de hierro que un monje golpeaba con un martillo para convocar a los hermanos a la oración. A las cuatro de la mañana sonó la llamada a Maitines en la oscuridad y me levanté, tras raras horas de insomnio; recordaba cuánto me había desconcertado ya la liturgia, pero sentía una renovada curiosidad y expectación.

Al cruzar el patio desierto de camino a la iglesia espanté a unos cuantos gatos que merodeaban por allí y tuve la sensación de ser el único devoto del lugar. Al principio no pude distinguir casi nada. Los halos de las lámparas de aceite parecían colgar en el vacío, y aquí y allá ardía una vela bajo un icono. De vez en cuando algún monje con velo negro entraba en el santuario, mientras el solitario canto del chantre y la voz del lector iniciaban su conversación en la oscuridad. A veces me levantaba del banco, como hacían los monjes, y seguía su parsimonioso recorrido hacia las capillas laterales junto a los iconos más grandes, donde encendían las velas votivas.

A medida que pasaban las horas llegué a pensar que aquel rito atemporal, pese a las constantes invocaciones al perdón, ya había cruzado una especie de umbral que conducía a la benevolencia divina. Julian había mencionado que esas iglesias eran un reflejo del mundo celestial, se atenían a un esquema inmutable, y yo había empezado a comprenderlo vagamente. Me di cuenta de que para aquellos agradables monjes que arrastraban los pies las paredes se abrían al paraíso, y los santos y Padres a tamaño natural que desenrollaban papiros o desenvainaban espadas nos acompañaban en la oración.

Fue un descubrimiento extraño, motivado por los cirios que ahora ardían bajo los iconos y despertaban a los frescos de aquel otro mundo. Durante un rato, tres o cuatro peregrinos que habían llegado tarde—parecían campesinos—me taparon la vista del santuario interior, pero en el apogeo del ritual, cuando pronunciaban otra vez el *Kyrie Eleison* para implorar piedad, se arrodillaron y posaron los labios en el suelo marmóreo. Entre ellos, estremecido, vi refulgir una cabeza rubia y la oí golpear el mármol, y cuando se incorporó vislumbré los ojos brillantes de Ross, más desconsolados de lo que los había visto jamás: tenía las mejillas rosadas bañadas en lágrimas. Volvió a arrodillarse, casi se postró, mientras sonaba el profundo «Señor, ten piedad» del chantre. Me invadió una profunda tristeza y quise acercarme, pero no lo hice. Permanecí inmóvil en el banco, temiendo entrometerme en algo privado. A veces, al recordarlo, me desprecio a mí mismo por no haber hecho nada.

Cuando los peregrinos abandonaron la bóveda del santuario ya no quedaba nadie (incluso me pregunté si no me había imaginado a Ross). Los dos monjes sentados a mi lado estaban profundamente dormidos, y los demás apenas se movían. La iglesia, bajo la cálida luz, iba convirtiéndose en lo que deseaban: el reflejo del universo de Dios, habitado no tanto por hombres

(empequeñecidos en su devoción a Él) como por los sobrenaturales habitantes que emergían de las paredes y las columnas al calor de las plegarias de los hombres, haciéndose minuto a minuto más cercanos y vivos.

Al final del oficio sacaron unas mesas de caballete y temí que se dispusieran a celebrar un funeral. Por el contrario, pusieron encima tres reliquias que formaban parte del tesoro para que los peregrinos pudieran venerarlas. Me alegré de que ni Ross ni Julian estuvieran allí y tuvieran que presenciar un acto tan ingenuo. En los marcos esmaltados había una astilla de la Vera Cruz, un hueso de santa Parascheva (santa de la ceguera) y el brazo izquierdo de Juan el Bautista, que todavía conservaba algo de piel.

Me aparté de las reliquias mientras los campesinos volvían a postrarse y el monje a cargo de ellas las iba pasando una a una para que fueran admiradas y besadas antes de guardarlas de nuevo. Me di cuenta de que un monje me miraba (un hombre joven pero con cierta autoridad, ya que los demás le besaban la mano) y antes de irme se acercó a mí y me dijo en un inglés grave y pausado:

—Comprenderás que no adoramos estas cosas por lo que son. No son ídolos. Revelan la Gracia de Dios.

Se había dado cuenta de mi aversión hacia algo que para él era valioso, y quería que yo entendiese el porqué. En su rostro cetrino sus negros ojos parecían inquietos, pero en mitad de su barba plateada la boca pronunciaba palabras eruditas.

—Eres del grupo de los protestantes, ¿verdad?—Murmuró una bienvenida—. ¿Crees en la resurrección del cuerpo?

—De un cuerpo espiritual...

Aliviado, tocó mi brazo, como bendiciéndome.

—San Pablo dijo que el cuerpo es el templo del espíritu, y los justos se alzarán en él. Incluso en este mundo el cuerpo es sagrado. Por lo tanto, las reliquias también lo son—añadió con una sonrisa—. Nuestros cuerpos aguardan la redención. Por eso enterramos a nuestros hermanos en la tierra. Todas las cosas serán liberadas de las cadenas de la corrupción.

—El cuerpo terrenal no importa—me oí responderle de inmediato: mi madre había pedido ser incinerada—. Desaparece como las cenizas...—Pero aún ahora no sé cómo logré decirlo.

Chasqueó la lengua.

—Creo que en el protestantismo os distanciáis mucho de vuestros muertos. He oído decir que no rezáis por ellos.

—No, es cierto. —Y al decirlo me pareció oír mi propio remordimiento. Quizá también él lo oyó.

—Eso está muy mal. Es una ofensa a los muertos. —Yo no sabía qué decir—. Rezamos por los difuntos. Rezamos por ellos mientras son purificados antes del Juicio Final. Y creo que ellos rezan por nosotros. Es importante. —Sus ojos parpadearon y contemplaron el fresco situado encima de nosotros, donde Cristo sacaba atónitos a Adán y Eva de sus tumbas—. Cada semana comemos *koliva* en recuerdo de nuestros hermanos, como súplica por sus almas.

Entonces pensé que era extraño. En el seminario nos enseñaron que no podíamos ayudar a los muertos, ni ellos a nosotros. El abismo era demasiado grande. Pero ahora empezaba a sentir un dolor gélido en el estómago. ¿Era sólo una casualidad de la historia o de la geografía—o de un texto teológico—lo que nos separaba del credo de la ortodoxia?

—Mi padre está muerto, pero rezamos el uno por el otro. Puedo sentirlo—añadió el monje. Se

cruzó de brazos y levantó la cabeza—. ¡Si quisieras, podrías incluso rezar por el Diablo!—Y estalló en una carcajada que, extemporánea, reverberó en el santuario vacío; enseguida recompuso la expresión, como si se arrepintiera de lo que acababa de pensar.

Abandonamos la iglesia y salimos al patio iluminado por la luz del alba. Cuando nos separábamos me dijo:

—Creo que a veces los muertos viven entre nosotros. Los milagros existen.

No quería escucharlo hablar de milagros (temía que menoscabaran la momentánea autoridad que tenía para mí) y me alegré cuando se despidió. Salí a pasear un rato y llegué a un pequeño templete junto a la entrada. Se alzaba sobre un mar despejado. Un estrecho arroyo, crecido por la lluvia de primavera, bajaba ruidosamente por el barranco de detrás, y lo veía centellear en la tenue luz, sintiéndome levemente mareado.

Esa noche recé por el alma de mi madre.

Había llegado nuestro último día. De camino a la orilla pasamos por la capilla de la que nos había hablado el monje, donde se apilaban los huesos de los hermanos muertos en un osario al aire libre. Lo contemplamos enmudecidos, parecían tan impersonales, reducidos casi a mineral: fémures, tibias, pelvis, todos en pilas según el tipo de hueso, y las calaveras en pálidas hileras, cada una con su nombre apuntado.

A media mañana, mientras subíamos por los acantilados bajo un cielo resplandeciente, la costa volvió a extenderse a nuestros pies. De repente, como hacía mucho calor, Vincent y yo nos cambiamos los pantalones largos por unos cortos, y Julian se puso un alegre sombrero de paja. Nos colocamos en el orden de siempre, como si se tratara de un orden natural: ascendiendo por el inclinado camino al borde de los acantilados, las delgadas piernas musculosas de Vincent precedían a Ross, Julian se enjuagaba el sudor bajo el sombrero y yo, detrás, los seguía como un sonámbulo.

Hacia mediodía comimos un frugal tentempié que acompañamos con dos botellas de vino de la región que Julian había comprado a los monjes de Dionisio. El vino no tuvo ningún efecto evidente en Vincent, pero Ross se tomó dos copas enteras como si nunca hubiera bebido y bromeó con que le curaría el vértigo. Poco después Julian dijo que el vino era demasiado dulce y vació la segunda botella en las rocas.

Cuando reemprendimos la marcha hacia el norte, en el silencio del mediodía ya no se oía ni un pájaro. La distancia había apagado incluso el ruido de las olas. Bajo nuestros pies, entre las piedras salpicadas de líquen blanco, crecían flores desconocidas. La luz era tan clara que a lo lejos, en el mar, un barco se veía tan nítido como los árboles a dos palmos de nosotros.

Llegamos a un puerto de montaña donde un santuario al pie del camino, pintado de blanco y azul, guarecía una imagen sagrada ennegrecida por la llama de una vela derretida. A ambos lados las montañas descendían hacia el mar. A veces me he preguntado si se habría evitado lo ocurrido si no hubiera habido allí un banco en el que sentarnos un rato, o si Julian no hubiera comprado vino. Sea como fuere, apoyamos nuestras mochilas contra una roca y nos desplomamos en el suelo; tres de nosotros aún jadeábamos un poco. La luz nos deslumbraba. En el aire inmóvil, un halcón trazaba círculos sobre nuestras cabezas. Mucho más abajo, un monasterio de tejado rojo colgaba por encima del mar.

Ahora recuerdo cómo se ruborizó Ross al sentarse junto a Vincent (quizá era el vino que subía por su cuello hasta las mejillas). Parecía sumido en una especie de éxtasis. No sé qué lo empujó a

dejarse llevar en aquel momento, si la belleza del lugar, la luz deslumbrante o el alcohol. Pero se volvió hacia Vincent, sentado a su lado, y alabó la potencia de la naturaleza con una voz que de tan exultante sonaba fuerte y estridente. Todavía hoy se me hace un nudo en la garganta al recordar su delirio. Vincent tenía una pierna estirada y apoyada despreocupadamente sobre Ross—el esbelto muslo cubierto de vello negro—y su mirada, forzada por el sol, topó indulgentemente con la de él.

En realidad, lo ocurrido fue tan poca cosa, tan lamentablemente insignificante... No puedo recordar exactamente qué dijo Ross, pero miraba a Vincent extasiado e impávido. Me di cuenta de que tenía una erección. Entonces se inclinó hacia delante, con la boca abierta, y agarró el muslo de Vincent con una mano, apretándole el tendón.

Me quedé paralizado de espanto. Algo sabido pero ignorado estaba saliendo a la luz. Vi tensarse las mejillas y las mandíbulas de Vincent. Resuelto, se inclinó hacia delante y le apartó la mano a Ross, alejándola de su muslo tanto como era posible. Luego se levantó, se echó la mochila a la espalda y se echó a caminar.

A Ross se le desencajó el rostro. Toda la felicidad—el embriagador raptó de éxtasis—se había esfumado en un instante y estaba blanco como el yeso. Bajó la cabeza; las manos le temblaban. Durante un buen rato nadie osó moverse. Finalmente, murmuró: «Seguid, seguid vosotros...». Así que Julian y yo seguimos en silencio a Vincent por el camino ahora más llano, hasta el último monasterio, mientras el calor abandonaba el cielo.

Persiste otro recuerdo de ese día. En el pequeño puerto desde el que un autobús nos llevaría a Salónica (el monte Athos quedaba ya fuera de nuestra vista), pasamos las últimas horas en una playa desierta. Algunas gaviotas sobrevolaban la orilla, y los guijarros grises brillaban bajo las olas. Desde pequeño siempre me había gustado bañarme en el frío mar, y aquel día el calor primaveral, y quizá también lo que acababa de ocurrir, me dieron las fuerzas para zambullirme en el agua.

Vincent y Julian se quedaron en la orilla, pensando que me había vuelto loco. Entonces vi que Ross, de pie en un arrecife más abajo, se había quedado en ropa interior. Se metió en el agua helada gritando: «¡Está buena! ¡Meteos!», y moviendo los hombros por encima de las olas fanfarroneaba nerviosamente. El pelo mojado, que parecía un casco amarillo, lo convirtió por un momento en otra persona. Al verlo de cerca, me di cuenta de que tenía la piel de gallina y tiritaba, y sus brazadas eran torpes y descoordinadas. Pese a todo, continuó nadando en el mar helado al mismo ritmo que yo.

Es difícil pensar fríamente en los días que siguieron. Y no me fio de mi memoria. Sólo sé que caí en una extraña depresión. No sabía identificar qué la había provocado ni sacudírmela de encima. El seminario se me antojaba un lugar oscuro, físicamente oscuro. Lo atribuí al contraste entre la nublada Inglaterra y la claridad que recordaba de Athos; de todos modos, el seminario nunca volvió a iluminarse para mí. Nuestras vacaciones fueron a parar a algún lugar remoto de mi mente que conformaba una especie de país propio y se volvieron irreales. Pocos seminaristas mostraron interés por ellas. A muchos todavía los atormentaba la deserción de Bradley, y el tablón de dedicatorias estaba lleno de oraciones pidiendo que la luz volviera a iluminarlo. Creo que mi supervisor receló momentáneamente de nosotros, confundiendo mi fascinación por el paisaje griego y mi curiosidad por su liturgia con una afinidad con el credo ortodoxo, e incluso Howell, en su estilo campechano, bromeó: «¡Ahora no vayas a empezar a murmurar plegarias místicas en

lugar de estudiar la Biblia!». Cuando me documenté sobre la ortodoxia con la intención de entender a esos lejanos monjes, pensé que la brecha entre Occidente y Oriente se debía menos a la teología que a una profunda diferencia de temperamento, acentuada durante mil años, que ningún puente podría ya unir.

Los recuerdos de los días que pasamos juntos en Athos podrían haber estrechado la amistad entre Vincent, Julian, Ross y yo. Sin embargo, ésta se fue enfriando inadvertidamente, como si no quisiéramos reconocer que habíamos pasado de la luz del sol a los grises rigores del seminario.

También el recuerdo de la metedura de pata de Ross se iba borrando, y podría haberlo olvidado por completo si no hubiera sido por su manera de aislarse y su silencio. Durante las clases, como de costumbre, Ross casi no hablaba; pero advertí que tampoco pronunciaba palabra durante la oración, donde solía hacer fervorosas intervenciones laudatorias o de asombro. De pronto empezó a sentarse siempre detrás, y su rostro tenía la palidez de una máscara que ocultaba sus verdaderos rasgos. Creo que me evitaba a propósito, a mí y a todos. Y aún hoy sigo reprochándome mi discreción ante los asuntos de los demás, así como mi preocupación por los estudios.

Vincent también parecía inquieto. Un día se presentó en mi cuarto, más sombrío y tenso que de costumbre, y repitió que ya era hora de cumplir con el designio de Dios saliendo al mundo. Dijo que había personas que sufrían espiritualmente mientras nosotros nos dedicábamos a perder el tiempo considerando la interpretación de la Ley Mosaica.

—En las vacaciones de verano—me preguntó de repente—, ¿te gustaría venir conmigo al extranjero? Hará calor, voy a Tanzania, y el billete de avión será caro. Pero conozco a alguien de la Iglesia que trabaja con refugiados y necesitan ayuda.

—¿Y por qué no Julian? Creo que él se lo podría permitir—contesté sin pensar.

—No lo aguantaría—respondió Vincent riendo con una especie de carraspeo corto y seco—. En cambio tú sí—añadió tendiéndome la mano.

Yo se la di automáticamente, a un tiempo halagado y alarmado: parecíamos estar sellando una promesa. Ninguno de los dos mencionó a Ross.

Al cabo de dos semanas la claridad de la primavera bañó el mundo exterior. En el césped del seminario florecieron narcisos, en la calle las chicas llevaban vestidos sin mangas y cuando iban al trabajo en bicicleta sus piernas entrevistas nos distraían.

Por las tardes, en el seminario empezamos a estudiar teología pastoral. Era un curso sencillo y lo impartía un profesor de rostro triste que, pese a dar mucha importancia a la responsabilidad sagrada, hacía chistes muy graciosos. La monótona rutina volvió a absorberme y el viaje a Tanzania se aplazó para más adelante.

Hasta que una mañana alguien me preguntó: «¿Has visto a Ross?».

Me di cuenta de que Ross no había asistido al oficio matutino ni tampoco al desayuno. Y también su asiento en el aula estaba vacío. Julian me hizo una señal para salir un momento y nos reunimos delante del cuarto de Ross. La puerta estaba cerrada con llave. Le llamamos varias veces por su nombre, pero nuestras voces retumbaron en el silencio sin obtener respuesta. Acerqué la oreja para tratar de oír algo, un murmullo, los gemidos de alguien enfermo o incluso víctima de una sobredosis, pero no oí nada. Al principio golpeamos la puerta enérgicamente, hasta que nuestros golpes se fueron apagando. Creo que entonces los dos supimos qué había ocurrido. Yo no estaba seguro de si debía avisar a un profesor, pero Julian volvió a gritar «¡¡¡Ross!!!» y trató de tirar la puerta abajo golpeando con el hombro. No cedió. Me miró sin decir palabra, y el

miedo en su rostro me heló la sangre. Cuando me preguntó «¿Listo?» embestimos la puerta juntos.

El cerrojo se rompió y la puerta se abrió de golpe. Nos quedamos paralizados en el umbral de la puerta. Por un momento me pareció que Ross estaba de pie sobre la mesa, enroscando una bombilla. Parecía no querer mirarnos. Sólo entonces vi que sus pies no tocaban nada. El aire que habíamos removido al abrir la puerta empezó a voltear su cuerpo hacia nosotros y lo vimos encararnos, como si nos acusara. Tuve que cerrar los ojos ante su mirada. La punta de un dedo estaba atrapada en el nudo de la cuerda, como si en el último momento se hubiera arrepentido. Corrimos para agarrarlo, pero su cuerpo se había vuelto pesado y estaba frío. La mano que rozaba mi mejilla también estaba helada. Debía de haberse colgado en cuanto anocheció.

Evidentemente eso ocurrió en otros tiempos, tiempos de secretismo. Varios años antes de que yo sostuviera el cuerpo de Ross en mis brazos (cortamos la cuerda con unas tijeras de podar desafiladas) el Informe Wolfenden había despenalizado al hombre que podría haber llegado a ser. Pero el estigma de aquella llamada *perversión* era insondablemente profundo. Apenas un siglo antes las prácticas homosexuales eran castigadas con la muerte. En tiempos de Ross, parejas del mismo sexo legalmente constituidas eran algo impensable, y la cultura gay no era más que un destello en el horizonte. La Iglesia se apoyaba en el Levítico, san Pablo y la destrucción de Sodoma, y aún habría que esperar cincuenta años antes de que una pareja gay pudiera casarse en suelo consagrado. Ross había nacido demasiado pronto y demasiado débil: pertenecía a aquellos a quienes Oscar Wilde compadecía cuando escribió que el camino hacia el progreso se teñiría del rojo de los sacrificados.

En el seminario reinaba una atmósfera de perplejidad y conmoción. Como el carácter afable y accesible de Ross (todos lo consideraban una persona transparente) le daba un aura de inocencia, el suicidio resultaba prácticamente inexplicable. Algunos estudiantes incluso creyeron que se había colgado por error, o que padecía una enfermedad que lo había trastornado. A otros les preocupaban las lecciones de los Padres de la Iglesia, la condena de san Agustín e incluso de Tomás de Aquino, y temían que, puesto que en el suicidio no había la oportunidad de arrepentimiento, hubiera muerto en pecado. Pero yo les hablé de la mano de Ross tirando del nudo, y me atreví a afirmar que se había arrepentido en el último momento y que, por lo tanto, seguía en estado de gracia. Traté de representármelo así en vano, porque la mayoría de veces sólo me imaginaba su propio terror al entregarse a la extinción en la que aseguraba creer.

Nunca supe qué respondieron Vincent y Julian al interrogatorio del rector o la policía. Julian se había refugiado en su críptico yo, como ya le habíamos visto hacer ocasionalmente, pero ahora se sentía además desengañado del mundo y hasta desesperado. A menudo me pregunto qué fue de él. Vincent continuó siendo tan riguroso y concienzudo como siempre, y puede que sólo Julian y yo reconociéramos en él un trasfondo de aborto arrepentimiento.

En cuanto a mí, cuando me llamaron a la oficina del rector, me sentí abrumado por una lealtad casi ciega hacia Ross. Me doy cuenta de que confirmé su vergüenza al no mencionar lo ocurrido en Athos. Frente al rector (un hombre de quien no esperaba comprensión alguna) negué todas las hipótesis sobre las razones del suicidio. La ingenuidad de mi actitud debió de resultarle obvia, pero no se dio cuenta de que me estaba resistiendo a contarle todo lo que sabía. Incluso sentí pena por el rector. Pero cuando me preguntó: «¿Notaste algún cambio en el comportamiento de Ross?», me limité a responder que sí y expliqué que parecía atormentarlo algo insoportable, contrario a su fe, y añadí que me había parecido también que tenía un profundo deseo de ser como los demás,

pero que aparte de eso no sabía nada más.

La siguiente pregunta, la que yo más temía, nunca llegó: «¿Por qué no hablaste con él?». ¿Por qué no lo hice? ¿Por qué ni siquiera lo mencioné? Porque era joven, y estaba avergonzado, por supuesto. Todos lo estábamos en esa época. Puede que en el fondo incluso me diera miedo. E ignoré frívolamente a Ross, porque tenía que comprender la teoría del mandato divino y necesitaba tiempo para escribir mis trabajos y entregarlos.

El rector siempre me sorprendía cuando se ponía simpático. Tal vez fuese su aspecto (su arrugada cara de adolescente) el que me provocaba rechazo. Pero de repente dijo:

—Stephen, esto ha sido muy duro para ti. Sé que tú y Ross erais buenos amigos. Vincent me ha preguntado si puede acabar antes, en mayo. Quiere irse a una misión en Tanzania de algo llamado Iglesia Pentecostal de las Buenas Nuevas. No conozco el lugar. Allí no podremos ayudaros desde aquí. Estaréis entre refugiados ruandeses, refugiados de la guerra, tutsis. Dice que tú irás con él. ¿Eso es lo que quieres?

—Sí, creo que sí. —De pronto, quería ir. Cualquiera cosa me parecía mejor que quedarme allí —. Sí.

Nunca había oído hablar de los tutsis, ni podía saber que iba a viajar a una región que treinta años más tarde acabaría arrasada por el genocidio. Durante un minuto antes de dar por terminada la reunión, el director tomó algunas notas en su bloc. Cuando me alcé para marcharme, no pude contenerme y pregunté:

—Señor, ¿ha ido al infierno?

El director, que de repente parecía muy cansado, me respondió:

—No lo sé. No le dio a Dios muchas oportunidades para perdonarlo, ¿no?—La espontaneidad no se le daba bien al director, aunque quizá sólo deseaba que me marchase. Bajando la cabeza murmuró—: El Dios que deseamos no es necesariamente el Dios que existe.

Durante mucho tiempo después esas palabras siguieron exasperándome. Me resultaban ligeramente ofensivas, aunque creo que las dijo de buena fe. De vez en cuando se cruzaban en mis plegarias.

Aquel domingo fue Howell quien dio el sermón en la capilla; su voluminoso cuerpo apenas cabía en el púlpito. En el sermón que había dado un mes antes no llegó a mencionar a Bradley directamente, pero ahora confrontó el suicidio de Ross sin rodeos. Sus manos rojas aferraban el borde del púlpito. Estaba sonrojado, parecía enfadado. Dijo que nadie podía otorgarse el poder de Dios: «Pues sólo a Dios le corresponde decidir sobre la vida y la muerte». Y el sexto mandamiento era tan válido para la muerte de uno mismo como para la de los demás.

Mientras que la defección de Bradley nos había provocado ansiedad y un enfado contenido, la muerte de Ross nos hizo sentir vagamente culpables, y los rostros que le devolvían la mirada a Howell eran tan angustiados y juveniles como los de unos colegiales: imploraban consuelo. Pero a medida que continuaba el sermón, la voz de Howell se fue ensombreciendo hasta expresar un inesperado perdón. Conjeturó que el suicidio rara vez era el crimen del común de los mortales. Tentaba más a las personalidades sensibles, menos adaptadas a la crueldad del mundo. Evidentemente, Ross era una de esas personalidades. Algunos, incluso en tiempos del cristianismo primitivo, se quitaron la vida para escapar del mal. El de Ross había sido, en cierto modo, un acto purificador, la absolución de los pecados de los demás y quizá también de los suyos. (Al oírlo me pregunté si Howell sabría más cosas de Ross de lo que admitía). Continué afirmando que nada en el Evangelio condenaba el suicidio. El propio Cristo marchó conscientemente a su muerte como

hombre.

Lo que había empezado como una condena fue suavizándose de forma que Howell acabó compadeciéndose de Ross. Dios, que podía conocer hasta la muerte de un gorrión, con toda seguridad sería benevolente con Ross. ¿Y quiénes éramos nosotros para juzgar? Juzgándole no hacíamos más que remedar su propio pecado: apropiarnos de la prerrogativa divina. Al final, agotado por su propia oratoria, Howell cedió la palabra a Donne, inclinándose hacia delante y observándonos a todos, al fin liberado por el discurso de otro: «Sabes de la caída de este hombre, pero no conoces su lucha, que quizá fuera tal que su caída casi la justifica Dios y la acepta».

La carretera era una franja de tierra rojiza que se extendía en línea recta hasta el horizonte. A cada lado el terreno se ondulaba en lomas desdibujadas por la festuca amarilla. Aquí y allá veíamos un arbusto o una acacia verdes, pese a que habían pasado meses desde las últimas lluvias, y sus siluetas se recortaban en la niebla. Pese a la sequedad del lugar, el aire estaba húmedo. El Land Rover iba dando botes y crujía sobre la carretera. El conductor cantaba agradables canciones en suajili. Cada vez que parábamos para estirar las piernas, reinaba el silencio. No soplaba una brizna de viento ni se oía el canto de los pájaros. Todo estaba en calma.

Vincent y yo nunca habíamos experimentado nada parecido. Lo más al sur que yo había estado había sido Grecia, confinado en un lugar de agrestes fronteras entre el mar y la montaña. Pero aquí, uno tenía la impresión de que la tierra era infinita. De cerca, parecía resquebrajarse en la confusión de un terreno bajo e informe: montículos pelados en los que la tierra rojiza asomaba bajo la hierba, y salpicados de arbustos moribundos. Pero más allá el continente entero parecía extenderse hasta el infinito. Era precioso y extraño. Sobre el paisaje se veían cúmulos de enormes nubes tan sólidas y permanentes como todo lo que se hallaba debajo. Parecía una tierra aguardando convertirse en algo, o que había sido algo mucho tiempo atrás y luego había caído en un letargo.

Viajamos así durante más de ciento cincuenta kilómetros, agotados por el viaje de un día entero desde Dar es-Salam y el calor asfixiante. Teníamos las gargantas reseca a causa del polvo. A lo lejos vimos destacarse una manada de antílopes que se detuvieron, alerta e intrigados a un tiempo por nuestra presencia. También distinguimos un descampado de tierra de color óxido frente a un grupo de chozas y a una mujer andando sola al pie del camino.

Al contemplar la región me sentí aliviado, como si pudiera ver las cosas desde la distancia. Vincent debió de sentir lo mismo, porque de repente, dijo: «Hicimos bien en venir». La claustrofobia del seminario empezaba a escampar, reemplazada por aquella inmensidad indiferente y curativa donde todo—pesar, culpa—se desvanecía y empequeñecía. Incluso los remordimientos que me producía pensar en Ross habían empezado a reducirse a un núcleo de vergüenza que ya nunca me abandonó. Creo que a causa de esa culpa nunca he podido llorar propiamente su muerte.

Vimos el campo de refugiados mucho antes de llegar. Se extendía en desorden sobre una meseta desprotegida: era una ciudad entera de chozas de paja y barro, rodeada por lo que parecía una tierra de nadie hecha de rastros de maíz. El coche recorrió calles atravesadas por sumideros de aguas residuales. El suelo compacto brillaba con un color rojizo. Nada era como yo había imaginado. Ningún niño se abalanzó sobre nosotros pidiendo limosna, y las tiendas de campaña que debieron montar en su momento ahora se utilizaban para aislar los tejados o colgaban desgarradas en las entradas de las viviendas. Un grupo de niños jugaba en un descampado entre

las cabañas, dándole patadas a un balón de fútbol informe, y algunas mujeres en faldas de colores vivos hacían cola junto a la bomba de agua.

Como el resto de construcciones, la iglesia pentecostal de las Buenas Nuevas estaba hecha de barro pintado de azul, y era alargada y baja. En la entrada nos aguardaba el pastor, cubierto de polvo rosa. Daba la impresión de haber estado esperando allí durante horas. Era un ruandés de piel caoba al que una deslumbrante chaqueta blanca daba ciertos aires de importancia, y nos dio la bienvenida con una sonrisa. Pero a Alan, el amigo de Vincent, no lo encontramos. El pastor nos contó que se estaba recuperando en otro poblado después de haber contraído malaria, y que no volvería antes de una semana, y nos tranquilizó informándonos de que durante la estación seca apenas había malaria.

Nuestra estancia se encontraba cerca de la iglesia. Dormiríamos en mantas sobre el suelo de barro. Sólo había una ventana y ningún mueble. Podíamos lavarnos en una palangana con agua de la bomba cercana. Vincent permanecía impertérrito, incluso perversamente animado. Más tarde clavamos en la pared de barro unos clavos para colgar las mosquiteras. Nuestras maletas hacían las veces de armario y un enorme candado en la débil puerta nos proporcionaba una mínima sensación de seguridad.

Dimos una vuelta en las primeras horas de la noche, pero apenas nos permitió hacernos una idea de las dimensiones del campamento. Las callejuelas eran de barro compacto. Los tejados de las viviendas, que apenas tenían ventanas, consistían en ramas entrecruzadas o hierro corrugado, y de lado a lado de las calles colgaba sobre nuestras cabezas ropa tendida y mantas raídas. El pastor nos explicó que allí vivían cuatro mil personas, muchas de las cuales eran viudas y niños. Pero también había hombres jóvenes. Algunos nos observaban con una enigmática calma desde los porches improvisados, y el que nos mirasen sin sonreír empezó a inquietarme. Habían presenciado cosas horribles, tal vez incluso habían tomado parte en ellas. Otros caminaban por la calle como si tuvieran que acudir a una reunión importante, y a veces saludaban al pastor con un apretón de manos, e incluso los ancianos le llamaban Papa. El pastor les respondía afablemente, un poco altivo con su chaqueta, que entre ellos deslumbraba como una estrella polar.

Vincent le preguntó por qué acudían a él.

—Quieren volver a casa. —El pastor hablaba despacio, como si no dominara el inglés—. Quieren que les dé noticias. Pero yo no tengo noticias—aclaró frunciendo el ceño—. Esperan. No hacen nada. No hay nada que hacer. Sólo un poco de trabajo en el campo.

—¿Usted cree que a la larga podrán volver?!—le pregunté sorprendido.

—Eso depende de Dios—dijo el pastor bajando la vista—. Quizá algunos de nosotros nunca regresemos—añadió señalando un lugar a nuestras espaldas—. ¿Veis ese edificio? Es el de las Naciones Unidas. Nos dan de comer lo justo: doce kilos de maíz por persona al mes y aceite para cocinar, pero ni legumbres ni azúcar. Dicen que vamos a estar aquí mucho tiempo. Los jesuitas también han hecho una escuela de primaria, y hay otras cuatro iglesias y una clínica con enfermeras. Pero el hospital está a casi quinientos kilómetros de aquí—dijo señalando hacia el sur—. Dios aún no ha decidido cuándo regresaremos a casa.

Todas las personas con las que nos cruzábamos eran de una pobreza uniforme: la guerra y la huida los había igualado a todos. Pero las mujeres vestían coloridos trajes locales, y algunas lucían las joyas que habían conseguido salvaguardar. También vimos pasar a un anciano (un antiguo funcionario, según el pastor) vestido con traje de lino, camisa blanca y corbata deshilachada; no cruzó palabra con nadie.

Por la noche cenamos en casa del pastor, más grande que la mayoría de viviendas del campamento, con un patio cercado por una valla de broza. Poseía un transistor Bush y un sofá roto. Comimos a la luz de una lámpara de parafina, acucillados en el suelo de barro, sin cubiertos, un plato de maíz hervido y unas pocas espinacas. Su mujer nos sirvió en silencio y sonriendo, pero no comió con nosotros. Su hija adoptada (una huérfana de la guerra de doce años) nos miraba desde una esquina.

Habían heredado nombres cristianos franceses (el pastor se llamaba Olivier) y en su inglés se intercalaban palabras francesas.

—Los belgas nos abandonaron hace cinco años—nos explicó—. Nos enfrentaron a los hutus y luego se fueron. En mi pueblo, a todos los que conocía los mataron. Incluso entraron en nuestra iglesia, los hutus entraron y mataron a todo el mundo.

No nos contó cómo había logrado escapar, y tampoco se lo preguntamos. Pero empezó a hablar atropelladamente del campamento con gestos enérgicos y voz gutural, y riéndose a menudo. Dijo que en aquel lugar los problemas se debían a la ociosidad. Allí nadie tenía trabajo ni futuro. Así que todo el mundo se dedicaba al adulterio y al robo. Como no había electricidad, de noche nada delataba el crimen ni la traición. En muchos casos las cabezas de familia eran viudas, y en otros incluso adolescentes. Se cometían asesinatos que la policía de Tanzania nunca conseguía resolver, ya que los acampados cerraban filas contra ella.

—La palabra *refugiado*... es una palabra muy fea. Todos estamos avergonzados. La gente se refugia cuando es débil. Pero nosotros, los tutsis, no somos esclavos, somos un *peuple fier* [‘un pueblo orgulloso’]. Vosotros os quedaréis seis semanas, pero muchos de nosotros llevamos aquí cinco años...

Aquella noche, demasiado cansado para ponerme a rezar pero también para conciliar el sueño, me acosté sobre la fina manta y contemplé la oscuridad. Vincent estaba tumbado a un metro de mí, también despierto. El aire era frío y no oía mosquitos zumbando alrededor del mosquitero.

—No entiendo a Olivier. Parece feliz—dije rompiendo el silencio.

—No sé qué pensar de él...—me respondió Vincent—. Le he preguntado cómo consuela a los que quieren regresar a Ruanda. Me ha dicho que naturalmente les aconseja tener paciencia, les recuerda que Dios tiene un plan y que todos formamos parte de él. Pero creo que se burlaba de mí.

Fuera, en la calma nocturna del campamento, los sonidos cotidianos se volvían irreconocibles: el lejano estallido de un plato esmaltado cayendo al suelo de barro; el cercano crujido de algo entre la paja, como un roedor moviéndose (aunque ninguno habría llegado a sobrevivir allí). En la oscuridad, que nos volvía incorpóreos, me resultaba más fácil hablar con Vincent. Imaginaba su mirada penetrante perdida en la nada. Al cabo de un rato me atreví a preguntar:

—¿Piensas en Ross?

Se hizo un largo silencio y pensé que Vincent no me contestaría, pero de pronto dijo:

—Me pregunto dónde estará, murió en pecado.

—Yo creo que está con Nuestro Señor—le respondí.

(Es extraño recordar esas palabras cincuenta años después. Son palabras pronunciadas por otra persona, que ya entonces dudaba).

—Nuestro Señor lo juzgará—replicó Vincent con un tono crispado curiosamente parecido al de Olivier.

Habría querido preguntarle si no se arrepentía del modo en que había rechazado a Ross aquel

día, de haber sido tan implacable como el juicio de Dios... Pero antes de poderlo hacer Vincent susurró:

—Buenas noches, Stephen.

Bien entrada la noche, volví a despertarme. Vincent estaba roncando. Quería ir a la letrina, y salí a tientas, descalzo. Y entonces, al asomarme al exterior, me quedé estupefacto: sobre el campamento a oscuras se extendían las estrellas africanas. Ninguna me era conocida. Busqué Venus, Orión, pero se hallaban muy por debajo del horizonte. Todo el cielo estaba iluminado por una infinidad de extraños. El cielo del hemisferio norte se había convertido en un campo de hielo cubierto de constelaciones desconocidas, que se multiplicaban por millones en un halo de luz nueva. Seguí mirando hacia arriba con la fascinación de un niño.

Los primeros días me propusieron dar clases sobre la Biblia, mientras Vincent pasaba el día en la pequeña oficina de la iglesia y rellenaba los documentos en inglés que nos requería el gobierno de Tanzania. Conocimos a un joven pastor que sólo hablaba en bantú y a su ansioso traductor, que hablaba inglés de forma apresurada y gramaticalmente incorrecta.

En el patio del pastor apenas cabían los treinta estudiantes de diferentes edades que se habían presentado. Yo no podía saber quién había venido por curiosidad y quién porque tenía cierta vocación. Se sentaron en duros bancos a pleno sol: las mujeres de pulcros rostros con sus turbantes enrollados a la cabeza; los hombres, un montón de cabezas totalmente rapadas, al principio silenciosos, nerviosamente atentos. Sólo tenían dos Biblias, Nuevos Testamentos en kiñaruanda, manoseadas y con hojas arrancadas, que apoyaban en sus regazos. A cada frase que yo pronunciaba le seguía un torrente de palabras repletas de vocales del intérprete, cosa que me daba tiempo para preparar lo que diría a continuación. Y terminé dándome cuenta de que los estudiantes querían escuchar historias: mi intento de hablar de teología sólo provocó silencio—incluso el intérprete parecía aburrido—, pero saltaban de entusiasmo cada vez que reconocían las parábolas de Jesús y gritaban aleluya cuando mencionaba sus milagros. Más tarde proseguí con los Proverbios, pero aquellos atentos rostros habían vivido demasiadas cosas dolorosas, y algunos de mis pensamientos me sonaban tan ingenuos y condescendientes que morían en mis labios antes de pronunciarlos. Nunca me había sentido tan joven.

—¿Cuándo nos libraré Dios del mal?—preguntó un hombre corpulento, y prosiguió—:¿Son mis ancestros lo mismo que los santos?

Una mujer preguntó si la Biblia podía curar el cólera, y qué ofrendas se podían hacer al Espíritu Santo. Y hubo otra mujer que se limitó a preguntar: «¿Qué hicimos mal?».

Hubo dos hombres en particular que me miraban fijamente, con imperturbable inexpresividad, como si su mirada hubiera quedado congelada años atrás. Pero puesto que el pastor me había reconocido como sacerdote, yo debía de irradiar el aura y la esperanza de otro mundo más ancho, el mundo exterior. Más tarde, una mujer me asió las muñecas en señal de agradecimiento, y algunos hombres se llevaron la mano al corazón.

Las clases continuaron durante toda la semana. A veces, cuando los estudiantes se exaltaban inesperadamente, yo sospechaba que el intérprete se inventaba cosas. Pero las dos veces que lo sustituyó una joven, antigua profesora, que traducía mis palabras con cálida familiaridad, como si yo estuviera contando secretos, se creó en la clase una atmósfera íntima, y las preguntas que me hacían se multiplicaron, lo cual me permitió relajarme un poco.

En nuestro primer domingo, Vincent y yo entramos en la abarrotada y baja iglesia de barro.

Las paredes estaban pintadas de azul claro, apenas había ventanas y del techo corrugado colgaban telas brillantes y oropeles navideños. No había altar ni atril, tan sólo una plataforma donde un hombre tocaba la guitarra y otro unos tambores. Nos condujeron a las primeras filas, donde el pastor nos hizo sentar en unas sillas de aluminio frente a una mesa baja con tres botellas de Coca-Cola. Varios hombres caminaban en círculo pegados a las paredes con los brazos en alto y la cabeza echada atrás mientras rezaban con los ojos cerrados en una especie de éxtasis, y una joven que vestía de escarlata cayó al suelo temblando detrás de nuestros asientos, con la mano abierta sobre la cara, lanzando gritos incoherentes.

De uno en uno los fieles (los hombres, sombríos; las mujeres, con coloridos vestidos) se subieron a la tarima. Cantaban himnos de alegría y júbilo que recordaban de sus hogares arrasados, y los tambores y la guitarra de fondo sonaban como una promesa. De vez en cuando, una parte de la congregación se ponía en pie para cantar eufórica, alzando las manos al cielo. Me pareció que Vincent estaba cada vez más inquieto, petrificado en su silla, a mi lado, mientras a mi otro lado Olivier daba un sorbo a su Coca-Cola y seguía el ritmo con los pies. Atónito, yo sólo confiaba en que no nos pidieran que subiéramos a hablar. Esperaba que diera comienzo el familiar oficio del seminario (profesión de fe, oración de intercesión), pero eso nunca ocurrió. Hombres y mujeres demacrados por el hambre caían presa de arrebatos de éxtasis, mientras niños entraban y salían siguiendo el ritmo de la música, y la congregación clamaba al cielo hosanna y amén meciéndose al unísono. Pero de vez en cuando de la celebración surgía un discordante lamento por las pérdidas, cuyas improvisadas palabras clamaban por una Nueva Jerusalén donde no hicieran falta gobiernos ni Naciones Unidas, y hubiera sólo una paz duradera. Durante cuatro horas no se escuchó ni una oración de perdón o arrepentimiento, ningún Kyrie Eleison por los pecados. Estaba completamente desconcertado, era como si el sufrimiento los hubiera absuelto de toda culpa y fueran libres.

Luego Olivier comenzó el sermón. Durante una hora entera pidió a la congregación que buscara a Jesús. Descendió de la tarima para colocarse en el pasillo entre los bancos, gritando, agitando las manos en el aire y a veces susurrando. Más tarde me contó lo que había predicado, pero en ese momento sólo pudimos observarlo estupefactos mientras bailaba entre nosotros, recitando a gritos el versículo de Mateo: «Pedid y se os dará; buscad y hallaréis; llamad y se os abrirá». Al principio los feligreses no se atrevían a moverse, pero luego estallaron en loas que culminaron con los gritos de «¡Oh, Jesús!». Al poco rato ya no me atrevía a mirar a Vincent. Olivier repetía implacablemente su mandato, como si la pura fuerza de la voluntad y los conjuros pudieran prevalecer. Repetía «¡Llamad! ¡Llamad! ¡Llamad!», mientras golpeaba con los nudillos el extremo de los bancos y la tarima de madera para sumirse luego en un teatral silencio, como si por un momento se diera por vencido, y terminar alzando de nuevo las manos mientras se inclinaba hacia delante en una postura ridícula y gritaba: «¡Buscad! ¡Buscad! ¡Buscad!», mostrando sus dientes resplandecientes a la concurrencia, que estalló en aplausos y aleluyas. «Porque quien pide, recibe...». De vez en cuando tomaba la caja de la colecta con la que se alimentaba a los huérfanos del campamento, y un feligrés se acercaba y dejaba caer una moneda; y hasta una solemne anciana dio unos pasos para acercarse, se quitó un collar de oro salvado del naufragio de su vida, y lo depositó con las demás ofrendas.

—Olivier es un perfecto payaso..., esta gente...—murmuró Vincent.

Al final hicieron cola para que el pastor les diera la bendición, mientras volvían a ponerse a cantar sobre la tarima y un hombre bailaba y daba golpes al tambor que tenía entre las piernas con

expresión grave. Aquel hombre nunca se unió a los demás, sino que siguió golpeando secamente el tambor hasta mucho después de que el último grupo terminara de cantar. Durante un buen rato la concurrencia parecía resistirse a abandonar la iglesia, y una pavorosa tristeza se apoderó de ellos. Las mujeres esperaban y murmuraban entre ellas, con los bebés dormidos en sus regazos, y los hombres permanecían junto a la puerta sin terminar de marcharse. En la tarima, el hombre seguía tocando el tambor monótonamente, y yo lo miré deseando que se detuviera. El incansable ritmo de fondo se parecía demasiado al sonido de la realidad, como si todo el furor y júbilo fueran tan sólo un ilusorio alivio de lo que les aguardaba en el exterior.

Al principio ni me fijé en ella. A veces se quedaba detrás de mí, traduciendo las clases de Biblia: era una joven impecablemente ataviada con el cabello peinado hacia atrás. Hablaba con tanta precisión que parecía innecesario preguntar nada más. Yo la conocía por el nombre de Chantal. Una vez, al final de la tercera clase, me preguntó si había entendido correctamente una expresión que yo había usado. Recuerdo que las palabras fueron «vestigio de la memoria», y yo las había pronunciado dubitativamente. Empezaba a preguntarme si de verdad tenía algo que enseñarles a esas personas. ¿Qué cosas nuevas podía enseñar que no hubieran vivido en sus propias carnes?

Un vestigio de la memoria, le dije inseguro, era quizá el borroso recuerdo de algo que había ocurrido hacía mucho tiempo, incluso de algo imaginado.

—¿Puedes recordar algo que nunca existió?—preguntó frunciendo el ceño.

—No estoy seguro—le respondí sintiéndome algo estúpido—. Supongo que imaginas algo y luego recuerdas lo que imaginaste. Y entonces acabas recordando los recuerdos.

—En kiñaruanda no existe una palabra para eso.

Pude oír el sonido de mi propia risa, un estallido corto y seco, como el de Vincent, una risa estúpida, y de inmediato aventuré:

—Aquí tenéis demasiados recuerdos reales...

—Sí, claro—admitió, y de repente su mirada se hizo más dulce e insegura.

Y entonces empecé a reparar en su belleza. Parecía querer adoptar una indiferencia con la que intentaba protegerse, una mirada que, por otro lado, había visto allí en muchas mujeres. Yo me figuraba que sus rasgos (la amplia nariz y los labios gruesos, los pómulos altos y delicados) armonizaban a la perfección en un rostro que parecía una máscara de una serenidad desconocida, y la mirada de sus ojos rasgados ocultaba pensamientos que yo era incapaz de adivinar. Continué diciendo tonterías:

—Debe de ser muy difícil... La vida aquí ya es de por sí muy difícil, pero los recuerdos..., eso tiene que ser... Olivier dice que los recuerdos hacen huir de Ruanda a la gente, pero también les hacen desear el regreso.

—No es posible regresar a Ruanda. Nuestros hogares ya no son nuestros. Si volvemos, nos matan. —Y a continuación trató de cambiar de tema—. ¿De verdad quieres saber estas cosas?

—Sí.

Reculó un poco hacia la valla de broza. Sus palabras seguían siendo precisas, como si aún estuviera traduciendo.

—A nuestros líderes ya los han asesinado, y vendrán cosas peores—explicó señalando el patio donde los últimos estudiantes se disponían a marcharse—. Nadie quiere quedarse aquí. Lo

peor es la desesperación. Pero debemos tener esperanza. Puede que al final nos alojen en Tanzania, pero nunca será nuestro hogar.

—¿Y si es así?

—Seremos campesinos, cultivaremos maíz.

—¿Pero tú qué vas a hacer?

—Me gustaría volver a enseñar. En mi hogar enseñaba inglés. Es bueno oírlo de un verdadero inglés—dijo sonriendo—. Puede que empiece a hablar como la BBC.

Me volví a reír, y topé de nuevo con sus extraños ojos almendrados, tan separados que me pareció que no me miraba, sino que estaba absorta en sus ensoñaciones íntimas.

—Si te marcharas, ¿adónde irías?—le pregunté.

—A Tabora o a Dar es-Salam. Pero se necesita dinero para eso. Y mi madre está muy enferma. El viaje la mataría.

—¿Y tu marido?—solté cruelmente.

—No tengo marido—respondió mirando al vacío, por encima de mi espalda—. Muchas cosas te van a sorprender aquí. Creo que vienes de un buen país. El nuestro no es un buen país. Mi pueblo pertenecía a una Iglesia, pero los cristianos fueron a matarnos. Incluso nos persiguieron en las iglesias. Eran conocidos, vecinos.

—¿Eran más pobres que vosotros?

—Todos iguales, todos fueron a mi escuela. Mi padre era farmacéutico y los trataba igual. Tutsis y hutus se casaban entre ellos. Mi pueblo tenía un poco de ganado, era la única diferencia. Una noche los hutus vinieron y cortaron las patas de nuestras vacas. Ese día nos asustamos.

Más tarde Olivier me contó que la historia de Chantal era muy común por aquellos lares. Los hutus entraron a robar en la tienda del padre y le reventaron los sesos a palos, luego mataron a su marido en la carretera. A ella la encontraron inconsciente, con la ropa desgarrada, sosteniendo la cabeza de su padre.

Los callejones no parecían tener ningún orden excepto por los números pintados con tiza en las puertas. Sólo el andamiaje del tanque de agua de las Naciones Unidas se elevaba más de un piso. Aquí y allá podía leerse en alguna pared pintada MAGASIN o COIFFEUR POUR FEMMES y atisbarse por la ventana a alguien que trataba de retomar su antigua profesión, pese a que jamás parecía haber clientes.

Caminé por esas calles durante horas mientras harapientos niños me llamaban gritando «*Musotho!*», ‘hombre blanco’, o «*Bonjour mister!*» y dejaban de jugar con sus pandillas para observarme. Uno de ellos, un huérfano llamado Raphael, me dio la mano y me siguió, mirando hacia arriba con ojos perplejos, sin decir nada. Pero había rostros con los que acabé familiarizándome. Muchos de los que me saludaban parecían inocentemente agradecidos, como si confiaran en que el resto del mundo no se hubiera olvidado de ellos. Siempre nos saludábamos de la misma manera («¿Qué tal? ¿Todo bien?», «¡Todo bien!») y los estudiantes de la escuela de Biblia venían para conversar chapurreando francés entre tímidas sonrisas. Era fácil olvidarse de las tragedias que habían sufrido.

Los domingos se instalaba un alborotado mercado en la calle, pero la única comida a la venta eran tomates y mandiocas, y algunos mejillones y espadines del río local. Advertí que tenía lugar

un tranquilo intercambio entre carboneros y quienes querían trocar sus raciones de parafina o aceite para cocinar, y llegó un comerciante de Tanzania que, tras regatear con las mujeres, les compró las joyas a un precio muy por debajo del que habrían tenido en la ciudad. La relación entre el valor del tiempo y el del dinero se había vuelto ridícula: vi a personas que pasaban todo el día sentadas en el mercado ofreciendo un candado, un broche barato o un puñado de anzuelos para pescar sin lograr vender nada.

Detrás de los saludos, los juegos de niños y los sonrientes rostros percibí un trasfondo sombrío: una especie de agitada languidez que, pensaba, ocultaba rabia y recuerdos espeluznantes, aburrimiento y una agrídulce añoranza de la tierra natal. Algunos jóvenes me abordaban al salir de la cabaña para preguntarme si podía procurarles un permiso de trabajo en Estados Unidos o un visado para Inglaterra. Otros me contemplaban en silencio desde el umbral de su puerta o andaban por los callejones desviando la mirada. Tenía la impresión de que siempre había uno o dos de ellos que vivían al margen de la realidad, incluso durante las clases de Biblia, mirando sin interés, o con un interés que sólo ellos conocían. De vez en cuando veía aparecer a otros hombres más enigmáticos: tipos resueltos en trajes deslumbrantes que debían de venir del exterior del campamento. Sin embargo, la ciudad más cercana estaba a más de ciento cincuenta kilómetros de distancia. Me angustiaba pensar que si los hutus y los tutsis eran en esencia el mismo pueblo, tal como había contado Chantal, lo que unos habían sido capaces de hacer podían devolvérselo los otros para vengarse.

Las noches parecían eternas. A veces Olivier nos invitaba a cenar con él, y me inquietaba que Vincent pudiera ofenderlo, porque se quejaba de las mezquinas vanidades de Olivier cuando oficiaba en la iglesia, de que no cumpliera las obligaciones pastorales y de su ignorancia en general. Lo llamaba «el curandero».

Pero la mayoría de veces Vincent y yo comíamos el maíz hervido solos. Colocábamos una lámpara de parafina entre nosotros, a cuya luz Vincent leía de noche. Se había traído la colección entera de la *Dogmática eclesial* de Barth, y a veces, cuando me despertaba de un sueño intermitente, me lo encontraba todavía leyendo, sus adustos rasgos intensificados a la luz de la lámpara, siguiendo el texto con un dedo. En cuanto a mí, al final del día solía estar agotado y sumido en una extraña incertidumbre hastiada. Algo parecía estar consumiendo mis energías. Me arrodillaba en mi manta en presencia de Vincent, e intentaba rezar en la oscuridad, bajo el mosquitero. Pero mis pensamientos siempre acababan nublándose y me ponía a divagar. Era como si hubiese olvidado cómo hablar con Dios. Y cuando pensaba en el seminario, sólo recordaba aulas a mucha distancia, tenuemente iluminadas por un sol inglés, aunque hacía apenas tres semanas que nos habíamos marchado. Debería haberme preocupado, pero estaba en un estado de adormecida confusión, como aguardando a que algo ocurriese.

A la tercera semana había perdido mucho peso, lo cual parecía acercarme a los refugiados. Me imaginé que las punzadas de hambre en el estómago, la sensación de vacío, eran signos de abnegación o de penitencia. Como en un ritual de expiación me puse a recorrer el lugar y en uno de los callejones vi a gente salir de una diminuta choza en la que ya me había fijado antes. En la puerta había una espiral dibujada con tiza. Al principio, escudriñando la oscuridad, pensé que la choza estaba vacía, pero finalmente vi bajo mis pies un círculo blanco y una estrella en el suelo de barro. En la repisa de una pared había varias ofrendas desperdigadas: raíces de mandioca, algunas piedras pulidas, un cuenco de agua, y en una esquina una máscara roja. Había entrado en un santuario para los ancestros, y estaba ante las ofrendas a los muertos. Durante un buen rato el

cuenco de agua me desconcertó. Moje los dedos. Mi madre me había pedido agua con la boca reseca, y no había podido complacerla: quienes sufren un derrame cerebral pueden atragantarse con el líquido. Oí unas voces de mujer cerca de la puerta, pero luego se apagaron. Mis ojos se acostumbraron a la oscuridad. El agua en la repisa brillaba sobre la pared vacía. En el cuenco flotaban jejenes muertos, pero el agua se ofrecía a un pasado vivo. Al salir de nuevo a pleno sol, deslumbrado, tuve que parpadear, y como además me subí los pantalones porque resbalaban ridículamente de mi cintura cada día más delgada, Raphael, que me estaba esperando fuera, se rio por primera vez: fue una desagradable carcajada repentina, como el repiqueteo de una lata.

Esa mañana el patio de Olivier se llenó de asistentes a mi clase de Biblia. Los rostros levantados hacia mí parecían más relajados y locuaces que de costumbre, y respondí a sus preguntas con aparente seguridad. Pero a medida que yo subía el tono de voz, tuve la impresión de que ésta se divorciaba de mi cuerpo, como si fuera otra persona la que estuviera hablando—quizá Vincent—, y empecé a despreciarla. Cuando hablaba a aquellas personas extasiadas sobre la voluntad de Dios o la bondad del Señor, las frases sonaban huecas en mi garganta, aunque nadie parecía darse cuenta.

Pero yo era consciente de que quería causar cierta impresión. Chantal estaba detrás de mí, traduciendo con su meticulosa voz. A veces, mientras daba la clase, yo no pronunciaba las palabras para mis estudiantes, sino para ella, y sólo entonces las palabras de amor o de compasión parecían cobrar sentido. Leí la parábola del buen samaritano y el principio del Sermón de la Montaña. Cada vez que hablaba y ella se volvía hacia mí, se formaba entre sus ojos una pequeña flor de Lis, de lo concentrada que estaba, y la ilusión de nuestra unión—nuestra misión en común—tenía en mí el efecto de una curación indescriptible. «Bienaventurados los pobres de espíritu, porque suyo es el reino de los cielos». En esos intercambios (yo los consideraba intercambios) me liberaba de una pesada carga. Mis palabras sonaban a música en su voz, e imaginaba que se acurrucaban detrás de sus ojos mientras yo hablaba. «Bienaventurados los que lloran, porque serán consolados».

Más tarde, para mi sorpresa, se acercó a mí y me preguntó:

—¿He hecho algo mal?

—No, en absoluto.

—Tú siempre me miras.

—Traduces muy bien.

—¿Cómo lo sabes?—replicó sonriendo.

—Por la cara de los alumnos.

Había vuelto a detenerse cerca de la valla de broza.

—Pero aún usas algunas palabras que no conozco. Quizá no existen en nuestra lengua. Y las nuestras no existen en la vuestra.

Podría haber respondido piadosamente que Dios habla todas las lenguas, pero le dije:

—Siempre hay cosas que no podemos entender.

—Sí—contestó en apariencia satisfecha con la respuesta—. Pero estamos todos felices porque estás aquí y nos hablas de Jesús. Y también monsieur Vincent. Aunque él no es feliz con nosotros.

—¿Por qué piensas eso?—pregunté sobresaltado.

—No le gusta Papa Olivier. Todos lo vemos. No le gusta nuestro oficio religioso.

—Nos sorprende que no haya oración, sólo sermones y música.

—La música es nuestra oración—dijo tocándome el brazo con su mano de dedos finos y huesudos. (Allí conocías a la gente por sus manos)—. ¿Sabes? Esta Iglesia es buena para nosotros, especialmente para las mujeres. No estamos protegidas en este campamento, las mujeres solas y las niñas. Los viejos sistemas han desaparecido. Ya no hay ancianos ni *inyangnmugayo*. Nuestras familias están rotas. Algunas tenemos miedo.

—¿Tú también?

—Yo me iré cuando mi madre esté más fuerte. Pero no tenemos dinero.

No estaba suplicándome ayuda de forma indirecta (ni siquiera se le habría ocurrido). Pero en mi mente acaricié un fugaz sueño. ¿Cuánto costaría cambiarle la vida? A lo sumo trescientas o cuatrocientas libras. El sol, casi en el cenit, pegaba fuerte, y ella dio unos pasos hacia atrás hasta que la valla le dejó el rostro en la sombra.

—Es difícil para ti entender este lugar—me dijo—. Aquí, la gente se esconde. Esconden lo que saben. Esconden cosas robadas. Incluso esconden a sus hijos lisiados porque temen que les traigan mala suerte. —Hizo ademán de marcharse, pero se detuvo al sol. La mushanana que llevaba dejaba un hombro descubierto y perfilaba uno de sus pechos. Tenía la piel sedosa y era un poco más clara que en el rostro—. También esconden armas.

—No lo sabía.

—Papa Olivier no te lo habría dicho. No las ves, pero este campamento está lleno de pistolas. Nuestros jóvenes no tienen paciencia. ¿Has oído hablar de los *inyenzi*, las cucarachas? Los llaman así porque salen de noche. Son nuestros tutsis, luchando por regresar. En el campamento todavía hablan de regresar, aunque yo creo que es imposible. Pero están por todas partes...

Mientras hablaba, absorto en el misterio de sus ojos y la belleza de su pecho enhiesto, perdí el hilo de las importantes cosas que me contaba. Nada podía leer en su mirada, fija en algún punto impreciso. A veces se me antojaba serena, desapasionada, y otras sus ojos parecían afligidos o incluso despiadados.

Las cosas no mejoraron. Las noches de doce horas eran interminables, y el calor seco nos dejaba aturdidos y aletargados. A veces Vincent y yo reforzábamos nuestra dieta con un huevo o algún espadín de río que freíamos en la estufa de parafina. Pero cuando me afeitaba frente al espejo veía mis ojos brillar febrilmente y mi cabello cubierto de polvo rosa.

El deterioro físico y las horas de ociosa oscuridad me habían sumido en un ensueño. Chantal ocupaba todos mis pensamientos, imaginaba qué pensaría, fantaseaba con su cuerpo. El color más bonito era el negro: su oscuridad de caramelo. En mis ensoñaciones besaba sus carnosos labios. En una noche imaginaria en que hacíamos el amor, desperté de pronto: su ausencia había humedecido la manta. Luego soñé con llevarla conmigo. Varias veces al día daba un rodeo desde nuestra choza hasta la suya (igual que todas las demás salvo por el número, el 147c). Normalmente no se oía nada, la puerta estaba cerrada; pero en una ocasión apareció su madre (una mujercita arrugada que me saludó fríamente) y en otra la propia Chantal, impecable con su mushanana carmesí, pero no me invitaron a pasar. Luego me dediqué a rumiar sobre sus espontáneos comentarios, buscando algún mensaje entre líneas. ¿Qué era lo que habría querido decir con «Siempre andas de aquí para allá, ¿adónde vas?» o «¿Podrías explicarme qué significa *renuncia?*».

Vincent no se había dado cuenta de mi estado anímico. Estaba harto del trabajo que le habían asignado: ocuparse de los trámites legales tanzanos para la incorporación de la iglesia.

Consideraba que no estaba allí para eso y sólo lo seguía haciendo porque estaba a punto de completarlo. Tenía las mejillas hundidas y en su forma de caminar y hasta de comer se advertía el hastío y el cansancio.

Una noche, mientras terminábamos de cenar, me dijo:

—Hoy he visto un lugar terrible. —Y supe de inmediato que había descubierto el santuario de los ancestros—. Había una mujer ofreciendo una botella de zumo de baobab a los espíritus muertos mientras murmuraba cosas. —Casi no nos quedaba parafina y apenas podía distinguir su rostro a la luz de la lámpara, pero podía imaginar perfectamente su severa mirada—. Un lugar como ése no debería existir en una comunidad cristiana. Pero cuando se lo he contado al curandero Olivier, se ha limitado a contestarme que su pueblo es así. Dice que rezan por sus parientes cristianos.

—Yo sólo vi unas raíces de mandioca—dije—y un cuenco de agua.

—Entonces, ¿conoces el lugar? No me lo habías contado. ¿No te indignó?

Pero lo que yo había sentido ante al santuario era algo incoherente, confuso. Y cuando me hice la eterna pregunta—¿qué habría dicho Nuestro Señor?—no supe qué contestar.

—Pocos siglos atrás también nosotros rezábamos por los muertos—le respondí—. Acuérdate de los monjes en Athos...—añadí pensando en las calaveras del osario a la espera del Juicio Final.

—Stephen, ese santuario no ofrece amor a los muertos, sino que apacigua a los ancestros. Puedo oír cómo se enojan sus espíritus, cómo se exasperan si no reciben algo.

—Tal vez los echen de menos. Creen que los ancestros viven en sus casas, como parte de la familia. —Me lo había contado Chantal—. Pero sus casas han sido arrasadas. Quizá no saben dónde están sus muertos...

Vincent se quedó en silencio. Luego contestó:

—Todavía veneran a un dios africano. Se les debe enseñar la Trinidad. Hoy alguien me ha preguntado: «¿Por qué era judío el hijo de Dios?». ¿Cómo se contesta a algo así? ¿Qué tienen en la cabeza?

El dios africano. Cuando les leía a los estudiantes las historias del Antiguo Testamento o los milagros de Cristo, las comprendían y aplaudían con entusiasmo. Deseaban que les diera alegría y esperanza. Eran como los Hijos de Israel deseando poder regresar a su hogar. Pero cuando había intentado exponer la doctrina de la redención, había advertido que recibían mis palabras sobre un dios complicado y extraño en absoluto silencio, y la situación empezaba a resultarme deplorable. Pensé que quizá sólo me escuchaban porque era blanco. Mi dios era un dios blanco y postcolonial forjado en el lejano norte. Sus muertos no estaban en el cielo, sino que se reunían con toda la familia en torno al fuego y escuchaban. A veces pedían agua a gritos. Pero Vincent se exasperaba, todo aquello le olía a herejía. En tiempos del seminario, él había guiado mi pensamiento casi con afecto pastoral, y yo lo tomaba por un ejemplo de probidad. Pero ahora me resistía y me enfadaba. La causa de ello quizá fuera el aislamiento, o alguna inquietud interior, o mi obsesión por Chantal. En cualquier caso, de repente le contesté:

—¿Por qué no deberían tener un dios africano? ¿No abraza también la fe a los monjes de Athos, a nosotros y a estos pueblos?—Y tras una pausa añadí—: En eso consiste la belleza del cristianismo, ¿no crees, Vincent?, en que se amolda a diferentes culturas...

Pero incluso mientras hablaba me di cuenta de que mi voz sonaba un tanto desesperada.

—Athos no es lo mismo—me interrumpió Vincent—. Los ortodoxos tienen un credo, estudian. —Parecía haber olvidado cuánto lo habían exasperado—. Cada monje tiene un mentor, un confesor personal, ¿sabes?, lo descubrió Ross—dijo pronunciando el nombre con ternura—. Pero aquí la gente carece del concepto del arrepentimiento o de la salvación por medio de Cristo. Su fe es un narcótico.

—Quizá han sufrido demasiado—dije—. A lo mejor creen que ya lo han expiado todo.

—La única expiación posible es a través de Cristo, ya lo sabes. Además, este lugar está plagado de criminales. El curandero está denunciando casos de adulterio y violación constantemente. A veces las víctimas acuden a los servicios de la iglesia. Se presentan en la clínica de las Naciones Unidas. Algunos han cometido asesinatos. No seas condescendiente con ellos, Stephen, no les harás ningún favor.

Y apagó la lámpara como si quisiera silenciarme. Lo oí tirar bruscamente la camisa y el pantalón a un metro de la manta y meterse dentro de la mosquitera. Al cabo de un minuto, cuando yo creía que ya había terminado, lo escuché decir:

—Stephen, tenemos el deber de salvarlos. Un deber bondadoso. Para eso vino Alan a este lugar.

Hacía días que no mencionaba a Alan, pero finalmente su prometida figura empezaba a perfilarse en nuestra conciencia: Alan enfermo de malaria postrado en una cama en alguna ciudad al este cuyo nombre no sabíamos pronunciar; Alan, quien posiblemente tenía planes para nosotros de los que nunca nos habían informado. Los primeros días solíamos decir: «Eso ya nos lo explicará Alan cuando vuelva». Pero llevábamos allí más de cuatro semanas y todavía no había regresado.

—Alan habla la lengua de esta gente—dijo Vincent—. Habla kiñaruanda. Cuando vuelva sabremos mejor cómo definen aquí las doctrinas fundamentales. A saber cómo interpretan las cosas aquí. Por ejemplo, tus clases de Biblia.

—La mujer traduce bien—le comenté.

—¿Cómo lo sabes?—Era la misma pregunta que había hecho ella.

—Los estudiantes la escuchan.

—Me pregunto—me dijo con su habitual tono aleccionador—cómo entiende ella el perdón de los pecados o la Pasión. Esta gente...

—¡No hables así de ella! Entiende el sufrimiento mucho mejor que tú o yo. Su padre fue asesinado ante sus propios ojos.

—Lo siento—se apresuró a retractarse él con aquella característica humildad con la que a veces se ganaba mi afecto—. Lo siento, en serio...—Supongo que mi tono delataba mi desaprobación—. Tienes razón, es terrible...—Vincent no encontraba las palabras con las que enmendar su condescendencia—. La cantidad de padres muertos entre los refugiados es terrible... —Y finalmente, en la oscuridad, oí que se volvía y me daba la espalda.

Entonces me acordé de lo que Julian me había contado: Vincent vivía a la sombra de su padre. Recordé que en una ocasión, estando yo con Vincent bajo la cúpula de la iglesia de un monasterio en Athos, vi cómo se le iluminaba el rostro al contemplar con el asombro de un niño el fresco del Pantocrátor que nos observaba desde la bóveda: era un Dios Todopoderoso patriarcal que sostenía el Evangelio en una mano mientras alzaba severamente la otra para bendecir con restricciones.

Poco después, mientras llegaban los alumnos a mi clase de Biblia, el intérprete masculino me comentó que Chantal estaba enferma, y durante toda la clase la inquietud y la culpa me impidieron concentrarme: quizá necesitaba ayuda, quizá algo estaba cambiando.

Habría sido absurdo que me sorprendiera la miseria de su casa: no era diferente de la que había visto en el resto. Ella y su madre dormían una frente a la otra en bajas plataformas de ladrillos cubiertas con mantas sucias, y guardaban sus enseres en dos cajas de madera. En un rincón de la cocina había algunas ollas y un pote de mandioca, además de una silla rota.

Su madre cerró la puerta detrás de mí. Mascullaba palabras entrecortadamente y sólo al cabo de un rato me di cuenta de que hablaba francés. Sin levantar la mirada del suelo dijo:

—*Le Papa anglais est ici.*

Al principio pensé que Chantal no estaba. La luz entraba por una ventana lateral en cuyos bordes había cristales rotos. La anciana se sentó en la silla, sin hablar. Entonces vi moverse la manta y de pronto Chantal se dio la vuelta y me miró, recostando la espalda en los ladrillos enjalbegados. Me di cuenta de que temblaba.

—¿Por qué has venido?

—Me han dicho que estabas enferma.

Se apartó el pelo de la cara y tiró del cobertor para taparse. Parecía confusa.

—No podemos ofrecerte nada.

—No quiero nada, vengo para ayudar.

—Eres muy bueno—dijo tras exhalar un largo y trémulo suspiro. Sus ojos por fin se habían posado en mí—. Pero no hay nada que hacer. Son recaídas.

—¿Tienes malaria?

—Sí.

Bajo el fino cobertor veía temblar ligera pero continuamente todo su cuerpo. Pero la estación de lluvias había terminado, casi no había mosquitos.

—¿Cuándo la contrajiste?

—El año pasado. La malaria vuelve. Ahora tengo frío, pero en un rato estaré ardiendo. Luego se va.

—¿Quieres más mantas? ¿Puedo traerte algo de la clínica?

Sus hombros se estremecieron de frío y el espasmo recorrió todo su cuerpo cubierto.

—La clínica no tiene nada para esto—murmuró.

Saqué una caja de aspirinas que había llevado—«menos es nada», pensé—y luego la cubrí con otra manta que cogí de la cama de la anciana.

—El frío no significa nada—dijo—. Es sólo una sensación.

Encontré una botella de agua en el estante de la cocina.

—La aspirina te aliviará el dolor. ¿Te duele?

—La cabeza—dijo cerrando los ojos—y la espalda..., como a mi madre—añadió esbozando una sonrisa—. Y los hombros. —Y se volvió a estirar.

Arrodillado junto a su cama, le sostuve la cabeza con la mano y luego le acerqué la botella a los labios. La repentina intimidad de la situación (me di cuenta de que nunca la había tocado) me infundió una cálida ternura mezclada con un miedo irracional a que se estuviera muriendo. Notaba

su cabello áspero y encrespado en la palma de mi mano y el peso de su cabeza. Puse una aspirina entre sus gruesos labios, deseando besarlos, e incliné la botella de agua hasta que el comprimido cayó en la punta de su lengua.

Esperé hasta que dejé de notar el temblor bajo las mantas para estar seguro de que se la había tragado. Los ojos permanecían cerrados. Se quedó rígida en la cama, pero luego otro espasmo le recorrió el cuerpo.

—¿Qué puedo hacer?—susurré.

—Eres muy amable, Papa.

—Yo no soy Papa, no me he ordenado, Chantal. Soy Stephen.

—Stephen—repitió ella con una voz perpleja, ronca, desconocida.

Entonces la madre se inmiscuyó con un torrente de palabras incomprensibles. Había olvidado de que estaba allí. Se levantó haciendo crujir la silla y se quedó de pie junto a Chantal. Le dio un codazo y Chantal abrió los ojos.

—Mi madre cree que me pasa algo en la cabeza—dijo—. Dice que es un tío mío el que lo provoca... Ella no sabe nada.

—¿Cómo lo provoca?

—No lo hace, está muerto, pero ella piensa que su espíritu es maligno.

Me pregunté si la anciana estaba loca. Tenía la espalda tan jorobada que la cabeza se inclinaba hacia delante hasta que casi no era posible verle la cara, y pegaba al pecho sus manos (extrañamente pequeñas y delicadas).

—Dice que el cerebro es un viaje—prosiguió Chantal—. Se enreda, como la vida, y luego se desenreda...—Entretanto la madre continuaba de pie junto a la cama de Chantal. Su voz parecía provenir de lo más profundo de su cuerpo lisiado—. Según ella, algunas partes del cerebro son oscuras, otras claras. Eso es lo que causa dolor o alivio. El cerebro se desenreda para alcanzar su destino. Eso es la vida.

En aquella habitación claustrofóbica donde retumbaba con profética profundidad la voz de la anciana, tuve la sensación de que quizá era poseedora de algún tipo de conocimiento secreto. Después de todo, ella había visto el cerebro de su marido esparcido sobre el suelo de su tienda, desenredándose en las manos de su hija.

—Ya me voy—le dije.

Pero para mi sorpresa Chantal me respondió:

—Me gusta que estés aquí.

La anciana, con mucho esfuerzo, alzó la cabeza para mirarme. Tenía los ojos nublados pero afables.

—*L'âme de Nishyimimana va dans un voyage sombre*—dijo.

—¿Cómo te llama tu madre?—le pregunté a Chantal.

—Nishyimimana. Es un nombre kiñaruanda.

Le dije que era difícil de pronunciar, pero me pidió que lo intentara. Su padre la había llamado Chantal porque de pequeña le gustaba cantar, pero ahora aquel nombre le entristecía. Pensé que quizá a partir de entonces yo podría llamarla Nishyimimana, 'Gloria a Dios', y me alegró que ella me hubiera confiado aquel nombre. Era como si sólo yo lo supiera. Mientras hablábamos, había dejado de temblar. Me contó que había oído decir a alguien—en sus labios volvió a esbozarse una sonrisa—que Chantal significaba 'piedra'. Arrastrando los pies, su madre

volvió a sentarse y empezó a tararear una canción.

El rato que pasé sentado junto a Chantal me pareció muy largo. Ella se había adormecido. El canturreo de su madre se fue apagando. Sentado al borde de la cama, yo tenía mi mano junto a la de Chantal, fina y estrecha, los tendones como cuerdas de una lira, sin anillo. Fantaseé con cogerla, pero no lo hice. Estar sentado en aquella habitación sin luz me apaciguó. Su mushanama carmesí estaba colgaba en lo alto de la pared. Tal vez fuese su único vestido. Afuera, el ruido de los callejones parecía llegar desde muy lejos. Podría haberme levantado y marchado, sin embargo quedé atrapado en una euforia inmóvil, sentado a su lado sobre los duros ladrillos.

Al cabo de una hora más o menos Chantal empezó a agitarse y se le aceleró la respiración. Sus ojos se abrieron entre parpadeos. Me pareció ver unas sombras agitándose bajo la piel de su cara. Sus ojos oscuros tenían el vidrioso brillo de la fiebre.

—Esto es lo que ocurre—dijo.

Cuando puse mi mano en su frente, la sentí caliente y áspera. Vertí agua fría en mi ancha manga y le humedecí la cara. No sabía qué otra cosa hacer. Su piel estaba ardiendo. Veía el dolor en sus ojos: un dolor contenido que trataba de ocultar. Oí cómo mi propia respiración se aceleraba al ritmo de la suya. Había quien moría de malaria. Ella empezó a gemir suavemente.

—No puedes quedarte aquí—me oí decirle—. Quiero que salgas de este lugar.

Entonces su penetrante mirada me traspasó. Sus ojos habían perdido la calma etérea, se habían vuelto inquietos y delataban miedo. Y me contagiaron el pánico, pensé que podían cerrarse para siempre. Le acaricié la mano, la cogí, y también la noté caliente, seca. Sus dedos se cerraron entre los míos.

—¿Cómo saldré?

—No lo sé. Pero no puedes quedarte aquí. —Miré a mi alrededor, las paredes enjalbegadas y agujereadas, las ventanas rotas (¿quién había intentado entrar?), el techo corrugado con los bordes oxidados, el suelo de barro—. Te voy a encontrar otro lugar.

—No hay otro lugar.

—No te puedo dejar aquí—dije, imaginándome que me correspondía al notar que su mano se aferraba a la mía—. Voy a cuidar de ti.

Ahora me avergüenzo de esas palabras, de la ingenua pasión y la ignorancia. Era prisionero de la vertiginosa fuerza de su mirada y del pánico que su delirio febril me había causado: pensé que era demasiado delicada para sobrevivir en el campamento. Le pasé la manga húmeda por las mejillas y el cuello, pero no pareció notarlo. Se había destapado y sus hombros negros contrastaban con el cobertor blanco. Tenía el cuerpo empapado en sudor, pero ni siquiera entonces fui capaz de apartar la mirada de los senos bajo la camisola.

Me percaté de que su madre estaba acucillada a mi lado, acariciando los pies de Chantal. Un poco más tarde, cuando le bajó la fiebre (iba y venía), Chantal soltó mi mano.

—Stephen, tú vete ahora. Pronto voy a sudar. Es feo, me da vergüenza.

—No me importa.

—Vete ya, estoy bien—dijo esbozando una sonrisa de nuevo—. No me muero.

Al otro lado de la puerta, que la madre cerró de inmediato a mis espaldas, descubrí desconcertado que todo seguía igual que antes: el mismo sol sobre las callejuelas llenas de basura desparramada, las mismas ventanas tapiadas, la misma ropa tendida de los tejados de paja. Era como si en el tiempo ordinario nada hubiese ocurrido, como si la puerta 147c fuera la entrada a mi

imaginación, donde había alargado el brazo para coger la mano de Chantal.

No acababa de entender a Olivier. Aun siendo pobre, vivía un poco mejor que sus feligreses y, como ellos, se alimentaba a base de maíz. Creo que era a un tiempo interesado y benévolo. En el recinto de la iglesia había una pocilga con siete cerdos, pero nunca llegué a saber a quién pertenecían. La huérfana que había adoptado no parecía más que una sirvienta. Pero Olivier había abierto una escuela para chicas traumatizadas donde aprendían a coser; las chicas se sentaban frente a las Singer en un cuarto detrás de su oficina y a veces se las oía reír.

Olivier apenas conocía a Chantal. Ocasionalmente le daba trabajo porque ella sabía inglés, pero todos los traductores eran hombres y éstos recelaban un poco de ella. Tal vez era un enigma incluso para sus paisanos. Olivier la definía como una viuda sin hijos, como si su vida estuviera acabada.

Durante esos días yo había perdido el control sobre lo que me estaba ocurriendo. Me repelían mis demacradas facciones en el espejo. Continuaba dando clases de Biblia, pero los rostros que tenía delante me parecían más misteriosos que antes, como si ahora entendieran cosas que yo había olvidado. Caminaba compulsivamente, pero esperaba no toparme con nadie conocido. A menudo andaba cabizbajo, como los inquietantes jóvenes que recorrían las calles sin sonreír. A veces el huérfano Raphael trataba de acompañarme, aferrándose de mi mano, y había empezado a susurrarme «¡Papa, Papa!», como si aquel mantra lo tranquilizara pese a hacerme sentir ridículo.

Sólo en un par de ocasiones, durante mis aturdidos paseos de penitente, sentí miedo o compasión por las cosas que vi. Una de ellas no la olvidaré jamás: vi a una niña guiando a una anciana que se cogía al hombro de la pequeña (quizá pertenecían a quienes, según Chantal, se ocultaban en las casas para evitar que la comunidad los acusara de causarles infortunio). La mujer caminaba dando pasitos como una niña asustadiza y la niña con la encorvada ansiedad de los viejos: ambas eran ciegas. Ignoradas por todos, se abrían paso a tientas por las calles. Nadie sabía por qué eran ciegas, o qué clase de atrocidad habrían presenciado sus ojos por última vez. Pero yo las observé hundiéndome en la desesperación, porque sabía que en esa oscuridad no había consuelo posible, ni fe que las pudiera curar.

Siempre he tendido a idealizar el sufrimiento, lo cual en ocasiones me ha llevado a actuar de forma impetuosa y a tener que retractarme luego, o incluso a tener que traicionar. Cuando al día siguiente llamé a la puerta de Chantal nadie abrió. Pero como sabía que la malaria era cíclica (podía desaparecer y luego reaparecer a los dos o tres días) pensé que Chantal, exhausta, estaría durmiendo y me fui. Por las noches hacía montones de planes: cuando concluyera mi labor allí, contrataría a un conductor y la llevaría a Dar es-Salam, donde le alquilaría un apartamento y ella encontraría trabajo de profesora, y yo...

Pero me preguntaba dónde estaban los suyos. ¿Qué quedaba de ellos? ¿Estaba paralizada en silencio mientras conservaba la esperanza de cruzar la frontera y regresar a su hogar? La frontera estaba a tan sólo treinta kilómetros de allí. ¿Cómo de vulnerable sería una mujer sola en la gran ciudad? ¿Cuánto costaría vivir en ella? Y cuando me la imaginaba allí era incapaz de vislumbrar un futuro juntos. Yo sólo tenía el embriagador sueño de amarla, como si ella fuera una actriz en el escenario que yo mismo había ideado; y a medida que pasaba la noche, las cosas que imaginaba se convertían en fantasías que se disolvían al otro lado de la mosquitera bajo la cual Vincent roncaba. La luz de las estrellas africanas penetraba a través de una solitaria ventana, y nada parecía real.

Vincent ya no estaba enfadado. Había acabado el trabajo de oficina. De día visitaba las casas de la forma en que creía que Olivier debería hacerlo. Le acompañaba un joven entusiasta que traducía el mediocre francés de Vincent al bantú y daba simples mensajes sobre el amor redentor de Cristo. A veces me lo encontraba saliendo de las casas de los enfermos, tomando de la mano a los hijos de éstos. Se enteró de que muchos de los bebés que habían nacido en el campamento nunca habían sido bautizados, y con ayuda de un asistente organizó ceremonias en el porche de la iglesia, usando un cuenco esmaltado como pila bautismal. Afirmaba que a aquellas personas había que salvarlas, tenían que estar seguras de su redención, porque en caso contrario más valía no haber conocido al Señor. Nunca había visto a Vincent tan comunicativo y resuelto como entonces. Incluso a altas horas de la noche venían a nuestra choza para pedirle consejo. Todavía pienso en él como un hombre maduro, casi de mediana edad, más experimentado que yo. Sin embargo, sólo tenía veintisiete años.

En aquella época ocurrió una cosa que todavía no consigo explicarme. Vincent y yo estábamos desayunando (un potaje de espinacas y polenta dulce) cuando dijo:

—Hay una cosa que quiero darte. —Y cogiendo su mochila sacó un delgado paquete que luego desenvolvió. Entonces me entregó el icono que Ross le había dado en Athos—. Sabes que no me gustan estas cosas. No me dicen nada.

Lo sostuve perplejo: era la Virgen de la Ternura de ojos rasgados con su hijo en brazos, una baratija. Al recordar la pérdida de Ross, estremecido, me invadió la culpa y no pude evitar soltarle:

—Pero si te lo regaló a ti...

¿Acaso Vincent sí se sentía culpable?

—Ross cometió un error.

—Ya...—asentí yo sin saber a qué error se refería ni qué otra cosa podía responder yo.

Por supuesto, Vincent odiaba los errores. Quizá trataba de borrar de su vida cualquier cosa que a sus ojos la enturbiara o la manchara: cualquier cosa que supusiera un obstáculo a su proyecto de salvar el mundo. Él quería transformarse en cristal puro, idóneo para la labor de Dios.

Al final, murmuré gracias y dejé el icono a un lado, sin saber qué efecto tendría en mi conciencia o en mi memoria.

Cuando llamé a la puerta de Chantal me sorprendió que cediera tan fácilmente a la oscuridad del interior. Entré con cuidado. Al principio no oí ni vi nada. Era como si la oscuridad y la calma de la noche se hubieran infiltrado en la cabaña. Pero había un olor acre en el aire, como si un material sulfuroso se estuviera quemando. Distinguí el rectángulo de la ventana rota colgando en la noche y oí una voz a unos pocos metros de mí. Era la voz, aguda y estridente, de un hombre haciendo preguntas que nadie contestaba.

Finalmente logré verlo: era una enorme silueta inclinada sobre la cama de Chantal. Volvía a hacer las preguntas—chillonas e invocatorias—y al terminarlas se hacía el silencio. Oí el siseo como de una serpiente en el suelo de barro. Mientras el hombre se movía por el borde de la cama, apareció la tenue llama de la estufa de parafina, con su lata para las brasas. El resplandor iluminaba los ojos cerrados de Chantal. Una de sus manos temblaba, y un hilo de sudor se deslizaba a lo largo del nacimiento del pelo. Entre las sombras, donde antes había visto la silueta desdibujada, ahora rondaba un rostro cubierto con una máscara blanca. La ropa del hombre era tan

oscura que el óvalo blanco con los negros orificios de la boca y los ojos parecía flotar, incorpóreo, lanzando miradas lascivas.

Luego, al distinguir un hilo de sangre en la frente de Chantal, perdí los estribos. Me acerqué a la cama gritando y le di una patada a la estufa, que cayó lanzando una llamarada. En el resplandor que produjo vi resbalar la máscara del hombre y aparecer el atemorizado rostro de un anciano que en segundos recogió algunos utensilios (un cuerno de antílope, un pequeño cuchillo), pasó a mi lado agachándose y se perdió en la noche.

Caminé a tientas hasta encontrar la lámpara. Podía oír a la madre tosiendo en la otra cama. Iluminada por la luz, vi a Chantal empapada en sudor. El pequeño corte a lo largo del nacimiento del cabello seguía sangrando. Volví a buscar agua y un pañuelo. Tenía una especie de pasta blanca sobre el corte—parecía caolín—y se la quité con agua. Le lavé el cuello y los hombros, y me fui tranquilizando poco a poco. El cuerpo caliente desprendía su aroma. Permaneció quieta hasta que la sacudió un nuevo espasmo, esta vez más débil.

—¿Quién demonios era ése?—le pregunté.

—No lo sé. Mi madre lo invitó. Ella conoce a esa gente.

—No deberías haber dejado que te hiciera esto...

—Estoy muy débil. Pensé: como quiera mi madre. No es importante.

Mientras yo intentaba bajarle la temperatura, Chantal se durmió exhausta, pero al poco se despertó al oír la tos seca de su madre, que se había echado a hablar de repente. La anciana parecía enojada.

—¿Qué está diciendo?

—Está diciendo que el Dios cristiano no tiene poder..., no para esto...

—Nosotros no cortamos a la gente para curar la malaria, no.

—Lo hizo para sacar al espíritu—dijo palpándose el corte—. Mi madre piensa que un tío mío me está chupando la sangre. Cree que nos olvidamos de ofrecerle comida y ahora se ha convertido en uno de los *abazimu*, no sé cómo traducirlo. Siempre le gustaron los granos de sorgo. Pero aquí no hay. —Hablaba mirando al techo; no sonreía—. Son cosas de los mayores. —Su madre se puso a hablar de nuevo, esta vez resollando—. Dice que hemos matado de hambre a nuestros ancestros.

Habría querido bromear sobre eso, hacerla reír, pero me limité a preguntarle:

—¿Quién era ese tío?

—El hermano de mi padre. Un hombre malo.

—¿Y quería casarse contigo?—aventuré.

—Sí. Pero yo no quería. Murió poco después. Tenía cáncer de estómago, pero mi madre dice que murió de amargura, y que al morir se convirtió en *abazimu* y me impidió tener hijos.

—Quizá aún puedas tener hijos—dije al escuchar por primera vez que no podía.

—Nunca me quedé embarazada. Algo no iba bien. Mi madre necesitaba culpar a alguien. Y eligió a ese hermano muerto. Stephen, no debería estar contándote esto. No puedo contárselo a nadie.

Tuve un momentáneo raptó de ternura. Pero evidentemente yo no pertenecía a su mundo, pensé, y quizá no contaba para nada.

—Es muy duro no tener hijos—prosiguió—. Es triste pensar que mi marido se fue sin continuador. Fue un río que se secó en la arena. —Vi cómo se le humedecían los ojos—. Siempre sentiré vergüenza por eso.

—Pero lo amaste.

—Era mi marido.

Mientras hablábamos yo le pasaba el pañuelo por la cara y el cuello, a pesar de que el sudor se estaba secando y la piel ya no le quemaba. Más bien parecía que la estuviera acariciando. A veces pasaba suavemente la tela por sus ojos por el solo placer de ver cómo se abrían y cerraban, y de rozar sus párpados.

Pero era difícil saber lo que Chantal estaba pensando. A veces, como entonces, cuando se volvía hacia mí sobre la manchada colcha, su cara adquiría una expresión más viva y expresiva, pero se evaporaba casi de inmediato, dejándome momentáneamente perdido. Entonces parecía volver a sumirse en la indiferencia, como si todo lo que había vivido la obligara a encerrarse en sí misma y sus ojos rasgados se quedaran soñando en un mundo que había dejado de importarle.

Al menos es así como yo la idealicé.

—Me dijiste que nunca volverías—le recordé.

—No a mi hogar natal. Es de los hutus ahora. Y ya no creo en los míos...

—No eran los tuyos...

—Lo míos también son asesinos, también se inventaron cosas. Cuando los tutsis tomen el poder, pensaron, no habrá más impuestos ni hambre, y los espíritus de los ancestros volverán de sus tumbas. —De repente, se echó a reír; era un sonido ronco, demasiado parecido al de su madre—. ¿A ti te parecemos niños? Alan, el amigo de monsieur Vincent, dijo una vez que éramos como niños. —Yo negué con la cabeza—. Pero aquí en el campamento no podemos crecer.

—Tienes que ir a Dar es-Salam—le supliqué. Ella se incorporó de la cama y se volvió hacia mí. Su mirada me hizo olvidar todas mis aflicciones de la noche—. Voy a alquilar un coche y te llevaré allí. Vamos a encontrar a la comunidad ruandesa de allí, seguro que hay una. Encontraremos un piso y un trabajo para ti, de intérprete.

Ella volvió a reír, casi con alegría.

—¿Qué puedo traducir? Los tanzanos hablan suajili e inglés. Tal vez pueda aprender a coser o a cortar el pelo. He oído decir que a la gente ahora le gusta el pelo liso—dijo entrelazando los dedos de ambas manos—. Los africanos quieren ser como los indios que quieren ser como los europeos. —Su risa se fue apagando—. Quizá yo consiga que todos nos volvamos europeos.

Yo seguía acariciándole las sienes y las mejillas con el pañuelo. De noche, pensé, voy a hundir mi cara en el pañuelo, voy a inhalar su perfume. Como si la madre, a pesar de estar durmiendo, pudiera oírnos y entendernos, susurré:

—¿Quieres quedarte aquí para siempre?

—No—susurró ella.

—En tres semanas mi trabajo aquí habrá acabado. Voy a sacaros a las dos de aquí. —Y al decírselo la promesa me colmó de ternura hacia ella. Mis manos sostenían sus hombros. Habían dejado de fingir. Ella volvió a mirar al techo. Cuando el cobertor blanco empezó a deslizarse por su brazo, no lo volvió a subir.

—Sí, si mi madre está suficientemente bien.

—Nos iremos sin prisas.

—Eres tan amable—dijo como para sí misma, perpleja.

—No soy amable—repliqué—. Te quiero.

Sólo lo había dicho en una ocasión, una noche de verano en Inglaterra. Las palabras tuvieron

un efecto embriagador, me sentía pletórico. Mi mano descendió por las oscuras curvas de su cuerpo, apartando el cobertor, hasta tomar un pecho. Me incliné para besar sus magníficos labios húmedos, pero ella apartó la cara. Entonces posó la mano sobre la que yo tenía en su pecho, presionándola, y sus largos dedos envolvieron los míos. Permanecimos así, yo sujetándola a ella como una preciada posesión que los dos compartiéramos, hasta que el viento abrió la puerta por donde se había ido el chamán y su madre se dio la vuelta en la cama.

Qué extraño parece todo ahora. Ni siquiera sabía si entre ellos se besaban o no. Me marché con los dedos todavía cálidos tras permanecer arropados entre su mano y su pecho, y el confuso recuerdo de sus ojos.

Al cabo de tres días, un jeep de las Naciones Unidas se detuvo frente a la oficina de la iglesia y un hombre bajó de él tambaleándose: era Alan. Parecía su propio espectro, según Vincent. La malaria y la posterior ictericia lo habían reducido a un saco de tendones y huesos, y se movía con el estupor de un sonámbulo. Pero en cuanto se sentó con nosotros y se puso a hablarnos, agotado, cobró autoridad, y no lo interrumpimos porque cada frase que pronunciaba le suponía un gran esfuerzo. Había regresado para recoger sus escasas pertenencias y algunos documentos. Dijo que no se iba a quedar allí, y que lo mejor era que nosotros tampoco lo hiciéramos. Durante el trayecto desde el norte se había enterado de los rumores que corrían por los pueblos. Una milicia hutu había cruzado la frontera a cincuenta kilómetros al oeste y avanzaba hacia el campamento. Todo el mundo sabía que algunos de los refugiados tutsis del campamento habían realizado incursiones armadas en su país natal, y los hutus estaban decididos a aniquilarlos.

Por un instante nos quedamos estupefactos. Olivier debía de saber algo de antemano, porque los exiguos documentos de la oficina estaban apilados para llevárselos, y en las paredes no había nada excepto una fotografía amarillenta del presidente de Tanzania.

—He hablado con un amigo en Tabora. Nos va a encontrar una camioneta—nos explicó.

—Deberíamos irnos antes de que caiga la noche—dijo Alan. Parecía mirarnos casi con tristeza. El blanco de sus ojos tenía un brillo anaranjado—. Dijeron que los hutus van a pie, pero avanzan deprisa.

El asistente del pastor que había permanecido callado hasta entonces murmuró algo en kiñaruanda. Parecía pedirnos ayuda sin demasiada convicción.

—Pregunta qué pensamos hacer con la congregación—dijo Alan—. Si pensamos quedarnos para protegerlos.

Olivier destacaba claramente con su chaqueta blanca, y se palpó las rodillas. Dijo que no podíamos protegerlos: en el pasado las iglesias habían sido escenario de masacres. Costaba saber cuánto miedo tenía de verdad. Dijo que intentaría encontrar todo el transporte posible para que los refugiados pudiesen escapar, pero la ciudad más cercana con camionetas estaba a más de ciento cincuenta kilómetros, y más allá no había nada. Cuando nos dispersamos, estaba haciendo una llamada en su teléfono de baquelita.

Afuera algo había cambiado. Al principio, un silencio sepulcral se había apoderado del campamento. Pero luego, como si las noticias se hubieran transmitido telepáticamente, los refugiados se apiñaron en la calle y en las puertas, y las madres empezaron a buscar a sus hijos. De camino a la casa de Chantal, me topé en dos ocasiones con jóvenes que llevaban rifles y revólveres. Algunos iban en bicicleta. Decían que iban a luchar contra los hutus, pero tenían un aspecto atemorizado. Aquí y allá había familias pegadas a un transistor, sintonizando Radio

Ruanda, pero no había noticias, ninguna esperanza del ejército de Tanzania.

Chantal no estaba cuando entré en su choza. La madre, tumbada en su cama contra la pared, refunfuñó al verme y no entendió mis preguntas. Calculé que me quedaban unas seis horas. En las instalaciones de las Naciones Unidas los trabajadores cerraban bajo llave los almacenes para protegerlos contra saqueos, y se preparaban para abandonar el lugar en sus dos jeeps. Eran tutsis y tenían miedo. La escuela de los jesuitas de al lado estaba a oscuras. En la clínica del campamento, las tres enfermeras no se habían enterado de nada y se fueron corriendo a sus chozas familiares en cuanto les conté las noticias. Yo sentía mi corazón frío martilleándome el pecho. Todos los remansos de seguridad se estaban desvaneciendo. En el límite oeste del campamento me detuve para recuperar el aliento y observar el terreno. También allí había varias familias reunidas, oteando el lugar por donde aparecerían los hutus. La valla, cubierta de maleza amarilla tan fina que parecía transparente, se extendía hasta una línea del horizonte atravesada por colinas bajas e irregulares. Una leve nube de polvo desdibujaba el paisaje. No se veía a nadie.

En el límite del campamento, la bandera de Tanzania ondeaba sobre una comisaría en la que solían rondar cuatro policías. Pero aquella mañana, cuando me acerqué, alguien me gritó que me detuviera. Dos cabezas sobresalían por encima de un frágil parapeto, y vi el brillo de un rifle. Alzando la voz, pregunté en inglés si el ejército sabía que se iba a producir un ataque, pero se limitaron a advertirme de me marchase, sin contestarme.

Cuando volví a mi choza, Vincent estaba sentado en el suelo, con las rodillas dobladas pegadas a la barbilla y sus largos brazos extendidos frente a él. Creo que estaba rezando. Había metido mis cosas en una mochila, pero las suyas permanecían desperdigadas por el cuarto, como desafiando las circunstancias. Bajo su desdicha bullía una rabia difusa.

—¿Sabes, Stephen?, este sitio, aun con Olivier, podría haber sido la salvación de esta gente: un lugar apartado de la ciudad. Pero ahora Alan dice que se esconderán en el monte y se pondrán a esperar, si los hutus no los encuentran. —De repente se cubrió la cara con las manos—. Se están agolpando fuera de la iglesia en este momento, pidiendo ayuda, que los protejamos. Preguntan cuál es el plan de Dios. —Se levantó y empezó a meter a toda prisa su ropa en una maleta—. No puedo mirarlos a la cara.

—¿Van a venir las camionetas a buscarlos?—pregunté.

—Todavía no hay camionetas. Para llegar aquí tienen que recorrer más de ciento cincuenta kilómetros y Olivier dice que hay escasez de gasolina. —Se volvió para mirarme—. Le he preguntado a Alan si tú y yo nos podíamos quedar. Después de todo, nosotros no somos tutsis. Si la congregación se refugiara en la iglesia, si tú y yo guardáramos la puerta...—Se me heló la sangre; me senté en el suelo y él prosiguió—: Pero Alan dice que una iglesia llena de tutsis sería como una invitación a la matanza, y que probablemente también nos matarían a nosotros. Estos hutus no son ni siquiera soldados regulares, la mayoría son justicieros con machetes y garrotes.

Me di cuenta de que Vincent sentía un profundo y bochornoso alivio por el hecho de que su plan hubiera sido rechazado, y una inquieta exoneración. Había dejado de mirarme a los ojos. Pensé que había hecho su propuesta compelido por su Dios y por su padre, pero que en el fondo deseaba que se apartara de él aquel cáliz. Tenía la boca seca y al hablar los labios se le pegaban a los dientes.

Me contó que hacía sólo diez minutos había llegado una mujer desde una alejada granja cerca de la frontera, donde los tutsis habían probado fortuna como agricultores. Los hutus habían matado a los hombres ante sus propios ojos. La mujer había recorrido huyendo más de treinta kilómetros

hasta el campamento, y era mejor no repetir lo que había contado sobre las ejecuciones. Al decir esto Vincent se quedó lívido, y también yo, sintiéndome mareado, abracé con fuerza mis rodillas.

Pensé: «Tengo que encontrar a Chantal, dondequiera que esté». Pero cuando salí a la brillante luz del sol, el aire se había enrarecido. Ruidos dispersos reinaban en el campamento, ruidos que nunca había oído: miles de voces y movimientos sordos, de ventanas tapiadas con tablas, de cosas arrojadas, de puertas cerrándose. El sonido de la partida.

Me topé con Alan cuando éste se aproximaba a nuestra choza. Le pregunté si había llegado alguna camioneta más y me sentí como un cobarde. Me contestó que sólo nos habían prometido dos, espacio suficiente para los trabajadores de la iglesia, sus familias y nosotros. Le expliqué que necesitaba sitio para mi intérprete y su madre enferma. Me miró receloso, indeciso.

—¿Qué va a ocurrir con las mujeres que se quedan aquí?—le pregunté.

—Normalmente son violadas y luego abandonadas. A veces las asesinan. —Podría haber estado hablando perfectamente de ganado. Pensé que estaba enfermo, quizá se estaba muriendo. Seguí mirándolo fijamente—. Si insistes mucho, Olivier cederá—me dijo finalmente.

—¿A qué distancia están los hutus ahora?

—A unos veinte, treinta kilómetros, no lo sé. —Y mientras me volvía para irme, Alan añadió —: Más vale que te des prisa.

Las callejuelas estaban abarrotadas de gente abandonando el lugar. Caminaban rápido, casi en silencio, con los brazos alzados sujetando los paquetes que llevaban sobre sus cabezas. «Si empiezo a correr ahora voy a entrar en pánico», pensé. Así que caminé deprisa mientras un miedo helado me atenazaba el estómago y llenaba mi pecho. Las mujeres se agolpaban alrededor de las bombas de agua, rellenas de latas y recipientes de plástico antes de emprender la huida. Los jóvenes armados habían desaparecido. En el exterior de una choza había tres ancianos sentados. Al pasar frente a ellos, perplejo por su presencia, uno de ellos se rio y simplemente dijo: «*Nous allons mourir*». Otro hombre corrió hacia mí, implorándome con los ojos inyectados en sangre: tenía que ayudarlo a escapar, era un buen hombre y Dios estaba complacido con él. Anduvo aferrado a mi brazo a lo largo de varios callejones hasta que me lo sacudí de encima.

Al acercarme a la puerta de Chantal me volví para mirar a mis espaldas y vi una nube de humo inclinada elevándose hacia al oeste, muy por encima de los tejados de las chozas, tal vez a unos diez kilómetros de distancia, perfilando en el cielo una columna cenicienta.

Chantal estaba de pie en el interior de la choza, como si me estuviera esperando. Quizá su madre, después de todo, había entendido mi primera visita, o yo tenía mis intenciones escritas en la frente, porque ella me dijo de inmediato:

—No podemos ir.

La miré a los ojos, repentinamente desalentado por la desesperación. Era como si algo conocido desde hacía tiempo, algo sobreentendido, hubiera salido a la superficie. Ni siquiera ahora estoy seguro de si alguna vez quiso marcharse de veras, o de si la debilidad de su madre no era más que una excusa. Años más tarde este episodio seguiría atormentándome, porque nunca llegué a saberlo. Era capaz de leer cualquier cosa en sus ojos: tristeza, desprecio, amor, incluso su vacío interior. Y en aquel momento, cuando la miré, supe que Chantal no cambiaría de opinión. Aunque parecía estar muy serena le dije:

—Te he conseguido sitio en la camioneta, y para tu madre también.

—Mi madre se moriría en el viaje, se está muriendo. No puedo abandonarla.

—Yo la llevaré—le ofrecí.

—No.

La anciana seguía tumbada junto a la pared; la tos de tuberculosa le provocaba arcadas.

—Los hutus pueden llegar en menos de dos horas. Sabes muy bien lo que ocurrirá—le insistí.

—No es la primera vez que nos enfrentamos a ellos. Stephen, creo que es mejor que te vayas.

Me duele recordar todo esto, mi silencio me resulta lacerante. La gente corría por los callejones, alguien gritó y yo me estremecí de miedo. Debía de estar temblando visiblemente. Me despreciaba a mí mismo. Quizá ella me estaba ayudando, compadeciéndome, cuando dijo:

—Ahora nos vas a dejar.

No era un reproche, sino tan sólo una constatación remotamente triste. Incluso ahora temo recordar lo que respondí. Ella siguió mirándome fijamente, sin dar muestras de sorpresa: era una persona a la que yo no comprendía, con su alegre vestido carmesí, de pie junto a su madre, que ahora dormía. La recuerdo firme pero distante, no sólo de mí, sino de todo lo que la rodeaba, salvo su madre: el último hilo que la unía a su antigua vida.

No recuerdo haberla vuelto a mirar: bajé la vista y miré el suelo (aun puedo ver las delgadas grietas en el barro), luego la base podrida de la puerta al abrirla, luego la calle vacía. Y eché a correr.

En dirección al este, más allá del campamento, se extendían seis kilómetros de rastrojos de maíz. Luego el terreno estaba cubierto de una delgada capa de hierba amarilla, unas pocas acacias y colinas peladas. Desde la distancia el terreno ofrecía cobijo casi a la altura de los hombros, pero de cerca era un camuflaje muy débil, las hierbas eran casi diáfanas y los arbustos—la mayoría eran euforbias—estaban demasiado separados. Unos pocos refugiados caminaban junto al río, pero el resto iban rumbo al sur, donde el asentamiento más cercano estaba a dos días a pie.

Caminaban en silencio, con pasos largos y rápidos. Los paquetes sobre sus cabezas les ensombrecían los rostros, y daban la impresión de ser demasiado grandes para los finos cuellos y cabezas que los portaban.

Muchas mujeres cargaban a sus bebés a la espalda, y con las manos libres llevaban bidones de agua o agarraban a otro niño. Algunos iban descalzos. Desde lejos parecían un solo organismo: un largo y esquelético cuerpo que viajaba con la ilusión de una calma definitiva, como si ésa fuera la voluntad de Dios. Detrás de ellos, más allá del campamento, el humo se había oscurecido y extendido formando un nubarrón inmenso.

La camioneta en la que iba Alan había desaparecido delante de la nuestra, que avanzaba con una lentitud desesperante, abriéndose paso entre los refugiados. Yo estaba sentado entre Vincent y Olivier en la caja de carga, a la vista de todos. Olivier se encaramaba a mi lado con su chaqueta blanca, que ahora le daba un aire incluso arrogante: a fin de cuentas, había conseguido dos camionetas. Al otro lado, Vincent rezaba con la cabeza inclinada. Entre el traqueteo de la camioneta lo oía susurrar «...bendice... salva...». En dos ocasiones se dirigió a mí, para animarme o consolarme, hablando del seminario y del Señor. Aturdido, sin poder apenas respirar por el polvo, me pregunté: «¿De qué Señor habla, de qué seminario?».

A ambos lados de la carretera, los rostros se alzaban para mirarme (algunos a menos de medio metro de distancia), graves y profundamente resignados. Algunos se iluminaban, falsamente

esperanzados, al vernos pasar. Ni siquiera sé si había resentimiento en sus miradas. A veces el conductor pitaba para abrirse paso. Al principio yo les dirigía una leve sonrisa, pero muy pronto no fui capaz. Tras reconocer a varios de mis estudiantes, me incliné hacia delante, contra la barra de la camioneta, y oculté mi rostro.

No sabía entonces que aquello era sólo el principio y que treinta años más tarde la tierra natal de aquel pueblo sería arrasada de nuevo, de forma aún más atroz. Finalmente, la columna de refugiados fue quedando atrás hasta difuminarse en la rosácea sabana. No tardamos en coronar el primer horizonte. La carretera que teníamos enfrente estaba por fin vacía. Los neumáticos susurraban sobre el polvo.

El fuego devoró los cimientos de madera de la casa. Lamió el techo enyesado del sótano y alcanzó las vigas de arriba. La alarma de incendios llevaba años sin funcionar, y las llamas se propagaron casi en silencio. Cualquiera que hubiese contemplado la casa desde lejos las hubiese confundido con las luces de una fiesta de Año Nuevo.

Súbitamente, el humo empezó a filtrarse a través de los tablones del suelo. Mientras dormía bajo el edredón, el humo penetró en sus sueños. Al rato, la asfixia lo despertó confuso en plena oscuridad. Se incorporó de la cama tambaleante y cayó de rodillas. Algún automatismo de la memoria hizo que sus labios se pusieran a rezar, y al poco, cuando se detuvieron por sí solos, se puso en pie. Encontró la linterna junto a la cama, pero el haz de luz sólo alumbró una pared cubierta de grises volutas. Cuando finalmente el fuego surgió a través del suelo, éste se abrió descubriendo un horno cuyas llamas se alzaron hasta el techo del cuarto. Pero para entonces él yacía inconsciente en aquella boca de volcán, y en su mente desfallecida ya no existían ni el calor ni la luz.

3

EL NEUROCIRUJANO

El cerebro humano—origen de la memoria y la conciencia—tan sólo pesa mil trescientos gramos, y tiene la textura y el color beige del pudín de leche. Uno puede sostenerlo uniendo las manos. Sin embargo, se trata de la estructura más compleja y desconcertante del universo. Bañado en su propio líquido cefalorraquídeo, el cerebro flota en el interior del cráneo y sus ochenta millones de células generan un número de conexiones eléctricas que sobrepasan el total de estrellas de la Vía Láctea. El cerebro lo conforman más de cien mil kilómetros de vasos sanguíneos. Pero es posible cortarlo con un cuchillo sin que se sienta nada: el cerebro carece de receptores de dolor, pese a su actividad frenética. En su estructura se halla la historia de la evolución humana, desde los impulsos reptilianos del tronco cerebral que regulan la respiración y el latido del corazón, hasta el sistema límbico de los primeros mamíferos o la desarrollada corteza cerebral de los primates. Todas esas capas permanecen enterradas en él como antiguos vestigios.

Los receptores olfativos, quizá el más antiguo de los sentidos humanos, están intrincadamente divididos y son extremadamente sutiles, y en aquel momento percibieron el humo que ascendía a través de los pasillos de la casa. El hedor penetró a través de las fosas nasales de Walford mientras dormía, pero su cerebro anterior lo desestimó confundiéndolo con el inofensivo aroma de alguien cocinando o de una chimenea de carbón en algún apartamento lejano. Su respiración apenas se había alterado. Le pareció oír a lo lejos un grito humano, pero también éste se confundió con sus sueños y pasó inadvertido.

En todo caso, aunque vivía allí desde hacía muchos años, apenas conocía a los demás inquilinos. Envidiaba de lejos al profesor de primaria que vivía en el piso de arriba, el cual se había prejubilado y desde entonces se dedicaba a viajar; rara vez conversaba con la mujer huraña que vivía en su rellano, y evitaba al inquilino de aspecto enfermizo del sótano. En cuanto al propietario, Walford lo veía tan pocas veces (le pagaba el alquiler puntualmente) que a veces se preguntaba si existía. Fantaseaba imaginando cada apartamento como las diferentes células de un cerebro moribundo (la mayoría de vecinos estaban envejecidos y no parecían gozar de buena salud) conectadas sólo a través de los pasillos con bombillas viejas y desgastadas alfombras rojas que empezaban a rasgarse a lo largo de los escalones. Pocos meses antes supo que no se quedaría en aquel edificio. Su apartamento era la guarida de un soltero, y le evocaba los años que había ejercido de médico en el cercano hospital del condado. Éste no era lugar para una esposa. El viento salado había pelado el jardín que quedaba bajo su balcón y que sólo atravesaban los gatos.

A ningún niño le gustaría jugar allí. El edificio, que en su momento había sido espléndido, apestaba ahora a cerrado, era un lugar abandonado que no invitaba a comenzar una nueva vida. Hacía años que planeaba marcharse, pero ni siquiera había tenido tiempo de buscar una casa que comprar. Ahora que estaba a punto de irse no entendía cómo había podido aguantar tanto tiempo allí. En invierno las gruesas paredes olían a humedad y las ventanas del pasillo chirriaban y goteaban. En un lugar como aquél seguro que cualquier niño enfermaría. En esas cosas pensaba entonces: en el matrimonio, en los hijos. Pronto se marcharía.

Caminaban a gran altura por encima del mar. Arreciaba un viento penetrante que azotaba la superficie del agua formando escamas plateadas en el horizonte. Como el camino era muy estrecho, no podían avanzar tomados de la mano. Él andaba detrás de ella tenso, enfadado: de todos los días de agosto tenía que levantarse aquel viento frío precisamente hoy. Pero eso a ella no le importaba. El sol rozaba su cuello desabrochado mientras avanzaba con su característico paso ligero que tan estridente resultaba cuando se movía por el hospital. Mucho antes de que él la conociera, un colega había descrito a Kate como una mujer radiante, descripción que a él lo había incomodado. Como Kate era pediatra, el comentario le había hecho temer que ella impostara una excesiva alegría para animar a los niños postrados en la cama. Por su parte, Kate le confesó más tarde que había recelado de su mirada: le pareció que sus ojos reflejaban un punto de arrogancia injustificada (nunca dejó de pensarlo); ella se burlaba de la adoración a los neurocirujanos, ya que, al fin y al cabo, era fundamentalmente un trabajo técnico.

Qué extraño, pensó, que el recelo mutuo se hubiera convertido en deseo. (No había respuesta neurológica para eso). Mientras Kate caminaba delante de él, veía sus largos mechones de cabello de color rubio ceniza deslizándose por debajo de la gorra y flotando al viento. En esos raros paseos de fin de semana a lo largo de los caminos costeros de Dorset o Cornualles, la claustrofobia del hospital se desvanecía, y ellos se adentraban en una especie de país propio cuyos habitantes pasaban a su lado con mochilas, pronunciando breves saludos, donde no existía la fragilidad de los cerebros ni de los pulmones. A sus pies, los acantilados de piedra caliza caían sesenta metros hasta unas rocas ennegrecidas, y las gaviotas chillaban entre las grietas. De vez en cuando ella se volvía para contarle algo: los curiosos patrones en el mar, el vuelo de los cormoranes. Conservaba la alegría de la niñez. Pensó que justamente ése era su rasgo más característico. Tenía una vitalidad inocente y un punto de rebeldía que había sobrevivido a su compostura profesional. Parecía difícil salir indemne de ocho años en pediatría para especializarse después en enfermedades respiratorias. En sus brazos habían muerto niños. A veces las energías de ella le insuflaban valentía. Finalmente, a los treinta y siete años, se había enamorado.

Subieron hasta una estación de guardacostas y llegaron a la capilla de san Aldhelmo. Él le rodeó la cintura con el brazo y ella se ruborizó, sonriendo. La capilla era cuadrada y sencilla, situada en el centro de un terraplén: una carpa de piedra recortada contra el cielo. Se resguardaron junto a una de las paredes, entre la hierba alta. Él pensó que esas caminatas le despejaban la cabeza. Típico de él, dijo Kate. Era incapaz de hacer nada sin un objetivo. Su trabajo en el hospital era tan intenso que le costaba asimilar la idea de caminar sin rumbo. Mientras que para ella caminar era una especie de descanso ambulante, él siempre establecía un objetivo: una lejana cantera o un faro. Era como si necesitara redimir un tiempo irremediadamente perdido: creía que antes de la muerte de su madre había pasado una adolescencia a la deriva y que su absolución

había sido la vocación de cirujano, mediante la cual sus ensueños de adolescente habían permanecido, como protoplasma, aguardando para evolucionar en lo que a Kate le parecía una cohibida ambición. A veces, no obstante, él situaba el origen de su vocación en un momento anterior, cuando con nueve años se había topado con aquella mujer.

Se había separado de sus padres y andaba por un pasillo del supermercado local, y al girar una esquina había descubierto a una mujer tendida en el suelo. Estaba rígida y lívida, tenía la mirada ida. Mientras la observaba el cuerpo de la mujer empezó a temblar. Entonces ella alzó el brazo y lo señaló. Puso los ojos en blanco y él se quedó paralizado de terror. ¿Qué había hecho? Una especie de líquido cubría el suelo debajo del cuerpo. Él gritó hasta que llegó su madre por detrás y lo abrazó.

Evidentemente, él nunca había oído hablar de la epilepsia. Aquel misterio (el de un adulto normal completamente desfigurado) lo persiguió durante meses. Al día siguiente volvió a verla en la calle, y cuando ella le sonrió él la miró boquiabierto. En el interior de esa mujer vivía un demonio acechando, un demonio que quizá habitaba en todos nosotros, incluso en su madre, o en él mismo. Aquella horrible idea le quedó grabada en la memoria. Tenía pesadillas en las que aparecía la mujer temblando y señalándolo sin razón. Quería entenderla, saber por qué lo odiaba. Su madre le explicó que estaba enferma, y entonces él deseó curarla. Deseaba curar su propio miedo.

Años más tarde, tras el derrame cerebral de su madre, cuando durante tres días ella vagó en su propio laberinto, emitiendo palabras y gritos a personas que ni siquiera estaban vivas, él deseó poder compartir con ella ese lugar donde entonces habitaba, los fragmentos de su conciencia, antes de la liberación de la muerte. ¿Qué había visto u oído? ¿Cuáles eran sus sufrimientos?

Él ya había empezado a estudiar medicina, pero desconocía cualquier cosa sobre esa especie de ocaso neuronal que tanto le había impactado. Decidió practicar cirugía general. Durante un tiempo le obsesionaron las prótesis y los trasplantes. Luego, como interno, presenció su primera operación de cerebro. En la sala anexa al quirófano, antes de que le administraran la anestesia, el paciente (un conductor de autobús de mediana edad que sufría neuralgia del trigémino) le contó apretando los dientes que durante los últimos cuatro años apenas se había atrevido a afeitarse o a limpiarse los dientes por miedo a activar ese tormento. Decía que el dolor se parecía a una taladradora perforándole la mandíbula.

Sin embargo, a los cinco minutos, nada le pareció más fácil y eficiente que la manera en que la aguja quirúrgica se introdujo en la mejilla inconsciente del conductor. El cirujano, un hombre autoritario de aspecto demacrado, comprobó brevemente en la pantalla de rayos X la ubicación de la aguja, y entonces aplicó a través de ésta una corriente eléctrica de baja potencia. Despertaron al paciente y éste, adormilado, confirmó la zona de dolor, y lo volvieron a dormir. Entonces el cirujano envió una corriente de alta frecuencia a la punta de la aguja, y en alguna parte de aquel bosque de nervios sensitivos, las fibras que lo atormentaban fueron quemadas y destruidas. En diez minutos todo se había acabado. La agonía que había soportado el conductor de autobús durante cuatro años había terminado y el cirujano se iba a toda prisa a ocuparse de otro paciente. Walford cobró entonces conciencia de su vocación, la cual se había presentado en su vida con la naturalidad de algo a lo que estaba predestinado.

Quince años más tarde, tenía la impresión de que la única frontera real para el conocimiento médico era el cerebro. En comparación, la constitución y el funcionamiento del corazón o el riñón eran meros juegos de niños. Incluso trasplantarlos se había vuelto algo habitual. Pero el cerebro

seguía siendo casi un misterio: no era tanto una amalgama de órganos como una especie de laberinto de actividad electroquímica. Normalmente sólo era posible comprender su funcionamiento cuando se dañaba alguna de sus partes; el cerebro aprendía de sí mismo y era inmensamente plástico. Se lo imaginaba como una especie de código indescifrable. Los recuerdos que conservaba representaban la red de la identidad humana. El yo encarnado.

Los avances quirúrgicos más importantes tendrían que ver sin duda con el cerebro. Mucho antes de que hubiera terminado su carrera (¿en veinte, treinta años?) la extirpación de partes del cerebro habría caído en desuso. Ya se estaban desarrollando la estimulación craneal, los implantes de electrodos que destruían las células degeneradas del cerebro, la dosificación por goteo de nutrientes celulares y los marcapasos cerebrales para prevenir la displasia cortical.

Por supuesto, los neurocirujanos tenían fama de darse aires de importancia. Casi nunca admitían su falta de experiencia. En una ocasión un cirujano le dijo bromeando que se le podía enseñar a un mono a operar, pero no era posible enseñarle a desistir. Tras quince años en cirugía, Walford sintió que por fin ya no necesitaba a ningún superior a su lado en la mesa de operaciones, que él solo era perfectamente capaz de resolver cualquier problema que se le presentara.

A pesar de todo, a veces las cosas se complicaban. No había dos operaciones iguales. Incluso después de tanto tiempo, la operación más sencilla podía enseñarle algo nuevo. No existían las intervenciones sencillas. Si uno acababa poniendo el bisturí allí donde no debía, el paciente podía perder el oído o la cabeza. Se enorgullecía de su historial dentro de una ciencia inexacta. De todos modos, la imperfección seguía resultándole intolerable. Las operaciones más difíciles para él eran aquellas en las que, para poder curar una enfermedad o salvar una vida, se veía obligado a causarle una herida permanente al paciente. Esas intervenciones siempre le provocaban una exasperante sensación de fracaso. Hacía un año que le había extirpado un tumor maligno a una joven que sufría de neuropatía auditiva: la salvó, sí, pero a costa de desfigurarle la boca, y no podía pensar en ello sin sentir remordimientos.

Sin embargo, hubo un momento en su carrera en que acabó por distanciarse emocionalmente de sus pacientes. Le habían asignado a una paciente a la que en Suiza le habían extirpado un tumor en el lóbulo frontal. Se trataba de un tumor de grado dos que con toda probabilidad se volvería maligno. Al estar ubicado en el hemisferio que controlaba el lenguaje, lo habían extraído con demasiada prudencia, de modo que había quedado tejido tumoral y la cavidad se estaba llenando de tumores cancerosos. Tras operarla y extirparle parte del área motora suplementaria, la mujer sólo podía comunicarse susurrando. Había sido un riesgo aceptable, pero la paciente no volvería a hablar nunca de forma normal. Durante meses, el marido lo estuvo acosando: a veces entraba atropelladamente en la recepción del hospital o lo esperaba afuera, y le mandaba correos electrónicos amenazantes y cartas de abogados.

Fue justamente ese episodio el que hizo que Walford cambiara de actitud. El historial perfecto era una quimera. Había pacientes a los que uno lisiaba y otros que morían. No dejaba que esos pacientes atormentaran su conciencia, porque a la mañana siguiente tenía que volver al quirófano con la mente y las manos firmes. Ahora operaba sin recurrir al parloteo tranquilizante, las maldiciones discretas o la música relajante que algunos de sus colegas empleaban. Él quería silencio absoluto. Sus órdenes al residente o a la enfermera eran breves y concisas. Se trabajaba en una aséptica tensión. Los colegas pensaban que era insensible, cosa que él tomaba como un halago: ser insensible era ser competente. El secreto consistía en entender al paciente, al margen de la confusa empatía. El paciente, al fin y al cabo, era más que una persona: su respuesta a la

operación podía implicar un avance médico. La operación exitosa era la que aumentaba el conocimiento.

Al principio disfrutaba cuando podía dar buenas noticias a los familiares de un paciente tras realizar una operación y éstos lo colmaban de muestras de respeto y gratitud. Pero ahora se cuidaba de eso. A veces les hablaba de forma casi brusca, recordándoles la fragilidad del paciente, que aún debía someterse a cuidados postoperatorios esenciales.

Más o menos en aquella época empezó a practicar deportes de invierno. Podía permitirse viajar a Austria o Francia, y esquiaba bien. Disfrutaba en solitario de su dominio del esquí, de los giros rítmicos de su cuerpo en una pista difícil, de la velocidad silenciosa. Por otra parte, en las pistas para principiantes de más abajo se había liado con tres chicas sucesivamente. Cada una lo acusaba de ser un ambicioso sin corazón, de ser un adicto al trabajo. Y naturalmente tenían razón. Su trabajo (siempre al filo del peligro, de lo desconocido) lo agujoneaba.

El viento amainaba en torno a la capilla de san Aldhelmo. El rápido cúmulo de nubes de tormenta rodaba hacia el sur, aislado. Él empujó la puerta de la capilla, creyéndola cerrada, pero ésta se abrió de golpe descubriéndole una oscuridad pétreo. El pilar central sostenía una cámara abovedada sobre un altar de mármol y una cruz de madera. Las toscas paredes de piedra no estaban bien alineadas y en los pilares había inscripciones con iniciales borrosas y fechas antiguas.

Por casualidad, se encontraron junto al altar, como en la boda de la que nunca habían hablado, y en ese incómodo instante Kate se alejó. Él pensó que ése podría haber sido su momento, pero no se lo había querido pedir allí, en ese sombrío recinto con inscripciones ajenas. Y ninguno de los dos era creyente. Kate debió de notarlo inquieto y preocupado porque de pronto preguntó:

—¿Has tenido una semana difícil?

—Sí.

Era verdad (pero no la razón de su silencio). Estaba buscando el momento siempre aplazado para pedírselo, y no era aquél. Se había imaginado proponiéndoselo en la costa, contemplando el mar: el azul del mar, la soledad, el cálido sol.

—¿Has tenido algún caso complicado?—le preguntó Kate.

—Dos.

Efectivamente, habían tenido dos casos que, si bien no habían sido complicados en un sentido quirúrgico, habían dejado secuelas inquietantes.

Siguieron por aquel camino que bordeaba el mar en calma. Más allá del cabo empezaron a recorrer la extensa y sinuosa costa blanca, repleta de cuevas y canteras abandonadas, que llegaba hasta el faro de Anvil Point. A sus pies se abrían los acantilados de piedra caliza formados por capas de roca color champán, cuyos fragmentos a veces caían en las olas, sesenta metros abajo. Al final del camino se encontraban medio ocultas bajo la hiedra las ruinas de una estación de radar de los tiempos de guerra. El sendero había vuelto a estrecharse, y tampoco ahora podían andar tomados de la mano.

La paciente a la que decidieron practicarle aquella operación era una profesora de secundaria de cuarenta y dos años que tenía un tumor en el lóbulo temporal medial. Los informes no mostraban nada fuera de lo común. En la reunión entre médicos de distintas especialidades que se

había realizado en el hospital dos semanas atrás, el psicólogo la había descrito como una mujer nerviosa y más bien introvertida, cuya inteligencia no se había visto deteriorada por las crisis epilépticas cada vez más agresivas que padecía desde hacía cuatro años. El prescriptivo cóctel de fármacos no había conseguido aliviar la enfermedad. El epileptólogo había mostrado preocupación por el cuidado posterior que pudiera proporcionarle la familia, pero nadie dudaba de que la mujer debía ser operada.

Cuando él revisó el historial clínico de la mujer, los registros coincidían con los clásicos síntomas de la enfermedad. Los vídeos de los ataques que había sufrido en el hospital confirmaban las conclusiones del fisiólogo (un hombre normalmente muy cauto) y los resultados de la resonancia magnética. Incluso la evaluación cognitiva (en la que sacaba unos resultados casi perfectos) corroboraban el diagnóstico de una esclerosis del hipocampo y un tumor de grado bajo en el lóbulo temporal derecho. Iba a ser una operación delicada, pero él la había estado realizando con éxito durante los últimos tres años.

La paciente llegó a la entrevista vestida con sobria sencillez. En lugar de sentarse, indulgente, junto a sus pacientes, Walford prefería sentarse detrás de su mesa para mantener la distancia y su autoridad. Era importante que los pacientes confiaran en él. Que a ella le cayera simpático o no era del todo irrelevante. En cualquier caso, la tercera silla la había ocupado el marido de la mujer, Richard Greene, un hombre corpulento, casi obeso, cuyo rostro parecía una máscara de los peores presentimientos.

Walford era consciente de la importancia de consultar a los familiares de los pacientes, pero según el informe del neuropsicólogo, Claudia Greene era una mujer perfectamente lúcida. De golpe, dijo con una suave voz metálica:

—No estoy segura de querer someterme a esta operación.

—No estoy aquí para convencerla de que se opere—le repuso Walford anticipando complicaciones—. Tan sólo voy a explicarle los procedimientos y los riesgos que entraña la operación. A partir de ahí, es usted quien decide. —Se hizo un silencio—. Espero que me entienda.

—Le entiende perfectamente—dijo el marido.

Walford se había dado cuenta de que el hombre deseaba acabar con todo aquello cuanto antes. Tamborileaba los dedos en sus rodillas.

—Ahora tiene que pensar en su calidad de su vida: cuánto desea que cambie y qué riesgos está dispuesta a asumir para lograrlo.

—Está dispuesta a correr los riesgos que haya.

—No hay dos personas que piensen igual sobre esto—añadió Walford—. Pero sus ataques han aumentado. ¿Le asusta?

—Sí, le asusta. Ya no puede enseñar.

—Señor Greene, me gustaría que fuese su mujer quien respondiera a mis preguntas.

A Walford le pareció advertir un atisbo de sonrisa en el rostro de la mujer. Hubo un tiempo en el que debió de ser guapa, pensó Walford, pero ahora parecía tener más de cuarenta y dos años. Tenía la tez seca y cubierta por una malla de arrugas finas. Llevaba el cabello rubio canoso recogido en un moño con una redecilla en la nuca.

—A mi marido le dan miedo los ataques—dijo escuetamente.

—¿Y a usted?

—Son cada vez más violentos. Ya lo ha visto en los vídeos—dijo con evidente disgusto—. Al principio, siento que se me llena el estómago de aire, intento fijar la vista en lo que tengo más a mano, para no perder el equilibrio, y trato de tragar saliva para que el aire se vaya, pero no funciona. Veo cómo mis manos se aferran a la ropa. —La mujer bajó la mirada, fijándola en su delgado torso—. Entonces me invade el miedo, una especie de terror. Y huele a quemado.

—¿A quemado?

—Sí, a quemado. Y tengo la impresión de que todo eso ya ha ocurrido antes, en una vida que he olvidado; eso es lo más raro. Lo conozco perfectamente, pero tengo mucho miedo. El fuego me quema la cabeza, el cráneo, noto cómo los abrasa, y todo lo que hay en mi cabeza se derrama... No puedo describirlo, es como si me derramase...

Se interrumpió de golpe, como si hubiera dicho demasiadas cosas. Fue extraño. Le parecía una mujer tremendamente reservada y dedicada a contemplar su propia mente.

—La sensación de *déjà vu* es muy común en su enfermedad, y también algunas sensaciones olfativas—le explicó Walford, aunque nunca había oído hablar del olor a quemado.

—Mi marido me ha contado que lo miro fijamente, sólo lo miro, y luego me desmayo, pero eso yo no lo recuerdo. A veces me despierto en plena calle rodeada de gente—dijo sonriendo bruscamente—. Ya nunca llevo vestidos... Tengo una amiga epiléptica que no recuerda nada de sus ataques, y yo preferiría ser como ella.

—No te gustaría ser como ella. Tu amiga se está quedando tonta—protestó el marido—. Bueno, doctor Walford, díganos, ¿qué pasa a partir de ahora? ¿Cuándo pueden operarla?

—Eso lo debe decidir ella a su debido tiempo—le respondió Walford, y dirigiéndose a la mujer de nuevo le preguntó—: ¿Qué sabe de la operación?

—Poca cosa. Sólo sé que el tumor está en un lugar complicado, y que es de malignidad baja, al menos de momento. —Y de inmediato, con ironía, añadió—: Doctor, ¿de veras puede abrirme la tapa de los sesos y mirar por dentro?

—No es exactamente así.

En el caso de algunos pacientes, explicó, en lugar de entrar directamente por el lóbulo temporal conviene un tratamiento más delicado. Ofreció una sencilla descripción como siempre hacía con los residentes, mientras intentaba evaluar si la mujer padecía algún trastorno o problema de comprensión: tenía que estar seguro de que ella era capaz de decidir por sí misma. Walford era consciente de que también ella lo estaba evaluando, escuchándolo con cierta reserva cuya razón él no llegaba a identificar; y, por supuesto, la vio fijarse en sus manos sobre la mesa, las manos del médico que podrían convertirla en otra persona. No eran los instrumentos de alta precisión que a él le hubiera gustado tener, sino manos anchas y venosas, de gruesos dedos.

Walford le explicó que el proceso era como extraer tejido a través del ojo de una cerradura. Lo idóneo era provocar el mínimo daño posible en las zonas del cerebro próximas al tumor para no dañar el habla, la memoria o la vista. Era una intervención de mayor precisión que la de entrar por el lóbulo temporal, más arriesgada. Se le administraría anestesia general, por supuesto. Le inmovilizarían la cabeza con una abrazadera. Por encima de la oreja, se le haría una incisión en forma de curva, se retiraría la piel y luego se perforaría el hueso y se plegarían un poco las meninges para abrir una ventana al cerebro. Por ella se introduciría un microscopio quirúrgico y, a partir de ahí, se usarían los microinstrumentos para encontrar el ventrículo que conducía hasta el hipocampo y el tumor. Ése era el momento crucial, porque existía un mínimo riesgo de provocarle una hemorragia.

—¿Pero de esta manera se preserva la memoria?—preguntó ella.

—Cierta pérdida de memoria es inevitable. En su caso el cirujano no sólo tiene que extirparle el tejido canceroso, sino tejido circundante. Se vaporiza y luego se succiona. Perdería casi todo el hipocampo, lo que podría provocarle pérdida de memoria, junto al conjunto de núcleos llamado cuerpo amigdalino que el tumor está presionando. Ése es el área en que se encuentran los recuerdos de emociones.

Tras echar un rápido vistazo a su mirada, Claudia apartó la mirada y, de repente se echó a reír ruidosamente. Por primera vez, Walford tuvo dudas sobre su equilibrio mental.

—La cuestión es que efectivamente en el futuro le será más difícil recordar. Me temo que afectará a su trabajo.

—Mi trabajo se acabó—dijo en voz baja, tensa. Por alguna razón, parecía aliviada.

Walford siempre era muy riguroso al exponer los peligros al paciente. Conocía a colegas que los habían minimizado y posteriormente habían tenido que afrontar a familiares furiosos. A pesar del uso actual de tecnología sofisticada (sistemas de cirugía asistida por ordenador, estereotaxia volumétrica) el resultado final siempre dependía de la mano humana. Ésta tenía que abrirse paso a través de un laberinto de delicadas fibras y vasos sanguíneos. Walford mencionó que podía quedar afectada la vista y también algunas funciones del hemisferio izquierdo, como el habla. Ella lo miraba atenta y fijamente en todo momento. En su rostro enjuto los ojos lucían curiosamente rasgados, y en una cara menos demacrada habrían resultado preciosos. Pensó en la fascinación de Darwin por la exquisita perfección del ojo. Pero los de ella tenían un brillo extraño, como si delataran un carácter obsesivo.

Finalmente la mujer preguntó sin rodeos:

—¿Podría morir?

—Existe un mínimo riesgo. Pero si no trata el tumor y sus ataques empeoran, hay más probabilidades de que muera en los próximos tres años que a causa de la operación.

Mientras le hablaba, Walford pensó que había algo íntimo que preocupaba a aquella mujer, no la muerte, ni nada que él pudiera identificar. Ella había bajado la vista al suelo.

—Entonces, ¿cuáles son las probabilidades?—interrumpió el marido.

Walford esperaba esa pregunta.

—La probabilidad de que deje de sufrir ataques tras la operación es del setenta por ciento. Hay un veinte por ciento de probabilidades de que los ataques se reduzcan en alguna medida, un diez por ciento de que no cambie nada y un uno por ciento de que se produzcan complicaciones durante la intervención. Pero al final no se decide por las probabilidades, es una decisión emocional.

—¿Qué haría usted?—preguntó Claudia tras dedicarle una leve sonrisa.

—No se trata de mí, se trata de usted. Es su cuerpo, su vida. Así que no importa qué haría yo. —Ella asintió—. Usted no estaría aquí sentada si someterse a esta operación fuera una insensatez. Pero la pregunta es: ¿está usted preparada para asumir los riesgos?—Como incluso a él mismo sus palabras le sonaron algo bruscas y frías, añadió—: No tiene por qué tomar la decisión ahora, y puede echarse para atrás en cualquier momento, incluso en el último momento.

Ella desvió la vista y la dirigió a la ventana. Al otro lado de la calle los plátanos brillaban bajo el sol del atardecer. El marido parecía desconcertado y abatido por la indecisión de su mujer. Entonces ella se levantó, movió la cabeza como si saliera de un trance y dijo:

—Me lo tengo que pensar.

Esa noche Walford soñó algo desconcertante: era un sueño donde no ocurría nada, nada que pudiera explicar lo intenso que le había resultado.

Volvió a ser un niño, estaba en el jardín de sus padres, agazapado junto al depósito, un cilindro oxidado que recogía la lluvia y cuyo grifo goteaba un agua verdosa. Su hermano, mayor y más alto que él, estaba de pie al lado del depósito, sonriendo. A él le llegaba el suave olor de los manzanos y los perales que había cerca. Y eso era todo. Recordaba cómo de pequeño los sapos y una culebra de collar (los animales más comunes en aquellos años) a veces se deslizaban bajo el barril de agua. Pero en aquel breve sueño sólo veía el brillo del agua sucia, el grifo y a su hermano diciendo algo inaudible, y sentía el eco de días olvidados.

Se despertó con una exasperante sensación de pérdida, como si algo se le hubiera escurrido de las manos en el último momento. Como creía que los sueños emergían de la agitada memoria a largo plazo, aquel fragmento condensado debía proceder (pensaba él) de una historia mucho más extensa que se había perdido.

Aquel hombre parecía una liebre deslumbrada por la luz. «¡Qué maravilla!», decía entornando y abriendo los ojos sucesivamente, como si el anodino lugar (los muebles sin estilo, la mesa de Walford, las fotos médicas) lo fascinara y lo intimidara a un tiempo, mientras la cresta de su pelo castaño se mecía sobre su rostro famélico.

—¡Nadie lo ve, doctor! La gente debe de tener la cabeza llena de niebla. ¡Están ciegos, no ven que están rodeados de gloria! Estalla en cada momento de nuestras vidas, por todas partes, y...

Ya llevaba veinte minutos hablando, y Walford no sabía cómo pararlo. Ya había tratado antes con pacientes que respondían a ese tipo de personalidad epiléptica, pero en el caso de Roy Peters el patrón rozaba lo preocupante. Dios estaba presente en todos los asuntos humanos, incluso en los más triviales. Los objetos rebosaban maná, y había ciertos lugares en torno a ellos (¿no se había dado cuenta el doctor Walford?) que emanaban un poder celestial que él sentía que le rozaba el rostro. Además, Dios le había hablado con una intimidad que otros desconocían, a menudo al inicio de un ataque epiléptico. El placer de todo aquello era indescriptible. A veces Peters, a plena luz el día, veía caer del cielo las estrellas como bolas de una luz deslumbrante. También había visto el rostro de Jesús.

—¿Lo entiende, doctor, entiende lo que quiero decir? ¿Se da cuenta de cómo actúa Dios en el mundo?

—Eso es irrelevante para esta entrevista, señor Peters. —Walford se estaba hartando. Intentó calmarse para pensar con claridad—. Lo que importa es que usted entienda las implicaciones de la operación. Dice que quiere operarse, pero yo creo que usted...

—¡Estaré en manos de Dios!

«En absoluto—pensó Walford—, estarás en mis manos», pero respondió:

—Si quiere dejar de sufrir ataques, le tendré que extirpar parte de una zona del cerebro llamada sistema límbico. Allí se encuentra una estructura llamada el hipocampo que tiene forma de caballito de mar...

Se dio cuenta de que la mirada de Peters (los ojos que habían brillado al mirarle unos momentos antes) se había separado de su conciencia para sumirse en una especie de íntima

ensoñación. Walford sabía que aquel paciente ya daba signos de algún tipo de amnesia anterógrada. El año anterior se había abierto cuatro veces la cabeza a causa de caídas repentinas. Una lesión en el lóbulo temporal derecho se había estado agravando desde la pubertad (Peters tenía ahora treinta y tres años) y las crisis parciales se habían ido haciendo más largas y frecuentes, hasta sufrir crisis de *status epilepticus*.

La necesidad de operarlo era indiscutible. Walford extirparía una parte de la amígdala y todo el hipocampo derecho esclerótico, las antiguas zonas de control del aprendizaje y las emociones, y devolvería a Peters a un estado más o menos normal. Lo raro era que a Peters no le alarmaba la intervención, incluso quería que lo operasen. Volvió a entornar los ojos pálidos frente a Walford y al encontrar su mirada relucieron.

—Al principio oigo la música, doctor, ese canto, y sé que Él me está llamando, se está abriendo paso, y entonces la cortina que nos separa se rasga, como el velo del Templo al morir Jesús crucificado. Pero el Diablo no soporta que yo oiga la voz de Dios, por eso me ataca y me deja inconsciente. Pero siempre me despierto, en mi cuarto o en la calle, porque el Diablo no puede matarme, y voy a seguir transmitiendo el mensaje de Jesús.

—Si la operación sale bien, señor Peters, dejará de tener esos episodios—le dijo Walford.

—Sí, sí, vamos a destruir a Satán juntos. Usted también será un representante de Dios.

Walford estaba apuntando algunas notas para el terapeuta que se encargaría de la rehabilitación. «No es posible anticipar con certeza los resultados. Cada paciente es diferente». Se levantó de la mesa y se colocó junto a Peters, que pensó que se disponía a abrazarlo y estiró los brazos como un niño. Pero Walford lo miró desde arriba severamente, observando la juvenil mata de pelo y las temblorosas rodillas que asomaban a través de una de las roturas de los tejanos.

—Quiero que lo entienda: tras la operación, dejará de ser el mismo. Es posible que esas visiones y voces desaparezcan—insistió.

—Nunca desaparecerán...

—El cerebro es muy complicado, señor Peters. Entendemos el mundo a través del cerebro, así que basta tocar el cerebro para que el mundo cambie.

Peters alzó los ojos y le clavó la mirada a Walford. Su voz sonó fuerte y alarmada. Walford estaba pisoteando un terreno sagrado.

—¿Acaso me está diciendo que puede extirparme a Dios con su bisturí?

—Le estoy diciendo que sufre usted una lesión: una parte de su cerebro se ha desarrollado anormalmente. Ya le han explicado que corre el riesgo de morir prematuramente. Pero si le operamos o no es decisión suya, y primero tiene que comprender que la intervención tendrá consecuencias, usted cambiará.

—Doctor, no ha entendido usted nada, pero nada de nada —dijo repentinamente sonrojado. Se persignó una y otra vez, sonriendo como si se estuviera reponiendo secretamente—. ¿Cree que Dios vive en el cerebro?—preguntó apretando ambas manos contra su pecho, estremecido—. No, Dios nos pide que lo dejemos entrar golpeando desde fuera. ¡Déjelo entrar, doctor! ¿Cómo es posible que el cerebro pueda cambiarlo a Él?

Walford respondió con una claridad cortante:

—Señor Peters, las ideas racionales sobre Dios se forman en el lóbulo frontal. El lóbulo occipital permite darle cualidades antropomórficas a Dios, y el sistema límbico hace posible la

experiencia emocional de Dios. La inhibición de actividad en el lóbulo parietal puede inducir a que uno se crea en unión con Dios.

Había pronunciado aquella lúgubre parodia a sabiendas de que no sería entendida, ni siquiera escuchada, pero le pareció que esas crueles palabras lo exoneraban. Lo que más le preocupaba era la cuestión del consentimiento informado. ¿Cómo se podía practicar una operación a un paciente que no sabía lo que podría ocurrirle? Tras la operación, la persona en la que se convirtiera Peters podría perfectamente olvidarse o reírse de toda aquella discusión, pero en cualquiera caso sería una persona recreada por Walford.

Con distante cortesía le explicó a Peters que lo volvería a ver al cabo de una semana. Peters tenía una semana para reflexionar sobre lo que Walford le había explicado. Pero Walford sabía que nada haría cambiar de opinión a aquel hombre.

La extirpación de cualquier parte del sistema límbico era un proceso delicado y de resultados inciertos. El hipocampo seguía inquietando y sorprendiendo a Walford. Recibía una especie de lluvia de meteoritos de información sensorial cada segundo, procesaba la información, la ordenaba secuencialmente, la coloreaba con una vasta paleta de emociones y luego la archivaba en la corteza cerebral para las necesidades de la memoria inmediata. Extirpar el hipocampo o la amígdala era, de alguna manera, reordenar la naturaleza.

Sí, uno podía extirpar a Dios con un bisturí.

Una noche, mientras Kate dormía abrazada a Walford, él le midió el dedo anular de la mano izquierda con un cordel. El anillo de compromiso que había comprado en secreto sólo tenía un diamante (pequeño pero muy puro y finamente tallado) sobre una montura de platino. Su brillo discreto, pensó, iba mucho con ella. De vez en cuando palpaba el anillo que llevaba envuelto en un pañuelo dentro del bolsillo de su anorak, aguardando el lugar y el momento adecuados para entregárselo. Pero ningún sitio a lo largo del camino del acantilado era lo suficientemente bueno para él: ese mirador estaba ocupado, allí la vista no era buena, ahora el viento volvía a arreciar. Así que, frustrado, caminaba detrás de ella, notando cómo se le aceleraba un poco el corazón sin que la marcha tuviera nada que ver en ello, mientras Kate avanzaba despreocupada, atribuyendo el silencio de él a sus problemas de la semana anterior. Ella ignoraba en qué momento Walford se puso a pensar: «Cuando se lo pregunte, ¿me rechazará?». Era una cuestión que apenas se había planteado antes (curiosamente era ella quien a veces lo acusaba de arrogante). Kate no era una de las enfermeras que lo observaban con los ojos muy abiertos por encima de las mascarillas quirúrgicas; y en lo que respectaba al matrimonio, había dicho en una ocasión que la historia de su familia no era demasiado alentadora: su padre a menudo estaba ausente, su madre era alcohólica. A Walford, que había crecido en una familia estable, la vida de Kate lo inquietaba, y ella misma le parecía un pequeño milagro.

A su alrededor los prados calcáreos se deslizaban suavemente hacia el mar, donde las olas penetraban en el interior de las cuevas de la orilla y se retiraban burbujeando. Bandadas de aros graznaban desde los acantilados. Aquí y allá un muro de piedra seca, cubierto de zarzas, interrumpía el camino.

Ella empezó a sondearlo en broma. Normalmente, cuando él se sumía en sus pensamientos no se quedaba callado, sino que reflexionaba (hasta donde ella entendía) sobre los diferentes cerebros que había operado esa semana. Pero ese día, en los momentos en que se quitaba a Kate de la cabeza, no pensaba en ciencia neuronal sino en dos pacientes extrañamente perturbadores.

Le contó que al principio a Claudia Greene no la había entendido demasiado bien, que la visita había estado plagada de silencios incómodos, aunque el informe neuropsiquiátrico incidía en su lucidez. Y luego estaba el fanático Peters, para quien el concepto de consentimiento informado era fútil: un hombre demasiado atrapado en su condición como para poder ser informado por cualquiera que no fuera el Dios de sus alucinaciones.

Los dos enamorados fueron hablando de aquellos dos extraños mientras seguían el camino costero, ella burlándose de él porque aquellos dos complejos seres humanos habían desafiado su deliberado distanciamiento. ¿Acaso se había enamorado de Claudia Greene?, bromeó Kate.

Sí, estaba enamorado, contestó él, saboreando aquellas palabras adolescentes. Estaba enamorado de Kate. En cuanto a Peters, lo que quedaría de él si Dios desaparecía no lo sabía. Enfrente de ellos la larga muralla blanca de acantilados serpenteaba hasta el cabo del faro a cinco kilómetros de distancia, y el mar calmado a la luz del pálido sol parecía una llanura gris. Ahora Walford caminaba junto a Kate. El lugar se sumió en una calma sin viento. En una ocasión la sorprendió riendo tranquilamente ante la belleza del lugar: su risa no era una manera de descargar la tensión, sino el curioso y dulce tintineo de su exultante interior, como el balbuceo involuntario de un bebé. Por esas cosas la amaba.

Pero poco después Kate dijo:

—Pobre señor Peters. ¿De verdad pueden los lóbulos temporales ser la causa de Dios?

—En su caso, es posible—le respondió él acariciándole la mejilla.

—Quién sabe—añadió ella riendo—, tal vez el cerebro sea tan sólo nuestra manera de comprender a Dios.

—En cuyo caso, voy a privarle a alguien de su salvación.

—Ah, entonces tú eres Dios. Me estaba preguntando dónde...

Él le dio un pellizco cariñoso. Parecía un buen momento y lugar para pedirle matrimonio, pero ya habían discutido otras veces sobre su manera de tratar a los pacientes como especímenes neuronales (su desapego lo había convertido en un insensible), y por su parte él intentaba a veces que ella se distanciase de los problemas de sus niños, que a menudo le quitaban el sueño.

Su preocupación por la muerte del pasado sólo había ido aumentando al cabo del tiempo. Era la memoria en el presente (la capacidad de recordar de manera eficiente el día a día) lo que la cirugía podía destruir de forma más significativa. En aras de la supervivencia del paciente, se podía perjudicar de manera irreversible la agudeza mental, hundir carreras, destruir relaciones personales. En cuanto a la memoria remota, la historia única enterrada en el cerebro de cada individuo, era más difícil de estimar el daño real. En la alterada mente del paciente tras la operación, el pasado podía desaparecer sin que se diera cuenta. Historias enteras permanecían enterradas en vida, inaccesibles en el laberinto de la corteza cerebral.

Claudia Greene acudió sola a su segunda y última visita. Vestía igual de sobria que la última vez, y a la despiadada luz del consultorio la tensión de su rostro, de huesos frágiles y cubierto de finísimas arrugas, acentuaba la impresión de que había envejecido prematuramente. Ella se sentó delante de él, al borde de la silla; mantenía su cuerpecillo escuálido muy erguido mientras manoseaba un paraguas plegable enrollado. Empezó preguntándole con su particular tono irónico qué parte en concreto de su cerebro pensaba extirparle, y finalmente afloró su temor a perder la memoria. ¿Cuánto de su pasado desaparecería? ¿Qué períodos de su vida estaban más amenazados? ¿Los recuerdos desaparecían enteros o sobrevivían algunos fragmentos?

Walford sabía que con sus respuestas no quedaría satisfecha. Admitía que la neurociencia era joven e imprecisa. Cada cerebro humano era diferente. La mejor forma de concebir el cerebro no era como un conjunto de regiones separadas, sino como una red por donde circulaba la información. Cuando una carretera se volvía intransitable, se abría otra. En concreto, ¿qué le daba miedo?

Ella se quedó callada, y mientras Walford se preguntaba cuánto tiempo permanecería en silencio, volvió a hablar:

—Hay un período de mi vida, hace cuatro años, que no quiero perder—dijo mirándolo con sus extraños ojos brillantes—: una aventura amorosa.

Aquello lo pilló por sorpresa. Se había dejado engañar por su sobria apariencia (después de todo, sólo era un poco mayor que él) y el aura de decencia. Él asintió mecánicamente con la cabeza, frunciendo el ceño:

—Lo entiendo—dijo, aunque no estaba seguro de entenderlo.

Ahora ella lo observaba con una extraña mezcla de orgullo y pudor.

—Son recuerdos muy intensos. No me puedo imaginar a mí misma sin ellos. No sería capaz de saber quién soy. Puede parecer una tontería, a mí me lo parece, sentir que la identidad de una está tan atada a la de otro tantísimos años después. De hecho, él murió.

—Lo siento. —Walford se preguntó por qué ningún otro paciente había abordado esta cuestión antes: el miedo a perder la identidad. ¿Acaso los otros pacientes creían que la memoria era algo tan intrínseco que no podían concebir perderla? O tal vez, dado el deterioro mental de muchos de ellos, ni siquiera se lo habían planteado.

—Señor Walford, ¿todo eso va a desaparecer como si nunca hubiera ocurrido?—Por un instante él se preguntó por qué Claudia Greene no preferiría que desaparecieran aquellos recuerdos y regresar a la ilusión de haber sido fiel a su marido. Pero ella prosiguió—: Quiero saber lo que ocurre aquí—dijo señalándose la cabeza, y luego, con voz trémula, añadió—: Si puede, trate de preservarla.

Walford se dio cuenta de que ella había leído y entendido algunas cosas sobre su enfermedad.

—Como debe de saber—le dijo—, el tumor se encuentra en el hemisferio derecho del cerebro. Pero los hemisferios no están separados. Aprenden el uno del otro.

—Entonces, ¿dónde se alojan los recuerdos?

—Son procesados por una estructura en el sistema límbico, una parte profunda del cerebro, llamada el hipocampo. Asigna algunos recuerdos para la memoria a largo plazo en la corteza cerebral (la parte superior del cerebro, la racional, por decirlo de algún modo), mientras que los recuerdos más triviales desaparecen de nuestra conciencia. —Ella lo escuchaba con una mirada atenta, triste—. Hace poco se pensaba que pasados unos años la memoria a largo plazo sólo se conservaba en la parte superior del cerebro. Pero ahora no estamos tan seguros. Hasta donde sabemos, el sistema límbico está lleno de recuerdos. Por eso resulta difícil responder a su pregunta, señora Greene. —Pero como siempre había querido evitar el consuelo fácil, añadió clara y deliberadamente—: Lo que creo que puede perder es la llamada «conciencia autoconsciente», la habilidad de volver al pasado y recordarlo con detalle. Podría afectar a todos los períodos de su vida. Tal vez sólo quede un simple rastro de memoria de algunos episodios de su vida, sólo la sensación de haberlos vivido...

Como en otras ocasiones, era consciente de haber sido un tanto brutal. Añadió que esperaba

que su memoria semántica (la habilidad de leer, de hablar) no quedara dañada, como tampoco la motricidad: otros pacientes seguían yendo en bicicleta o bailando.

Pero ella había bajado la mirada y él sabía que no lo estaba escuchando, hasta que de repente le dijo:

—Quizá sea mejor seguir padeciendo ataques.

—En ese caso su memoria se deteriorará de todas maneras, incluso más que con cualquier eventualidad causada por la cirugía. Usted ha tenido la suerte de no tener apenas secuelas hasta ahora, pero no será siempre así.

—Todavía no he olvidado ni una sola hora de aquellos años. —Curiosamente, sus palabras, pese a su voz metálica y entrecortada, se parecían a las de una niña—. No he olvidado nada de él. Todavía le hablo, le escucho. Incluso aparece durante las crisis epilépticas—dijo ruborizándose de repente, lo cual le hizo pensar a Walford que tenía orgasmos durante las crisis.

Sin estar seguro de si se refería a eso, él la tranquilizó:

—Ocurre con frecuencia en mujeres durante los espasmos epilépticos.

—No lo sabía.

—Evidentemente, los pacientes rara vez hablan de ello, pero existen estadísticas. —Ella volvió a enmudecer—. Señora Greene, tal como le expliqué en nuestra primera visita, se trata de una operación muy delicada, en la que se eliminará lo menos posible de la corteza cerebral. Eso es todo lo que podemos hacer para preservar el lenguaje y la memoria.

Ella se levantó y se acercó a la ventana. Seguía aferrando el paraguas. Él supuso que durante toda su vida aquella mujer había mantenido el mismo autocontrol, como una llama pura, y ahora sentía que lo estaba perdiendo. Podía notar su miedo. Pero finalmente, todavía mirando por la ventana, ella dijo:

—He decidido operarme.

—Creo que ha tomado una buena decisión.

—Pero necesito que usted me haga un favor—añadió sacando de su bolso un delgado fajo de cartas que colocó sobre la mesa. Por los sellos, él supo que provenían de España—. Tras la operación, ¿durante cuánto tiempo más me seguirá tratando?

—Veo a los pacientes media hora después de la operación, en cuidados intensivos, y luego dos veces al día en el hospital.

—Quiero que me enseñe estas cartas tan pronto como acabe la operación—agregó ella casi de forma impulsiva—. Quiero recordarlo inmediatamente. Usted dice que conservaré la memoria semántica. Esto me hará recordar. ¿Puedo contar con su ayuda, señor Walford?

—¿Lo sabe su marido?

—Mi marido no sabe nada. Está demasiado ocupado pensando en sí mismo.

A Walford le había empezado a irritar aquella imposición, y le exasperaba la forma en que ella trataba de evadirse de la realidad. Nadie le había pedido nada parecido. No podía estar seguro de qué recuerdos se regenerarían en la paciente (ni si lo harían fragmentados, apagados o íntegros). Incluso ahora, tras tantas crisis, su pasado podría estar ya corrompido. Los recuerdos no son estáticos. Cada vez que uno los evoca, la estructura neuronal cambia, de manera que el recuerdo más rememorado puede acabar siendo el más fraudulento. Incluso un hecho imaginado, si es lo suficientemente vívido, puede dejar su impronta en el cerebro de forma tan permanente como algo real.

—No creo que pueda hacerlo—le respondió.

Sin embargo, Claudia se había inclinado sobre la mesa y había dejado una foto sobre el fajo de cartas. Tenía la voz quebrada.

—Puede que después de la operación no recuerde nada. Pero antes quiero estar segura de que he hecho todo lo que he podido. Si las cartas lo dejan frío, quizá esta foto sí le permita entender. —Tenía la cara muy cerca de la de él, y los ojos rayados le brillaban. Echó un vistazo a la fotografía y vio a un hombre menudo de piel cetrina, con una barba oscura. En el borde había escrito sencillamente «Joaquín». A su lado, tomada de la mano, había una mujer que primero no reconoció, de aspecto juvenil para la edad que debía de tener entonces, con el rostro iluminado por unos ojos preciosos. No supo si la impresión que le provocó la imagen era de admiración o de tristeza. Ella, sin dejar de mirarlo a los ojos, le dio la vuelta a la fotografía, como si aún fuera un secreto.

—Era español, católico..., aunque a mí Dios siempre me ha parecido una bobada. —Su risa había dejado de sonar tan metálica. Estaba recordando algo que le era grato—. Nos conocimos en Salamanca, en una conferencia, y luego nos vimos en Inglaterra. Esas pensiones..., los años que tuvimos que ocultarnos...—Su voz volvió a templarse—. Me hará el favor, ¿verdad?

«Se está compadeciendo, menuda sensiblería», pensó. Tratando de ocultar su irritación le contestó:

—Lo siento.

Algunas jornadas eran largas e inesperadamente exigentes, e intensificaban la energía concentrada en su interior. A la mañana siguiente, tras la ronda de pacientes, realizó una operación de cinco horas en la que extrajo a un albañil un glioma de alto grado, limpiando el tejido residual por medio de un equipo de resonancia magnética. El descanso de media hora lo pasó consultando al oncólogo. Por la tarde, como el residente de más experiencia estaba de baja por enfermedad, operó a un abogado de cincuenta años al que le extrajo un tumor que le presionaba el oído interno. En cuidados intensivos, el hombre respondió satisfactoriamente a su voz.

Al anochecer, atendió a los padres de una chica de dieciséis años con un hematoma subdural y tuvo una última visita con Roy Peters. Peters estaba más apagado que en la primera visita. Al entrar saludó de forma distraída desde la puerta, como si Walford estuviera muy lejos, y se sentó cautelosamente. Tenía la mirada como congelada y vacía: en los últimos cinco días había sufrido dos crisis. En una de ellas su hermano lo había encontrado inconsciente en el pasillo del piso que compartían. Llevaba el brazo vendado hasta el codo. Había decidido dejar el trabajo de empaquetador a tiempo parcial, según él, para ponerse a escribir. Estaba escribiendo sobre el poder purificador de los fenómenos cotidianos. Cada tarde se arrodillaba para rezar durante más de una hora, y Jesús había acudido a él con la luz del sol. Jesús era la Palabra, y Peter iba a ponerla por escrito. Jesús le había explicado el orden de las cosas y le había mostrado que no había nada que temer. Incluso le había contado la razón de sus crisis, y adónde se había ido su hija.

—¿Tiene una hija?

—Murió.

—No lo sabía.

En los informes clínicos de Peters no se había mencionado ninguna hija, ni tampoco en las visitas con los familiares. Y nunca se había casado.

—Ahora está con Dios—agregó Peters—. Es su ángel.

¿Cómo iba a sentirse triste? Había momentos en que el mundo material le suscitaba una gran indiferencia, como si por fin lo inundara una inmensa paz interior y los poros de su cuerpo sangraran en la infinita misericordia de Dios.

—Y cuando me arrodillo junto a la ventana miro más allá de las azoteas y las antenas parabólicas y descubro el chapitel de la iglesia con su cruz. Entonces miro la cruz y siento cómo Él acude a mí, y poco después cierro los ojos a la luz del sol y Él habla. De noche la cruz se ilumina, es una especie de luz reflejada, y sé que Dios sigue allí. Señor Walford, dijo que Dios está en el cerebro, pero es el Diablo el que está en el cerebro, en la oscuridad, en la profundidad, y Dios está en la luz, pidiendo que lo dejemos entrar... ¿No le parece maravilloso?

Ahora era Walford quien, insólitamente, empezaba a dudar. Lo iba a operar, eso estaba claro, era inevitable. Peters tenía una lesión subaguda cada vez más grave. Pero se preguntó en qué medida Peters perdería su consuelo divino tras la operación. En su mundo a oscuras, ¿seguirían teniendo sentido las cosas? ¿Se convertiría el ángel de su hija en un cadáver? Inmediatamente evitó hacerse esas preguntas. Tal vez aquella hija no fuese más que una fantasía. Pero cuando miró al paciente y vio de nuevo sus ojos de liebre y su desmañada forma de sentarse (parecía siempre presto a irse en cualquier momento), Walford sintió una punzada de algo parecido a la lástima.

—Después de la operación, ¿el Diablo ya no volverá a tumbarme?—le preguntó Peters.

—No, espero que no.

Al cabo de un minuto Peters se puso en pie de un salto para irse; aliviado de que Walford estuviera dispuesto a operarlo, le cogió las dos manos, lo bendijo y luego retrocedió hacia la puerta, despidiéndose con la mano.

De repente, Walford se sintió muy cansado. No se movió de la silla durante al menos dos minutos, contemplando la puerta como si Peters le hubiera absorbido toda la energía, dejándole apenas aquel saludo infantil y sus pueriles convicciones. Luego hojeó desganado un historial clínico y el informe de un radiólogo y recogió para marcharse a casa. Evidentemente, Peters estaba un poco loco y quizá después de la operación lo seguiría estando. Era imposible saber si la intervención atenuaría la fe o la eliminaría por completo.

Algunos estudios sobre el cerebro afirman que la repetida consideración de un concepto puede transformarlo en algo tan real como cualquier percepción sensorial. «Es una función del tálamo», pensó Walford. Es decir, que las invocaciones de Peters podían intensificar la fe tanto como, pongamos por caso, las oraciones a la luz de una vela del seminarista rezándole a Dios. El cerebro crea sus propios ídolos, no siempre separa los hechos de la fantasía, puesto que evolucionó para asegurar la supervivencia de su propietario. Y Peters necesitaba a su dios.

El mar está en calma y el viento ha amainado. Caminan tomados de la mano. Delante de ellos la costa serpentea en la pared de acantilados sobre los que se extienden montes verdes, y las olas más abajo apenas forman espuma. A lo largo de todo el litoral se encuentran las vetas más ricas de caliza y se distinguen las excavaciones abandonadas en estrechas grutas a gran altura. Luego el camino descende por el desfiladero de una cantera en ruinas, que los conduce a una terraza natural sobre el mar. Queda una rampa empinada, y unas gradas de hormigón donde antaño grúas de madera colocaban la piedra en barcazas quince metros más abajo.

Él siente el sol en la cara y el calor que desprende la roca que los rodea. Mientras Kate explora la cantera abandonada, él se sienta a cierta distancia y la mira con un poco de recelo,

alimentando el aplazamiento de su propuesta, amándola deliberadamente. A veces ella le sigue pareciendo misteriosa, quizá lo será siempre. Él nunca consigue prever a ciencia cierta qué hará: qué cosas le molestarán, le gustarán o la harán reír. Bajo el sol, ella se ha quitado el anorak y la gorra, y su precioso cabello largo cae hacia atrás. Tras tantos años, tantas relaciones y angustiosas dudas, él piensa maravillado: «Ésta es la mujer con la que quiero casarme». Walford se recuesta sobre la rampa mientras ella camina a través de zonas de trabajo donde todavía se alzan algunos pilares de ladrillos con las vigas de metal oxidadas y rotas. Hace más de un siglo que los canteros se marcharon. Las bocas cuadradas de las cuevas que excavaron se abren junto a ella, y cuando desaparece por una él la sigue.

Es una profunda cavidad en la pared rocosa. Enormes, deformes columnas de piedra viva sostienen el techo. Kate le grita: «¡Hay murciélagos! Son muy pequeños». Los ojos de él se acostumbran por fin a la oscuridad y se une a ella bajo un techo ennegrecido y cubierto de murciélagos enanos. Les llega el hedor a orina. A su alrededor, en las paredes de roca, vetas regulares dividen la piedra de lado a lado, como si la propia piedra hubiera indicado por dónde cortarla. Las pisadas crujen en el silencio. Se asombran en voz alta de la cavernosa inmensidad del lugar, de la cantidad de canteros que debieron de morir de silicosis o tuberculosis, de cuántas iglesias y plazas fueron creadas a fuerza de vaciar aquella cavidad.

Cuando salen, él con un brazo alrededor de ella para protegerla de la humedad, la luz del mediodía sobre las rocas proyecta un cálido brillo. Se tumban en una zona donde crece hierba. Él le acaricia la mejilla y la atrae para besarla. Miran hacia el cielo y contemplan la belleza pétreo del acantilado. A su lado siente el cuerpo ágil y vivo de ella. Cuando él le desabrocha los tejanos, ella lo ayuda. Desea con avidez hacer el amor con ella y proponerle matrimonio, escucha su suave risa, y finalmente siente todo su atlético cuerpo desnudo uniéndose al suyo. Una mariposa de la ortiga revolotea en la hierba, se posa en el hombro de ella y él la aparta. En la dilatada intensidad de su deseo, de sus labios pegados al cuello de ella, del orgasmo susurrante de ella, olvida momentáneamente la propuesta de matrimonio. A medida que se adormecen, se pregunta si a ella le parecería irónico el olvido en ese preciso momento, y luego se duerme sobre su pecho.

Al cabo de un rato ella lo despierta, murmurando provocadoramente:

—¿Por qué hemos hecho el amor aquí? ¿Lo habías planeado todo?

Pero él se queda en blanco.

—No lo sé...

—¡Pero si tú lo sabes todo!

Kate le dice a menudo que él lo sabe todo, burlándose de que lo explique todo a través del cerebro. Y ahora, mientras le recuerda que, evidentemente, no eran ellos quienes hacían el amor sino la amígdala y la circunvolución del cíngulo anterior, se inclina hacia él para besarlo en la frente y le masajea tiernamente el pecho.

Desde el apartamento se llegaba fácilmente al hospital. Se atravesaba un parque y un pequeño cementerio, y a primera hora de la mañana estaba todo tan tranquilo que lo único que se oía eran los primeros trinos de los pájaros. Ese interludio entre el desayuno y la cirugía lo imbuía de una fuerza purificadora. Disfrutaba de su propia energía mientras que los demás apenas se movían. Caminaba pisando con seguridad y resolución el camino de gravilla. El silencio casi absoluto, el cielo cada vez más claro y el aire de mar lo ayudaban a concentrarse para el resto del día.

Al pasar por el cementerio, las flores marchitas y los repetitivos epitafios del cementerio le

resultaron disonantes aquel día: EN MEMORIA DE..., SIEMPRE TE RECORDAREMOS. La paciente de esa mañana sería Claudia Greene, una mujer obsesionada con la fragilidad de su memoria. Por la tarde operaría a un pensionista cuya memoria quedaría dañada por la extirpación de un astrocitoma. «Hay cosas en las que no merece la pena pensar, y el pasado sacrificado es una de ellas», pensó.

Para él decir «siempre te recordaremos» no era algo real, sino una extravagancia del duelo. El cerebro que recordaba era igual de corruptible que cualquier otro tejido. Al llegar al hospital había dejado de pensar en todos aquellos ilusorios consuelos. Los recepcionistas estaban tan soñolientos como siempre, y los pasillos vacíos. El habitual olor a antiséptico flotaba en el aire. En un vestuario oscuro, se puso su holgada bata y guantes desechables.

A primera hora, antes de que se entrometieran el fragor y alboroto de los demás, le gustaba tomar posesión del quirófano. Se trataba de un ritual reconfortante: revisaba los instrumentos y las pantallas. No quería que hubiera nada superfluo allí. La silla de cirujano debía de estar calibrada de antemano con precisión, los brazos ajustados. Comprobó que el programa que guiaba la operación estuviera cargado (esa mañana no lo estaba) y que los escáneres de los pacientes salieran en la pantalla. El rotulador para marcar la incisión, los esparadrapos y la cuchilla para afeitar el pelo debían estar en su sitio.

A las siete y media subió a la habitación de la señora Greene. Estaba despierta, y junto a ella se encontraba el marido y un nervioso hijo adolescente al que nunca había mencionado. Volvía a estar pálida y tensa. El tono contenido y maquinal de sus preguntas rompió el silencio. El marido no dejaba de agitarse en la silla y tosía como si se dispusiera a decir algo, cosa que al final no hizo. La mujer preguntó al doctor cuánto duraría el efecto de la anestesia, si se despertaría con dolor de cabeza, cuánto tiempo tardaría en volver a visitarla. Al cabo de unos minutos, cuando llegó el anestesista y le explicó con locuaz seguridad el procedimiento, Walford salió de la habitación.

Como sabía que Claudia quería decirle cosas que no podía mencionar en presencia de su marido, y pese a lo mucho que le disgustaban esas irregularidades, esperó en la puerta de la sala de anestesia junto al quirófano hasta que el celador la acercó en su camilla. Luego él le dio ánimos de una forma que le sonaba estereotipada, pero que a menudo provocaba en los pacientes sentimientos de implorante gratitud, y a veces incluso una mano temblorosa se alzaba para cogerle la suya.

Pero Claudia Greene se limitó a pasarse un segundo la lengua por sus resechos labios y levantó los ojos rasgados para mirarlo desde su camilla. Entonces sacó el fajo de cartas (las había escondido bajo su bata) y las apretó contra el pecho de Walford. Aunque este habría dicho que al verse forzado a aceptarlas montaría en cólera, no fue así: sintió una mezcla de pena y curiosidad, como si a fin de cuentas el olvido o recuerdo de la paciente pudieran poseer valor clínico.

Su equipo aguardaba en el quirófano. Era casi una mañana como cualquier otra. Walford sabía que tenía reputación de ser muy puntilloso, y los demás lo esperaban algo nerviosos: el residente, Salim Gupta, talentoso pero joven, junto a una experimentada enfermera de quirófanos y su auxiliar. Las resonancias magnéticas de la paciente aparecían en la pantalla, mostrando partes del hemisferio izquierdo afectado. Él y Salim las analizaron someramente, ya familiarizados con ellas. Era una operación con dos estructuras conectadas: la amígdala y, al lado, el hipocampo esclerótico. Tan sólo en el núcleo basal de la amígdala colgaba la imprecisa burbuja de un tumor de grado bajo. Las imágenes no mostraban cuán profundo era ni por dónde se extendía. Más de la

mitad del hipocampo adyacente estaba esclerótico (en las imágenes ampliadas la zona tenía un brillo blanquecino que se apagaba al llegar a la cola de la estructura) y era un veintidós por ciento más pequeño que el del hemisferio derecho.

Claudia Greene llegó inconsciente en la camilla, acompañada del anestésista y su equipo, un residente y un auxiliar. Pese a que le habían cubierto los ojos y en la boca le habían colocado los tubos de oxígeno y gas, a Walford su rostro le pareció más joven y distendido, y tenía las manos entrelazadas sobre el estómago como una niña. Él mismo rasuró el pelo de la zona que iba a operar, y marcó con un rotulador quirúrgico la línea de la incisión craneal. Trazó una línea que formaba medio círculo, como un gran signo de interrogación, por encima de la oreja. A Salim le pidió que moviera la cabeza de la paciente en la abrazadera, manteniéndola firme para que la pudiera detectar el programa informático de guía de la operación, y supervisó la ubicación de los electrodos en el cráneo, colocándolos ordenadamente detrás de la línea capilar. Los marcadores de referencia en la cabeza de la paciente conectaron con el sistema de navegación en la pantalla. Entonces la enfermera le cubrió el rostro a Claudia.

Una vez aislada la zona que debía operar, Walford sintió cómo aumentaba su concentración. Conocía muy bien ese momento. Enfocaba su atención en un único segmento despersonalizado de la cabeza. El paciente se convertía en un campo quirúrgico. Sintió la euforia de estar al mando. Un murmullo o la mano alzada recibirían automáticamente el adecuado número de bisturí o retractor. Y podía regular a voluntad la tensión, o la ventilación, ejerciendo una presión que jamás se veía afectada por el descuido o el pánico.

Empezó abriendo el cráneo con su habitual destreza, cortando el músculo temporal, apartando el nervio facial. El sangrado fue mínimo. Luego realizó la perforación de los agujeros de trepanación y la incisión circular con la sierra de craneotomía. Durante largos minutos el agudo chirrido de la sierra llenó el silencio, y flotaba un hedor a hueso chamuscado. A continuación cauterizó el trozo de hueso recortado y lo levantó. En los bordes de la cavidad y en la membrana protectora de la duramadre Salim y él colocaron cotonoides húmedos hasta que el campo operativo quedó definido por un círculo claro.

Sólo habían transcurrido treinta minutos, y la operación podía durar hasta cuatro horas. Pero a partir de aquel instante él perdió la conciencia del tiempo. Aquel tipo de operaciones se producían en un vacío temporal, aisladas, bajo la luz artificial de las lámparas quirúrgicas. Tras haber perforado y cortado, la duramadre pareció soltarse de los pliegues blancos del propio cerebro, y empezó a sangrar de forma tan abundante que Walford suturó rápidamente la zona y colocó las pinzas alrededor.

A continuación, aún más concentrado, acercó el microscopio quirúrgico y empezó la larga y profunda disección intercerebral. La experiencia lo imbuía de la tranquilidad de lo conocido, incluso de euforia: guiaba con experta precisión el retractor y las espátulas cerebrales hacia la cisura de Silvio y finalmente se abría paso hasta el umbral de la amígdala, cuya extirpación podía destruir la memoria emocional. Localizarlo era la parte más exigente de la operación. El programa informático que indicaba las irregulares líneas de navegación superponiéndolas al campo del microscopio le señalaba su objetivo y también las regiones ópticas, que convenía evitar. Desde pantallas colocadas por todo el quirófano, su equipo podía seguir su progreso, aunque para el ojo desnudo la amígdala y el hipocampo fueran invisibles. Si uno sondea demasiado atrás puede dañar el área del lenguaje del paciente; si lo hace demasiado arriba, puede cortar las fibras del nervio óptico, dañando la visión del ojo derecho. En todo momento, Salim y él cauterizaban los vasos

sanguíneos de alrededor, cuya función exacta nadie conocía. Walford le dijo a Salim: «Fíjate bien».

Se sentía modestamente orgulloso de su talento para operar en las regiones más inescrutables del cerebro. Después de sólo veinte minutos buscando la ruta por donde llegar al tumor a través del lóbulo temporal, el aspirador entró en el ventrículo mismo, alertado por una inundación de líquido cefalorraquídeo, y él supo que iba por buen camino. En la resonancia magnética, el tumor aparecía como un núcleo sólido rodeado de una luz más intensa. Cuando empezó a extirpar el cáncer, notó en la punta del instrumento su dureza fibrosa. Aún no podía saber a qué profundidad estaba. Durante un buen rato el tejido dañado continuó resistiéndose (podía sentirlo en la puntas de los dedos), hasta que Walford notó cómo cambiaba la textura y vio las pequeñas arterias puras de la amígdala salpicar la cabeza del aspirador y fluir suavemente por el tubo con la consistencia de la mermelada de grosella.

Empezó a separar meticulosamente la amígdala de los órganos circundantes. En concreto, tenía que separarla del hipocampo esclerótico (el lugar donde se canaliza y almacena la propia memoria), situado más allá de la amígdala y visible sólo a medias. Durante el minucioso proceso, sus manos continuaron haciendo lo que tan entrenadas estaban para hacer, pero extrañamente su mente empezó a divagar, como relajada de tan acostumbrada a lo que estaba haciendo. La amígdala, sede de las emociones primarias, estaba profundamente incrustada. Mientras empezaba a separarla del hipocampo (los cimientos de la memoria) reparó en la irreversibilidad de lo que estaba haciendo. Incluso le pareció que le temblaba el pulso—aunque no era cierto—porque había tenido noticia del pasado de esa mujer y era consciente de los años que podían quedar desprovistos de sentido. Estaba haciendo justamente lo que había decidido que nunca haría, identificarse con un paciente, y le aliviaba que su vista estuviera enfocada en el microscopio y no poder ver en las pantallas de alrededor, como los demás, la fuga carmesí de los recuerdos de Claudia.

Cuando se detuvo un momento para ajustarse la mascarilla echó un vistazo a su equipo por si habían notado algo. Pero el anestesista seguía atento al monitor de su máquina, y Salim lo miraba a la espera de nuevas instrucciones mientras se preparaban para recortar el hipocampo. Elevó la silla quirúrgica: después de tres horas le dolían los brazos. Esperó un minuto, apoyando los codos en el reposabrazos, hasta que las manos colgaron relajadas a la altura de la cabeza de la paciente. Fijó su mirada en objetos neutros: el humidificador recién instalado, el brillante lavamanos, el endoscopio colgante.

Estaba claro lo que había que hacer para que la paciente dejara de tener crisis epilépticas en el futuro. Había realizado la misma operación otras veces. La resonancia magnética y el informe del oncólogo mostraban esclerosis en más de la mitad del hipocampo, un órgano que no se parecía tanto al caballito de mar al que debía su nombre como a un renacuajo atrapado en una red de venas rojas. Cuando pasó la boca del aspirador por encima, la superficie apenas se estremeció. Parecía piel muerta. Incluso maximizando el selector de tejido siguió sin ceder, así que movió la vibrante punta para cortar tejido del revestimiento del cerebro y lo extirpó por segmentación progresiva. Al principio el residuo se amontonó y se coaguló alrededor de la cabeza del aspirador, pero finalmente empezaron a subir por el tubo unos desechos espesos y duros que él notaba vibrar entre sus dedos. Lo estaba separando del tronco del encéfalo, que se hallaba más abajo, y finalmente alcanzó una zona donde, según la resonancia, no había esclerosis.

Cuando el aspirador tocó el tejido sano de Claudia, su mente se sobresaltó. Cualquier

fragmento que eliminase ahora podría dañar su memoria. Sentía su respiración pesada y ahogada bajo la mascarilla. Volvió a pensar que le temblaba el pulso al sujetar el escarpelo del aspirador, a pesar de que era perfectamente firme. No podía saber qué estaba haciendo exactamente: cada cerebro humano era diferente. Tal vez el hemisferio derecho de la paciente hubiese empezado a compensar el izquierdo desde hacía años, pero quizá estuviera seccionando el puente entre conciencia y memoria; no había modo de saberlo. Sólo persistía la sensación—casi una certeza—de que al succionar con el aspirador no sólo estaba extirpando carne, como se decía a sí mismo a veces, sino también el recuerdo de la autoestima de aquella mujer, la voz del hombre que le seguía hablando. El flujo encarnado de su pasado estaba desapareciendo por aquel tubo para acabar en el incinerador del hospital.

Quizá estaba dejando un milímetro más del hipocampo de lo que había previsto, no lo sabía. Sus laboriosas manos y su cerebro habían actuado de forma infalible. Irrigó la cavidad mientras veía la sangre diluyéndose en el agua y luego contuvo la hemorragia con diatermia. Por último suturó la duramadre y permitió a Salim cerrar el cráneo y suturar el músculo temporal. Cuando aflojaron la abrazadera, retiró la venda de los ojos de Claudia y comprobó la dilatación de las pupilas, tras lo cual, con la ayuda de una enfermera, vendó fuertemente la cabeza para evitar una hemorragia.

Sólo Salim, que solía idolatrarle con fidelidad casi canina, había notado que algo iba mal. Mientras los anestésicos y los celadores llevaban a la paciente a la sala de recuperación contigua, preguntó inquisitivo:

—¿Todo bien, no, Steven?

Una hora más tarde, en la sala de recuperación tenuemente iluminada, aparte de ella sólo había otro paciente cuyos ojos abiertos por encima de la mascarilla escrutaban el techo. Cuatro enfermeras se movían discretamente, ajustando los equipos, sin hacer apenas ruido. Los primeros momentos después de toda operación siempre eran tensos, a la espera de la respuesta de los pacientes, ya que realmente nada era predecible. Varios colegas de Walford habían presenciado parálisis de las extremidades, de las cuerdas vocales o del ojo. Él avanzó por el pasillo de camas vacías, al final del cual se encontraba Claudia. Bajo el blanco turbante de vendajes se le veía la cabeza como encogida. Ella ya se estaba examinando a sí misma, doblando los dedos, palpándose los muslos. Detrás de ella se sentaba una enfermera que comprobaba el monitor. Cuando Walford se acercó, Claudia giró la cabeza sobre el cojín y abrió los ojos. Él le preguntó cómo se sentía, y las palabras de ella parecieron surgir desde un lugar muy lejano, aunque de forma clara y cuidadosa.

—Estoy bien. Pero tengo la cabeza dormida—dijo alzando la mano libre, levantando el brazaletes del tensiómetro, para tocarse la frente vendada.

—Le han puesto anestesia local. Se le irá en unas horas.

Sobre su cabeza la pantalla mostraba un electrocardiograma y una respiración normal, y la presión arterial baja. Walford le pidió que moviera la pierna derecha y el brazo derecho (la parte controlada por el hemisferio izquierdo), y ella lo hizo sin problemas.

—¿Qué ha encontrado en mi cabeza?—preguntó Claudia sonriendo un poco.

Él se rio: era una buena señal. La debilidad y la anestesia normalmente anulaban el humor.

—La operación ha salido según lo planeado. No creo que siga sufriendo crisis. Y le hemos extirpado el tumor.

—Bueno...—Hizo una pausa, y luego añadió—: Sé que pueden volver.

«Qué raro», pensó Walford: se había adentrado en las profundidades más íntimas del cerebro de aquella mujer y, sin embargo, parecía todo tan impersonal, como si el carácter humano y la conciencia residieran en otro lugar. En cambio, los labios finos y los ojos levemente rasgados eran muy expresivos. Ella le volvió a preguntar sobre el tumor, su extensión y el pronóstico. Él fue capaz de tranquilizarla. También le preguntó cuánto tiempo se quedaría en cuidados intensivos y si la derivarían a otro neurólogo.

Walford pensó que quizá el hecho de que ella no le hubiera preguntado por el fajo de cartas se debía a la anestesia o a una mayor timidez. Movido por la curiosidad clínica, las sacó del bolsillo de debajo de su bata.

—Me pidió que se las enseñara.

Por un instante ella, soñolienta, pareció sorprendida:

—Ah, sí, me acuerdo—dijo mientras sacaba la mano de debajo de las sábanas y las cogía. Contempló la foto un buen rato.

—¿Lo recuerda?—preguntó Walford.

—Sí, es Joaquín González. —Pero lo dijo sin emoción, como si estuviera identificando a un desconocido—. Murió hace tres años—añadió, y tampoco en este comentario era posible apreciar ningún matiz, era la mera descripción de un hecho—. Pobre hombre.

La enfermera permaneció un rato más junto al monitor y luego, advirtiendo que precisaban intimidad, se fue. Entonces Walford le preguntó:

—¿Puede leer las cartas?

Ella sacó una hoja de su sobre y la examinó. Él se preguntó si habría olvidado el español. Pero ella sacó otra y también la leyó, con expresión un poco malhumorada a causa del ceño fruncido, que hizo aparecer dos corchetes entre sus ojos.

—Son muy cariñosas—dijo finalmente, pero sus palabras delataban perplejidad y distanciamiento, incluso cierta condescendencia.

—Señora Greene, usted me pidió que le enseñara estas cartas para mantener el recuerdo de alguien a quien seguía amando—insistió delicadamente. Claudia volvió a mirar los sobres y los barajó entre sus manos como si fueran naipes. Él se arrepintió de lo que acababa de decir, estaba insistiendo demasiado teniendo en cuenta la debilidad de la paciente—. No quería entrometerme.

—No se ha entrometido, doctor.

—Usted dijo que tras su muerte solía escucharlo.

—¿En serio?—preguntó mirando los pies de la cama, como desconcertada.

Walford pensó: «¿Para qué va a esforzarse en recuperar la voz de alguien a quien ya no recuerda haber amado?».

Ahora era él quien, desconcertado, se preguntaba por qué le insistía tanto en que recordara. Era una cuestión de orgullo profesional, claro: quería asegurarse de que la operación no hubiera dejado secuelas. Pero también pensaba en la fragilidad de la memoria y de la aventura de Claudia —el amor entre dos desconocidos—, se preguntaba si sobreviviría en algún lugar, incluso en forma de recuerdo inaccesible. E involuntariamente pensó en Kate.

Al apartarse de la cama de Claudia se dio cuenta de que había estado inclinado sobre ella. Al fin y al cabo, se trataba de un caso interesante desde el punto de vista médico. No obstante, lo más importante era que ella no hubiera perdido sus facultades. Los pacientes como ella notaban más

tarde los fallos de memoria a corto plazo: la frustración de olvidar pequeñas cosas, la necesidad de hacer listas para todo y notas para recordar las listas. Al terapeuta de rehabilitación le preocuparía poco una aventura enterrada en su pasado.

Walford podía prever que ella llevaría una vida limitada pero autosuficiente. Sin embargo, al mirarla no pudo evitar que lo invadiera una desasosegante inquietud por lo que acababa de crear. Ella esbozó una sonrisa mientras él se disponía a irse. Las cartas yacían bajo su mano inerte, junto a la cánula que serpenteaba desde su antebrazo.

Al despedirse, se sorprendió dándole unos golpecitos en el hombro.

—Ahora procure descansar—le aconsejó.

Está a punto de anochecer. Nos hemos alejado de la costa. El camino avanza a lo largo de una cadena de colinas bajas que en tiempos prehistóricos debió de ser algo parecido a una carretera. A un lado ya no se ve el mar, sólo una llanura dividida por las parcelas de distintos cultivos; al otro lado, las bahías y los bosques del puerto de Poole se confunden a la luz del crepúsculo. Me estoy demorando demasiado, el día terminará en una ventosa meseta en la penumbra. Ella camina a mi lado, con las mejillas sonrosadas e inconsciente de su belleza, y a veces me mira, como si quisiera preguntarme algo. Convencida de que mi silencio se debe al trabajo—normalmente es así—, me pregunta directamente:

—¿Qué le pasó a la señora? ¿Y al fanático religioso?

—¿A Roy Peters?

Y se lo cuento. La intervención del lóbulo temporal fue bien, impersonal, como debe ser este tipo de operación: no se trata de operar una mente humana, sino una estructura física dañada. Aparte de los problemas con el equipo (el sistema de irrigación se bloqueó) no hubo contratiempos. Cuando le dieron el alta a los dos días, Peters estaba débil pero lúcido. Se había sentado con calma en mi oficina, con un sombrero de fieltro ladeado informalmente hacia un lado con el que escondía los vendajes. Habíamos hablado de su familia y de la capacidad de su hermano para cuidar de él; de la posibilidad de encontrar trabajo y de la existencia de Dios, o más bien de su inexistencia: Peters afirmaba que no dudaba de que Dios existía, estaba bastante seguro de ello, pero también era indudable que Dios no tenía tiempo para ocuparse de él. La indiferencia divina era recíproca, por lo visto.

—¿Sabe?, mi familia era metodista, pero mi madre dejó de ir a la capilla tras divorciarse, por vergüenza. Y a partir de entonces no tuvimos muchas noticias de Dios...

Hablaba de forma monótona y sombría, pero de vez en cuando parecía expresar cierta frustración, como si antes de padecer epilepsia hubiera sido un joven seguro de sí mismo y más bien engreído.

—Sinceramente, Dios me parece un bromista. No le preocupan mucho las personas como yo o mi madre. —Cuando dijo esto a Walford le pareció advertir un deje de rencor—. ¿Fue usted, quien me dijo que Dios vivía en el cerebro?

—No, yo no le dije nada parecido.

—Bueno, no hay nada importante en el cerebro, ¿no? ¿Qué encontró dentro? Sólo me sacó el hipo... hipo...

—...campo.

—Como se llame... Y no noto ninguna diferencia.

—Pues la hay...

¿Qué podía decirle, Kate? ¿Que hubo un tiempo en que el mundo estaba lleno de sentido? ¿Que Jesús descendió de los cielos y le habló?

—Está usted más tranquilo, señor Peters. Creo que sus ataques no volverán. Quizá incluso pueda conseguir trabajo.

—¿Conseguir trabajo?—preguntó frunciendo el ceño—. No sé lo que haré, yo quería escribir...—Buscó en la mochila que había dejado a sus pies y sacó un manuscrito envuelto en una tela y atado con un lazo azul—. Empecé a escribir esto en julio. Fue impresionante, manaba de mi interior de una forma que no sé describir, como si me lo dictaran...—Lo abrió y lo volvió a cerrar, desconcertado—. Pero ahora..., ahora no puedo leerlo. Pensé que era precioso, pero no sé qué ha pasado, no tiene sentido. —Se levantó y lo dejó abierto en mi mesa, como una preciada reliquia. El título rezaba *El plan de Dios para el Mundo*, y las páginas estaban cubiertas de signos en medio de parrafadas en las que la mitad de las palabras estaban subrayadas o eran incomprensibles—. Doctor, ¿podría leerlo? Quizá usted pueda entender estas cosas.

Como te imaginarás, no pienso leer las tonterías de ese hombre, Kate. Sólo se vive una vez.

Peters se levantó bruscamente y volvió a coger el manuscrito, agarrándolo como si se tratara de un cuerpo.

—Le voy a decir algo, doctor. Me importa una mierda el cerebro. He leído que cuando uno se muere, el cerebro se encoge como una nuez y suena como un hueso en su cáscara. ¿Sabe lo que pasó con el cerebro de Einstein? Alguien lo guardó en un tarro de mayonesa y..., ya no recuerdo qué pasó... Pero el caso es que puede hacer lo que quiera en mi cabeza, doctor, que no cambiará nada.

Se volvió a sentar de golpe, todavía sosteniendo el libro. De repente me pareció que estaba a punto de echarse a llorar, y susurró:

—Mi cerebro no soy yo. ¡Yo soy yo!

Ya ves, Kate, sin saberlo, Peters estaba planteando el misterio más profundo de la neurociencia: ¿cómo se convierte el cerebro, un trozo de carne, en el gran escenario de la conciencia humana? Ni Peters ni Stephen Hawking lo saben. Existe la teoría de que el discurso secuencial que nos proporciona el cerebro y que nos infunde la impresión de poseer un yo coherente es el producto del balbuceo de soliloquios en pugna entre sí en nuestros circuitos neuronales. Esas voces se suplantán e interrumpen constantemente. De ahí que pensemos desordenadamente. De modo que el yo sería una ilusión, la mayor de todas. Sería tan sólo el producto de las materias primas del habla y las percepciones. Somos, en cierto sentido, dichas materias: el producto de la agitada actividad electroquímica.

Kate soltó una alegre carcajada.

—¿El habla es una ilusión? Tengo mis dudas.

Sí, esa teoría también se quedará anticuada, siempre ocurre lo mismo. Pero caminando así, mientras jugueteo con el anillo de compromiso que guardo en el bolsillo del anorak, me he ido poniendo cada vez más sensible, por absurdo que sea. Me doy cuenta de que tengo miedo. Divago y pierdo el hilo de mis pensamientos, como si interpusiera una cortina de humo entre ella y yo antes de pedírselo. Mientras avanzamos siento el chirrido del pedernal bajo nuestros pies. Está anocheciendo y un ciclista de montaña pasa a nuestro lado pedaleando con esfuerzo. Casi ha oscurecido. Si le hubiese dejado un centímetro más del hipocampo, Peters tal vez habría conservado algo más de su Dios. Las luces de Poole alumbran el norte. A nuestra izquierda,

aparecen túmulos de la Edad de Bronce. Pero el hipocampo estaba completamente esclerótico, y yo me dedico a curar a los pacientes, no a preservar sus fantasías. Bajo la hierba se hallan esqueletos de más de cuatro mil años de antigüedad con utensilios de bronce para su vida en el más allá. Y luego está Kate, hija de una alcohólica y un adúltero empedernido, un milagro (claro que yo estoy enamorado). A veces ella se vuelve y me sonrío: la piel fina, el óvalo redondo, los pómulos altos, rasgos heredados de una madre polaca...

Tengo que decírselo cuanto antes, ya casi es de noche. En un pequeño arbusto veo un fruto escarlata y me inclino para cogerlo. Se lo ofreceré con mucha ceremonia, como si fuera un pintoresco emisario. Eso me permitirá pedirle lo que le voy a pedir. La fruta no está madurando sino pudriéndose, y cuando me agacho para recogerla el olor me echa para atrás. Parece una pera, demasiado madura o podrida, una pera salvaje. Quizá no sea el hedor lo que me estremece, sino el pasado que evoca (un pasado cargado de embriagadoras promesas secretas), como el pasaje a una habitación olvidada. Qué curioso, de pronto estoy nervioso, un poco mareado, el aroma de los huertos humedecidos. Evidentemente, tiene explicación: los olores están asociados a los recuerdos gracias a la corteza entorrinal. Y, sin embargo, siento como si se me escapara algo muy preciado, se me escapa mientras pienso en ello, mientras me levanto con las manos vacías y me da vueltas la cabeza.

Qué absurdo es todo esto. Si sigo así, me voy a convertir en un descerebrado como Peters. Inclino hacia atrás la cabeza y el viento salado me da en la cara. Kate está frente a mí, de espaldas, observando los túmulos en la oscuridad cada vez más profunda. Apenas son más altos que nosotros, redondeados y alisados por el viento y la lluvia. Están cubiertos de una fina hierba. Parecen cráneos gigantescos. Me acerco a ella por detrás y la cojo de los hombros. Nunca había pensado en pedírselo aquí, pero da igual. Las estrellas empiezan a salir, y más allá del puerto de Poole resplandecen las luces. Estamos de pie, estremecidos por el viento de la noche, sobre el lugar donde los muertos de la Edad de Bronce yacen en su sueño fetal, los cerebros llenos de polvo, y allí le cojo la mano y le pregunto si quiere casarse conmigo.

Ha bajado la mirada, no puedo ver su expresión. Le aprieto la mano enguantada y la sostengo durante un tiempo que me parece eterno. Me parece oírle sollozar y alarmado le pregunto:

—No me has contestado.

Ella alza la mirada, tiene los ojos húmedos pero me sonrío, y en un extraño susurro ahogado la oigo decir:

—Claro que sí, tonto.

Muchas veces, bromeando, ella me ha dicho que yo sabía cosas del cerebro pero nada del corazón. De repente hace mucho frío. Ahora, mientras la abrazo, ella contempla el anillo de compromiso que sujeta entre sus dedos, y finalmente se lo pone pícaramente en el dedo que no corresponde. Cuando por fin nos ponemos en marcha, me ofrece la mano en que lleva el anillo. Tenemos que descender en plena oscuridad.

Si el edificio hubiera sido una construcción menos sólida, el fuego habría prendido al mismo tiempo la madera y el yeso con una única y furiosa llamarada. Pero lo que ocurrió fue que cada habitación cerrada se convirtió en un espacio tóxico de gases azulados donde las llamas languidecían ahogadamente, lamiendo la pintura o royendo las cortinas, antes de que una ventana o una viga del techo cediera y el oxígeno fresco diera aliento al feroz fognazo.

Se despertó de golpe, imaginándose rodeado de llamas invisibles, y se enrolló el edredón al

cuerpo mientras buscaba el teléfono. Pero no había línea, y había olvidado el móvil en el coche. Encontró un interruptor, pero tampoco había electricidad. Jadeaba y respiraba con dificultad. Desde la ventana del dormitorio vio cómo el marco de la ventana de abajo lanzaba llamas, ocultando el suelo. Cerró con fuerza los ojos, buscó a tientas un grifo en el lavabo (por lo menos seguía habiendo agua) y se puso una toallita mojada sobre la boca y la nariz. Tenía que avisar a la mujer de la puerta de enfrente, la mujer de aspecto enfermizo. Cuando tropezó con las cajas de la mudanza amontonadas junto a la puerta recordó que iba a marcharse la semana siguiente y se sintió irracionalmente esperanzado. Al abrir la puerta topó con una pared de humo. Oyó explotar una ventana en alguna parte del edificio, más abajo. En la escalera y el rellano el fuego ardía más rápido que en los pisos cerrados, y la salida de incendios del entresuelo estaba bloqueada. Se detuvo un momento, desorientado, ciego. Entonces percibió una profunda sacudida en los cimientos del edificio, oyó el crujido de madera quebrándose y un rugido casi silencioso, como el de la sala de máquinas de un barco. Instintivamente recordó los simulacros de incendio del colegio y se puso de rodillas (le habían enseñado que el oxígeno ascendía por las grietas de las tablas del suelo), pero al hacerlo a través de la húmeda toallita tan sólo inhaló el hedor sofocante del acero fundido, y estuvo a punto de desmayarse entre jadeos.

Reculó a gatas y cerró la puerta de su piso por donde se filtraba el humo. Oía el profundo y constante crepitar de las poderosas llamas. Se tumbó con la cara pegada a los tablones del suelo, pensando que allí encontraría aire, y entonces se dio cuenta de que estaba desfalleciendo. En el último espasmo acudió a él un pensamiento que lo alivió: Kate no estaba allí. Pero cuando intentó levantarse y le fallaron las fuerzas, lo invadió una brevísima punzada de amargura: amargura por lo que jamás ocurriría, por el futuro que se esfumaba.

Se libró del calor de las llamas que devoraban su cuerpo (como en el terror de Claudia Greene antes de sus crisis, cuando veía su cuerpo engullido por las llamas) mucho después de perder la conciencia. En la última parálisis imaginó su propia incineración, vio desintegrarse el cerebro dentro del cráneo y, casi sin fuerzas, se llevó las manos a la cabeza mientras el fuego entonaba el crescendo final en sus oídos y luego se hacía el silencio.

4

LA NATURALISTA

Stephanie vivía entre los demás completamente aislada. El edificio era pesado y austero (lo que la había enamorado años atrás era el silvestre jardín) y sólo mantenía una cauta relación con los senescentes inquilinos, a los que les agradecía su discreción. Tal vez por su creciente miopía, o por la intermitente penumbra de la escalera y los corredores, a menudo confundía a un vecino con otro, y hasta llegaba a imaginar que eran parientes lejanos: el joven demacrado del sótano que solía estar desempleado podría haber sido el hijo del soltero delgado del piso de arriba, o del profesor retirado que se dedicaba a viajar, o quizá fuera pariente del propietario, un señor bastante simpático que aceptaba el pago del alquiler en efectivo con la distante sonrisa de una larga relación ya agotada. En cuanto al cirujano al otro lado del rellano, le infundía la inseguridad que solía sentir ante los hombres: era atractivo, a su manera. En sus desvelos de insomne solía oír sus vigorosas pisadas en la escalera, saliendo temprano hacia el hospital del condado.

Esa última noche el ahogado cacareo de su lori y el ajeteo de las alas golpeando la jaula la alertaron de un extraño y profundo temblor en la pared donde se hallaba la cabecera de la cama. El lori podía imitar el habla humana, y aunque ella sabía que se trataba de un sonido carente de sentido, le pareció que el grito gutural del pájaro expresaba una aguda inteligencia: «Hola, qué tal. Hola, qué tal. Hola, qué tal».

Desde muy pequeña atribuía sentimientos humanos incluso a objetos inanimados. Muchos la tomaban por una niña frágil. Durante años estuvo convencida de que la tortuga de piedra del jardín de sus padres estaba viva, y le desconcertaba que su padre dañara a veces el caparazón con el cortacésped. De hecho, todo el jardín, del que nadie se ocupaba demasiado, se perdía en el bosque, y poseía para ella una magia salvaje y a veces hasta espeluznante. Era un jardín grande para una casa de tres dormitorios en la periferia, pero en los arriates de piedras y en los irregulares límites con el bosque debió de haber un tiempo en que se plantaron flores con mano experta (sobrevivían grupos de fragantes mahonias y dafnes) y en otoño los árboles frutales del descuidado huerto situado más allá del depósito de agua estaban cargados de peras y manzanas, tantas que éstas caían en la hierba, pudriéndose sin que nadie las recogiera.

Cerca, había un florido arbusto de mariposa púrpura, milagroso y solitario, como tejido por el viento. Años después se preguntaría qué vida habría llevado si nadie lo hubiera plantado, o si una brisa fortuita, soplando desde otro jardín, no hubiera dejado caer su semilla en la maleza del huerto. Más tarde descubrió que se trataba de una de las budleias más comunes, pero ella la contemplaría en pleno verano con asombro mientras sus flores cónicas crecían enojadas de

mariposas: almirantes rojos, ortigueras, c-blancas, nacaradas. Hipnotizadas por el aroma de la miel, revoloteaban a su alrededor y se posaban en su cuerpo abriendo las alas con un delicado brillo que, pensaba ella, tenía que provenir de otro mundo.

La mariposa pavo real le cautivaba particularmente. Los ocelos que brillaban en las alas anteriores con una mezcla de colores carmesí e índigo lanzando destellos al desplegarse las alas posteriores unidas a un cuerpo de terciopelo marrón. En la cabeza asomaban un par de antenas como agujas y relucían dos saltones ojos compuestos, y de la boca salía una trompa increíblemente alargada y curvada que introducía en las flores.

Tenía doce años cuando llegó de Sussex un primo lejano de su madre—parecía un hombre mayor—a visitarlos. El primo Arthur decía ser entomólogo, pero los padres de ella parecían desconocer esa profesión, e incluso se burlaban de ella. Instintivamente Stephanie los despreciaba por ello. A primera vista, Arthur parecía demasiado grande y torpe para dedicarse a los insectos. Fumaba en pipa (era la primera persona a la que veía hacerlo) y su bigote gris estaba manchado por una franja anaranjada de nicotina. Llevaba jerséis deshilachados con coderas de cuero que hacía años le había cosido su mujer—era viudo—, y las coderas también olían a nicotina. Sin embargo, Stephanie quedó fascinada por sus largas y venosas manos, y su singular voz sonaba quebrada y frágil, como si estuviera alojada en un lugar muy profundo de su cabeza y fuera otro hombre, más delicado, quien hablara desde lo más hondo de su ser.

Desde el primer día se encariñó de él. Arthur le describió las nubes de mariposas monarca que en otoño recorrían más de tres mil kilómetros desde Canadá hasta México, y le contó que las morfo azules y las malaquitas iluminaban la Amazonia. Y luego se fue. Pasaron años antes de que volviera a verlo, pero al cabo de una semana de su visita llegó por correo un libro titulado *El mundo de las mariposas*, con la dedicatoria «De Arthur a Stephanie, mi compañera lepidopterista».

Su padre, agente inmobiliario, consideraba los insectos como meras plagas e intrusos. En el jardín él se ocupaba del césped de la entrada (la tortuga de piedra pronto desapareció) y de los dos arriates de rosas de té. Había añadido a la casa un porche con columnas, a ambos lados de las cuales había colocado dos decorativos faroles de carruaje, y también un camino de gravilla que llegaba hasta el doble garaje. Más tarde a los faroles se les sumaron luces de seguridad, aunque Stephanie no sabía muy bien qué había de tan valioso en la casa (¿tal vez el reloj del abuelo o la tetera de cerámica Rockingham?) que tuviera que ser protegido.

A veces, en verano, su madre observaba maravillada junto a ella el arbusto de las mariposas, pero se cansaba enseguida (Stephanie sabía que su estado era delicado debido a una enfermedad llamada leucemia) y se retiraba a toda prisa, pálida, para ocuparse de las tareas de la casa o para descansar. Años después Stephanie se preguntó si el ensimismamiento en que a veces se sumía en los huertos otoñales—una especie de pasajero malestar o de nostalgia—tenía alguna relación con su madre. Incluso el recuerdo del olor de las peras podridas seguía repugnándole.

No podía pensar en su madre sin sentir remordimientos: nunca había llegado a entenderla. Durante toda su infancia ésta se había ido apagando, y Stephanie estaba celosa del amor que le profesaba su padre. Algo de ese amor también le llegaba, moderadamente, a su hermana mayor, pero nunca a ella. Claro que su hermana Louisa era una chica muy sensata, en Louisa se podía confiar. Era alegre y siempre estaba dispuesta a participar en todo lo que le propusiesen. Si le pedías un favor, te lo hacía. En cambio, Stephanie era fantasiosa, vivía en su propio mundo, y a veces se enfurrñaba. Su infancia había estado marcada por sus propios defectos y la acusadora

cantinelas: «Mira cómo lo hace Louisa» o «¡Imita a Louisa!» o, la peor de todas, «¿Por qué no serás como Louisa?».

También Stephanie quería a Louisa. Por Louisa empezó a desear de forma intermitente convertirse en otra persona. Le encantaba su exuberancia, envidiaba su larga melena brillante y sus grandes ojos grises. «La mujer se honra dejando crecer la cabellera», citaría el padre, acariciando el pelo de Louisa con aprobación. Pero como el cabello de Stephanie era marrón y apagado, su madre siempre se lo cortaba a media melena, para que no se le viera demasiado. Sólo en una ocasión murmuró: «El tuyo también es bonito». De vez en cuando Stephanie recibía faldas y chaquetas que a Louisa le iban pequeñas. Entonces sentía que la distancia entre ambas se reducía, y que un día podría disfrutar de la misma aprobación de la que disfrutaba su hermana.

Louisa, dos años mayor, la mimaba y a veces le contaba sus sueños. Cuando Stephanie tenía trece años, Louisa le regaló su antiguo tocadiscos, y escuchó los temas de country que a ella le habían gustado. A Louisa le habían regalado un flamante reproductor de casetes nuevo, y estaba obsesionada con Queen y Whitney Houston. Llamaba a Stephanie para bailar con ella en su cuarto y ambas se contorsionaban y daban vueltas a ritmo de tecno y funk, riendo y de vez en cuando abrazándose, hasta que el padre, al volver del trabajo, oía las vibraciones y el ritmo de *Crazy Little Thing Called Love* o *Fat Bottomed Girls* y las abroncaba por importunar a la madre. Stephanie disfrutaba de esas sesiones medio secretas, aunque su padre le daba miedo. Aunque de forma inconsciente sabía que mientras Louisa oía *I Want It All* debía de estar imaginándose a una pareja de baile completamente distinta a ella, Stephanie era feliz bailando con su hermana.

Cuando no estaba obsesionado con el trabajo, tasando propiedades o revisando catálogos, su padre entretenía a la familia contándoles divertidas historias sobre sus clientes que, la mayoría de veces, Stephanie no entendía. Las miradas saturninas del padre (que ella había heredado) parecían incompatibles con el sentido del humor. Se sentía excluida y estúpida. El mundo de su padre estaba lleno de las idioteces de los demás. La mitad de sus frases empezaban con: «La gente no se da cuenta de que...» o «Lo que la gente no entiende es que...», y Stephanie temía pertenecer a ese grupo de ignorantes. A veces incluso empezaba diciendo: «Esto sí lo entenderá Louisa...», y a Stephanie le costaba comprender qué era tan gracioso o idiota en un informe de un tasador o en el precio de venta de un comerciante. La risa de Louisa le parecía una traición.

Stephanie tenía la impresión de que su padre trataba a su hermana con indulgencia, en ocasiones incluso con afecto, mientras que con ella tenía una actitud distante y despectiva, más cruel que la indiferencia. Sentía que él la consideraba fea. Consternada, incluso se le ocurrió que se parecía a él, mientras que Louisa era una versión vigorosa de su madre, la joven rebosante de salud con la que su padre se había casado.

El hombre de negocios robusto e irascible se mostraba tierno y protector con su mujer. «No fatiguéis a vuestra madre» era una de las reglas capitales de la casa. A veces, cuando la madre sufría una recaída causada por alguna infección, las hijas tenían que susurrar y caminar de puntillas por los pasillos o se las mandaba a jugar al jardín. Estos episodios afligían a Louisa y desconcertaban a Stephanie. Su propia madre parecía no existir para ellas, como si se estuviera apagando o viviera en un luto permanente, silencioso. Eran demasiado pequeñas para darse cuenta de que la madre anticipaba el dolor de su propia muerte y en ocasiones, cuando las niñas hacían demasiado ruido, se le escapaba algún reproche amargo y desesperado. No obstante, a veces también soltaba una alegre carcajada, como si fuera otra persona, alguien joven, aunque eso ocurría cada vez con menos frecuencia.

Stephanie presentía que a su madre le preocupaban sus propias imaginaciones: todo un mundo de recuerdos, reflexiones, quizá hasta anhelos, a los que Stephanie no tenía acceso. Estaba claro que los adultos soñaban de otro modo. Su madre leía novelas de títulos enigmáticos, y escuchaba discos de Mahler o Wolf que su padre tildaba de «sombrias cosas alemanas». Un día la madre llegó a leerle a Stephanie un pasaje de un largo poema que pensó que le gustaría, posando su mano sobre el brazo de su hija, un gesto tan insólito que a ésta le pareció alarmante: «¿No veis que somos todos como larvas | de las que nacerá la mariposa...?». Al cabo de un rato su madre empezó a respirar con dificultad, cerró el libro y volvió a llevarse la mano temblorosa al pecho.

El primo Arthur le había contado a Stephanie una historia en la que un filósofo chino soñaba que era una mariposa, y al despertar se preguntó si no sería una mariposa soñando que era un hombre. Al principio la historia la desconcertó, pero luego la cautivó. Imaginó identidades compartidas y personas intercambiables. Algún día quizá emergería de una crisálida, o se despertaría siendo Louisa.

Años después, en su juventud, se preguntaba por esa abstracción que era ella misma (su infancia le parecía un sueño) y por el censor neuronal que dictaminaba qué recordaba y qué olvidaba: retenía perfectamente los hechos dolorosos, por supuesto, pero ¿por qué conservaba el detallado recuerdo de subirse a un árbol hueco—cuando tenía unos cinco años—como si fuera un búho? La memoria da un curioso brillo a las experiencias más comunes. El olor a corteza del árbol hueco y el techo que formaban las hojas bañadas por el sol ahora parecían poseer un inmenso e impenetrable sentido.

Por razones que sólo más tarde llegaría a entender, tenía recuerdos que le provocaban tristeza o amargura. De vacaciones en Cornualles, tras darse un chapuzón con Louisa en la parte menos profunda del agua, se había ido nadando mar adentro hasta perder el aliento, y entonces le entró el pánico. Se oyó a sí misma gritar de miedo y vio a sus padres ponerse de pie en la orilla. Louisa exclamó: «¡Coge mi mano!» y la ayudó a volver hasta donde su padre las esperaba sumergido hasta la cintura, totalmente vestido. Cuando se abrazó a él deseando verlo aliviado y recibir cualquier señal de cariño, descubrió que tan sólo estaba furioso y le temblaba el cuerpo de rabia: «¡Tu madre estaba con el corazón en un puño! ¡Estúpida!». Ni siquiera ahora podía pensar que la causa del enfado de su padre fuese en el fondo el afecto: Stephanie tan sólo había sido la culpable de la angustia de su madre.

Le había plantado cara a su padre en una sola ocasión en que tuvo una salida espontánea. Su profesora de música de primaria (una mujer excepcional) había ido a visitarlos para hablarles sobre los progresos de Louisa y sugerir que compraran un piano decente. Finalmente preguntó:

—Y a ti, Stephanie, ¿no te gustaría aprender a tocar?

—A Stephanie no le interesa—respondió de inmediato su padre.

—Sí que me interesa, me gusta el piano—se oyó responder asombrada, y observó el rostro estupefacto de su padre.

—La niña cree que puede tocar sin practicar.

—No es cierto, no creo eso, yo sé lo que pienso.

—Tendremos en cuenta lo de comprar un piano—prosiguió el padre apartando la mirada y dirigiéndose a la profesora en un tono que denotaba que no lo compraría.

Stephanie recordaba con satisfacción el enfado de su padre cuando la mujer se marchó.

Otro recuerdo era el de su primer baile de adultos, cuando tenía trece años. El baile lo daba la hija de un amigo de la familia en una casa bastante grande. Stephanie llevaba los pendientes de su cumpleaños, unas maripositas de oro. Estaba esperando en el salón a que bajara Louisa con el vestido de fiesta que había decidido llevar desde hacía tiempo, y se moría de ganas de bailar con ella. Como su madre estaba cada vez más impaciente porque Louisa no bajaba y temía que le hubiera ocurrido algo, su padre subió la escalera para ir a buscarla. Luego se oyeron ruidos y sollozos.

Stephanie no recuerda en absoluto el baile: tan sólo los vacilantes pasos de Louisa descendiendo por fin, y a su padre pidiéndole suavemente, para su sorpresa: «Louisa necesita tu apoyo, Stephanie, así que hazle compañía, ¿vale? Y baila con ella».

Y un recuerdo aún más extraño: oye la voz de un hombre desconocido en el dormitorio de su madre y, tras vacilar, decide asomarse al umbral. Ve a su madre de espaldas, escuchando una cinta en una vieja grabadora Grundig, mientras le tiemblan los hombros. La voz grabada del hombre es lenta y profunda, y aunque Stephanie, que escucha desde el umbral, no consigue entender lo que dice, le impresiona la reacción de su madre al descubrir su presencia: al volverse para mirar a su alrededor tiene el rostro más pálido que de costumbre y repentinamente alterado, de modo que Stephanie se aleja a toda prisa. La cinta se ralentiza hasta detenerse en seco y a Stephanie la voz de su madre le suena desconocida: «Por favor, déjame tranquila».

Stephanie no quería llevar esa vida. Se imaginaba otra. Su mejor amiga, Sally, pensaba que deberían abrir una peluquería cuando acabaran la escuela, pero a ella no le interesaba el cabello de la gente. Ese verano, enormes nubes de mariposas vanesa de los cardos fluyeron por el Canal hacia Inglaterra. Pasaron por los huertos como hojas cayendo, e inflamaron las cunetas con el intenso brillo de sus alas. Para Stephanie fue como una aparición. Eran más intrincadas que cualquier flor (incluso en la cara inferior de sus plegadas alas se traslucían ocelos y venas) y las pavos real y almirantes rojos se mezclaban entre ellas. Su mente fantasiosa acentuaba la impresión de que las mariposas desbordaban la vida cotidiana llegando desde algún lugar más resplandeciente y misterioso. Pero al mismo tiempo, la increíble cantidad de vanesas de los cardos la estremecían de espanto. Algo estaba ocurriendo en ese mundo paralelo del que provenían: algún tipo de desequilibrio orgánico que ella no podía concebir. Sus plagas daban un poco de miedo, y hasta de asco. Pero al cabo de una semana habían desaparecido (o abandonado sus trágicos cuerpos en la hierba) y ella suspiraba por su retorno. Habían llegado de un lugar que era incapaz de concebir y se habían marchado a otro igual de misterioso. Tal vez incluso las hubiera soñado.

La revelación del misterio de las mariposas gracias al libro del primo Arthur sólo intensificó su asombro. Durante los primeros días de la primavera los padres de las vanesas de los cardos que ella había visto habían partido de África septentrional a la Europa meridional para aparearse. Dos meses más tarde la nueva generación había levantado el vuelo hacia el norte, guiadas por una misteriosa brújula, incluso hasta Islandia. Podían llegar a ser veinte millones. Entonces, a medida que terminaba el verano y bajaban las temperaturas, regresaban instintivamente hacia el sur, volando a gran altura (demasiado lejos y tarde para sobrevivir), fuera del alcance del conocimiento humano.

Stephanie había leído que la nube que ella había presenciado era un fenómeno común un siglo atrás, cuando los cielos victorianos se oscurecerían con migraciones impredecibles. De noche,

una multitud de invasoras mariposas de la col podía cubrir los árboles como copos de nieve, y levantar el vuelo al alba eclipsando el sol. Las amarillas cruzaban los campos sin segar como una neblina dorada, y las pirpintos de la col todavía fluían como ríos aéreos de quince metros de ancho a lo largo de las costas de Florida.

También había migrantes solitarias que ella anhelaba observar algún día: la antiopa y la Sofía. ¿Cómo conseguían desplazarse por encima de los mares? (Había diferentes respuestas). ¿Por qué algunas mariposas tenían ocelos? ¿Por qué otras volaban de noche? ¿Y por qué la oruga de la morfo se peinaba y lavaba?

Aquel septiembre Stephanie encontró tres orugas moteadas en el campo de coliflores junto a su casa y las colocó con las hojas que estaban comiendo en un tarro de mermelada agujereado. Exaltada, imaginaba las formas en las que se metamorfosearían. Cuando su padre le dijo que estaba obsesionada sonó como si tuviera una enfermedad. Incluso Louisa pensaba que era demasiado mayor para semejantes aficiones. Pero Stephanie alimentaba a los gusanos con vergonzoso entusiasmo: devoraban la comida, y ella sabía que su destino era convertirse en mariposas. Engordaban y a veces mudaban de piel, daban lástima de tan vulnerables. Consultó en *El mundo de las mariposas* cómo se defendían las orugas: al parecer, las de color intenso como las suyas podían ser venenosas para los depredadores; otras secretaban ácido o expulsaban veneno. Leyó que había unas que podían camuflarse de manera casi perfecta (una cualidad maravillosa) alineando sus cuerpos con las venas de las hojas, o incluso imitando el moho o el color de las hojas podridas, las ramitas o los excrementos de pájaro. La mariposa cometa fingía ser una peligrosa rana arbórea de ojos brillantes y boca abierta. El ingenio de aquellos insectos era inagotable. Había orugas que escapaban de los depredadores deslizándose por un hilo que ellas mismas tejían (aunque algunas avispas hambrientas eran capaces de atraparlas tirando del hilo).

Al cabo de una semana sus orugas colgaban de los tallos de coliflor transformadas en crisálidas envueltas en seda. Todo aquel invierno colgaron aparentemente inertes y pasaron de verde a beige. Leyó que incluso las orugas y las mariposas hibernaban. En Navidad, cuando caminaba con Louisa por encima del brezal nevado más allá de la casa, apenas era capaz de imaginar su transformación. Mientras su hermana le hablaba de un chico que le gustaba (¿le parecía guapo?, ¿le había hablado de ella?), la mirada de Stephanie vagaba por el suelo endurecido y los setos pelados. Ocultos en aquel paisaje congelado, guarecidos en sus tiendas de seda y cabañas de hojas, camuflados en forma de corteza de árbol o follaje muerto, millones de insectos durmientes aguardaban la primavera.

En enero, para su consternación, dos de sus crisálidas domésticas se ennegrecieron y cayeron de los tallos. Pero al cabo de un mes le pareció ver que la última crisálida se sacudía en su percha. La contempló con mayor atención y sus dudas se disiparon: aunque de manera casi imperceptible, en la carcasa podía advertirse el bulto de unas alas y la sombra de un abdomen. Volvió a consultar *El mundo de las mariposas* y descubrió que lo que estaba ocurriendo no era exactamente, como ella creía, la lenta transformación de un organismo en otro: más bien se trataba de una metamorfosis absoluta. A lo largo del invierno la oruga prácticamente se había licuado en el interior de la carcasa, y de ese líquido larvario nacería milagrosamente una criatura nueva.

A primera hora de la mañana siguiente Stephanie vio que el borde vertical de la crisálida estaba rasgado y mientras lo contemplaba empezó a abrirse por sí sola. De la apertura salieron unas crestas de pelo verde y luego un ojo opalino. Al cabo de un minuto, un par de patas verdes

dobladas con las que esforzadamente el insecto empezó a sacar su cuerpo de la crisálida. Dos antenas se desplegaron y se extendieron por encima del pelo, y de una sacudida las alas de un blanco verdoso se desplegaron como sábanas. No era una almirante, ni una pavo real, aún menos una vanesa de los cardos, sino tan sólo una blanquita de la col común, pero ella la observó hipnotizada. Había seis finísimas patas agarrándose al tallo colgante y buscando la luz. Las estremecidas alas le parecieron de un blanco nupcial, precioso. Todo el proceso había durado apenas cinco minutos. Ella y Louisa habían observado muchas veces el crecimiento de los renacuajos en el estanque del vecino: era una transformación lenta y apreciable. Pero la resurrección de la mariposa era diferente: un ángel alado emergía de un gusano. La mortaja abandonada en el tarro lo probaba; como el sudario de Jesús, pensó ella. Probaba que cualquier cosa podía convertirse en cualquier cosa. Sin embargo, en cierto modo aquello era abrumador: le bastó mirar los ojos de ciencia ficción de aquella criatura para darse cuenta de que ella le era indiferente, tal vez ni siquiera la distinguía. Desenroscó la tapa del tarro y la vio agitar sus alas. Al día siguiente, se había ido volando a la luz del sol.

Poco después del decimocuarto cumpleaños de Stephanie su madre fue ingresada en el hospital, del que nunca regresó. Los cuatro últimos meses los había pasado en un dormitorio de la planta baja, demasiado débil para subir siquiera las escaleras. Aunque el padre les ordenó que no entraran en la habitación sin permiso, dos o tres veces a la semana ella y Louisa entraban a hurtadillas para contarle a su madre cómo había ido el día en el colegio. Nunca sabían si ella las escuchaba, pero a veces dejaba escapar una débil risa que parecía un tintineo. Durante aquellos meses se había convertido en poco más que un fantasma mimado, lo que hizo que Stephanie la desdeñara inconscientemente, pensando que estaría allí siempre. Cualquiera que fuese el mundo en el que habitara, no la incluía a ella de forma significativa. Su madre incluso había dejado de leer: decía que las palabras le cansaban los ojos. Más tarde, al recordarla, a Stephanie le venía a la cabeza la puerta cerrada: una pesada puerta panelada arañada por un spaniel que había muerto hacía tiempo y tras la que sonaba el débil hilo musical de los *Lieder*. Su padre le dijo a Stephanie que siempre llamara a la puerta antes de entrar y que no insistiera si su madre no contestaba. La mayoría de veces, ella y Louisa se quedaban junto a la puerta durante los dos minutos de cortesía—probablemente la música amortiguaba sus golpes—y luego se marchaban aliviadas a paso ligero. Más adelante Stephanie pensó que su madre quería morir oyendo *Winterreise* de Schubert.

Durante más de un año, mientras la salud de su madre iba empeorando, una vigorosa mujer del lugar iba cada día para cocinar y limpiar. Theresa llevaba petos azul claro que le daban, según Stephanie, un aspecto cómicamente glamuroso. En ausencia de su padre, en la casa se oía el ruido de platos y cubiertos entrecuchando, del quejoso lavavajillas, el repiqueteo de las patas de la tabla de planchar. Theresa cocinaba platos abundantes y potentes (cocidos de ternera y pasteles caseros) y llevaba pequeñas porciones a la madre de Louisa y Stephanie. Si su padre estaba allí, Theresa aparecía por detrás de las estanterías y alacenas vacías que estaba limpiando y, extendiendo los brazos, exclamaba: «¡Mire! ¡Mire qué sucio! ¿Alguna vez ha visto algo así?», para indicar que ella era indispensable.

A Louisa no le gustaba Theresa, decía que tenía planes, que no era trigo limpio: bastaba fijarse en sus ojitos astutos y tristes. Stephanie no estaba de acuerdo. Theresa trataba a todos igual. A ella le decía que estaba demasiado delgada: «¡Tu madre dice que deberías engordar!». Stephanie sabía que ella no había dicho tal cosa, pero Theresa, al apelar a la autoridad materna, reavivaba a

su madre de forma indirecta. «Tu madre dice que no puedes ir al brezal...», «Tendrías que taparte la boca al toser, ¿qué diría tu madre si te viera?», «Tu madre cree que...». Y así, como una ventrílocua, Theresa le confería a su madre una presencia en la que a Stephanie le gustaba creer: era una voz chillona y tosca, pero cariñosa al fin.

Su padre no dejó que Stephanie asistiera al funeral porque era demasiado joven, así que pasó la tarde jugando al Monopoly con Sally mientras Theresa les hacía sándwiches de lechuga y preparaba un bizcocho cantando «*Una chica es tan valiente como puede...*». Pero Stephanie no era valiente, y se sentía excluida y resentida. Aunque la idea del ataúd le daba pavor, le habría gustado estar presente en el funeral de su madre. Sally la trataba con tiento y preocupación, casi con respeto. Incluso le dejó ganar al Monopoly.

Stephanie salió sola al jardín. Era una tarde templada y resplandeciente. Más allá del huerto, el arbusto de las mariposas todavía no estaba en flor, pero vio una blanquita de la col salir revoloteando de entre los árboles. La suya ya debía de haber muerto hacía tiempo, y ésta (lo sabía por las manchas negras) era hembra. Aleteaba alrededor de los arbustos como si se acabara de despertar, y se posaba aquí y allá, como hacen las blanquitas, con las alas cerradas. Stephanie trató de apartar la mirada, pero no pudo. Se imaginó que era su madre. Incluso la siguió, consciente de su propia estupidez, y se enfadó cuando le perdió el rastro.

Louisa regresó del funeral con aires de suficiencia: se sentía adulta. El vicario había predicado una bonita elegía y habían cantado *Abide With Me* y *Lo! He comes with Clouds Descending*, pero se había quedado en la iglesia durante el entierro. Stephanie, que recelaba de Dios, no dijo nada.

Al cabo de una semana fueron a la tumba de su madre, cubierta de coronas de flores marchitas. Stephanie no entendía por qué habían echado una montaña de tierra sobre la tumba, ni se creía que en algún momento acabaría aplanándose. Como el olor a lirios en descomposición persistió en sus fosas nasales durante días, dijo que no quería volver allí, y su padre pensó que era una reacción típica del duelo y lo relativizó. La niña estaba en shock, Stephanie estaba en shock.

Era cierto, se sentía como aletargada, pero no a causa de la tristeza. A veces trataba de conmovearse repitiendo en voz alta: «Mi madre está muerta, mi madre está muerta», pero las palabras sólo le provocaban desconcierto y una punzada de vergüenza. Su madre había muerto antes, ahora sólo se había alejado un paso más.

Stephanie temía las visitas de los amigos de la familia, pues se veía forzada a vestirse de manera más recatada de lo normal. Los visitantes se comportaban de forma deliberadamente sobria, o reían demasiado fuerte, y todo lo que decían era predecible: «Era una mujer maravillosa», «Cuánto la echarás de menos, no creas que no lo sabemos», «Serás un gran consuelo para tu padre»... Tampoco Louisa se libraba de esos comentarios, con el añadido de que a ella también le pedían que cuidara de Stephanie. A veces Louisa entornaba disimuladamente los ojos y soltaba un suspiro. Ahora ella y su hermana compartían un secreto inconfesable. Sin necesidad de palabras, cada una lo reconoció en la otra: vergüenza por su indiferencia. Guardaron las decorosas apariencias durante todo el luto. Sólo en una ocasión, como si se resquebrajara algo en su interior, Stephanie se echó a llorar: enredado en el pelo de la alfombra del salón descubrió uno de los anillos de su madre. Recordó que el año anterior ésta había lamentado aquella pérdida. Ahora lo sostenía en la mano mientras lloraba, y hacerlo la aliviaba.

A medida que avanzaba la primavera le resultaba cada vez más agobiante permanecer en casa,

y empezó a salir más a menudo al jardín. Su padre había cerrado con llave el dormitorio de abajo, pero ella a veces miraba el interior desde las ventanas de fuera, como si su madre aún pudiera estar allí. En la oscuridad todavía se amontonaban los cojines de patchwork sobre el sofá, y los vestidos de verano seguían colgados de un armario entreabierto. Sólo consiguió distinguir, junto a la cama, el tocadiscos y la pila de discos antiguos, y la Grundig sobre la mesa de patas curvas. Fuera, en el huerto, a medida que se alargaban los días, aguardaba la llegada de las primeras mariposas (la dorada c-blanca, la mariposa aurora, la etérea náyade), y éstas aparecieron a tiempo, en su frenética búsqueda de néctar, y ella las fotografió con su Brownie 127.

Entretanto, Louisa se había hecho con el poder en la casa. Disfrutaba de su renovada importancia. Volvía de la escuela con bolsas de la compra, y estaba aprendiendo a cocinar. Los fines de semana, en la casa ya no se oía el ruido de los cubiertos (Theresa había presentado su renuncia) sino el ronroneo de la aspiradora y la nueva voz de adulta de Louisa anunciando su siguiente tarea doméstica. Su padre, en una de las raras ocasiones en que bromeaba, la había llamado «mi segunda mujer».

No obstante, había dejado de contar anécdotas divertidas. Stephanie nunca sabía en qué pensaba su padre. En la mesa se hacían largos e inquietantes silencios. A veces, él decía: «Bueno, niñas...», pero nunca terminaba la frase.

Louisa le contó sombríamente a Stephanie:

—¿Sabes que bebe?—Su acritud con Stephanie parecía haberse acentuado, e incluso había llegado a perder los nervios con Louisa—. La inmobiliaria no va muy bien.

—No lo sabía. —Stephanie sintió una punzada de preocupación: ¿tendrían que abandonar el jardín?

—No te enteras de nada, Stef. —Así sonaba la nueva voz maternal de Louisa—. Vives en el país de las maravillas.

—¿Y qué? Es mejor que esto.

A veces tenía la sensación de estar ahogándose. Había momentos por la noche en los que respiraba con mucha cautela, muy despacio, porque le parecía que el aire en el cuarto era demasiado pobre.

Louisa se rio y la besó.

—No te preocupes, ya se arreglará...

Louisa era ahora su madre, pensó. Tal vez siempre lo había sido. En la escuela la popularidad de su hermana siempre la había protegido del acoso. Pero ambas chicas se habían convertido en objeto de compasión y se hablaba de ellas susurrando: «Son huérfanas». La profesora de Stephanie volvía a tratarla de forma solícita, y aunque no lo admitiera a ella le encantaba: se había vuelto, por primera vez en su vida, alguien especial. Nadie más había perdido a su madre. Sally también ganó prestigio de rebote, pues todos suponían que tenía acceso privilegiado al luto de Stephanie. Siempre la cogía del brazo y le contaba sus secretos o le transmitía la simpatía o la compasión de los demás: «Se preguntan qué sientes...». Stephanie sospechaba que si expresaba abiertamente algún sentimiento, o incluso si lloraba, se rompería algún tipo de hechizo. Estar de luto se había convertido en su identidad.

Aquel otoño la clase de Stephanie iba a estudiar biología y física. Louisa le había dicho que el laboratorio de ciencias era como un cobertizo abandonado y que la profesora (una francesa a la

que no se entendía muy bien) ponía demasiados deberes. Pero es que a Louisa le interesaba más ir a bailar con un taciturno joven del colegio un año mayor, y presumir con sus botas de pirata de ante y una chaqueta tejana que había comprado de rebajas a espaldas de su padre.

Stephanie quedó fascinada por la biología, la constitución y el comportamiento de los distintos animales. Una tarde entró sola en el laboratorio y, mientras jugueteaba con la polvorienta unidad de filtración y desordenaba empañados tubos de ensayo y pipetas, encontró casualmente el microscopio.

La profesora de ciencias lo había descrito como la puerta de acceso a otro mundo, pero luego lo había dejado de lado para concentrarse en las leyes del movimiento rectilíneo. Stephanie no tenía ni idea de cómo usarlo, pero en la pared de al lado colgaban unas borrosas instrucciones. Había un libro que enseñaba insectos y flores aumentados, con una cita de Victor Hugo escrita a mano por la profesora: «El microscopio empieza donde el telescopio termina. Una nebulosa es un hormiguero de estrellas». Ella estaba atenta por si oía pasos en el pasillo de fuera, pero no oyó nada. Casi todo el mundo estaba en el comedor. Indecisa, cogió un trozo de lechuga de su fiambarrera y lo colocó en la platina. Al principio, cuando pegó el ojo al ocular sólo vio la luna blanca de la apertura más abajo. Las líneas que veía oscilar allí no eran diferentes a las que veía temblar bajo sus párpados cuando el sol la deslumbraba. Poco a poco, vacilando, empezó a girar el objetivo. Ella esperaba ver desplegarse un abanico de frágiles venas verdes, pero descubrió atónita lo que podría haber sido el boceto a lápiz de un árbol inmenso: un matorral incoloro de ramas entrelazadas, intrincadas y extrañas. Seguidamente probó con el azúcar, luego con la sal. Salió el sol e inundó la mesa del laboratorio mientras enfocaba los cristales de azúcar, que se iluminaron como icebergs dispersos, cada uno diferente. Cuando el sol se puso, se transformaron en metal opaco, mientras que los granos de sal brillaban como cubos casi uniformes, cada uno con un marco negro, como diminutos televisores con las pantallas blancas.

Cada vez que examinaba en el microscopio algún trozo de comida, hacía descubrimientos sorprendentes. Paradójicamente, eso la reconfortaba. Su propia saliva se parecía al mapa de una ciudad, con sus avenidas y callejuelas. La piel de una manzana se transformaba en una explosión de frondosas flores de color azul turquesa. La sangre que hizo brotar de su pulgar era como un collar roto anaranjado. Incluso un sencillo hilo de algodón que cortó de su blusa se fragmentaba formando una enmarañada vid.

Terminó de comer con calma, inmersa en el silencio del laboratorio, preguntándose qué era exactamente lo que estaba comiendo. A la hora de explicar las partículas elementales, la profesora de biología les había enseñado que toda materia estaba en movimiento: la inmovilidad era una ilusión. A Stephanie le parecía que todo era intercambiable y podía transformarse en otra cosa: espolvoreando azúcar uno podía producir un témpano de hielo. Cuando vio una hormiga correteando por encima de la mesa, se sorprendió apretándola entre sus dedos. Bajo la lente la hormiga parecía estar blindada con una especie de capa de bronce pulido. Pudo distinguir la maraña de piernas aplastadas y la cabeza curva.

Por la tarde, al salir del colegio y dirigirse a la parada del autobús, la solidez de las paredes de ladrillos y de las calles asfaltadas le pareció engañosa, pues en realidad en su interior se agitaba una bulliciosa vida. Pensó que si se concentraba lo suficiente en algo (un pétalo caído, por ejemplo, o un adoquín) sería capaz de penetrar en ese otro universo microscópico, el universo real, los elementos sobre los que se cimentaba la ilusión del día a día.

Luego vino Sally, ansiosa por hablarle de la camada que había tenido su collie y por

preguntarle si querría un cachorro. Su padre no se lo permitiría, dijo Stephanie, y se dio cuenta con inconfesable tristeza de que su amiga nunca llegaría a entenderla.

—Son adorables—dijo Sally, y luego echó un vistazo al joven regordete que las seguía—. ¿Sabías que Thomas está colado por ti?—añadió.

Seguro que Sally estaba equivocada.

—¿No te has dado cuenta?—insistió Sally esbozando su sonrisa conspiradora. Tenía gruesos labios de mujer—. No te quita los ojos de encima.

—Probablemente le doy pena.

—Ni hablar, la gente olvida, y tampoco es tan buena. —Y volviéndose para mirar hacia atrás le susurró—: Incluso me preguntó dónde vives.

—¿Y qué le dijiste?

—Le dije que vives en tu propio mundo—respondió Sally riéndose—. Es la verdad: nadie sabe lo que piensas. Thomas quizá cree que sueñas con él.

A Stephanie le desconcertaba la idea. ¿Cómo podía alguien estar colado por ella? Tal vez Thomas seguía a Sally, que era casi diez centímetros más alta que ella y había empezado a llevar chaquetas tejadas con borlas. Stephanie no había crecido nada en todo el año. A veces pensaba que su amistad con Sally estaba decayendo, y eso le asustaba. Le encantaba la seguridad de su amiga, su sentido del humor e incluso su forma de caminar. En cuanto a ella, se veía en el espejo como una chica delicada, más guapa que años atrás, aunque demasiado flaca. Jamás llegaría a tener el voluptuoso esplendor de Louisa. A lo mejor no tenía ganas de convertirse en mujer, pero la regla le había venido hacía cinco meses, y más tarde descubrió que cuando su saliva observada en el microscopio parecía un intricado mapa era porque estaba ovulando.

Sin embargo, los chicos parecían pertenecer a una tribu aparte. La mitad de los que iban a su escuela ya parecían hombres, se pasaban el día contando chistes verdes y fanfarroneando. Incluso Thomas, con su boca desproporcionada y el pelo de punta, lucía un rudimentario bigote, pero sus pantalones le seguían quedando arrugados alrededor de los zapatos, como si se le cayeran, igual que de niño.

A la hora de la comida Stephanie se lo encontró merodeando en su clase, pero ella se escabulló al laboratorio. En su fiamblera tenía dos sobres con alas de mariposa. Había recogido una almirante rojo, muerta pero impoluta, en el garaje de su padre. Sus alas le habían llenado los dedos de un polvo multicolor. Las alas de la c-blanca las había encontrado una junto a otra en el jardín delantero, el cuerpo se lo debía de haber comido un pájaro.

Colocó un fragmento del ala de la almirante rojo en la platina del microscopio y enfocó la franja naranja que dividía el negro. Descubrió que lo que parecía liso era de hecho el producto de miles de escamas superponiéndose, y los colores iban del azul oscuro al rojo coral y luego otra vez al azul. La parte inferior del ala era aun más extraña: un tapiz bermejo (se apreciaba claramente el entramado) cubierto de motas blancas como la nieve. Mientras miraba, pensó en el primo Arthur. ¡Qué extraño y maravilloso debía de ser su mundo! Años atrás le había contado que en algunas mariposas las escamas de las alas estaban dispuestas verticalmente o en rombo, creando una iridiscencia que iluminaba las selvas tropicales. Ella sabía que su microscopio no era lo suficientemente potente para poder discernirlas, incluso si estaban allí. Pero en el lado inferior del ala de la c-blanca localizó, con el cosquilleo que se siente ante un descubrimiento, la marca blanca a la que debía su nombre la criatura, curvándose en el velludo tejido que parecía un maizal.

Al salir cerró con cuidado la puerta del laboratorio, como si fuera un lugar prohibido, y se topó con Thomas. Él estaba vagando por el pasillo.

—Te estaba esperando—le dijo.

Stephanie soltó un desafortunado «¡Oh!» que pareció quedarse flotando en el pasillo, desvaído.

—Me preguntaba si querías salir conmigo. —Tenía los mofletes colorados, como un niño—. Robert va a dar una fiesta...

Ella lo miró sin decir nada. Había acudido a más de una de esas fiestas con Sally. Cuando los padres indulgentes decidían salir alguna noche, todo el mundo aprovechaba para montar una fiesta y bailar al ritmo de *I'm Coming Out* o *You're the one for me*. Algunos de sus compañeros incluso se besuqueaban en los sofás, conscientes de la envidia que provocaban en los demás, y ella suponía que así actuaban los mayores. Otros se retiraban a alguna habitación oscura y los veía besándose apasionadamente, perdidos en el hechizante sueño del otro. En algunas de las fiestas más atrevidas se olía a cannabis (Sally podía detectarlo) y también había latas de cerveza. En cuanto a Stephanie, agradecía que la música ahogara cualquier posibilidad de conversación, ya que no tenía nada que decir, y se sentía avergonzada y desamparada.

—¿Una fiesta?—preguntó, y su voz sonó sombría—. Mi padre no me dejará ir—añadió, pero incluso a ella la excusa le sonó estúpida.

—Pero, Stephanie, si ya tienes quince años—le suplicó Thomas con los ojos brillantes.

—Lo siento...

Thomas se pasaba la mano por el pelo de pincho, como si algo no estuviera en orden.

—¿Sabes? Voy a cortar con Vicky.

Vicky iba a su clase, era una de las rencorosas, y de pronto Stephanie se dio cuenta de que se le presentaba la ocasión de lastimarla. Por un instante se imaginó a sí misma en el submundo de envidias, farsas y cuchicheos a la salida de la escuela que le parecía tan espantoso como ridículo. Thomas la siguió hasta el final del pasillo, y bajo el repentino sol ella se dio cuenta de que el muchacho se había tapado los granos con maquillaje.

—Así que ya estás con alguien. Claro...—dijo lastimeramente—. ¿Es Jim?

—¿Quién demonios es Jim?—Pero entonces recordó a un chico alto de la clase de Thomas, un atleta—. No, no estoy con nadie, ni quiero estar con nadie. —Y lo dijo de tal modo que era difícil que no le quedara claro a Thomas—. Pregúntale a cualquiera de mi curso y te lo dirá. Seguramente piensan que soy una tarada.

—No eres una tarada, eres inteligente, ganas premios...

Stephanie intentó escabullirse por la puerta, pero era estrecha y él no se apartó. Sintió el pecho de Thomas contra sus senos cuando éste, desesperado, alzó las manos hasta su rostro y trató de besarla.

—¿¡Qué haces!?!—respondió sobresaltada dándole un empujón, y de inmediato vio en su mirada el dolor de sentirse rechazado.

—Quizá en otro momento—dijo él escabulléndose por la puerta, sin dejar de mirarla hasta encontrarse fuera, donde brillaba el sol—, en otro momento...

Enojada, se alisó la blusa y advirtió que en los dedos donde antes había polvo del ala de la blanca ahora tenía polvos del maquillaje de Thomas. Se apoyó en la pared tratando de recuperar el aliento y recobrarse del susto. Cerró los ojos y esperó a que él se hubiera ido para poder salir.

Seguramente en unos días Thomas contaría a todo el mundo que era una estrecha.

De repente le dieron ganas de echarse a llorar. ¿Qué se suponía que debía hacer? ¿Qué era lo que debía sentir?

La luz ultravioleta que puede reflejarse en las alas de las mariposas es invisible para los vertebrados, incluidos los humanos. Existe una especie de papiliónidos cuyas hembras son imperceptibles al ojo humano y sólo las demás mariposas pueden ver. A pesar de que las alas caleidoscópicas de los lepidópteros forman parte de su atractivo sexual, el apareamiento de cada género es complejo y diferente.

Stephanie había empezado a leer esas cosas en otros libros aparte del que le había regalado el primo Arthur. Le parecía que el cortejo de las mariposas era precioso. El macho envolvía las antenas de la hembra con sus alas anteriores y las impregnaba de las olorosas secreciones de las escamas androconiales. Esos aromas eran infinitamente variados (tan fuertes que hasta los humanos podían detectarlos) y el macho podía saber a través de un par de primitivos ojos secundarios en los genitales cuándo acercarse a la hembra. En algunas especies la pareja se elevaba en un baile nupcial en el que una de las mariposas parecía llevar el paso. Permanecían unidas durante horas o incluso días, y en ocasiones, si sus órganos se quedaban pegados, continuaban danzando abrazadas hasta morir.

El año en que Louisa aprendió a conducir, de camino a alguna de sus citas acercaba a Stephanie a un bosque o pantano prometedoros y luego, de regreso, la recogía. Esas breves horas eran para ella de una soledad embriagadora. A veces, si el cielo estaba nublado, no veía ninguna mariposa. El ciclo de vida de estos insectos era corto y variable, pero empezaba a entender sus hábitos (la rabicorta w-blanca apenas se movía del lugar donde había eclosionado; su prima púrpura volaba entre las copas de los árboles) y a reconocer sus variados patrones de vuelo.

Sin embargo, las mariposas siempre le inspiraban cierta melancolía. Sus vidas eran conmovedoramente cortas. La mayoría volaban durante sólo dos semanas antes de morir, algunas menos de tres días. En comparación con los meses que pasaban como huevos, orugas y crisálidas, el tiempo de vida como mariposa parecía trágicamente corto. La tornasolada podía tardar todo un año en madurar para vivir apenas quince días en toda su gloria. Leyó que más de la mitad de las especies de mariposas estaban amenazadas, y empezó a tener predilección por las menos vistosas: las duende oscuro y los pequeños hespéridos, que revoloteaban en la pradera como hojas moteadas. Un día, caminando por unas colinas de caliza, observó a un pequeño ejemplar de la morena serrana que descendía a una zona donde crecían jaras, y se posó tan cerca que pudo ver cómo tamborileaba con las patas para degustar la flor y movía las antenas.

También había momentos milagrosos. Se había dado cuenta de que había caído en el hábito coleccionista de apreciar sobre todo las rarezas, al margen de la apariencia. En una ocasión, en un prado floreciente, entrevió una de las especies que menos se esperaba encontrar, una blanca esbelta, en peligro de extinción: era el débil espectro de un insecto diminuto aleteando de forma tan errática que pensó que era el último de su especie. En otra ocasión, una tarde de julio, mientras caminaba tranquilamente hacia el punto de encuentro con Louisa, una almirante blanco se cruzó en su camino. Serena, implacable, atravesó el claro ante ella antes de ascender con gracia sobrenatural hacia las copas de los árboles.

Entonces comprendió por qué un famoso naturalista había sufrido dolor de cabeza durante un día entero, extasiado al avistar una mariposa alas de pájaro, la más grande del mundo, y por qué, a

pesar de la dolorosa fugacidad de su existencia, otro naturalista describió las mariposas como un consuelo a los pesares de la vida.

No recuerda dónde ocurrió, ni tampoco el año exacto: estaba en una habitación de hotel en alguna parte, de viaje con su padre y su hermana. El aire de la noche era caliente y salado. Se oyó un trueno a mucha distancia. Permanecía inquieta bajo la sábana, como si tuviera algo que hacer.

Se sentía febril, ardiendo. Se preguntó si no le estaría bajando la regla. Pensó que tendría la piel enrojecida. Se palpó el cuerpo con las manos, como si lo explorara por primera vez, deteniéndose en sus pequeños senos incipientes un poco sorprendida, como si aquella no fuera su carne. Había empezado a sudar y se aflojó el pijama. El viento soplaba débilmente a través de la ventana abierta de enfrente. Sentía el calor y el estremecimiento de su piel al respirar. Se acarició los muslos, los pezones. Luego extendió los brazos, sintiendo aún el aire salado y el nacimiento de su propia belleza, que ya no dependía de la mirada de los otros; era una sensación más íntima, como si se hubiera convertido en su propia amante.

Más tarde pensaría en esa noche como la epifanía de su juventud, su transformación en mujer, aunque no sabía muy bien por qué; pero la recordaba como algo más íntimo que su primer beso (con un amable y desmañado joven al que no quiso decepcionar) o que la pérdida de la virginidad a los dieciocho años, en la que sólo sintió miedo y la necesidad de igualarse con Louisa y Sally, tras la cual limpió la sangre (sorprendentemente, muy poca) y no quiso volver saber nada del hombre con que se había acostado.

A los diecisiete años, cuando Sally dejó la escuela, Stephanie se sintió desamparada. Louisa se había ido dos años antes y trabajaba en una agencia de publicidad en Londres; sólo volvía algún que otro fin de semana para revelarles los misterios del reconocimiento de la marca y el *marketing* de guerrilla, y los altibajos de sus dramas sentimentales. Stephanie siguió siendo la extraña chica lista sin amigos que podría haber ido a la universidad, hasta que su padre le dijo que tendría que costársela ella. Por otro lado, la universidad se parecía demasiado a una prolongación del colegio, y ella ansiaba alcanzar la libertad.

Respondió a un anuncio en el que se buscaba a una telefonista para el «servicio de atención al cliente» de una asociación dedicada a la protección de los animales salvajes y de su hábitat en una ciudad cercana, y para su sorpresa la contrataron. Al principio sólo atendía al teléfono y hacía reservas de viaje, pero no tardaron en encomendarle la tarea de atender a donantes y voluntarios, y empezó a ser silenciosamente respetada en la oficina. Sin embargo, los fines de semana en que Louisa no estaba en casa eran cada vez más insoportables. Sólo entendió más tarde por qué su padre, con apenas cincuenta años, estaba tan desmejorado: su tez había adquirido una palidez verdosa, le temblaban las manos. El desprecio que solía mostrarle se había mitigado y ahora era sólo indiferencia. Él no necesitaba su ayuda—Theresa había vuelto para ocuparse de la casa—y por la noche seguía bebiendo.

Aquel verano Stephanie se refugió en un trabajo para una organización protectora de la flora y la fauna silvestres, registrando los cambios en un transecto que abarcaba unas colinas de caliza. Cada sábado caminaba los tres kilómetros del transecto y anotaba las especies que reconocía, para realizar luego informes sobre su presencia o escasez. El camino serpenteaba a través de una pradera repleta de centáureas y campanillas de Irlanda. Al avanzar entre el tomillo sentía su aroma. En días soleados un polvillo de mariposas flotaba en el aire.

Durante una visita a la sede local de la organización oyó un nombre que le sonaba familiar. Alguien estaba citando un artículo del primo Arthur. Las veces que había pensado en él imaginaba que estaría muy viejo, si no había muerto. Todo lo contrario, le dijeron, todavía escribía sobre especies de mariposas amenazadas. Encontró su dirección y le escribió una divertida carta que fue respondida con una invitación a Sussex.

Condujo su Citroën de tercera mano hasta las afueras de un pueblo cerca de Petworth. En el asiento del copiloto se hallaba su ejemplar dedicado de *El mundo de las mariposas*, tan manoseado y releído que se había deshecho y convertido en un fajo de hojas sueltas. A pesar de que el día estaba nublado y no había mariposas, ella podría haber adivinado cuál era la casa de Arthur por las budleias y las verbenas que cubrían el porche.

El sonido del timbre resonó por toda la casa, y le recordó precisamente a la voz de Arthur, que parecía la de alguien que hablara desde lo más hondo de su ser. De repente, se sintió nerviosa, se preguntó si él habría envejecido mucho y qué impresión le causaría ella. Pero abrió la puerta un hombre que no había cambiado nada: estaba igual que como ella lo recordaba. Le sacaba una cabeza y la miraba con sus pálidos ojos, el bigote no se había vuelto más blanco, y seguía teniendo la desconcertante mancha naranja debajo de la nariz. Inmediatamente dijo: «¡Estás hecha toda una mujer!».

Arthur llevó el té y unas galletas Petit Beurre reseca a la terraza interior, y se sentaron y hablaron un poco nerviosos, mientras ella se acostumbraba a la distante voz rasposa y contemplaba el jardín, diferente a cualquiera que hubiera visto antes. En lugar de un cuidado césped había un pequeño prado floreciente, rodeado de los distintos arbustos y flores con que se alimentaban las mariposas: budleias, madreelvas, celindos, franjas de flox y caléndulas. Más tarde sintió vergüenza de lo mucho que había acaparado la conversación hablando de algunas experiencias que para él seguramente eran de lo más banales: la primera vez que vio una papilónido, y su recuerdo del año en que contempló la vanesa de los cardos. Pero él la miraba con una especie de remota dulzura, y esa voz distante no parecía tanto un defecto del habla como una especie de prudencia innata.

Por toda la sala de estar, debajo de las estanterías, había armarios con cajones etiquetados: PAPÚA NUEVA GUINEA: ISLAS OCCIDENTALES; PERÚ: RÍO HUALLAGA; COSTA DE MARFIL: BOSQUES TROPICALES DEL MONTE NIMBA. Ella sabía que contenían mariposas. Tenía la sensación de que éstas electrizaran y poseían toda la casa. En la suya las estanterías estaban monopolizadas por las mediocres novelas policíacas de su padre, y los cuadros eran acuarelas de paisajes que a ella nunca le habían llamado la atención. Pero aquí los volúmenes sobre la vida silvestre, entomología y viajes llenaban las estanterías en hileras dobles, y de las paredes colgaban fotografías del siglo XIX de la morfo azul y la mariposa búho.

Cuando Stephanie le preguntó acerca de los cajones etiquetados, él tiró al azar del de COSTA RICA: PENÍNSULA DE OSA. Ella miró hacia abajo: dispuestos en bandejas selladas con cristal, se encontraban los magníficos insectos alados de Centroamérica. Eran tan exquisitos y extraños como se los había imaginado. Sus alas eran brillantes zafiros del verde de las hojas, de color escarlata o parecidas a tapices en miniatura hechos de escamas negras y aguamarinas superpuestas. Había mariposas con alas anteriores doradas que parecían lacadas o colas como de murciélago bordeadas de color carmesí, y otras de negras alas cubiertas de nubes de puntos blancos, y también otras cuyas alas posteriores con ocelos brillantes parecían esmaltadas.

Durante un segundo Stephanie quiso romper el cristal y dejarlas libres. Pero estaban

escrupulosamente etiquetadas con su localización, familia y género. Algunas etiquetas estaban empezando a amarillearse y doblarse. Aquellas criaturas estaban tan muertas como tantas otras que había visto, y su brillante vuelo resultaba ahora inimaginable. Había más de cien bandejas de mariposas. Ella se fijó en las manos de Arthur mientras abría y cerraba los cajones, en lo finas y delicadamente venosas que eran. Al imaginárselas matando, dijo:

—Las atrapaste todas tú...

Él debió de advertir la tristeza en su voz.

—Ahora ya apenas se hace esto—dijo—. Fueron atrapadas en pro de la ciencia, para la enseñanza. No son los coleccionistas los que han llevado a las mariposas al borde de la extinción, ¿sabes?, sino la destrucción de su hábitat... en todas partes...

—Sí, claro—respondió ella sombríamente. Después de todo, él era un científico. La lepidopterología era una ciencia.

—Pero los especímenes no bastan. No sirven para entender la alimentación del insecto, ni los patrones de vuelo, ni los hábitos de apareamiento, y menos aún las plantas huésped. Todo eso está en las notas de campo. Cada ejemplar tiene una historia. —Mientras hablaba había regresado a la terraza interior, donde le preguntó de golpe—: ¿Sabes mecanografiar?

—Sí. —Lo había aprendido en los últimos meses.

Arthur te explicó que, tras cincuenta años coleccionando y tomando notas de investigación, escritas con su letra errática, tenía montones de cajas llenas de anotaciones en la planta de arriba. Algunas sobrevivían gracias a la tinta indeleble de su rapidógrafo; pero en los trópicos, donde la tinta podía secarse o disolverse, había preferido usar un lápiz, y temía que esos registros se estuvieran deteriorando. Antes de donar su colección a su antigua universidad, había que teclear todas sus notas de campo. Aunque sólo podía ofrecerle «calderilla», ella aceptó inmediatamente.

—¿Me llevo algunas notas a mi casa?

Él vaciló. Su voz sonaba incluso más distante que antes.

—Bueno..., he dedicado toda mi vida...

—Pues vendré yo a tu casa. Traeré mi ordenador. —Y al decirlo se sintió bastante orgullosa.

El sol había salido e iluminaba el jardín. Ya más relajado, él la invitó a salir:

—Veamos lo que hay fuera.

Caminaron sobre la hierba seca del prado. El aire estaba cargado del aroma embriagador de la lavanda. Entre el flox y los arbustos florecidos, ella distinguió flores de áster y campanillas moradas. Las mariposas revoloteaban con familiar viveza. Un arriate de ortigas (una de las plantas favoritas de la oruga de la mariposa pavo real) crecía detrás de unas hileras de zinnias.

—Les doy las plantas nutricias con la esperanza de colonizarlas. Pero es imposible retener a las mariposas, son viajeras.

Las cerca de sesenta especies que había en Gran Bretaña, pensó Stephanie, no eran nada comparadas con las dieciocho mil que volaban por todo el mundo; pero ella creyó entender por qué las alimentaba en su jardín el primo Arthur. Era su penitencia por aquellas mariposas muertas y sujetas con un alfiler en el armario. La concentrada vida de sus cortos, intensos días (buscando néctar, apareándose y poniendo huevos), bullía: en una o dos semanas abandonarían sus cuerpos en la hierba alta, bajo la madreselva, en el cobertizo, pero sólo cuando hubiera concluido su vibrante y obsesivo ciclo.

Contemplando con Arthur los apiñados insectos en silencio Stephanie se sintió curiosamente

en paz. Aquel silencio del que sólo podían disfrutar ellos (las mariposas no oyen nada) los hacía cómplices, y ella imitó la embelesada la mirada de Arthur. En una ocasión él se acercó, inclinando su ligera y desgarrada joroba, a un arbusto, cogió una almirante rojo que estaba sobre una hoja y se la puso en el dorso de la mano. A ella le intrigaba la intimidad con que trataba a las mariposas. ¿Cómo sabía que no huiría volando? Finalmente, cuando Arthur sopló suavemente para que levantara el vuelo, ella entrevió una pícara mirada de placer en su cara. Se preguntó si se sentiría solo, pero imaginó que, como a ella, le gustaba la soledad. Cuando aparecieron dos blanquitas de la col (todavía le recordaban a su madre) ella le dijo:

—Primo Arthur, ¿cuál es exactamente nuestro parentesco?

—No estoy seguro—respondió soltando una risita un poco rasposa—. Tu madre decía que éramos familia a través de un tío abuelo de su padre, y creo que es correcto. Pero su familia era complicada.

—¿A qué te refieres?—Stephanie le estaba preguntando las cosas que hubiera querido preguntar a su madre—. Ella hablaba tan poco...

—Debió de ser muy penoso para ti, Stephanie, que estuviera enferma durante tanto tiempo. —Arthur la miraba preocupado—. Nunca conocí a sus padres. Pero eran personas educadas, con cultura musical. Creo que tenían sangre austríaca. A tu madre la veía más antes de que se casara. En aquel tiempo era una persona encantadora, inteligente, muy sensible, aunque siempre estaba pálida y parecía débil.

—¿Por qué se casó con mi padre?

—No lo sé...—Dejó la pregunta en el aire—. Esas cosas son un misterio.

A Stephanie se le pasó por la mente que quizá el propio Arthur estuvo un poco enamorado de ella.

Louisa había vuelto temprano aquel fin de semana y saludó a Stephanie con lúgubre nerviosismo. Su padre tenía cáncer de hígado, dijo. Él estaba demasiado enfadado como para hablar de ello. Había estado bebiendo todo el día, qué se le iba a hacer...

Stephanie no sabía cómo hablarle, nunca lo había sabido, y él no se lo había enseñado jamás. La noche siguiente, después de que él volviera del trabajo como siempre, se lo encontró encorvado sobre la mesa de la cocina, comiendo el bizcocho de semillas de alcaravea que había hecho Theresa y bebiendo un vaso de whisky. Cuando lo observó—cosa que hacía pocas veces—le pareció vulnerable, su corpulencia parecía superficial. Al ver languidecer la fuerza bruta de su padre sintió saltar en su interior una alarma: se lo había imaginado casi inmortal. Durante años habían estado evitando verse el uno al otro. Ahora ella examinaba sus cabellos ralos echados hacia atrás desde las sienas, todavía oscuros pero sin el brillo de antes. Stephanie siempre había detestado el grueso cuello, como de toro, de su padre, pero ese día se dio cuenta de que había cambiado, la piel se estaba aflojando. Y con una sensación de fría extrañeza, como si cruzara la frontera de un país extranjero, le preguntó si era verdad lo que decía Louisa.

Él la miró fijamente, como si la escrutara. Nunca le había pedido ni le había dado nada a su hija. Por un instante ella pensó que le contestaría gritando que eso no era asunto suyo. No obstante dijo:

—Depende de lo que haya dicho Louisa.

—Que tienes cáncer...

—Me quieren someter a la jodida quimioterapia—dijo gruñendo con desprecio. Las palabrotas eran algo nuevo—. Supongo que lo haré. —Seguía escrutándola—. ¿Y tú dónde has estado últimamente? ¿Has vuelto a ir a casa de Arthur?—dijo como si se tratara de una cita amorosa.

—Sí, me ha pedido que mecanographe sus notas.

—Bueno, tú misma...—Se tragó el último trozo de bizcocho y, más amable, añadió—: Es un viejo amigo. A tu madre le gustaba.

—A mí también me gusta.

—¿Qué más te contó Louisa?—le preguntó poniéndose en pie.

—Que quizá no es posible operar...—dijo con un hilo de voz, distante.

—Pues está diciendo tonterías. Voy a luchar contra este cabrón, voy a salir de ésta.

Stephanie alargó su mano para tocarlo. No lo había tocado desde la infancia, e incluso entonces, pocas veces. Le temblaba la mano.

—No te preocupes—la tranquilizó mientras se marchaba de golpe al salón. Stephanie no supo si su padre hablaba consigo mismo, con ella o con nadie—. Sólo necesito tiempo para poner en venta la puta empresa y venderla de una vez, y a lo mejor también esta casa.

—Acabas de decir...—Pero cuando lo miró a los ojos, vio que los tenía empañados.

—He dicho que voy a luchar contra este cabrón—dijo dirigiéndose al vaso de whisky que temblaba en su mano—. ¿Dónde está Louisa?

—Ha vuelto a Londres.

—¿Dónde está Theresa?

—Viene mañana.

—Perfecto.

Ella oyó el tintineo del vaso y vio a su padre darle la espalda: ésa fue la imagen que más tarde conservaría de él, no la beligerante vitalidad de su cara, sino su espalda repudiándola, todavía ancha en su chaqueta de tweed, los hombros protegiendo la intimidad de su extinción.

Más tarde, paseando por el jardín, Stephanie miró de nuevo a través de la ventana el cuarto de su madre, pero no había cambiado nada. La habitación permanecía cerrada: no era tanto un santuario como un lugar abandonado o al que nadie se había atrevido a entrar. El armario seguía medio abierto con los vestidos de verano colgando, la pila de discos sin tocar, la sombra de una cama. Habían pasado seis años desde su muerte, y Stephanie ya no tenía que ponerse de puntillas para mirar el interior. Pensó que le habría gustado, aunque fuera sólo por un día, haberla conocido con los ojos de adulta. Por más que se esforzara en recordarla, en reinterpretar quién había sido su madre, los recuerdos se mantenían esquivos, y tenía pocos, por extraño que fuera. Había comprado un par de binóculos para estudiar el transecto de las mariposas en las colinas, y ahora los usaba para escudriñar los libros y la música de su madre. Los nombres en las cubiertas de los discos (Lotte Lehmann, Elena Gerhardt) no significaban nada para ella, pero aquí y allá los dispares lomos de los libros (Robert Musil, Marguerite Yourcenar, Elias Canetti) despedían el aroma de una Europa que quizá algún día conocería. Cuando muriera su padre y abrieran la habitación, pensó ella, se quedaría con esos libros y descubriría el mundo y el tiempo que recreaban.

Río Inambari, Puno, Perú. 13.4° S, 70.3° O, a unos 18 m al sur de Puerto Leguía. ALT.

225 m. Información hábitat: selva tropical de tierras bajas. Muy diverso, incl. ceiba, cedros, tornillo, caoba (*Swietenia macrophylla*), iriarte, ficus, bambú invasivo. Canopia a unos 35 m. Fecha: 3 de junio de 1949, 8.30-17.00 h. Humedad nivel medio. 27 °C. Viento 0-2m/h. Amenaza del hábitat: agricultura de baja intensidad cerca de Puerto San Carlos. Especies: *Morpho helenor*, *Morpho menelaus*, *Caligo eurilochus*, *Heliconius numata*, *Heliconius pardalinus*, *Parides neophilus*, Greta oto, *Hamadryas feronia*...

Cada sábado Stephanie mecanografiaba las notas de campo de Arthur con obstinada dedicación. De hecho, la letra que según él era errática resultaba bastante inteligible, aunque muy pequeña; en ocasiones, una página manchada o arrugada evocaba algún chaparrón tropical, o le parecía que la letra temblorosa o inclinada delataba la falta de gas en la lámpara. Al principio, cuando él revisaba lo que ella había transcrito, siempre le señalaba los errores, pero a medida que ella se fue acostumbrando a su escritura, esas indicaciones se fueron haciendo cada vez más infrecuentes, hasta que empezó a leer las notas transcritas por el placer de recordar. Dos o tres veces al día la interrumpía con una taza de café largo o un tentempié, y cuando ella le sonsacaba las historias que condensaban u ocultaban sus notas, veía a Arthur entornar los ojos al recordar cosas que no había compartido en años. A veces abría uno de los armarios para enseñarle alguna preciada criatura capturada cuatro o cinco décadas antes.

Esas historias fascinaban a Stephanie. Él había visto bancos de río enteros y laderas de valles rebosantes de especies ahora protegidas. En Papúa Nueva Guinea, la mariposa alas de pájaro volaba a través de su hábitat menguante con alas de treinta centímetros de ancho. Había visto una alas de pájaro de Brooke cubrir un claro empapado de la selva malaya como con una alfombra casi sólida de esmeralda, y grupos enteros de *Cymothoe* de un rojo vivo volando a través de la selva tropical del Congo. Él había conocido a los lepidopteristas más reconocidos, desde Edmund Brisco Ford a Frederick Frohawk. Un año vio innumerables colias alexandra descendiendo por el río Fraser como una cabalgata de amarillo y lima; luego había estado estudiando a la mariposa africana cola de golondrina, cuyo harén se componía de más de catorce variedades de hembra (incluyendo una que se camuflaba de macho) y que se protegían imitando el vuelo y la coloración de especies tóxicas.

Las tácticas de supervivencia de las mariposas le fascinaban y a veces le desconcertaban. De noche, cuando Stephanie terminaba de trabajar, él encendía su chamuscada pipa y retrasaba su partida, sentado en una silla de respaldo alto y jugueteando con sus bandejas de especímenes. A veces se olvidaba de que Stephanie no era una experta y reflexionaba sobre taxonomías incomprensibles para ella, hasta que se interrumpía en seco con una apagada risa de disculpa. Pero las maravillas sobre el camuflaje de las mariposas adquirían tintes dramáticos en sus historias. En una ocasión, en el Amazonas, había visto cómo un píprido perseguía a una Hamadryas. La mariposa simuló de forma tan perfecta la corteza de cierto árbol al posarse en él que desapareció ante los ojos del depredador, que, aturdido, golpeaba una y otra vez el tronco con su pico.

Había mariposas venenosas de vivas tonalidades protectoras, cuyo vuelo tranquilo y desdeñoso evidenciaba su venenosidad, y había otras que habían evolucionado imitando esos mismos colores, e incluso copiando su patrón de vuelo para protegerse. Algunas especies, como la mariposa búho, tenían en el lado inferior de sus alas ocelos terroríficos que abrían y cerraban al aletear, y otras en cuya cola podía advertirse un rostro falso que las ayudaba a engañar a los

depredadores haciéndoles dirigir su ataque hacia allí, lo que permitía a la mariposa escabullirse volando con sus partes vitales intactas. (Arthur había visto especímenes con evidentes agujeros allí donde habían estado las marcas de los ojos). Por lo tanto, pensó Stephanie, algunas especies preservaban sus partes vitales haciendo ver que se encontraban en otro sitio (tal vez fuera también el caso de los humanos).

Para Stephanie, la más extraña de todas esas estrategias era la de la mariposa de cristal, que se desplegaba en impresionantes series en las bandejas de Arthur: una criatura cuyas alas transparentes, sólo levemente bordeadas de color escarlata, la convertían en una ventana voladora, apenas visible. Pero según Arthur, la más bella de todas era la morfo azul. La primera vez que vio volar una, en el Alto Amazonas, le conmovió como una tardía epifanía. En la oscuridad de la selva, las iridiscentes alas de color zafiro se alternaban con el reverso opaco, lanzando intermitentes destellos de luz sobrenatural y confundiendo así a los depredadores, como el reflejo de un ectoplasma.

El rigor y la disciplina de Arthur (la obsesión por la taxonomía y el comportamiento de los insectos) parecían haber dejado intacto el placer infantil por las propias criaturas. En lugar de responder al entusiasmo de Stephanie con condescendencia (ella hacía tiempo que había dejado de expresarlo en casa), le ofrecía una sonrisa y sus ojos grises la miraban con ternura. Arthur la hacía sentir normal e inteligente. Incluso acabaron por gustarle sus bandejas de especímenes, y le encantaba esa extraña intimidad que consistía en amar mutuamente el blindado tórax verde de la *Siproeta stelenes* o—bajo su lupa—los diminutos pelos en las patas delanteras con que el papilónido probaba la comida.

Y ella se hacía preguntas sobre él. No era posible mirar el mundo (o a él) con tanta dulzura, pensó ella románticamente, sin haber sentido antes algún tipo de pesar. (Por alguna razón ella siempre había identificado cortesía y sufrimiento). Pero Stephanie no sabía cómo hacerle preguntas personales. En el aparador había una fotografía de él unos diez años más joven, cogido de la mano de una robusta mujer de ojos dulces tocada con una pamelita. En las manos libres sostenían cazamariposas, y el paisaje que se veía a sus espaldas era más frondoso y boscoso que el de Inglaterra. La mujer, que le sonreía, irradiaba vitalidad, y era más robusta que el hombre a su lado. No había fotografías de niños.

Cuando Stephanie pasaba a máquina las notas, esperaba encontrarse con alguno de esos raros pasajes que de repente se convertían en historias. Entonces se dio cuenta de por qué él la entendía. Creía compartir con Arthur la búsqueda de algo espléndido y evanescente, incluso la pasión clasificatoria del coleccionista (la emoción de capturar rarezas). Creyó entender por qué alguien podía llegar a poner en riesgo su salud e incluso su vida persiguiendo el destello del ectoplasma en el bosque.

En una ocasión encontró la siguiente anotación:

Península de Osa, Costa Rica. ALT. 50 m. Fecha: 5 sept. 1948. Información hábitat: selva primaria. Llegada con fruta podrida para atraer especies de piéridos: pero no es necesario. Selva entera rebosante. Unas ochenta especies volando en un solo claro. Diferentes familias mezcladas, imposible distinguir las a simple vista. Destellos de *Siproeta stelenes*, *Heliconius erato* comunes, iridiscentes Prepona, *Papilio pericles*, y etéreas, transparentes variantes de las Ithomiini. Piscinas naturales rodeadas de *Heliconius* de color rojo coral, *Marpesias zerynthia*, mariposas Alas de Daga Rojiza.

Mariposas búho cubren los troncos de los árboles. *Thecla damos*, *Dryas iulia*, *Morpho amathonte*. El bosque entero parece estar en llamas. Me olvido de utilizar el cazamariposas. ¿Me puedo considerar un científico? No aquí. La ciencia es la razón por la que hago esto. Pero no está permitido matar en el paraíso.

En otra ocasión, justo cuando iba a acabar el trabajo de la jornada y Arthur preparaba café en la cocina, leyó:

No puedo amarlas siempre. De nuevo la *Palla nymphalidae* llama mi atención. La especie más agresiva de Costa de Marfil. Me agacho, choca contra mi red pero sale volando y regresa a su percha territorial. Debe de haber una hembra cerca, porque vuelve a echarse a volar muy rápido desde lo alto, y cuando pasa ante mis ojos, la atrapo. Le pincho el tórax sin piedad. No es lo usual, normalmente siento una punzada de culpa...

Cuando ella le preguntó sobre esa anotación, él contestó, excepcionalmente, que no la recordaba en absoluto. Poco después había contraído malaria, y más tarde leyó sus notas con estupefacción, como si estuvieran escritas por otra persona, aunque con su letra.

Cordillera de Vilcanota, dep. Cuzco, Perú. Ya no puedo fijar mi posición a través de cuadrícula. ALT. c. 2600 m. Fecha: 17 julio 1966. Los campesinos dicen que no debo seguir. Hay hombres armados en el camino de abajo. Los eludo al atardecer y acampo en una selva brumosa. ¿Por qué tomo estos riesgos por la *Pedaliodes niveonota*? Hasta ahora, sólo se ha llegado a capturar un ejemplar. Es de color marrón chocolate, lustrosa. Tal vez muera por buscarla. La superficie ventral de las alas delanteras está cubierta de magenta: el color se extiende desde la costa hasta la vena 2. Se vuelve más rara y luminosa en mi mente. Puede que me esté volviendo loco...

Pero nunca llegó a encontrar a la *Pedaliodes niveonota*, le contó Arthur, y recordarlo lo seguía enfureciendo. Ella le apretó la mano fría. Durante los días en que Stephanie había estado transcribiendo se había ido acostumbrando a él. Arthur ya había coleccionado lo suficiente, le dijo burlándose, así que podía dejar el resto a los demás, y él sonrió. Lo quería como cuando lo conoció de pequeña. Podía cogerle sin miedo la mano, o darle un abrazo al despedirse, porque él apenas parecía darse cuenta. Si ella lo provocaba, él le devolvía una sonrisa afectuosa, y en ocasiones le daba unas palmadas en la mano, como si se reconciliaran, y murmuraba con su característica voz remota: «Eres un encanto». Si alguna vez advirtió las efusiones sentimentales de Stephanie, jamás se lo hizo notar. Y cuando, a punto de concluir el trabajo, él le dijo: «Me has hecho muy feliz», ella supo a qué se refería: sus notas de campo serían por fin legibles antes de morir.

El último sábado que estuvieron juntos, él mencionó que le habían invitado a una excursión para ver mariposas en Normandía y que, pese a que le apetecía mucho volver a caminar por esos bosques, no se sentía con fuerzas. ¿Le gustaría a Stephanie ir en su lugar? Ella sospechó que se trataba de un regalo encubierto, y nada deseaba tanto como aceptarlo. No obstante dijo:

—Mí padre no anda muy bien de salud. La quimioterapia no ha funcionado. Ya sólo es cuestión de tiempo.

—Este grupo no partirá hasta julio—le explicó Arthur; estaban en febrero.

—Ah, en ese caso de acuerdo—respondió sin mirarlo a los ojos—. Me encantaría ir.

Advirtió, pese a la sonrisa distante y la voz remota de Arthur, que estaba preocupado por ella. Tal vez sentía que estaba supliendo a su padre, o incluso, inconscientemente, dándole algo a su madre (sólo eran suposiciones). Stephanie se daba cuenta de que él la consideraba vulnerable, demasiado débil. Le había dicho que no debía idealizar el mundo de las mariposas: «En muchos sentidos son criaturas como nosotros». Y a veces, cuando ella se dejaba llevar por el entusiasmo, él hacía sonar la alarma de la ciencia. De los hábitos menos atractivos de la mariposa dependía su supervivencia. Su belleza era tan preciosa como irrelevante. La mayor parte de sus breves vidas era una lucha. En muchas especies los machos patrullaban y luchaban implacablemente para defender sus territorios, a menudo tomando una posición de mando. Incluso podían atacar a los humanos, como bien sabía él. Y cuando eran larvas podían comerse a sus propios hermanos. Había un fascinante género de mariposas que cambiaba de herbívoro a carnívoro durante la noche.

—¿Has leído algo sobre la larva de la hormiguera de lunares?—le preguntó Arthur—. Atrae a las hormigas amarillas secretando un líquido dulce para que la transporten hasta su nido, donde la toman por su reina. La larva incluso les canta suavemente, pero les roba la ligamaza, y cuando ya es oruga se alimenta de sus larvas. Básicamente, estas mariposas se comen a las crías de hormiga. Más tarde la crisálida hiberna entre ellas bajo tierra, hasta que meses más tarde empieza a emerger la mariposa. Para entonces las hormigas están enfadadas. Pero cuando la atacan, la mariposa las rocía con un fluido pegajoso que cubre sus patas y antenas mientras se secan sus alas y logra salir volando. Es una historia horrible y al mismo tiempo asombrosa...

No tenía ningún sentido antropomorfizar a los insectos, dijo Arthur. Todas esas estrategias eran simplemente la manera en que estaba organizada la supervivencia de la especie. Incluso el apareamiento de las mariposas, a veces tan delicado, podía llegar a ser ferozmente competitivo y violento. La reproducción era el objetivo principal en la breve vida del macho. En muchos podían apreciarse las cicatrices en sus afilados penes tras tratar de acoplarse sin éxito. En algunas *Heliconius*, los machos se reunían alrededor de la crisálida de la hembra y la impregnaban incluso antes de que hubiera eclosionado, lo cual en ocasiones la mataba. En un pequeño número de especies el macho impedía a otros rivales la posesión de la hembra obstruyendo el poro genital con una monstruosa *sphragis* que llevaba hasta el final de su vida. Los rivales podían tratar de librarse del obstáculo con un órgano ingeniosamente desarrollado, parecido a una barrena, y también las hembras habían ido evolucionando hasta desarrollar genitales externos. El escritor ruso Nabokov, apasionado especialista de los lepidópteros, se figuró esos cinturones de castidad como algo casi bello, dada su forma de concha helicoidal o de diminuta lira. En cuanto al violento asedio de la crisálida, le explicó Arthur, significaba que la hembra exudaba aromas sexuales antes incluso de madurar sexualmente.

Cuando él, con singular paternalismo, dijo que el mundo podía llegar a ser un lugar muy cruel, Stephanie, a saber por qué, imaginó que se arrepentía de algo de su pasado y trataba de protegerla. Cuando aquella noche se despidieron, él le tocó el hombro más tímidamente que de costumbre, y casi se apartó cuando ella quiso darle un beso en la mejilla.

El padre de Stephanie ingresó en el hospital para morir. Ni ella ni Theresa habían sido capaces de levantarlo de la camilla instalada en el salón, pero como la morfina le ofuscaba la mente su enojo se mitigó. Por fin le tomó la mano a Stephanie, y ella apenas pudo reconocerlo. Tenía la piel de un color ceniciento como la masilla y la quimioterapia había convertido su

cabello en dispersos matojos de rizos rubios. Sus antiguas preocupaciones habían desaparecido, y se había olvidado de su negocio, cuya venta no había prosperado. Cada vez que se recobraba de su estado de delirio sus ojos recorrían atónitos el cuarto, como si buscara desesperadamente algún punto de referencia visual. A veces se fijaba en la foto de su mujer sobre la mesa junto a la camilla y durante un rato la observaba perplejo, hasta que se calmaba. Y a veces se le iluminaba la mirada al distinguir a Stephanie sentada a su lado. Cada vez que eso ocurría ella temía ver en el rostro de su padre una mueca de aversión, pero él se limitaba a asentir, tranquilizado.

Stephanie se turnaba con Louisa para cuidarlo. Al principio se esforzaba en sentir algo, lo que fuera, porque creía que le sería más fácil sentirse unida a aquel extraño de aspecto demacrado que al recuerdo de su padre. Sus dedos entre los de ella eran delgados como palillos. A Stephanie le horrorizó descubrir que deseaba que su padre se diera prisa en morir: quería marcharse a Normandía y encontrar mariposas. Louisa estaba más inquieta que ella, pero su inquietud era la de alguien que se había liberado de su padre mucho tiempo atrás. Incluso en el hospital, Louisa llevaba elegantes trajes de ejecutiva y recogía su rizada melena rubia con un pasador de bisutería. Stephanie, sentada en la silla junto a la cama, oyendo la irregular respiración de su padre, dejaba vagar su mente imaginando las posibilidades en un futuro distinto. Podría ir a la universidad y convertirse en una persona nueva.

Detrás de ella, en la silenciosa privacidad del pasillo, un hombre mayor se echó a llorar, derramando las lágrimas que ellas no habían logrado derramar.

Hacia el final, cuando Stephanie estaba sentada medio dormida junto a su padre, éste se despertó de golpe y murmuró:

—Has sido una hija maravillosa.

Ella contempló su irreconocible perfil lívido y pensó, furiosa: «¿Por qué me lo dices ahora? ¿Por qué ahora?».

Tras su muerte le preguntó a Louisa si su padre había tenido unas últimas palabras para ella, pero no las hubo. Pensó: «Entonces, ¿el favoritismo eran imaginaciones mías? (Eso dice Louisa). ¿Soy tan sensible e insegura? (Eso dice ella)». Según Louisa, era demasiado tarde para saber si su padre llegó a preocuparse por ellas.

—En realidad, él habría querido tener hijos, ¿sabes?

7 de julio. Saint-Aubin-sur-Mer. El mar está en calma, de un color azul metálico, y despide una ligera bruma. Los acantilados y las islas se dispersan hacia el norte. ¿Nos seguirán las gaviotas hasta Cherburgo? Todo está tan tranquilo que, bajo cubierta, podría pensarse que no nos movemos. Pero escribo esto cerca de proa, bajo el sol. No hay nadie aquí. Louisa dice que sólo las niñas llevan diarios. Pobre Louisa: me llevó en coche al muelle y al despedirse se echó a llorar, con su traje de ejecutiva, y también yo terminé llorando. ¿Qué nos pasa? Según ella, ahora estamos solas. Yo le dije que es mejor estar solas, que ya lo estábamos de todas formas. Nos secamos las lágrimas la una a la otra. Nuestra risa sonaba nerviosa.

Mi grupo se reúne en la terminal de llegada de Cherburgo. Estoy nerviosa. Somos nueve: un matrimonio de mediana edad de Yorkshire; dos robustas mujeres mayores; una mujer alta de unos treinta años algo distante; otro matrimonio, él, enorme, parece algo lisiado, y nuestro guía francés, un joven delicado que no para de moverse de un lado a otro, como una mariposa.

Nuestro microbús nos lleva durante una hora a través de un país que no conozco. Pueblos con tejados de tejas negras sobre paredes estucadas y ventanas cerradas. Huertos de manzanos y

campos de girasoles. Nuestro hotel está al borde de Saint-Aubin-sur-Mer, y mi balcón da a los acantilados. Me emociona el aislamiento: no conozco a nadie aquí, a nadie en varios kilómetros a la redonda. Mañana por fin estaré sola con las mariposas salvajes.

Cenamos comida normanda, pero no sé exactamente en qué consiste. El pescado tiene un sabor dulce. La vivaz mujer sentada delante de mí me pregunta: «Entonces, ¿tú quién eres?».

Por un momento deseo ser otra persona. Samantha, quizá (es la mujer alta), o la señora Gilbert (casada con el gigante) o la tal Fiona. Pero, por supuesto, respondo: «Soy Stephanie», y mi voz suena tan lúgubre e infantil que me desprecio a mí misma. El nombre también suena estúpido.

Pero la mujer asiente y sonrío de una manera protectora, y también los Gilbert sonrían, y se me ocurre que me siento más feliz con la gente mayor. Sin embargo, tengo la impresión de que no existo de la misma forma que los demás. Ellos parecen tan sólidos, tan cómodos. Tienen jardines e hijos mayores, dinero para pagar un vino local que no incluye el menú. Jean-Paul, nuestro guía, comparte su *demi-bouteille* conmigo. Habla a ráfagas, nerviosamente, con un inglés más melifluido que el nuestro. Sus inquietas manos parecen revolotear. Cuando me pregunta por mis padres y le respondo se retuerce de vergüenza, se deshace en disculpas, e incluso me toma la mano, «Ay, ¡pobre!».

Ahora es de noche. Desde mi balcón las olas llegan a la orilla casi en silencio. El cielo refulge de estrellas. Me hacen sentir frágil, porque la paz y el orden que proyectan es una ilusión. Lo he leído todo sobre ellas. Allí arriba se encuentra un cementerio de agujeros negros y galaxias muertas. Sin contar los millones de planetas que han salido de su campo gravitatorio, o como se llame, y vagan por el vacío. Aparentemente, el cielo está lleno de esos planetas, congelados y solitarios. No me sorprende, de hecho me recuerda a algo que vi bajo el microscopio (¿era un ojo de mariposa?): una masa de partículas errantes. Y el universo entero dispersándose hacia la nada tras el Big Bang. Todo diluyéndose en la oscuridad, como un espantoso error: la refutación definitiva de Dios. Tal vez los haces de luz que ahora caen sobre mí surgieron de estrellas que murieron hace mucho tiempo, aunque de todos modos me iluminan mientras escribo este diario. ¡Qué casualidad que esté viviendo justo en este momento y no en ningún otro de los habidos y por haber! Es imposible pensar en ello esta noche, me he quedado en blanco. Las paredes de este hotel son tan delgadas que oigo roncar el señor Gilbert, si no es la señora Gilbert.

Es hora de acostarse.

8 de julio. Los piedemontes de Les Monts d'Eraines están cubiertos de prados calcáreos. Junto a cultivos de colza marchita, la hierba está llena de malvas y amapolas. Hay tomillo salvaje, albahaca y verbena rosa. El paraíso de las mariposas. Nos dispersamos con nuestras cámaras y binoculares. Sólo Jean-Paul lleva un cazamariposas, que, según él, usa para capturar mariposas con el fin de que podamos inspeccionarlas momentáneamente antes de liberarlas. Ahora sólo las expediciones científicas conservan los especímenes.

Me estremezco de emoción. Diminutas polillas revolotean alrededor de nuestros pies. Un abejero europeo nos sobrevuela. De vez en cuando alguno de nosotros—normalmente Jean-Paul—avisa a los demás cuando descubre una especie: la medioluto norteña, la morena serrana, la lunares de plata. Todos nos reunimos alrededor de esas diminutas criaturas entre la hierba y los arbustos, un mundo que pasa desapercibido. La pareja de Yorkshire se dedica a identificar los cantos de los pájaros, y una de las mujeres mayores está fascinada con las flores salvajes que crecen en la tierra caliza y pone algunas entre las páginas de su libreta de notas. Las pocas

discusiones que surgen son sólo a propósito de la audibilidad de los saltamontes longicornios o la distancia máxima a la que se aventura el caballito del diablo patiblanco fuera de su hábitat ribereño. Aunque las mariposas son sordas, todo el mundo se mueve en silencio. Tal vez en la tercera edad las personas vuelvan a interesarse por las cosas pequeñas y salvajes que amaban de niños. Me pregunto si yo también lo haré.

Pero las mariposas nos obsesionan. Aparece una multitud de diminutas ícaros deslumbrantes que se posan mostrando las preciosas caras inferiores de sus alas. ¡Qué tranquilidad! Avanzamos expectantes a través de la hierba. Aquí hay especies desconocidas en Inglaterra. Soy la primera en avistar la rara mariposa mancha leonada y en observar el largo y vacilante aleteo de la colias de Berger.

A mediodía hacemos un pícnic en una ladera que da a unos campos cubiertos de niebla. Jean-Paul saca de su mochila fruta y quesos de la región. Yo me siento entre los dos matrimonios. El señor Gilbert, de cuya coronilla brotan mechones pelirrojos, se sienta de cuclillas como un cangrejo gigante junto a su mujer menuda y ensimismada. Nos ha comprado a todos unas botellas de sidra de Normandía. Los de Yorkshire (he olvidado su nombre) nos enseñan las fotos que han sacado con sus cámaras profesionales. Todo el mundo es indulgente conmigo, desde que avisté a la colias de Berger me tratan con un tierno respeto (aunque preferiría que no me llamasen «nuestra jovencita amiga»), como a una especie de mascota. En cuanto a Jean-Paul, sigue agasajándose con trozos de baguette y quesos variados: Camembert, Pont-L'Éveque... Me mira parpadeando constantemente. Quizá le doy lástima.

Sólo Samantha se sienta aparte, lejos del grupo, leyendo el periódico. Me da la impresión de que nos desprecia a todos. Es una mujer muy bella, con las cejas arqueadas. Da un poco de miedo. Cuando me levanto para servirme más sidra, se acerca, se pone a mi lado y me siento absurdamente halagada. Es bióloga. Me veo a mí misma balbuceando cosas sobre mariposas y plantas hospederas que nunca he visto.

Debo de haber sonado ingenuamente idealista, porque ella me recuerda que las plantas y las orugas están enfrentadas en una guerra interminable. Tal vez recurriese a ese tipo de imágenes gráficas en sus clases: las hojas de cada bosque blindadas con espinas protectoras y bordes aserrados. Me ha contado que algunas plantas atraen a las mariposas para que pongan los huevos en las hojas externas que luego dejan caer. Por las cavidades y las venas de lo que parece un follaje inocente fluye veneno protector, y a veces la planta envía jugos repugnantes a la parte de la hoja que la oruga está masticando. Samantha me lo cuenta con una voz distanciada y jovial, sonriendo levemente. Sus labios me recuerdan a los de Sally.

Es la única científica de todos nosotros, creo yo, y no estoy muy segura de por qué está aquí. Quizá para complementar algún estudio especializado. No he tenido tiempo de preguntárselo. Recogemos el pícnic y nos ponemos en marcha. Me doy cuenta de que a nadie como ella o mi primo los invitarían a un viaje tan amateur. Es simplemente la astuta manera de Arthur de darme unas vacaciones.

Estoy sentada en el salón del hotel después de cenar y alguien me llama. Es Jean-Paul. Se sienta a mi lado con una mirada tan dulce e interrogativa que no puedo evitar preguntarle si le ha pasado algo.

Entonces me explica que su padre agoniza, demasiado joven, como el mío. ¿Soy cristiana? «Cómo es posible tener fe...». Pero su madre es devota y él tiene que confortarla. La entretiene contándole cosas sobre las mariposas: que la gente, desde la antigua Grecia hasta Japón,

imaginaba que las mariposas representaban los espíritus de los muertos; que existía una antigua ley irlandesa que prohibía matar mariposas blancas porque encarnaban el alma de los niños. A veces se echa a reír, burlándose de sí mismo. Sabe un montón de cosas curiosas y de historias. Me ha acariciado la mano varias veces y, tal vez porque he bebido demasiado calvados, no lo he rechazado. Es tan ingenioso y divertido que parece un elfo. Antes de volver a mi cuarto me ha dicho que las mariposas nos hacen soñar por la noche. Pero yo preferiría saber qué es lo que nos hace soñar de día. Qué tontería.

9 de julio. Esta mañana llovizna. Llegamos al bosque de Cerisy. Pasamos por grandes avenidas bordeadas de hayas. Cuando deja de llover, encontramos perlas violetas, olmeras (extintas en Gran Bretaña), varios hespéridos. Pero Jean-Paul no está satisfecho, y seguimos hasta un lugar que no encuentro en el mapa. Llegamos a un prado cuyas hierbas nos llegan a la cintura lleno de amapolas y margaritas. Vemos por primera vez una fronteriza.

Dos niños pequeños salen del bosque y se quedan mirándonos absortos. Pienso en lo extravagantes que debemos de parecerles mientras exploramos los márgenes del prado vestidos con nuestros impermeables y pesadas botas, sujetando trípodes y bastones. Yo también, con mis pantalones bombachos y sombrero de ala ancha, con una mochila llena de crema solar y cosas inútiles. Alguien grita: «¡Una querquera serrana!» y los niños nos siguen boquiabiertos mientras corremos con cámaras y binoculares hasta una hoja de roble donde se posa un pequeño insecto marrón. Incluso yo siento que a veces parecemos ridículos. Mariposas conocidas pasan aleteando a nuestro lado (pavos reales y almirantes rojos) y las ignoramos a causa de esa criaturita marrón. Se trata de encontrar rarezas, evidentemente, la manía del coleccionista. Yo también me siento así: en mi mente tacho de la lista a la querquera serrana, que tal vez nunca vuelva a parecerme tan excitante como hoy.

Pero de momento la criatura posa ante nuestras cámaras, hasta que sólo quedamos Samantha y yo. Trato de enfocarla torpemente con mi Leica, cuando de repente ella saca una lupa y la pone delante de mis ojos. El insecto se transforma. Ahora las ampliadas alas marrones están impregnadas de un color naranja pálido, salpicadas de manchas color albaricoque y con flecos blancos como una alfombra. La cabeza y el tórax están cubiertos de un vello azul. Ante nosotras, hay dos extraños ojos de marfil pulido que se extienden hacia atrás de la cabeza. Parece estar evaluándome.

—¿Sabe que estamos aquí?—pregunto.

—Por supuesto, pero todavía no quiere salir volando: está absorbiendo néctar. —Finalmente, levanta el vuelo—. No son estúpidas, tienen buena memoria. Incluso hay evidencias de que las mariposas recuerdan lo que aprendieron siendo orugas.

—Pensaba que en la crisálida se transformaban en desechos.

—Al parecer alguna parte sobrevive.

—Por lo tanto es posible que la memoria—empiezo a decir (¿por qué balbuceo en su presencia?)—no se halle en el hipo..., como se llame, sino que fluya por todas partes.

Ella se ríe y no contesta. Cuando me mira tengo la misma sensación que cuando observo a la mariposa. Me pregunto por qué no me había dado cuenta antes. El ancha ala del sombrero proyecta una sombra sobre sus ojos negros y rasgados, muy bonitos, a su manera, aunque un poco temibles. Le suelto que se parece a la querquera serrana.

Ella contesta:

—Y tú eres la colias de los pantanos.

Entonces me gustó (es la más bonita de las mariposas amarillas), aunque ahora me pregunto a qué se refería.

Escribo cada vez más tonterías en este diario.

Esta noche Jean-Paul me ha dicho que unos cuantos de nosotros íbamos a ir a Arromanches, a doce kilómetros al oeste. Pero cuando me he subido al microbús, sólo estábamos él y yo. Ha hablado durante todo el trayecto, apartando demasiadas veces los ojos de la carretera para mirarme. Ha hecho bromas y se ha mostrado exultante. Me ha preguntado si conozco los sonidos y los olores de las mariposas, la forma que tiene la crisálida de chillar y rechinar cuando se encuentra en peligro, cómo canta la oruga... La pavo real sisea como una serpiente. Y es cierto, emite perfumes sexuales: olor de almizcle, de verbena, de vainilla, de Gauloises resecos... Sus manos danzaban sobre el volante. Su padre se está muriendo. En una residencia de ancianos en Cherburgo, con gente el doble de mayor que él. Su abuelo fue herido durante la batalla de Normandía, en el lugar adonde nos dirigíamos. Sus ojos centelleantes me miraban, expectantes, y se apartaban luego. Su risa sonaba un poco maníaca. Pero sé que es tierno y frágil. He intentado sonreír. Su voz tenía un tono implorante.

Hemos caminado a lo largo de la playa de Arromanches. En el horizonte los vestigios de un puerto de la guerra remolcado desde Inglaterra a través del Canal parecían un tren truncado colgando del cielo. La arena bajo nuestros pies era dura, lamida por las olas que retrocedían. Me he metido las manos en los bolsillos para que a Jean-Paul no se le ocurriera cogerme una. Hablaba cada vez más despacio. Siempre que la conversación estaba a punto de apagarse murmuraba, «*Alors*», la única palabra francesa que usa conmigo. «*Alors* regresas a Inglaterra el martes. *Alors*... Creo que la marea está subiendo...». *Alors* es como un puente de pequeña esperanza tendido sobre nuestro silencio. Significa: todavía no hemos acabado.

Me ha preguntado sobre mi vida y mi futuro, y el hecho de que sea huérfana le ha vuelto a dar lástima. Se le estaban humedeciendo los ojos y le he dicho que yo odiaba a mi padre.

Unas luces se han encendido en una explanada por encima de nosotros. Monumentos de guerra, y restos de baterías antiaéreas y jeeps se entremezclaban con creperías, heladerías, y un carrusel en el que los niños montaban en caballos y jirafas coloreados.

Jean-Paul ha deslizado su brazo alrededor del mío y hemos caminado así, como enamorados sobre la arena. Gaviotas con la cabeza de color negro marchaban delante de nosotros. Cuando he intentado soltar mi brazo, me ha tomado de la mano. Entonces he empezado a hartarme. ¿No se daba cuenta? Mis dedos permanecían helados entre los suyos. Los pozos de cimentación de hierro del puente destruido yacían varados a lo largo de la línea de la marea, cubiertos de algas. Un cartel rezaba: ACCÈS INTERDIT. DANGER [‘Acceso prohibido. Peligro’]. Ojalá llevara yo un cartel parecido. Había unos cuantos niños jugando al escondite en su interior. Y Jean-Paul ha empezado a hablar por los codos de nuevo. Me ha dicho que tengo que empezar una nueva vida, me ha preguntado si pensaba ir a la universidad, que eso está bien, que él mismo fue a Dijon, que estudió literatura, que ama la literatura. *Alors*...

Pobre Jean-Paul, no hay nada que hacer. Regresemos, porque no funciona: ni la lástima, ni las mariposas. Me he oído a mí misma diciendo que tengo un novio en Inglaterra. Su mano ha empezado a sudar. Te has acobardado, Stephanie. ¿Por qué no le has dicho simplemente que no estás interesada? Pero no ha sido eso lo que he hecho, sino que, sin decir palabra, me he vuelto gélida. Y he empezado a despreciarlo. Hacía que me odiase a mí misma.

«Regresemos».

10 de julio. Ayer por la noche soñé con mi madre: estaba de pie, mirando el jardín por la ventana. Yo la saludaba con la mano (tenía la estatura de una niña), pero ella miraba por encima de mí hacia el huerto o más allá, y tenía la mirada turbia, como si estuviera vacía y sólo fuera un espejo. Incluso veía mi figura en ellos, muy pequeña y translúcida. Yo sólo era un reflejo en los ojos de mi madre. Entonces oía la voz de mi padre, fuerte y ronca: «No la molestes».

El tiempo ha cambiado hoy. Las olas azotan la orilla gris. Las gaviotas vuelan tierra adentro. Nos dirigimos a los extensos caminos de los bosques alrededor de Lessay. El aire es denso, no brilla el sol. Los pinos crecen fuera de la turbera y del pantano de Saint-Germain-sur-Ay. Niñas hocecillas revolotean por encima de los brezales, otras vuelan a ras de suelo.

Nuestro grupo se está separando. Las dos mujeres mayores la han tomado con el señor Gilbert, cuya enorme cabeza pelirroja impide ver a las mariposas cuando se lanza a fotografiarlas. Una de ellas ha ofendido a Jean-Paul al poner en duda lo que él clasificaba como una piquito castaña, y los de Yorkshire, por alguna razón, han dejado de hablarse.

Yo persigo a una hormiguera de turbera entre los pinos, pero el pantanoso suelo del bosque está lleno de montículos y hoyos ocultos, y tengo que volver. Un débil sol empieza a brillar. Durante un rato Samantha camina a mi lado. El camino brilla con agua salobre, y hay orquídeas que no existen en Gran Bretaña.

De repente, Samantha pregunta:

—¿Por qué estás tan enfadada, Stephanie?

¿Qué dice?

—No estoy enfadada. —¿Se refiere a ahora o habla en general?—. A veces pienso que el mundo está enfadado conmigo. —Qué cosas digo—. No, no estoy enfadada en absoluto. —No lo sé. No.

Caminamos en silencio. De pronto me siento perpleja, sorprendida. Supongo que normalmente transmito una imagen reservada o tímida. Samantha ralentiza sus pasos para andar a mi ritmo. No sé qué decirle. Entonces, de pronto, ella señala un punto en el camino:

—Creo que es una tornasolada. —Vuela alto entre los árboles, como un pájaro. Es la primera vez que veo una—. Se ha posado. —Miro hacia arriba pero la he perdido—. Allí...

Miro al lugar que señala. La mariposa se ha posado en una rama de roble con las alas desplegadas. Veo un brillo púrpura oscuro. La encuentro con mis binoculares y miramos juntas hacia arriba.

—Se está moviendo..., qué maravilla..., no, se queda...

El placer que sentimos las dos crea una inesperada intimidad entre ambas, como con el primo Arthur. Pero, por supuesto, no es Arthur. No hay debilidad en ella, parece muy ágil y fuerte.

—¿Cómo voy a estar enfadada si existen cosas así en el mundo?—digo infantilmente.

—Incluso un gran naturalista, Henry Walter Bates—contesta ella—, escribió que la contemplación de la naturaleza no basta para colmar el corazón humano.

—¿Pero si tú eres bióloga!

—Nosotros, los biólogos, también somos humanos—responde riendo—. Al menos algunos.

Los demás nos han alcanzado, y les indicamos la ubicación de la tornasolada en las copas de los árboles. Pero esa sensación de intimidad entre ambas se ha desvanecido, como si la mariposa

hubiera perdido algo de su magia al ser compartida. Samantha se aleja caminando.

A la hora de la cena todos nos reconciliamos. El señor Gilbert vuelve a invitarnos a sidra; dice que no hay vinos normandos buenos. Los de Yorkshire vuelven a hablar entre ellos gracias a la tornasolada, y se deleitan con las fotografías que han tomado. En comparación con los tubos de extensión y teleobjetivos de sus Nikon, mi cámara parece de juguete. Sin embargo, los primeros planos de sus fotografías me parecen indiscretos: capturan a la mariposa desprevenida a más de treinta metros de altura, con las alas extendidas en su intimidad.

Sólo nos queda un día. Me pregunto si veré a un papiliónido o a una vanesa de los cardos. La señora Gilbert desearía divisar un halcón peregrino.

Nos vamos a dormir en un ambiente más cordial que de costumbre. En el pasillo, junto a mi cuarto, Samantha me da las buenas noches. Entonces, atrayéndome delicadamente hacia ella, me besa en los labios.

Nada de lo que escribo permite entender lo que ha ocurrido. No creo que consiga dormir. Parece tan natural, como si éstos fueran los labios que siempre he deseado besar.

11 de julio. A bordo del ferri bretón *Barfleur*. Nunca sabré adónde hemos ido hoy. No se encuentra en ningún mapa concebible. A medida que nuestro grupo se dispersa entre las hayas, sale el sol y una nube de mariposas sobrevuela los helechos. El aire se llena del nervioso trino de las currucas capirotadas, mientras un gavilán patrulla en las alturas.

Samantha y yo cogemos un camino más elevado que los demás, entre plateados abedules y avellanos. Ella me habla de los mitos mexicanos acerca de las mariposas: no los cuentos de hadas de Jean-Paul, sino cosas más extrañas. Para los aztecas, me cuenta, las almas de los caídos regresaban encarnadas en mariposas y, a cambio de la resurrección, la diosa del amor dormía con jóvenes guerreros en el campo de batalla, en forma de mariposa entre sus labios. Según ella, las mariposas son más versátiles que los humanos, y su autonomía es un prodigio. Hay mariposas que nacen mitad macho mitad hembra, con un ala diferente en cada lado. Incluso hay hembras que nunca se aparean, pero ponen huevos, sin fertilizar, que incuban otras hembras.

Me cuenta esos milagros de forma amena, ya no habla como una profesora. Sé que me está cortejando, de un modo confuso. Caminamos a través de hierba que nos llega a las rodillas, retama floreciente y brotes de camedrio rosa. Yo dejo que me coja de la mano. En un claro aislado brillan los asfódelos, la flor del inframundo. Ella coloca un abrigo impermeable sobre el mullido suelo de trébol y rapónchigo malva. Yo pensaba que esto sólo ocurría en los cuentos de hadas o en las leyendas aztecas. Sus besos liberan algo que llevaba muchísimo tiempo aguardando en lo más profundo de mi ser. Mis labios se derraman en los suyos con mutuo ardor. Mientras me quita la ropa, me sorprende a mí misma desnudándola. Sus ojos me miran con apasionada ternura. Tomo sus preciosos hombros entre mis manos. Sólo puedo repetir su nombre. Sus labios lo entienden todo: se posan en mis pechos, en mis muslos. Y también las yemas de sus dedos. Su cabello oscuro cae suelto sobre mi cuerpo, como si quisiera ocultar el hechizo que está practicando. Cuando acabamos, bromea relacionando las partes de mi cuerpo con las de la mariposa. Y surgiendo entre los asfódelos, las criaturillas del claro—sortijitas y lobs—se posan sobre nuestros cuerpos entrelazados, sobre su espalda, mis pechos, sorbiendo nuestro sudor y moteando nuestra piel como hojas caídas.

No sé qué has hecho, Samantha, pero pase lo que pase habré comprendido—sí, me parece una especie de comprensión—esta consumación de mi carne que me invita a liberarme de mi infancia

y hasta a convertirme en mujer.

En la oscuridad pensó que no muy lejos se estaba produciendo un terremoto. Junto a su cabeza la pared vibraba y zumbaba. Se incorporó de la cama, temblando. Un hedor acre invadía la habitación. Una botella de enjuague bucal tintineaba en una estantería del cuarto de baño, y todas las ventanas repiqueteaban. A la luz de una bujía que dejaba prendida por la noche (vestigio sentimental de una época pasada) vio que aparentemente nada a su alrededor había cambiado. Entonces notó los temblores de una explosión más abajo, como si se hubiera partido una viga enorme, y un segundo después oyó caer un vaso en la cocina y romperse contra el suelo.

Cuando llegó a trompicones al salón vio que el lori se había caído sobre el serrín de la jaula. El agitado aleteo se había reducido a un tenue murmullo y su «Hola, qué tal» ya no era más que un ronco rumor.

Al principio el humo no parecía espeso. Sólo cuando abrió la puerta que daba al rellano comprendió lo que estaba pasando. Entonces le golpeó una ola de un calor bajo el cual sintió que se derretía y el humo se coló en su casa y apagó la bujía. Creyó oír algo caer en el pasillo, pero era incapaz de volver a la puerta para cerrarla. A sus pies el profundo rugido del infierno se mezclaba con los crujidos que parecían disparos de rifle, y a través del humo vio un intenso resplandor naranja iluminar el umbral de la puerta.

Buscó desesperadamente una chaqueta, una manta o cualquier cosa. Volvió a encender la bujía y cuando llegó al salón el aire se había oscurecido; buscó con la mirada cualquier cosa que pudiera salvar, sin darse cuenta de que eso ya era inútil: los expedientes apilados de sus alumnos de biología, las fotografías en sus marcos de carey (la familia sonriente de Louisa; Samantha, tan valiente y demacrada en su último año). Buscó la manta ignífuga en la cocina, y por un momento la colocó ante su cuerpo como si fuera un delantal, pero luego la tiró al suelo. Cuando abrió la ventana, el humo escapó por ella (sentía las llamas a su espalda); sacó al lori de la jaula y lo lanzó al exterior entre graznidos.

Una vez lo hubo liberado se apoderó de ella una calma absoluta. Por un momento, le impresionó lo que había hecho. Quizá se debía a la falta de oxígeno, pensó, o quizá lo irreal de la situación se debía a que se trataba realmente de una pesadilla. ¿Estaba soñando? Asomó la cabeza por la ventana y miró hacia abajo, donde sólo vio humo. Sabía que su piso estaba a veinte metros del suelo y que la caída sería mortal. Los gases y el calor se estaban acumulando detrás de ella, pero seguía pensando con una lucidez sobrenatural, como si la conciencia se hubiera separado de su cuerpo. Cuando se subió al alféizar de la ventana no se le ocurrió nada por lo que mereciera la pena seguir viviendo. Se imaginó que pisaba una nube sólida. No se parecería en nada a morir.

Extendió los brazos.

5

EL FOTÓGRAFO

No es posible acceder a las habitaciones del sótano. Esos pisos suelen estar prácticamente escondidos. Ni siquiera el propietario recuerda su distribución exacta. El inquilino ha cambiado las cerraduras y no abre la puerta, pese a que la podredumbre o las humedades que salen de allí pueden deteriorar todo el edificio, y a veces el hedor a moho que asciende desde la oscuridad del subsuelo hacia los pisos superiores termina invadiendo toda la casa.

En ocasiones la música del inquilino llegaba hasta la planta baja reducida a los apagados golpes de una batería. Al escuchar esos sonidos bajo los efectos del cannabis, cada una de las notas se transformaba en una hipnótica sucesión de instrumentos y acordes disociados. Cuando la música de su viejo reproductor de CD se detuvo (interrumpida por el corte de luz), el inquilino siguió oyendo el ruido del mar. Colocado tras haberse fumado cinco porros y bebido una botella de vodka mezclada con Coca-Cola light, los vaivenes de las olas se transformaron en una cautivadora constelación de infinitas gotas de agua dispersas, de manera que permaneció tumbado en la oscuridad, escuchando, durante lo que le parecieron horas.

Si dejaba de fumar hierba durante unos días una incipiente ansiedad empezaba a manifestarse: el miedo a una especie de pérdida visceral en la que todo su cuerpo parecía separarse de él. Pero tras cuatro o cinco porros eso dejaba de importar. Como tampoco importaba el humo que penetraba en sus fosas nasales desde otro cuarto. El vodka disociaba la cabeza del cuerpo, y empezó a alucinar (imágenes cuyo origen él no habría podido rastrear) desbocadamente, medio soñando.

Pero hacia la media noche reapareció el miedo a una pérdida indescriptible. Steve soñaba que le abrían la cabeza y que con unos fórceps le extraían los recuerdos, uno a uno, hasta que vio su propio cuerpo, vaciado y suspendido en el aire, como a través de una puerta, girándose para devolverle la mirada. Lo que ese sueño representaba podría haberlo atribuido al efecto de los cannabinoides, pero nunca llegó a despertarse para explicarlo. Cuando las llamas se propagaron por el salón, engulleron un montón de muebles inflamables, viejos y ahora ilegales. Ese material letal (el propietario nunca lo había reemplazado) había permanecido en la penumbra desde hacía años, esperando su momento.

El humo ahora era más denso que el de los porros que habían embotado su cabeza. Poco después, la ansiedad reavivó recuerdos tan difusos y enrevesados que su sentido se le habría escapado por completo en caso de haber despertado. En su mente flotaban imágenes de la tierna infancia: un amor olvidado, más intenso que cualquiera de los que llegó a experimentar de adulto.

Cuando él la volvió a ver, la reconoció por sus ojos: era Cleo, la cuidadora de su madre. Ella le había informado de su muerte. Al principio pensó que la anciana estaba durmiendo, porque había muerto sentada en la silla, con la espalda erguida, mientras el brazo del tocadiscos oscilaba en silencio sobre un disco en el que había estado sonando *How Beautifully Blue the Sky* de Elizabeth Harwood.

Pero Steve sabía que su madre no podía estar realmente muerta: estaba en alguna parte, cerca de él, escuchando. No estaba muerta en absoluto. Estaba sentada en su huerto, bajo los perales, o de pie detrás de él. ¿Por qué entonces seguía sintiendo ese terror al desmembramiento? ¡Qué débil se sentía sin ella! Ya ni siquiera podía oír sus reproches: las repentinas recriminaciones, sus enfados como una especie de oscuro contralto. Como había cantado durante dos temporadas en la renovada Carl Rosa Opera, su voz nunca dejaría de sonarle indeleblemente preciosa y airada. Cálmate, Steve, deja de soñar, eres como tu padre... Ahora se había ido, pero él seguía allí. Así que ella también debía estar allí. La voz grave de ella, al fin y al cabo, era la suya, el soliloquio en su interior, la voz que trataba de que mantuviera los pies en el suelo.

El médium de la sesión espiritista es delgado y lleva una barba entrecana. Su palidez puede deberse al esfuerzo de acceder a otros mundos. Sus ojos son de un azul grisáceo. Se sienta delante de sus clientes sin preámbulos. Steve se sienta atrás, nervioso. Oye cómo el médium hojea unos papeles antes de ponerse de pie y decir formalmente:

—Amigos míos, toda vida sobrevive a la muerte. Sobrevivimos con todas nuestras facultades intactas: nuestra personalidad, nuestra inteligencia, nuestra memoria. No se desanimen. Todos formamos parte de la Inteligencia Infinita. Si no pueden reconocer lo que verán a continuación, sólo puedo decirles que lo lamento. No puedo dar garantías, yo sólo les transmito lo que veo y oigo...

Qué extraño. El cuarto de techos altos lo ocupan cristianos, personas que creen en un merecido cielo. Como él, ellos quieren hablar con los muertos, pero sus muertos se hallan en una especie de paraíso comunitario, mientras que su madre se encuentra en el huerto de perales, y trata de hablarle. «Cuando yo falte—le había dicho—, ¿seguirás oyendo mi voz?». Probablemente todas estas personas acuden a sesiones de este tipo cada semana. Steve sabe que ella lo despreciaría por estar aquí. Su madre está cerca, tan cerca, pero al mismo tiempo no está, no está en absoluto. Ya han pasado dos meses, y nada. Aún oye su voz, resuena en su mente, pero débilmente, demasiado distante. Ahora incluso le produciría alivio oír a su madre enfadada.

El médium deja de hablar, tiene los ojos cerrados. Se hace un silencio. De repente, señala a una mujer sentada enfrente y dice:

—Tengo a alguien relacionado con usted, quiere acercarse y hablarle. Creo que es su marido...

La mujer se inclina hacia delante. Es mayor y sujeta un par de guantes.

—Sí..., sí...

—Su marido es un hombre robusto... Puedo ver que... le gustaba el campo...

—Sí... sí...

El médium continúa describiendo el aspecto físico de su marido, sus aficiones, mientras la mujer se balancea un poco y asiente. A veces el médium pregunta: «¿Le cuadra?» y ella sigue asintiendo levemente; a veces suspira antes de responder «Sí», y otras calla.

Volviendo a cerrar los ojos, el médium prosigue:

—Noto fluir mi mente... Hacia otra presencia del mundo de los espíritus... Es una mujer muy fuerte...—Al abrir los ojos mira directamente a Steve—. ¿Es su madre?

—¡Sí!—responde Steve mirándolo a los ojos. Un aire frío que viene del estómago le llena la boca.

—Oigo una voz que canta...—Las palabras del médium se han vuelto ligeras y asombrosas—. Es la voz de una mujer cantando. ¿Le cuadra?

—¡Sí!

—Tiene una voz preciosa.

—Sí.

De repente, el agua estancada y acumulada a lo largo de su vida se desborda, y la inundación lo alivia como nunca. Desea tanto abrazarla, aunque al final ella le dé la espalda.

—Su madre le da muchos ánimos. Atraviesa usted momentos difíciles. Quiere que sepa que ella le está cogiendo de la mano. Que no tiene nada que temer...

Steve mira sus manos, pegadas al pecho, y las extiende para recibirla. Sollozando, nota que algo le roza la mano, está seguro, como una brisa o un ala, y cierra el puño. Su madre está allí. Intenta hablarle, pero, entregado al liberador llanto, se atraganta y vuelve a sentarse. Es consciente de que los otros lo están mirando, intrigados pero amables, no tan sorprendidos como él. Finalmente pronuncia un escueto «Sí...», y el médium prosigue:

—Está cantando canciones populares, nanas que le cantaba de niño...

Asiente con la cabeza, suspira, «Sí», porque quiere creer, está atrapado en las verdades que surgen de la visión del médium, que puede recrear cualquier cosa. Quizá sea cierto que su madre le cantaba nanas, aunque no lo sabe. Tal vez en otro tiempo fuera más cariñosa de lo que él recordaba.

—Sí...

—Quiere darle un abrazo. —Steve se pregunta quién es esa mujer. ¿Será otra? ¿Se estará dirigiendo a alguien más en la habitación?—. ¿Eso le cuadra?

No puede contestar.

Le invade la desolación. Su madre se aleja de él, convertida en otra persona. Ella nunca había querido darle un abrazo.

—Le está sonriendo. Creo que recuerda cuando lo llevaba en coche a la escuela.

—¡No, no, no!—interrumpe negando con la cabeza. Su madre nunca lo había llevado en coche a la escuela.

—La que está hablando es ella, no yo, y dice: «Sigue con tu vida, sal adelante. Estoy contigo, no lamente ese cambio al que llaman muerte...».

Sin embargo, lo ha invadido una fría tristeza. Ya no mira a los ojos del médium, ni le responde. No oye la voz de su madre en las palabras de ese hombre. No hablaba ni sentía de ese modo. La ha perdido: nunca ha estado allí.

El médium ha vuelto a cerrar los ojos, y elige a otro. Exhausto, Steve oye todo lo que dice a continuación con indiferencia. Algunos pacientes asienten, suspiran y responden efusivamente a la pregunta «¿Le cuadra?». Otros no dicen nada o niegan con la cabeza. El médium parece estar inmerso en una especie de trance íntimo. A veces sonríe. Sus ojos son fríos y la mirada inocente. La barba señorial le da la apariencia anticuada de alguien que viene del pasado.

Cuando Steve sale del edificio, tiene la sensación de que sus pisadas no emiten ruido, como tampoco el tráfico a lo lejos. Siente un vacío completo y espantoso en la cabeza, como si avanzara hacia la nada. Apenas queda nada de él.

La neurosis principal de la fotografía, le dijo su padre (antes de largarse a Canadá), era detener el tiempo en seco. Durante meses, en las visitas semanales a su madre, Steve había querido llevar consigo su cámara y fotografiarla tal como la recordaría. Quería crear un baluarte frente a las distorsiones de la evocación. Se estaba anticipando al luto. La fotografiaba aleatoriamente bajo los árboles del huerto iluminados por el sol, pero como ella sospechaba que su hijo quería conmemorarla en vida, apartaba la mirada. De manera que Steve fingía que estaba ajustando la cámara (a fin de cuentas, la fotografía era su profesión) hasta que finalmente había logrado capturar la expresión crispada, y una rara y fugaz sonrisa en su demacrado rostro. Incluso pocos días antes de su muerte ella se había exasperado. ¿Por qué no podía tener una profesión decente como Richard? Su hermano mayor se había reconciliado con el mundo, pero Steve tenía veintitrés años y todavía soñaba como un adolescente. La fotografía no tenía futuro, hasta su hermano estaba preocupado.

—¿A Richard le preocupo? ¿A santo de qué?

—Dice que eres demasiado solitario, cree que te estás echando a perder. Y eso vale para la fotografía. Dice que haces posar a las modelos como si fueran diosas—añadió con voz un poco jadeante—. Nunca idealices a las mujeres, Steve.

No lo hago, pensó, no lo hago. La ayudó a entrar en la casa y a sentarse en un sillón. Luego le preparó un té de limón. Su madre odiaba depender de los demás, pero ya no podía caminar sin ayuda. Empezó a hablar de la infancia de Steve, como si hubiera algo que ella todavía no hubiera conseguido comprender, alguna aflicción inadvertida entre aquellos tiempos y el presente. ¿Seguía teniendo miedo a perderse como de niño?, le preguntó, ¿o seguía teniendo esa recurrente pesadilla donde lo despedazaban y aun así continuaba viviendo? Ella hablaba en un tono enojado sobre estas cosas, como si él debiera haberlas evitado. ¿Por qué fuiste un niño tan atormentado? Entretanto, la cuidadora (una joven negra) estaba haciendo la cama que él y Richard habían colocado abajo y comprobando el dispensador de pastillas. Steve se preguntó si los estaría escuchando.

Cuando él se dispuso a marcharse, su madre se levantó con esfuerzo de la silla para decirle adiós, y cuando abrió la puerta trató de seguirlo, pero se detuvo, aferrándose al respaldo del sillón. Al respirar agitadamente emitía silbidos.

—Estoy bien—le dijo mientras Steve la acomodaba de nuevo en el sillón con ayuda de la cuidadora—. Estoy perfectamente bien—repitió malhumorada.

Pero cuando Steve abrió finalmente la puerta de la calle le pareció que se asomaba al vacío. Se adentraba en la niebla: todo lo que daba consistencia o sentido a su vida quedaba atrás, con la figura de su madre, todavía sólida, aunque por poco tiempo. Entonces sintió la fría y dura superficie de la cámara contra su pecho. Era como un hilo de esperanza, y por un momento tuvo la sensación de que contenía físicamente a su madre, como si la hubiera absorbido viva, y de que había conseguido salvarse a sí mismo.

Antes de que la puerta se cerrara detrás de él, apareció la cuidadora.

—Estás preocupado, ¿verdad?

Él la miró. Tal vez se debiera a su debilidad, como pensó más tarde, o a alguna imaginación

suya, pero le pareció que lo miraba de un modo familiar: tenía unos ojos rasgados de color avellana claro.

—Si estás preocupado vivo cerca de aquí—le aclaró señalando unas calles más allá—. Llámame si quieres.

Había escrito su número de móvil en un trozo de papel. Cuando Steve lo cogió notó que le temblaban los dedos, y se fijó en los de ella, delgados y con las unas uñas limadas. Tenía unas manos preciosas.

Steve empezó a dar largos paseos por la costa cerca de la ciudad: no los acantilados más espectaculares al este, sino los lugares más cerrados y sombríos. Aquellas playas inhóspitas le parecían originarias: bajos acantilados de caliza y pedernal oscuro ribeteados por la espumosa línea del mar. A menudo, incluso en verano, estaban desiertas. No había edificios, ni arbustos, ni sonido que no fuera el del agua. En cuanto puso un pie sobre los guijarros grisáceos, la soledad lo reconcilió. Durante horas fotografió las olas rompiendo en la pedregosa orilla y retirándose en riachuelos de espuma que se disolvía. A menudo esperaba casi toda la mañana a que la luz del sol fuera la idónea para fotografiar. Sin embargo, como la cámara no siempre lograba capturar las cosas que a él le llamaban la atención, seguía yendo cada día. Mientras caminaba, la marea baja exponía melancólicos residuos: juguetes de plástico, zapatillas viejas, esquirlas de cristal azul turquesa pulidas como guijarros, plumas de gaviota, huesos.

Fue allí adonde llevó a la cuidadora de su madre, Cleo, en una solitaria caminata desde su casa. Aquella tarde de marzo el cielo se encapotó y un mar frío azotaba la orilla. Pero ella parecía disfrutar del fuerte viento. A Steve le encantaban sus largas zancadas atléticas sobre las piedras, y apreciaba su don para encontrar conchas y guijarros con marcas curiosas que luego le enseñaba. Tras su inicial desconcierto cuando él la llamó («Quieres decir... ¿Y eso?... Bueno, vale...»), luego pareció relajarse y confiar un poco más en él. A Cleo no parecía importarle que las olas le mojaran los tobillos ni que el viento le removiera el cabello, recogido en una coleta baja, pegada a la nuca, que realzaba sus marcados pómulos. Las olas caían en cascada sobre las abandonadas gradas y los espigones cercanos con una fuerza que en otro momento le hubiera encantado fotografiar, pero estaba escuchando a Cleo, el suave eco de su voz.

Le contó que sólo había cuidado de su madre unos pocos días, sustituyendo a las cuidadoras habituales, pero le había admirado su desafiante negativa a descansar, y se había fijado en su voz todavía profunda y vigorosa. También se había fijado en cómo había fruncido el ceño cuando otra cuidadora le dio unas palmaditas en las manos y se dirigió a ella con un «nosotras».

Más tarde él se preguntaría en qué momento exacto empezó a enamorarse de Cleo. Quizá fue cuando ella recogió una muñeca de plástico de la orilla del mar y la miró con una mezcla de asco por lo pringosa que estaba (coqueta, de ojos azules, parpadeaba) y de compasión por la criatura que la había perdido.

Cuando volvieron al piso de Steve—Richard no estaba—la emoción que le provocaba la presencia de Cleo se contagió a todo lo que tocaba: incluso a los DVD que revisó con la mirada o al paisaje que se veía a través de la ventana—una porción de mar plateado—, que contempló complacida. El color de su piel intensificaba y enriquecía su milagrosa presencia: nunca había conocido a una mujer negra, y esta conciencia intensificaba todo lo que ella hacía, y la envolvía de misterio. La manera de sentarse en el sofá con las largas piernas cruzadas y de arreglarse el pelo con las manos le pareció a un tiempo familiar y exótica. Steve consideraba que algunas de las

cualidades de Cleo eran únicas: su fluida forma de hablar, encadenando suavemente las sílabas; las manos insólitamente estilizadas y bonitas (no había manos blancas como aquéllas), y los ojos felinos, en cuyas comisuras aparecían unas finas arrugas cuando sonreía cuyo suave color avellana le infundía una paz indefinible.

Steve le sirvió un copa de vino que ella apenas probó, pero él engulló la suya para calmar los nervios. Intentó preguntarle sutilmente por qué había acabado sola en una ciudad costera de blancos, pero sólo pudo balbucear algunas palabras, y ella se rio.

—¡Ah, hay unos pocos más! En las discotecas ser negro mola, aunque yo no voy mucho.

Y no, no era caribeña, aunque todo el mundo lo diera por hecho. Los suyos nunca habían sido esclavos.

Él notó un cierto deje de orgullo cuando lo dijo, y preguntó:

—¿De dónde eres?

—De Nigeria.

Casi cincuenta años atrás, con sólo diez años, el padre había abandonado su ciudad natal en una columna de refugiados, llevado de la mano de la abuela de Cleo. A Steve no le sonaban de nada los líderes muertos o exiliados que Cleo citaba (Ironsi, Gowon, Ojukwu), aunque tampoco ella los conocía mucho. Su padre ya casi no hablaba de ellos: eran los ogros o los salvadores de una infancia perdida. Hijo del editor de un periódico, había encontrado trabajo de celador en un hospital de Londres y se había casado con una enfermera de Lancashire. De allí, dijo ella, la piel pálida. Pero Steve no veía en ella nada inglés, su piel le parecía resplandeciente como bronce bruñido.

—Cuando era pequeña mis abuelos me desconcertaban. Los padres de mi padre se sentían solos, creo. Querían volver a Nigeria, aunque nunca lo hicieron. Los padres de mi madre habrían estado encantados de poderles decir adiós para siempre. Aún odian a los inmigrantes. —A él le parecía captar cada matiz de lo que ella decía, y distinguir un momentáneo enfadado—. Pero mi abuela paterna era mi mejor amiga. Me hice cuidadora cuando ella enfermó. Las cuidadoras se ocupaban de ella como si fueran sus hijas, y ganaban una miseria.

—Y pensaste: esto es a lo que quiero dedicarme...

—En fin, no es que me encantara ir al colegio—dijo riendo, como si recordara—. Ser cuidadora no es un trabajo muy sofisticado, no es como ser fotógrafo.

—Ser fotógrafo no es sofisticado. —El comentario sonó a mera autocomplacencia—. Y yo no me ocupo de las personas que agonizan, como tú—añadió pensando en su madre—. ¿No te daba miedo que llegara un día en que te tocara un cliente... como ella...?

—Eso nos ha ocurrido a muchas de nosotras. Por supuesto que nos preocupan esas cosas—le explicó mirándolo de un modo en que le pareció reconocer una profunda tristeza. Sus ojos se encontraron. ¿Cómo podía no amarla?, pensó. Se le ocurrió que la calma interior que transmitía se debía a que cuidaba de personas ancianas que estaban a punto de morir. Cleo, esbozando una sonrisa, añadió—: Nos encariñamos incluso de los locos. Hay una que cada mañana me llama Eileen. Piensa que soy su hermana, la cual lleva muerta varios años. Otros se ponen ansiosos, y les angustia perder sus posesiones, relojes, bolsos, incluso cuando ya no pueden levantarse de la cama. Otra me pregunta una y otra vez «¿Dónde se ha ido todo el mundo?». Y luego hay que lavarlos, incluso a los hombres. Algunas de las chicas no quieren lavar a los hombres, pero una se acostumbra. Te ayuda a comprender la vejez, todo, que al final todos seguimos el mismo camino. A los hombres les pedimos que se pasen ellos mismos las esponjas por sus partes, pero los más

ancianos ni siquiera pueden hacer eso. De todos modos, como yo soy negra, tal vez conmigo no piensen esas cosas. —No quedó muy claro a qué se refería—. Hay un tipo viejo que siempre me quiere besar, pero no tiene nada de sexual, es como si besara a su perrito; tiene un spaniel que apesta...

Steve sintió aumentar su deseo imaginándose a sí mismo viejo y a ella lavándolo, su color uno más de sus muchos atractivos.

—Lo peor es cuando deja de importarte, me refiero a las cuidadoras; cuando te preguntas qué sentido tiene...

Se quedó callada sin terminar la frase, pero a él le pareció seguir oyéndola decir: «Si lo piensas, están decrepitos y moribundos».

Él había querido que su madre muriera en casa, sobre todo por ella: que pudiera morir en la cama de su propia habitación, frente a la ventana, viendo sus rosas trepadoras, tal vez un día soleado.

Le encantaba llevar a Cleo a lugares que ella no podía permitirse: a restaurantes íntimos, al teatro, a monumentos de Londres. Se compró un Fiat de segunda mano y visitaron pueblos costeros que ninguno de los dos conocía. Caminaron sobre los acantilados más allá de Dover, y a lo largo de South Downs hasta llegar a Chanctonbury Ring. A veces ella se dejaba llevar por un vivaz entusiasmo, pero nunca la abandonaba una cautela innata (que a Steve le parecía sosegada dignidad), y a menudo permanecía callada, absorbiendo todo lo que había a su alrededor con imperturbable y hasta solemne atención.

En primavera, cuando Steve la invitó al teatro, él disfrutó el espectáculo de verla transformada. Su aspecto contrastaba notablemente con su timidez. El jersey rojo carmesí combinado con verde vivo y los aros dorados que colgaban de sus orejas le daban un aspecto glamuroso. Vieron a unos cómicos y un *thriller* que la hizo taparse la boca con la mano, mientras en la oscuridad de la sala él no podía evitar observarla de reojo, fascinado y divertido al ver cómo le temblaban los labios y comprobar que no despegaba los ojos del escenario.

Una vez Cleo dijo: «No entiendo cómo la gente puede salir al escenario. Yo me moriría. ¿Cómo lo hacen?».

Para celebrar que cumplía veintitrés años ella propuso que fueran a un ballet (ninguno de los dos lo había hecho nunca) y acabaron viendo *Giselle*, el cuento de una campesina cuyo amor es traicionado. Nada de lo que habían visto hasta entonces la había conmovido de forma tan evidente. En el último acto, cuando los espíritus conducían al amante infiel a su muerte, ella deslizó su mano hasta la de él. Aparecieron las bailarinas, lívidas, bajo la luz de la luna: eran los fantasmas de las novias abandonadas, con sus vestidos diáfanos y los rostros pálidos, la antítesis de Cleo, y ella rompió a llorar.

Sin embargo, existía una segunda Cleo a la que él entendía aún menos que a la primera: una repentina fuerza de la naturaleza que descubrió el día que fueron a bailar, una mujer que se perdía, o se encontraba a sí misma, bailando de un modo personalísimo. Era como si en la delimitada penumbra de la discoteca, medio invisible, se transformara en otra persona. A él le gustaba pensar que sus giros, la manera en que movía sus largos brazos por encima de la cabeza, los ojos cerrados, venían de su inconsciente africano, pero cuando se lo dijo ella se limitó a reírse.

Su hermano Richard tildó a Cleo de «otro de tus caprichos», de modo que Steve desistió de invitarla al piso que compartían; como ella vivía con otras tres personas, iban a hoteles de la

costa. Y entonces descubrió una excitación inconfesable, la que le producía entrar en una habitación immaculada, una habitación sin memoria, privada y preparada para ellos. Le resultaban excitantes detalles como la ropa de cama limpia y los pequeños accesorios de baño (ella se los llevaba), la ventana que daba al mar o la calle donde otros caminaban ignorando la existencia de ambos.

Al principio Steve apenas podía creerse que Cleo quisiera acostarse con él. Cuando ella dejó caer su vestido rojo y él la abrazó, descubrió que la piel que había imaginado como cobre suave era rugosa y hormigueante, y el cabello recogido hacia atrás con horquillas quedó suelto en una negra aureola alrededor de su cabeza. La primera vez que besó sus labios gruesos se había sentido desconcertado, pero ahora devoraba su boca, y abrió los ojos para ver el brillo metálico de la sombra de ojos en sus párpados cerrados, e imaginó que tal vez lo amaba.

Sin embargo, siempre había cierta reserva en ella, como si sutilmente lo mantuviera a distancia, incluso cuando se relajaba, y él nunca supo si alguna vez tuvo un orgasmo, sólo oía cómo se le agitaba la respiración y gemía hasta que él terminaba. No obstante, a veces ella le daba las gracias jadeando, y parecía satisfecha al abrir los ojos y mirarlo con esa expresión suya que tanto lo consolaba.

Él nunca consiguió que dejara de asombrarle el contraste entre el origen africano de Cleo y su apariencia de mujer inglesa corriente. En una ocasión ella le enseñó fotografías que su padre había heredado, fotografías de los refugiados igbo marchando hacia el sur, él entre ellos, en una procesión borrosa de bultos blancos y niños. Según le contó, algunos habían muerto en el camino. Steve incluso se imaginó a Cleo caminando entre ellos. En otros momentos, sobre todo cuando ella bebía con sus compañeras de trabajo, parecía muy inglesa, casi ordinaria: utilizaba la misma jerga, le daban risa los mismos chistes. Entonces él siempre acababa deseando que recobrará su fascinante exotismo.

En mayo les pareció que hacía suficiente calor como para hacer un picnic en Camber Sands, y Steve la fotografió durante toda la tarde mientras nadaba o se remojaba con su bikini azul. Para él, Cleo pertenecía a una especie distinta a la de los cuerpos de piel blanca tumbados a su alrededor. Su cámara exploraba aquel cuerpo como si fotografiara una estatua de bronce, bruñida e inalterable. Pero cuando la hizo posar, apartando los antebrazos con los que se cubría los pechos y mirando al objetivo de la Leica, se apoderó de él una vieja frustración: la oscuridad de su piel parecía resistirse a ser expuesta, y ella se apartó diciéndole que se había cansado y que guardara la estúpida cámara.

Poco después, el primero de sus amigos en comprometerse le envió una invitación de boda desde Londres. Durante los últimos años sus compañeros de clase se habían ido dispersando, y permanecían congelados en su memoria. No sabía nada de ellos. Pensó que podía ir a la boda con Cleo, seguro que a ella le divertiría que él recuperase una parte de su pasado.

Pero Cleo le respondió:

—No puedo ir.

Estaban sentados en un banco contemplando el mar.

—¿Y por qué demonios no puedes?

—No puedo y ya está. —A Steve le pareció que palidecía—. No sabría..., no sabría qué decir. No tengo nada que decir.

—No son diferentes a tus amigos.

—No lo entiendes. No puedo hacer ese tipo de cosas. —Parecía tensa y repentinamente

desorientada—. Hace tres años ni siquiera podía ir sola a una tienda o a una oficina de correos. Me ponía a temblar. Siempre me ha pasado.

—Pero si cuidas a los ancianos y a los enfermos, los limpias, los vistes. ¡Hasta te arriesgas a encontrártelos muertos!

—Eso es diferente, me necesitan.

—¿Necesitas sentir que dependen de ti?

—Más o menos, no lo sé. Sí, supongo—añadió sin sonreír—. Me siento más feliz cuando estoy con niños.

Ella se pasó una mano por la cara, como si quisiera desaparecer. De repente Steve notó un tic en el ojo de Cleo y se sintió amargamente desconcertado. No quería escuchar esas cosas, sólo deseaba que volviese a ponerse la máscara para verla de nuevo perfecta, invulnerable.

—¿No es porque eres negra?

—No. A la gente no le gusta porque me pongo de malhumor cuando tengo miedo. Como en las tiendas, a duras penas puedo hablar.

—¿Alguna vez has tenido miedo conmigo?

—Tú eres diferente, Steve. Cuando te conocí, en casa de tu madre, estabas fatal..., tan triste. Sólo quería ayudarte, de otro modo no te habría dado mi teléfono.

—¿Te daba lástima?

—Sí.

Él no sabía cómo asimilar todo aquello. Pero más tarde las cosas que Cleo dijo cobraron sentido, y empezó a ver el tiempo que habían pasado juntos con otros ojos. Su cautelosa forma de ser, incluso su amabilidad, se transformaron en otra cosa: el origen de todo era el miedo. En una ocasión Steve echó un vistazo a una fotografía que había junto a la cama en la que ella aparecía con un exnovio (al principio Steve pensó que se trataba de uno de sus pacientes más jóvenes). El hombre se apoyaba en ella, y Cleo lo sostenía inclinándose hacia él, tomando con una de sus manos las suyas. Cuando Steve llevó a revelar las fotos que le había hecho en Chamber Sands esperaba que Cleo saliera alegre, incluso orgullosa, pero cuando se las entregaron descubrió a una mujer con una expresión ligeramente retraída, en parte desamparada, como si la cámara hubiera capturado algo que a él le había pasado desapercibido.

Las fotografías no curan. Si uno contempla un retrato fotográfico durante largo rato, el rostro familiar se vuelve irreconocible. Mientras Steve hojea el álbum de su madre, su propio rostro se desdibuja en la infancia y se vuelve desconcertante para él mismo, mientras que Richard le parece anodino, la piel de su madre más suave, y su padre un extraño. En su propio trabajo, buscar la esencia es una pérdida de tiempo, y todo rostro, al final, es un enigma.

Vuelve a mirar sus películas (momentos filmados sin pensar, incluso con un toque de humor) y a menudo capturan algo precioso e imprevisto. Durante un instante las personas que aparecen en ellas viven en el presente. Pero él no se atreve a mirar una película o una fotografía demasiado a menudo: la repetición las mata.

Se pregunta amargamente si aún está a tiempo de cambiar de profesión. Ya tiene veinticuatro años. Durante los meses que ha estado con Cleo se ha olvidado de su pasión por la imagen, excepto la de ella. No ha entregado a tiempo encargos cruciales, y casi se ha gastado todos sus ahorros. Y ahora, delante de ella, sentados en el salón de su casa, adonde Richard no va a volver

en todo el día, es incapaz de mirarla a los ojos: sabe que ella tiene miedo, siempre ha tenido miedo. Le asusta sentirse tan distanciado de ella. Pero el brillo ha desaparecido de los ojos de Cleo y él no puede hacer nada para restaurarlo.

Durante un rato hablan de las trivialidades de la semana: el anciano diabético al que está cuidando ella, las fotos de una carrera de caballos que le han encargado a él. El silencio pesa demasiado para que sus voces puedan llenarlo. Y ella lo mira constantemente, convencida de lo que va a ocurrir, tensa, con el rostro pálido. A Steve se le ocurre que Cleo lleva mucho tiempo anticipando ese momento, tal vez desde el principio, como si su destino consistiera en que la traicionen. Y aunque esta constatación—la maltrecha autoestima de Cleo—lo aturde, le alivia saber que ella ya se lo espera, que no habrá sorpresas.

Finalmente, ella rompe uno de los largos silencios:

—Ya no sientes nada por mí, ¿verdad? Para ti ya no existo.

—Claro que existes. —Pero siente la mente y el cuerpo pesados como el plomo. No puede levantar los ojos, titubea, habla entre dientes. Le dice que es preciosa, trabajadora y amable, pero esos epítetos suenan triviales en la silenciosa habitación, como si pasara lista y nadie respondiera a su nombre. No cree lo que dice, aunque sea verdad.

—No siento que sea ninguna de esas cosas, ahora que tú tampoco lo sientes...

Una puerta se cierra de golpe abajo, y él se pregunta si habrá vuelto Richard. Por una vez desearía que así fuera. Pero no llega nadie.

—Supongo que soy una refugiada, como mi padre.

Él no la entiende, pero recuerda sus viejas fotografías; la larga columna de refugiados exhaustos.

—¿A qué te refieres?

—Según él, en verdad todo el mundo es un inmigrante, todos venimos de alguna otra parte. Mi padre es creyente y se reconforta de esa manera. Mi madre no está de acuerdo, dice que ella es de Lancashire—añade sonriendo con tristeza—. Tal vez ahora vuelva con ellos, a Londres.

—Nunca los he conocido. Nunca me has llevado a verlos.

Hace uso de ese insignificante agravio como para justificarse, despreciándose a sí mismo. Imagina que ella se avergüenza de ellos: el celador de hospital y su despreocupada mujer.

—No, nunca te he llevado...

—¿Por qué no?

—No lo entenderían. Cuando llevaba un novio a casa solían enfadarse, decían que yo no hacía más que escoger víctimas.

—Yo no soy tu víctima.

—No. Pero tú no eres..., digamos..., normal. —Algo en la expresión de Steve (una especie de hipócrita incredulidad) desencadena el amargo rechazo de Cleo, una rabia contenida y desolada, y la suavidad de su voz desaparece—. Steve, vives en tus propias fantasías. A veces tienes una mirada rara, no podría describirla, pero mis amigos también lo notaron. Mis padres pensarían que tienes problemas, y ellos quieren que encuentre a alguien equilibrado.

—O sea que te avergüenzas de mí.

—Pensaba que las cosas cambiarían. Debería haber sabido que era imposible. Incluso tu forma de amar..., creo que me amabas..., a veces me daba miedo, como si se te fuera la cabeza un poco. Esas cosas que dices, lo de la estatua de bronce, creo que deberías ver a un médico, Steve,

necesitas ayuda profesional. —Ella cierra los puños sobre el regazo—. Y encima te has puesto a fumar hierba, se nota a la legua. He oído que algunos tíos se acaban pasando a la cocaína. Mis padres tenían razón: mi antiguo novio ahora es un yonqui. Podrías acabar igual.

Finalmente, él la mira a los ojos, consternado. Fuma marihuana desde que murió su madre, es bastante inofensiva, está claro.

—No sabía que pensabas estas cosas...

—No siempre lo he pensado. —Deja caer la cabeza, como si todo lo que acaba de soltarle la hubiera dejado exhausta. Cuando vuelve a mirar hacia arriba lo hace con forzada compasión, lo cual resulta más inquietante que verla enfadada—. Solía gustarme cómo me mirabas.

Y en el largo silencio que sucede a las últimas palabras ella empieza a llorar débilmente. Durante los siguientes minutos la conversación parece arrastrarse agónicamente. Siempre se habían producido silencios entre ellos, pero ahora propician que se den cuenta de cosas sorprendentes. En cierto momento ella dice, apenada:

—Creía que estaba enamorada de ti.

Cuando se oye otro portazo, ella se levanta.

—Me voy—dice, pero avanza hacia la puerta vacilante, como esperando que él se lo impida.

Él se oye decirle «Te llamo», pero sabe que no lo hará y odia su propia voz. Los días pasarán y no hará nada. Se acerca a la ventana y la observa desaparecer por la calle de abajo. Ella no se vuelve para mirar.

Internet es el escenario de las mujeres seductoras. Uno puede navegar durante días sin interrupción. Incluso los anuncios de las rotondas cerca de donde vive Steve le confrontan con intensas y elusivas miradas, labios entreabiertos y pechos. Mientras lee revistas, descubre de cuando en cuando a una estrella de cine que le devuelve la mirada con una ternura o intensidad alucinantes.

Cuando por fin la vio, ella parecía el reflejo de un pasado olvidado: entraba por la puerta de artistas de un teatro cerca del paseo marítimo, con una bolsa de lona al hombro. Sólo en dos ocasiones Steve había visto a una mujer con esos ojos que parecían mirar de costado, como un pájaro: ojos que al mismo tiempo pueden mirarle a uno de frente con una ternura sobrehumana o incluso con una especie de luminosa indiferencia. Esos ojos rasgados, cuyas comisuras trazan un ángulo de una perfección irreal, tal vez fuesen una sutil ilusión, claro, un efecto del rímel o de las cejas convenientemente depiladas, pero incluso así, el efecto seguía siendo de una extraña belleza, como si las dueñas de aquellos ojos miraran desde un mundo desconocido. Algunos niños tienen esos ojos, sin conocer su poder, y una vez también los reconoció en una mujer mayor, brillando rodeados de arrugas como un fuego imperecedero.

Él no podía quitarse de la cabeza la idea de que esos ojos eran transmisores de luz. Desde pequeño había intentado entender el encanto de los árboles, el agua, los ojos, los rayos de sol... que había empezado a fijar en sus dibujos infantiles, y luego en sus fotografías. Incluso ahora aspiraba a innovar en el campo de los conocimientos o las técnicas fotográficas (sus héroes eran Karsh y Avedon), pero no sabía si lo lograría algún día. Había acabado obsesionándose con la singularidad de cada rostro. Aun aquellos que más conocía se volvían extraños cuando los observaba detenidamente, también el suyo. Y era esa extrañeza la que le entusiasmaba. Cada vez utilizaba más a menudo su cámara para hacer retratos, esperando que esa sensación de novedad se transfiriera a su objetivo, pero en raras ocasiones le pareció que había logrado crear algo

parecido a la magia.

Sin embargo, se olvidó completamente de su cámara cuando vio a la mujer desaparecer por la entrada de artistas. Más tarde leyó el cartel que colgaba cerca. No conocía ninguno de los nombres, pero estaba seguro de que la actriz principal era ella, y pronunció aquel nombre como si fueran las palabras de un hechizo: Helena Palmer. Inmediatamente empezó a soñar maneras de conocerla. ¿Qué le diría? Era consciente de la excentricidad de su deseo, que además le producía un ligero miedo, como un cosquilleo, porque ella era preciosa. Conocía la sensación: se sentía cómodo con mujeres del montón, pero las chicas atractivas..., a menudo le costaba mirarlas a los ojos. Envidiaba a los hombres que se atrevían a seducirlas halagándolas hábilmente. Su hermano Richard no tenía reparos a la hora de ligar. En el pasado, en discotecas escasamente iluminadas, Steve siempre había vacilado antes de atreverse a hablar con la chica que más le atraía. La contemplaba disimuladamente, admiraba sus movimientos, su forma de sonreír o de sostener el vaso, y durante ese intervalo de vacilación alguien—probablemente Richard—se ponía a bailar con ella o a besarla en la oscuridad. Richard, elegante y moderno, tenía más seguridad en sí mismo a los veintiséis años de la que jamás tuvo Steve. Richard conducía un BMW negro (comprado a plazos), usaba tejanos ajustados y americanas de sirsaca (no era exactamente lo que las chicas esperaban de un contable diplomado en ciernes). Steve, que trataba de convertirse en fotógrafo, debería haber buscado un estilo de vestir propio, pero no tenía ninguno.

Cuando regresó a su apartamento tuvo la sensación de estar ahogándose en un entusiasmo agradable y terrible al mismo tiempo. ¿Quién era Helena Palmer? Una aparición fugaz de delicados pómulos y frágiles huesos, un rostro iluminado por unos alucinantes ojos rasgados de un color gris polvo: no sabía nada más. Cuando llegó a la puerta de su casa (la entrada de un apartamento renovado) Richard ya había vuelto y escuchaba las noticias de economía en la televisión. Alzó la mano saludando distraídamente y le recordó que esa noche salían con unos amigos.

Fueron a la discoteca Le Petit Club des Artistes, tentadoramente cerca del teatro. Estaba abarrotada de cuerpos contorsionándose bajo las luces estroboscópicas, al ritmo de la música de un DJ blanco con rastas rubio platino. Richard pidió vodka y vino. A Steve de repente los amigos de su hermano le parecieron aburridos, y tuvo la impresión de que también ellos se aburrían. Hablaron de tópicos hasta que la música tecno ahogó la conversación. Steve bebía para matar el tiempo. Luego bailó con una chica que se llamaba Vera, una colega de Richard, que muy pronto empezó a sudar. Tras preguntarle sobre su trabajo de fotógrafo con desconcertante condescendencia, se quedó callada. La percusión y el canto amplificado llenaron todo el espacio que había entre ambos. En el aire flotaba un humo prohibido. Steve se sintió estúpido, y empezó a esperar el momento oportuno para marcharse. Movía mecánicamente las piernas al ritmo de la música y en medio de aquella cadenciosa proximidad humana tuvo una sensación de absoluta soledad; la quejumbrosa voz de la cantante y la ensordecedora batería parecían retumbar en el vacío.

Entonces la vio. Incluso antes de que sus ojos se posaran unos segundos en él sin verlo Steve supo que era ella. Llevaba un vestido negro con escote Halter y bailaba enfrente de una chica pelirroja que iba descalza. Sintió como si hubiera llegado flotando espontáneamente hasta él, y le pareció que sabía que la estaba mirando. Bailaba con energía festiva y en su rostro se dibujaba una leve mueca, como si se burlara de sí misma, mientras agitaba los brazos alrededor de su cabeza y cuerpo con agilidad y movimientos estudiados. Durante las últimas horas Steve había

estado pensado de forma tan obsesiva en su cabello con mechas rubias y en sus inquietantes ojos que su recuerdo ya no guardaba relación con el episodio que lo había originado, y ahora la miraba en la oscuridad con inquieto asombro. Cuando por fin se acercó, advirtió lo delicada que era: su delgado cuello y los estrechos hombros un poco huesudos parecían querer contradecir su vitalidad, y la piel parecía casi traslúcida.

Mientras ella estaba entregada al baile, Steve aprovechó un momento en que se volvió hacia él para gritarle: «¡Helena!». Pero ninguna Helena se dio por aludida. Enfrente, Vera le sonreía distraídamente, con los brazos en alto. Entonces la falsa Helena se volvió y avanzó bailando hacia él, sonriendo a nadie en concreto. Cuando volvió a mirar en su dirección, él exclamó.

—¡Pensaba que estarías en el escenario!

Ella, mirándolo por fin, le contestó:

—¡No, todavía estamos ensayando!—Pensó que ella le preguntaría cómo la había reconocido, pero su voz se ahogó bajo la música. Cuando la percusión se interrumpió, añadió—: Empezamos la semana que viene. —Pero él no estaba seguro de si lo estaba invitando.

Cuando ella regresó a su mesa, Steve no pudo evitar acercarse, y de pronto estaba diciéndole:

—Iré a verte.

—¡Sí, ven!—Su mirada lo abrumó—. ¡Trae a todos tus amigos!—le dijo riendo.

Dios mío, era preciosa. Ella volvió a reírse al saber que la había confundido con Helena Palmer. Tenía una risa cristalina y musical, como si la hubiera practicado. Dijo que Helena era una celebridad de mediana edad, mientras que ella..., bueno, ella tenía un papel más modesto, era un personaje secundario. Se llamaba Linda Spalva. (Pasó por alto la rareza de su nombre para saborearlo más tarde). Dijo que actuarían durante dos semanas, luego irían a Peterborough, luego a Sheffield y luego al paro. Steve había encontrado una silla y se había hecho un hueco entre las dos jóvenes. La pelirroja también se presentó—oyó el nombre de Diana—y durante un minuto en que la música se había interrumpido permaneció a solas con ellas. La conversación le proporcionó valiosa información sobre la vida de Linda: vivía en Londres, en un piso que compartía con otras dos personas. No llevaba alianza, ni mencionó que tuviera novio.

Entonces oyó la voz de Richard detrás de él:

—He oído por casualidad que sois actrices...

En ese momento la voz untuosa de Richard le pareció odiosa. Su hermano se cernía sobre la mesa, como si fuera suya. A Steve le vinieron a la mente todas las humillaciones pasadas (oportunidades abortadas, deseos frustrados) mezcladas en un miasma nauseabundo. Y sin embargo Linda seguía allí, delante de él, mirándolo, los pendientes dorados brillando a través de su cabello largo echado hacia atrás, y su presencia era algo frágil y milagroso, pero él temía que también fuera algo condenado a desvanecerse. Richard era el heraldo del fracaso, lo eclipsaría sin ni siquiera darse cuenta. Y ahora, inmediatamente, cómo no, hizo lo que Steve había olvidado.

—¿Os apetece una copa?

En su mesa no había nada salvo dos Disco Lemonade casi terminados. Diana quería un daiquiri, Linda pidió un vaso de vino. Steve se encontró sumido en el silencio y la frustración. Como Richard sabía qué decir en cada momento, lo dejaba en evidencia. Richard dirigía a ambas mujeres miradas igualmente aduladoras.

—¿De qué trata la obra, entonces?

—De un asesinato misterioso—respondió Diana.

—¿A cuál de las dos matan?

—Tal vez seamos nosotras las asesinas—dijo Linda sonriendo.

Más tarde Steve se dio cuenta estupefacto de que apenas habían hablado diez minutos; sin embargo, aquello no fue una conversación, sino un ritual inmemorial. Mientras hablaban sobre el teatro, la discoteca, los gustos musicales de las chicas (a Diana le gustaba el europop y a Linda, el jazz), habían estado indagando las cualidades personales y sexuales de cada uno, jugando, seleccionando, descartando.

En el espejo que cubría la pared de al lado, Steve vio a todos alrededor de la mesa como si estuvieran en otro mundo, incomprensible; para su sorpresa, no se vio a sí mismo más miserable que su hermano. El mismo cabello de perfectos rizos que adornaba la cabeza de Richard caía, oscuro y largo, alrededor de sus propios rasgos irregulares, y bajo aquella tenue luz le daba el aspecto de un joven sensible e incluso poético. Eso era lo que decían las chicas siempre de él: parecía un romántico inconformista.

Diana sonreía y se reía de todo lo que decía Richard. Era voluptuosa, aunque extrañamente tímida. El escote de su blusa dejaba ver los apretados pechos. Pero Steve seguía atrapado en la recurrente idea de que la noche acabaría en fiasco. Sentía que se estaba congelando por dentro, volviéndose estúpido, y al mismo tiempo que bullía de resentimiento. Le daba miedo mirar a Linda a los ojos. Tardó varios minutos en darse cuenta de que ella no le prestaba atención a Richard, no le interesaba. Estaba mirándolo a él. Bajo el estruendo de la música tecno sólo podía oír su voz de forma entrecortada. «Así que después de Peterborough... ¿Qué tipo de fotografía?... ¿Haces retratos?... Actuar te desenmascara, es gracioso... ¿De verdad quieres?... Es una pieza bastante mala... Pues el lunes en la puerta de artistas...», y más tarde él no logró recordar qué había respondido. Para entonces el DJ estaba pinchando música más tranquila y la pista se iba vaciando, mientras él seguía azorándose cada vez que Linda lo miraba.

*There's a groove in my soul
And you're turning there, turning,
Turning to me again...*

Richard había pasado un brazo alrededor de los hombros de Diana, como si quisiera abrigo. Sonriendo maliciosamente a Steve, dijo:

—¿Tú no habías dicho que te marchabas temprano?

—Me ha surgido un imprevisto...

Ambos se rieron. Steve vio una expresión nueva en el rostro de Richard, como si por fin se hubiera dado cuenta de lo que sentía. Durante un buen rato su hermano se había apartado para dejarlo hablar con Linda, y antes de irse, al pasar junto a él, le dio un apretón en el brazo.

Steve llegó a la entrada de artistas una hora antes de que terminara la función. Había intentado aplazar sin éxito la cita cuando se encontraba a ciento treinta kilómetros del teatro, y no tuvo más remedio que conducir a todo gas con el coche que le había prestado Richard, apartando la vista de la carretera de vez en cuando para mirar la hora en el reloj del salpicadero.

Comparada con la entrada principal, la estrecha entrada de artistas parecía secreta. Linda la había llamado la puerta del desencanto. Según ella, quienes entraban y salían por aquella puerta eran iguales que los demás, aunque más pequeños de lo que se esperaba.

Era a principios de verano y a las nueve aún no había oscurecido. No se veía a mucha gente fuera. De vez en cuando sentía escalofríos en el pecho. Y la espera en aquel lugar le hacía actuar furtivamente. Cuando miró a través del panel de cristal de la puerta de artistas, vio a un portero sentado en una mesa. Entonces volvió a leer el cartel, pero sólo salía el nombre de los dos protagonistas, y el del dramaturgo no le sonaba. Durante largo rato nadie entró ni salió por la puerta. Las farolas se encendieron. Hacia las diez el público salió en tromba del teatro dispersándose por las calles de los alrededores. Ruido de coches, risas. Un grupo de estudiantes se reunió en la puerta de artistas, y también un joven alto que Steve temió que tuviera algún rollo con Linda. Se quedó atrás en la sombra, sintiéndose repentinamente miserable. Volvía el viejo y absorbente miedo que aceleraba su respiración como una dolencia física. Cuando por fin apareció, Linda vaciló en el umbral de la puerta, sola, con la bolsa de lona a sus pies, hasta que lo vio.

—¡Pensé que te habías olvidado!—exclamó al verlo.

Él había reservado mesa en un restaurante italiano de la zona: un bistró pasado de moda, alumbrado con velas. Cuando entraron, se imaginó que todos los clientes se volverían para mirarla. Tenía el rostro sonrojado tras la actuación, como el vívido rubor tras acostarse con alguien. Aunque hacía una noche cálida, llevaba una blusa blanca abotonada casi hasta el cuello, y aquel detalle le complació inconscientemente. Recordó el temblor de sus pechos mientras bailaba. Sólo cuando Linda empezó a leer la carta, se atrevió a mirarla. Su cara, a medida que el rubor se disipaba, cobró una palidez opalescente. Las dos líneas curvas de los párpados bajados, que unas largas pestañas oscuras perfilaban, le quitaban el aliento cada vez que ella alzaba la mirada.

—¿Por qué me miras así? ¿Tengo algo raro?—le preguntó.

Él apartó la mirada y cogió torpemente la carta, pero por un instante fue incapaz de leerla, como si sus ojos todavía estuvieran clavados al otro lado de la mesa. Incómodo, le preguntó:

—¿Cómo ha ido el estreno?—Recordó la actitud del público al salir del teatro hablando, riendo.

—La respuesta del público no ha sido sincera. Era el tipo de aplauso del público que necesita convencerse de que ha disfrutado. Así que en las próximas dos semanas tendremos que representar un fracaso—dijo, y tras un estremecimiento añadió—: Yo tomaré lasaña. ¿Y tú? El público rio un poco, a veces cuando no tocaba. Pero es una pieza bastante mediocre. También nosotros hemos tratado de convencernos de que merecía la pena, nos decíamos los unos a los otros «Qué buena, ¿verdad?» «Qué ingeniosa», pero en el fondo sabíamos que no valía nada. A veces pienso que lo mejor sería renunciar y decirle al público: «¡Váyanse a casa! ¡Les devolvemos el dinero!»—lo dijo con vivacidad y entereza, a medias divertida y afligida.

—¿Qué papel interpretas?

—El de una esposa traicionada—dijo abriendo las manos como si fuera a liberar algo. Eran delgadas y de huesos delicados, sin anillos—. Pero no consigo meterme en su piel.

—¿A qué te refieres?

—Sus palabras no me dicen nada, no sé quién hay detrás de ellas. Necesitaría meterme en el personaje, pero no encuentro la manera.

Él sólo quería hacer una broma, pero sus palabras sonaron serias:

—Quizá nunca te han traicionado...

Ella se rio: fue una risa rápida y sorda que Steve no supo cómo interpretar.

—Normalmente una empieza a entender a un personaje en los ensayos. El personaje se va definiendo sobre la marcha. Pero nuestro director ha perdido el rumbo, creo que está cansado. Así que los actores acaban sobreactuando. Es una especie de inseguridad. Y entonces la obra se derrumba. Pero lo cierto es que desde el principio se tambaleaba...

Más tarde, en el silencio de su dormitorio, Steve se daría cuenta de que la fascinación que sentía por ella estaba inextricablemente unida a su trabajo de actriz, a su presencia en el escenario, que ya podía imaginar. Incluso la manera en que ella acercaba el tenedor a sus labios le parecía delicada y extraordinaria, igual que la forma de mover la boca mientras hablaba, con una vertiginosa intensidad que impresionaría a más de uno entre el público.

Cuando ella le preguntó sobre su trabajo, se sintió aliviado de no tener que fingir. Aparte de los trabajos más modestos, empezaba a recibir encargos de retratos fotográficos. Estaba buscando compulsivamente una manera de reflejar la vida interior de las personas. Le contó a Linda que la dificultad no era tanto la luz o el encuadre, sino lograr despertar en sus modelos una especie de revelación inconsciente, su singular esencia. Él quería que se enfrentaran a su cámara sin tapujos.

—Tal vez preferirías que posaran desnudos—le dijo riendo—. ¿Y qué piensan ellos de los resultados?

Admitió que éstos podían ser perturbadores, y en ocasiones crueles. De vez en cuando los familiares de los modelos estaban más satisfechos que los propios modelos, como si les hubiera revelado algo que no habían reconocido antes. A menudo le pedían que hiciera retratos más clásicos, que los sacara más atractivos.

Linda preguntó de repente, todavía riendo un poco:

—¿Crees que cada persona tiene una esencia singular?

Sí, eso era lo que él buscaba, incluso en los paisajes. Le contó que recientemente había empezado a caminar por South Downs. Le tentaban algunos lugares de allí, lugares donde la vista llegaba más allá de las estacas y los setos que dividían los campos, que se veían diminutos a los lejos hasta desaparecer, y daba la impresión de que un bosque homogéneo se extendía por los montes. Iba a caminar de forma obsesiva por aquellos bosques dispersos. Era incapaz de tomar fotografías sin proyectar esa imagen que tenía de ellos. Porque los árboles se habían convertido en un bosque visual, y el bosque debía tener alma. Quizá, añadió, se parecía a descifrar a un personaje teatral. Él alargó el brazo y rozó los dedos de ella, que reposaban sobre la mesa: no los apartó. ¿Qué pensaba ella?

—Creo que estás como una cabra.

—¿Cómo?

—Que estás loco. Tus bosques son una ilusión. Las ilusiones no tienen alma—concluyó, pero de inmediato se dio cuenta de que su respuesta lo había desconcertado, y soltó una risa ronca—. Bueno, supongo que simplemente no lo capto. Una vez tuve una cámara, pero terminó tirándola a un río. Le había sacado fotos a mi novio de entonces y estaban en el carrete, así que pensé: ¡no quiero volver a verte!

Él sonrió y, de repente, en un tono implorante, le dijo:

—Te lo voy a enseñar, Linda, te voy a enseñar lo que se puede hacer con una cámara. Déjame que te fotografíe. —Y al decirlo pensó: ¿pero dónde? No en su piso, con Richard—. Podría ir a tu casa el domingo.

—¿Pero encontrarás mi esencia? —Su tono burlón le encantaba y lo ofendía al mismo tiempo

—. Cuando miro en mi interior veo algo borroso, tal vez por eso soy actriz: creo que puedo ser cualquiera. Todos podemos ponernos en el lugar del otro. —Se quedó callada y empezó a jugar con la botella de vino. Él había pedido un Chianti Classico añejo, más caro de lo que se podía permitir, y lo vació en las copas—. Mis padres conocieron a un neurocirujano que decía que en realidad no tenemos alma, sólo sinapsis conectándose entre sí, o algo parecido. ¡Y mi padre es vicario!

—¿Y qué piensa de que seas actriz?

—Él querría que le gustara, pero mis frecuentes cambios de personaje le molestan—dijo arrancando los goterones de cera fría de la vela y disponiendo los fragmentos hasta crear una figurita humana—. Él cree que tengo alma.

—Por supuesto. ¿Quién no? Eres tan...—«Tengo que frenar, si no se dará cuenta de que me estoy enamorando perdidamente», pensó—. Estás muy definida.

—¿En serio? Bueno, creo en la realidad de las otras personas. Puede que hasta tengan alma. —Steve recordaría meses más tarde esta conversación, pero en aquel momento sólo se preguntó si a ella no se le había subido la bebida a la cabeza—. Es posible que los otros existan.

Él no sabía qué decir. Linda parecía hablar medio en serio.

—El domingo te fotografiaré y verás que eres inconfundible.

—¿Por qué no voy yo a tu casa?

—Eso va a ser complicado. La comparto con Richard, mi hermano.

—Ah, ¿era tu hermano? No lo sabía.

—No nos parecemos mucho. —Al decirlo notó el tono despectivo en su propia voz—. Él es mucho más maduro.

—Lo siento—intervino Linda dejando el vaso en la mesa—, pero a mí me pareció un capullo.

—No pasa nada. —Naturalmente el comentario le había encantado, y hasta aliviado.

—Entonces vienes tú el domingo a mi casa. Comparto piso con Diana. Así que podrás fotografiarme en un entorno idílico: sábanas mugrientas, alfombras raídas. El glamur de la vida bohemia.

El teatro estaba casi lleno. Él consultó el reparto y encontró el nombre justo cuando empezaban a apagar las luces: Linda Spalva. El nombre le pegaba. Según le había contado, su abuelo paterno era letón, refugiado de la Segunda Guerra Mundial: había muerto en Glasgow alcoholizado. De él, tal vez, le venían esos grandes ojos de color azul genciana.

Se levantó el telón y apareció en el escenario un salón eduardiano vacío. Él se sentía nervioso por ella. ¿Se quedaría en blanco? ¿O paralizada? ¿Tropezaría? Pero cuando apareció—fue la última en salir—apenas la reconoció. Llevaba un vestido largo hasta los pies, muy ceñido en la cintura, y el cabello recogido bajo un enorme sombrero inclinado. En las escenas en que salía apenas hablaba, tan sólo sufría: todos sus movimientos, su febril intensidad de pájaro, parecían encorsetados en una tensión contenida. Él no podía quitarle los ojos de encima. Era como si su hieratismo proyectara toda la tristeza acumulada, de modo que, cuando por fin intervenía, las palabras que según Linda carecían de sentido resultaban absolutamente devastadoras. «No hay nada... nada que hacer, ya no te quiero. ¿Acaso Judas merecía ser amado?».

Hasta el domingo Steve volvió cada noche a la platea para verla. Olvidó de qué trataba la obra, si alguna vez lo supo, y se deleitó con la asombrosa presencia de Linda: la belleza de sus

rasgos, que parecían esculpidos; su cuerpo, que el vestido de encaje color crema volvía tan frágil; la voz sorprendentemente baja. Incluso cuando no hacía nada en el escenario y a su alrededor bullía la acción, Steve sólo tenía ojos para ella.

Al cuarto día una actriz suplente interpretó el papel de Linda—nadie explicó por qué—y él se dedicó a contemplar el resto del escenario. Entonces se dio cuenta de que toda una trama se había estado desarrollando en torno a ella: otros actores, otras emociones. Había gestos y discursos a los que no había prestado atención. Cosas que chirriaban de tan tópicas. Sin embargo, el sábado, cuando ella regresó al escenario, él estaba de nuevo sentado en la oscuridad como un voyeur, eufórico y un poco avergonzado, y la intensidad de su actuación volvió a eclipsar el escenario. «No hay nada... nada que hacer...». Cuando él la miró (se había comprado unos binoculares) pudo verle de cerca el rostro desolado, los ojos llorosos, la mueca de amargura en los labios carnosos, el pecho agitado, y le parecía increíble que fuera a verla en persona a la mañana siguiente. No entendió que al terminar la función, cuando los actores salieron a escena para saludar, no la aplaudieran a ella más fuerte que a los demás, y no se atrevió a esperarla en la puerta de artistas, por si al final no podía quedar con él al día siguiente (lo temía porque le había parecido advertir indiferencia en la mirada de Linda).

Fue en taxi al piso donde ella alquilaba una habitación, y amontonó su equipo fotográfico en el asiento. Se había vestido de forma estudiadamente informal, pero al entrever su cara en el retrovisor le pareció que estaba demasiado pálido: apenas lograba dormir, y cuando lo hacía ella se inmiscuía en sus sueños. Steve había pensado que a la luz de la mañana desvelaría el misterio de Linda. Lloviznaba y las calles estaban vacías. En diez minutos ya estaba con sus lámparas y cámaras en la puerta.

Linda tenía razón, el estado de la casa era deplorable: ella y su amiga vivían en dos estudios con baño compartido. Colocó los focos y los reflectores en abarrotadas esquinas. Linda se sentó al borde de la cama. De forma casi reverente, él le indicó cómo colocarse y la alumbró meticulosamente. Ella se mantuvo muy quieta. Steve estaba hipnotizado por sus cambios de expresión, que adoptaba incluso sin moverse: a veces sus ojos almendrados mostraban absoluto desconuelo, otras veces afloraba en ellos una infinita picardía, o adoptaba una sonrisa irónica y su torso (había empezado a fotografiar también su cuerpo) se arqueaba provocativamente. Finalmente, Linda empezó a cansarse. ¿No estaba satisfecho? No, todavía no. ¿No había sacado ya suficientes poses con distinta luz? Nunca bastaba, le respondió él.

Al final, Linda se rebeló y se tumbó en la cama, haciendo ver que roncaba. Steve apagó los focos y se tendió junto a ella. Cuando ella abrió los ojos Steve no supo ver en ellos más que un vacío, hasta que ella lo atrajo con su mirada. Temerosamente, desvalido, él se inclinó y la besó en los labios.

Más tarde, Steve evocaría hasta el último detalle de aquella habitación: la barra torcida de la cortina, el sucio espejo del armario, los estampados del empapelado de la pared (un entramado de rosas azules) detrás de la cabeza de Linda, cuando él se echó a su lado, saciado para siempre, deslumbrado por aquellos ojos de color genciana que parecían haberse adueñado de él, o casi, mientras su vida entera se derramada dentro de Linda y ella dejaba escapar una risita de satisfacción.

Hacia el mediodía se quedaron dormidos, abrazados. Diana echó un vistazo a la habitación y salió de puntillas. Steve se despertó con el ruido de la lluvia en la calle. Se estiró como si se

hubiera liberado de algún peso y cogió la mano de Linda bajo la sábana. Al otro lado de la ventana el cielo se estaba oscureciendo. En la penumbra de la habitación los trípodes y los focos LED seguían rodeándolos. Despiertos, desnudos, ambos compartieron confidencias al azar. Steve criticó con acritud a su padre, le habló de su soledad intermitente (ahora disipada gracias a ella) y la escuchó hablar de su infancia, que él había empezado a idealizar, imaginando a una hija única criada por padres devotos en una remota vicaría azotada por el viento. Pero ella le paró los pies. Le contó que su padre era un personaje impulsivo, un poco ridículo, cuyos sermones estaban plagados de latinajos que había aprendido del abuelo de ella. En cuanto a Linda, había sido una hija rebelde y desagradecida. Ella despreciaba todo lo que había aprendido de Dios. Con diecisiete años se quedó embarazada y su angustiada madre la ayudó a abortar. Su padre siguió queriéndola, inexplicablemente según ella.

En cuanto a la infancia de Steve, cuando hablaba de ella sonaba reprimida y aburrida. Le daba miedo confesarle sus temores más íntimos, el miedo a que le arrancaran partes del cuerpo que le asaltaba sobre todo por las noches, y explicarle que cuando su padre los abandonó—impasiblemente, sin avisar—él sintió confirmarse el temor que lo había atormentado desde la infancia: nada era estable ni duradero.

—¿Alguna vez has soñado con otra vida?—le preguntó Linda cariñosamente.

Él le confesó que sí. De niño quiso ser cirujano o incluso cura: cualquiera que se dedicara a lo que él consideraba la esencia humana, a aquello que no se desintegraba. Pero su madre quería que se dedicara al derecho o a las finanzas.

—¿A la fotografía no?

—Decía que me acabaría convirtiendo en un inútil como mi padre. —Pero como hacía menos de un año que su madre había muerto y se sentía incapaz de hablar de ella, le preguntó abruptamente—: ¿Y a ti qué otra cosa te habría gustado hacer?

—Nada más—le respondió Linda. Le encantaría interpretar los personajes femeninos complejos, interesantes, de Ibsen y Strindberg, pero su apariencia física no se adecuaba a ese tipo de papeles. Sonrió con cierta amargura—. ¿Por qué me habrá tocado un aspecto tan estúpido? Tengo el carácter de lady Macbeth y el cuerpo de Ofelia.

—¿Estúpido? —Ahora él ya podía decirle sin complejos que era de una belleza desgarradora.

Ella tamborileó los dedos en el pecho de él y volvió a reírse como burlándose de sí misma.

—Tienes un gusto peculiar con las mujeres—le respondió sonriendo.

A la semana siguiente, cuando le llegaron las fotografías del laboratorio, Steve se quedó perplejo. La cautivadora apariencia de Linda lo había tentado a utilizar algunas de las técnicas fotográficas clásicas que tanto detestaba y que a su modelo no le hacían falta: la típica postura de tres cuartos, con los hombros desnudos, los brazos en jarras, las manos a ambos lados del rostro. La había fotografiado de tres cuartos y había usado un potente foco colocado casi frontalmente para iluminar todo el rostro y evitar las sombras, pero con ello apenas se apreciaba la delicada translucidez de su piel. Seguía siendo preciosa, pero había dejado de ser única, curiosamente se parecía a cualquiera.

No obstante, ése no había sido su mayor error. También había sacado las fotos acercándose mucho a la modelo. Era una técnica que usaba siempre en blanco y negro y pocas veces favorecía; a menudo resultaba despiadadamente reveladora. Su gran angular producía una reducida profundidad de campo que desenrocaba el barato empapelado o cualquier otro detalle del fondo.

De aquella especie de niebla Linda emergía en un violento claroscuro. Había tomado la arriesgada decisión de usar un reflector más elevado para realzar sus increíbles ojos. Pero se dio cuenta de que era muy difícil fotografiar aquellos ojos tan separados: parecía imposible fotografiar algunas partes del rostro de Linda salvo disparando desde varios ángulos a la vez. Además, él le había pedido que sobre todo no sonriera, y tal vez por eso no reconocía ninguna de sus expresiones. El rostro de Linda tenía la rígida perfección de una máscara. Llegó a preguntarse si el difusor de algún foco se había caído o si debería de haber usado algún filtro para suavizar la luz. En las fotografías Linda tenía un aspecto fríamente enigmático. Steve incluso sospechó del laboratorio fotográfico.

Tal vez había creído poder poseerla a través de las fotografías. De la misma manera en que cuando salía de excursión necesitaba fotografiar un lugar para poder sentir que había estado allí, ahora la sensación de que ella lo había eludido y de que quizá nunca lograría comprenderla lo exasperaba por completo. Su objetivo apenas había logrado captar un collage de superficies planas.

Para distraerse, desempolvó su vieja cámara de cine Canon y filmó espontáneas escenas de su piso, del paseo marítimo y de Linda. Tal vez filmar a alguien no permitiera penetrar en su alma como mediante el retrato fotográfico, pero en cierto sentido la filmación era un medio más fidedigno. Nadie puede aguantar durante mucho tiempo la risa congelada mientras lo filman. Caminaban en un presente ilusorio creado con la ayuda de la voz y el movimiento. Sin embargo, ellos también eran efímeros e inasibles. Además, ante la cámara nunca se comportaban tal como eran: sonreían afectadamente y hacían el tonto o simplemente se alejaban, como en el mundo real.

A Linda su imagen en la pantalla la dejaba indiferente, pero en cambio las fotografías que él odiaba a ella le encantaban.

—Sí, así soy yo... ¿Por qué estás tan disgustado?... Ésta es bastante buena... y en esta de aquí salgo bastante bien...

No parecía darse cuenta de que en verdad aquellas fotografías no le hacían justicia.

Steve la acompañó a Manchester y Sheffield, donde iba a representarse la obra que ella desdeñaba. Linda alquiló otra habitación y compartieron una estrecha cama. Él se pasaba casi toda la noche conduciendo entre los lugares que ella frecuentaba y su propio trabajo. La vida de Linda entre bastidores tenía para Steve el encanto de la novedad. Los laberínticos camerinos y baños parecían improvisados y austeros comparados con la opulencia del teatro, y sus compañeros actores formaban un extraño clan.

Linda no terminó en el paro como temía. Por el contrario, enseguida le dieron un nuevo papel en una obra que admiraba: era una pieza exigente, no del todo redonda según ella, pero su personaje tenía vida. Varias veces él logró colarse en los ensayos, pero la directora (una mujer nerviosa que parecía un elfo) interrumpía la acción con tanta frecuencia que nunca logró ver la pieza de un tirón. El papel de Linda era más extenso que el anterior. A Steve le sorprendió que interpretara a una mujer mayor que ella: una bióloga que Linda describía como una mujer severa y lesbiana. Él se preguntó cómo conseguiría meterse en un personaje así. Era evidente que ella era demasiado voluble, demasiado frágil. A Steve le preocupaba que no hubieran acertado con el papel.

De noche, en el apretado apartamento de Londres que compartía con dos actrices ausentes, Linda se esforzaba por meterse en el papel. No trataba de aprender de memoria el texto, decía ella, sino de captar cierto tono de voz, de amoldarse al personaje. Tenía la esperanza de que

durante las tres semanas de ensayos la interacción con el elenco de actores la ayudara a interiorizar su papel. Tomaba mucho café, incluso a altas horas de la noche, y estudiaba nerviosamente o bromeaba inesperadamente. Hacían el amor hasta perder el sentido. Al cabo de dos semanas se había aprendido de memoria su papel (el de una mujer madura enamorada de una chica soñadora), pero el personaje seguía resistiéndosele y temía que fuera así siempre.

Hasta que una noche, cuando Steve llegó tarde al piso, la encontró tranquilamente transformada. La fusión con el personaje, que tan misteriosa le resultaba a él, se había producido mientras Linda releía la obra volviendo a casa en metro. La clave, según ella, estaba a la vista desde el principio, en una acotación para su personaje: «SAMANTHA (*con pesar*): Hay cosas que un día llegarás a entender».

La chica que cautiva a la madura Samantha es joven e idealista. Le atrae su inocencia, pero también le entristece. Ésa es la clave del personaje: se está enamorando de la chica que fue de joven.

A tres días del estreno, Steve la llevó en coche hasta Peterborough, donde alquilaron una buhardilla enfrente del teatro, cerca de la plaza de la catedral. Linda le explicó que la directora no permitía que nadie ajeno al equipo viera los ensayos generales, así que Steve deambulaba cámara en mano por el casco antiguo, una isla en medio de la ciudad moderna, y preparaba cenas sencillas para cuando ella regresaba. Linda se disculpaba a menudo por estar ausente: el personaje la consumía por completo. Steve advirtió que la actitud de ella era más seria y autoritaria: su esporádica sonrisa había desaparecido y su voz era más sombría.

Un día Linda dijo que iba sola al supermercado, pero volvió sin haber comprado nada. Al parecer se había dedicado a seguir a unas adolescentes, conjurando en la mente de su protagonista el encanto de su inocencia, imaginándose enamorada de una de ellas, enamorada de un yo anterior que había perdido.

Por alguna razón aquel episodio lo inquietó:

—¡La pérdida de inocencia! ¡Eres demasiado joven para sentir eso!—exclamó Steve.

Y de pronto se preguntó qué edad tenía Linda. Se había figurado que era uno o dos años mayor que él, pero nunca se lo había preguntado.

Una mujer está sentada en la penumbra de un laboratorio mirándose las manos. Permanece inmóvil largo rato. Al fondo, a la altura de su cabeza, cuelga un mapa de Sudamérica donde están marcadas las especies de mariposas según la región. Sin duda es una pedantería del escenógrafo, demasiado intrincada, ya que el público difícilmente puede leer nada a la tenue luz de las candilejas.

Steve se imagina que la mujer es Linda, oculta bajo una peluca canosa y unas gafas. Pero no, se trata de la actriz principal, abstraída en su pasado a medida que las luces bajan. Siente un hormigueo por todo el cuerpo, no tiene ni idea de lo que va a ocurrir. Cuando Linda entra por fin en escena, tampoco la reconoce: es toda una mujer, de unos treinta años, que cruza el escenario para dar una conferencia. Parece más definida y vívida que los demás. Su cabello se ha vuelto caoba. Se mueve con una agilidad atlética, hasta parece más alta.

Y al cabo de un minuto Steve ya sólo tiene ojos para ella, como la otra vez. Por supuesto que hay más personajes (el padre, la hermana, el hombre mayor), pero su interpretación de una mujer inteligente, su voz grave y el frío resplandor de sus ojos llenan el escenario. Él la observa con renovada pasión. ¿Acaso su papel es tan superior al de los demás? La intuición de Linda había

dado en el clavo: a medida que la joven amada pasa de la fascinación por la compleja belleza de los insectos a la clasificación y el análisis de su comportamiento, se va endureciendo. Y lo mismo ocurre en su vida personal: del entusiasmo idealista a la experiencia y la tristeza de la madurez. La premonitoria frase «Hay cosas que un día llegarás a entender» que Steve había oído repetir en el baño se vuelve súbitamente desgarradora. Samantha anticipa y recuerda al mismo tiempo. Y en esa escena está el meollo de la obra: una especie de desencanto lírico e inevitable.

Hacia el final, cuando el primer abrazo deja a la concurrida audiencia con el corazón en un puño, a Steve le sorprende la plausibilidad del amor de Samantha a su pareja (una actriz menuda y un tanto insípida para su gusto). Y el telón baja en esta única licencia sentimental de la obra, mientras se alejan del público a través de un campo de asfódelos.

Esa noche, tras cenar con un abatido elenco de actores (la respuesta del público había sido tibia) ambos regresaron a su buhardilla en silencio. Steve pensó que estaría decepcionada, pero Linda le dijo que no lo estaba. Caminaba con ágiles zancadas, igual que su personaje, y como se había cortado mucho el cabello para poderse poner la peluca caoba, tenía un aspecto extraño con la cabeza perfectamente cincelada, como un muchachito.

Al llegar a casa, cuando Steve la tomó entre sus brazos, supo que estaba abrazando a una mujer distinta. La habitual vivacidad de Linda se había desvanecido y había dado paso a una actitud de resuelta iniciativa. Ella se colocó encima de él y le besó el torso, la garganta. Al principio Steve se sintió perplejo, pero luego la sumisión lo excitó. Linda lo escrutó con triunfante ternura. Él la cogió de los muslos y la contempló sin apenas reconocerla. Sintió las manos de Linda recorriendo su cuerpo, amasándolo como si fuera un pedazo de barro: ella, que parecía tan frágil.

A lo largo de las siguientes semanas sucumbió a esa nueva manera de hacer el amor. Su cuerpo se hizo más sensible y presente. A veces, cuando las manos y la boca de Linda lo recorrían, cuando notaba la nueva fuerza de sus abrazos, a Steve le parecía que se difuminaba, como si los contornos de su cuerpo ya no le pertenecieran. Cuando, jadeando, dijo «Te quiero», ya no estaba seguro de a quién se refería. Sentía una ambivalente gratitud. Las caricias de Linda lo abocaban a la disolución, cuando la lengua de ella penetraba profundamente en su boca apenas sabía ya quién era él. Steve soñó que se entregaba a ella como una mujer.

Cuando la obra dejó de representarse y el teatro reanudó su habitual repertorio de musicales y melodramas, Linda volvió a su piso de Londres: se había quedado sin trabajo. Consiguió uno temporal de secretaria, mientras que los encargos de Steve para un periódico local se le acumulaban en una monótona procesión de tediosos personajes: modelos sólo definidos por su profesión, fotografiados en sus despachos, salas de reunión o instalaciones deportivas.

Cuando a ella volvieron a darle un papel era el de un personaje insustancial y grotesco para una astracanada. Pero ahora Steve se cuidaba mucho de decir que el papel no le convenía: no podía saberlo. Linda afirmaba que con tiempo podía convertirse en cualquiera. Había pasado toda su infancia representando una pantomima creada por sí misma, pretendiendo ser otra, cualquiera menos ella.

Pasó ocho semanas de gira representando la obra, y él la acompañó esporádicamente. Linda había recobrado su yo más impetuoso. Hacían el amor en los bastidores de los teatros vacíos, en los camerinos, de noche debajo de un muelle. Hacia final de año él la había visto actuar en otros

tres papeles. Y cada vez tenía que lidiar con su nuevo personaje. En una ocasión se inspiró en una prima inquietantemente similar a la mujer que interpretaba. La exagerada forma de gesticular y los tics faciales de su prima le dieron a Linda acceso a la psicología de su personaje. En otra ocasión, cuando seguía sin conseguir entender totalmente a su personaje, se vistió con la ropa de éste antes del ensayo general (un sugerente vestido de cóctel) y encontró la pieza que le faltaba.

Steve se preguntó hasta qué punto le afectaban a ella aquellas transformaciones. ¿No quedaba nada de ellas?

—Sí—contestó ella—. Se vuelven extensiones de mí misma. Como un mal corte de pelo. Eres tú y no eres tú—dijo arreglándose el pelo cómicamente—. Cuando se acaba la función, pienso que se han esfumado. Pero no: una vez han sido creadas, se quedan a la espera. Enfermera enojada, comediente, bióloga lesbiana, todas son como fantasmas dentro de mí. Y siempre puedo volver a invocarlos.

Como si quisiera liberarla de esos álgos, Steve volvió a revelar los negativos de las fotografías que había hecho meses antes. Le parecieron menos vergonzosamente mudas de lo que había pensado. En ellas, Linda aparecía tal como era, animada y guapa, algo mayor de lo que recordaba. A menudo se había excedido con la iluminación, o la había hecho posar de manera pretenciosa: eran retratos a imagen de su deseo. No era de extrañar que a veces se la viera incómoda. Era en las películas donde Linda se comportaba de forma más ingenua y natural. Steve había filmado las escenas de forma espontánea y a menudo ella hacía el tonto, a veces incluso parecía una mujer corriente, lo cual lo perturbó: Linda se estaba cansando, pensó, la había estudiado demasiadas veces. Guardó las películas.

Ocurrió en un teatro en West Country, en un lugar que luego olvidó. Había estado conduciendo durante medio día para asistir a un estreno, pero la obra era mediocre y, por primera vez, Linda no parecía diferente al resto sobre el escenario. Steve ya no se fijaba en ella exclusivamente, sino que prestaba atención a la superficial trama del drama. Linda interpretaba a una enfermera agobiada de trabajo, y sus palabras sonaban tan huecas como las de los demás: algún tipo de esplendor se había apagado. Steve echó la culpa a la obra: seguramente no le había motivado lo suficiente. Pero sus recientes papeles (una profesora, un ama de casa) eran de mujeres insignificantes, sin encanto, y ella no había sido capaz de darles vida. Durante el intermedio a Steve le sorprendió que el público aplaudiera. Pensó que debía de estar cansado, y fue al baño para mojarse la cara y despejarse. Pero la segunda parte de la pieza no le pareció mejor.

Encontró a Linda sentada en el camerino con los brazos cruzados sobre la mesa y la cabeza apoyada en ellos. Las luces opalinas del espejo arrojaban una luz fría sobre su cuello blanco.

—El puñetero director quitó la mitad de mi diálogo. Debo de haber sonado como una idiota... —dijo.

—No es cierto...

—Pensó que no lo había hecho bien durante los ensayos, pero yo tenía mi propia interpretación. O a lo mejor sí lo hice mal, no lo sé. Es un capullo—dijo con la voz ahogada, hundiendo la cabeza entre los brazos—. No lo sé.

Él se colocó detrás de ella, la tomó de los hombros y notó que temblaban. Linda parecía tener la piel cetrina. Levantó fatigosamente la cabeza y se miró al espejo. Se le había corrido el rímel por las mejillas.

—Y esa iluminación lateral..., deberían prohibirla. Hicieron algunas fotos de publicidad en el

escenario y parece que tenga cien años.

Alguien llamó a la puerta y ella se volvió de golpe. Tenía la esperanza, él se dio cuenta, de que un compañero la estuviera buscando para felicitarla. Pero sólo era un tramoyista que se había equivocado de camerino.

—Tal vez debería abandonar de una vez el teatro.

Steve se vio a sí mismo detrás de ella en el espejo, como una sombra. No sabía qué decir. El enfado daba a Linda un vulgar aspecto de amargada. Los polvos y desodorantes desperdigados sobre el tocador le parecieron sórdidos, y no reconocía sus ojos, que se habían vuelto inquietos, casi feos.

—¿Por qué demonios no dices nada? Me doy cuenta de que no te ha gustado la función, pero ¿por qué...?

—Yo podría estar equivocado, al público le ha gustado.

—¡Al público! Este público es idiota—replicó mientras empezaba a desvestirse, tirando la ropa en un cubo. A Steve solía excitarle verla quitándose el vestido y descubriendo sus pechos y hombros, pero ahora sólo sentía una gélida aprensión y bajó la mirada. Linda lo observaba a través del espejo.

—No quiero que me mires. —Steve trataba de encontrar unas palabras que no la hiriesen. Los ojos de ella parecían feroces y perdidos—. No tienes nada que decir, ¿verdad? Salvo que no sé actuar y que estoy horrible. —Él la observó mientras se ponía con dificultad una gabardina y se cubría la cabeza con la capucha de algodón de la sudadera—: Es mejor que vuelvas a tu casa.

Terminó tan súbitamente como había empezado. Algo vital en Linda se había desvanecido, como si la hubiera abandonado de la noche a la mañana. Estaba inmersa en la vacuidad de sus papeles más recientes, como si la hubieran absorbido o poseído. Quizá sí era cierto que brillaba más en las personalidades de otros, pues creía en la existencia de los demás más que en la suya.

Steve jamás habría escogido aquella cafetería tan concurrida. La ventana junto a la que Linda se había sentado la iluminaba de aquel modo lateral que tanto odiaba en el escenario. Parecía tensa y estaba pálida. Las manos de ambos yacían inertes sobre la mesa.

—Tú dirás...—dijo ella, como si se tratara de una reunión de negocios. Habían pasado dos días desde la última vez que se vieron—. No tengo mucho tiempo, debo estar en el teatro a mediodía—añadió llevándose la taza a los labios. Steve notaba su enfado contenido. Finalmente, concluyó—: Quieres cortar, ¿verdad?—Y pareció que propusiera un pacto suicida.

Steve sintió que el frío silencio se le echaba encima, pero habló con voz ronca:

—No sé...—Y sus palabras parecían chapotear en su propia culpa.

—¿Qué ha cambiado?—preguntó Linda con la misma voz formal.

Steve habría querido responder «Tú»: ni siquiera sus ojos parecían ya extraordinarios, eran de un gris apagado, pero se limitó a responder:

—No lo sé, pero algo ha cambiado.

—Cuántas cosas no sabes, ¿eh?—Linda había renunciado a los buenos modos, estaba fuera de sí—. ¿Sabes al menos qué edad tengo?

—No—respondió Steve en voz baja.

—¡Claro que no!, porque no te fijas en nada, vives en tu propio mundo. ¿Te das cuenta de que nunca has entendido nada de mí? Nada. Te has limitado a fantasear sobre mí, a mirarme embobado

desde la oscuridad del teatro, eso hacías, admirar una fantasía—dijo, y tras hacer un ruido como de escupitajo añadió—: Pues mira por donde, no soy ninguna maldita fantasía, soy real. ¿Te choca? Y tengo treinta y un años.

Steve la miró a los ojos y ella, desafiante, le aguantó la mirada. Ahora que sabía su edad, le pareció ver a Linda transformarse ante sus ojos, pero tan sólo dijo:

—No me importa tu edad, me parecías preciosa.

—Te lo *parecía*—replicó volviendo a alzar la taza de café a la altura de su cara. Por un segundo, al oír un sonido entre la tos y el sollozo, Steve pensó que Linda se había atragantado. Torpemente, intentó acariciarle el brazo, pero ella lo apartó rápidamente. Cuando recobró la voz, sonaba pétrea—. Steve, ¿alguna vez has pensado que eres un poco farsante?

—¿A qué te refieres?

—¡Todo ese mirar embelesado las caras y los paisajes como si escondieran algo! ¡Tus tonterías sobre la esencia! No, tú estás obsesionado con las apariencias, nada más.

Él empezó a sonrojarse, como le ocurría desde pequeño. Cada vez que lo acusaban de algo, incluso si era mentira, empezaba a sonrojarse. Pero no dejó pasar la oportunidad de vengarse:

—Tan sólo trato de hacer lo mismo que tú, encontrar un centro, un carácter. No es tan diferente, Linda—pero su nombre le sonaba extraño—, salvo que lo que tú haces no dura, ¿no crees? Al cabo de una semana o dos, ha desaparecido. Lo que queda son sólo fotografías publicitarias. Fotografías. Tal vez sean malas, pero eso es lo que queda.

Steve la vio apretar los dientes, sin saber si se debía a que estaba enfadada o a que se sentía miserable, y luego levantarse abruptamente.

—Tengo que irme—dijo con voz gutural y distante.

Él sabía que no era verdad, apenas eran las once, pero dejó de sentir rencor cuando pensó: «Así que se marcha, no la volveré a ver», y de pronto se oyó preguntando:

—¿Qué vas a hacer ahora?—Se refería a los futuros meses, años.

Linda rumió un instante, y de pronto se echó a reír.

—Voy a regresar al primer acto. Eso es lo que hacen los actores cada noche.

Él también se levantó, como para abrazarla, pero las manos de ella lo rechazaron, agitando en el aire las palmas extendidas.

—No—le dijo Linda mirándolo de pronto con una inmensa tristeza. Luego lo apartó y se dirigió a la puerta.

Steve hizo ademán de detenerla: podía resistirse a su enfado, pero no a sus lágrimas. Pero Linda no lo vio. Le habría pedido que siguieran juntos, sin embargo al final pensó que era mejor que no lo hubiera hecho.

Navegando a través de los caóticos sueños de internet, acaba en webs de consejos sobre maquillaje para simular ojos rasgados: cómo trazar con el delineador la raya de abajo hasta juntarla con la de arriba en la comisura del ojo. Algunas páginas ofrecen cirugía plástica para reducir los ojos rasgados; otras muestran cómo conseguirlo mediante cirugía facial. Hay chinas bendecidas con una puntiaguda comisura de ojos y preciosas mujeres negras de aspecto felino.

Steve observaba las imágenes sumido en una fatiga hipnótica. Era como una enfermedad en la que los días pasaban sin que se diera cuenta. Tenía cinco entregas de trabajo retrasadas. Contemplaba esas caras como si fueran ficciones (y algunas lo eran). Y también deambulaba por

las calles. Durante meses en su mente sólo había existido ella, eclipsando a cualquier otra persona a su alrededor. Ahora, con distante fascinación, él se fijaba en las mujeres que paseaban por las tiendas, las mujeres de los anuncios, las mujeres de las portadas de las revistas.

Buscó en la web dobles de Linda, y encontró actrices coreanas y finlandesas de ojos estrechos e incluso dibujos animados con forma de pájaro. Sólo en una ocasión la encontró tal como la recordaba, o casi, pero nunca volvió a localizar la página web. Como las fotografías de Linda le hacían pensar demasiado en ella, las quemó. La forma en que lo había atacado aún le escocía de vez en cuando, como una espina clavada. Naturalmente estaba equivocada: las apariencias eran algo más que la mera superficie. El mínimo rasgo facial podía revelar el carácter de una persona. Incluso la sutil curva que comenzaba a perfilarse en el esternón (él había capturado la de ella con su Leica) desvelaba algo exclusivamente personal e íntimo. En la televisión vio a una mujer (una grácil bailarina) en la que ese presentimiento era tan insoportablemente elocuente que tuvo la necesidad de conocerla, pero ella formaba parte del cuerpo de baile y por los créditos era imposible saber quién era.

Descubrió un juego de ordenador llamado *En Busca del Grial*. El héroe del juego se internaba por castillos laberínticos, escalando almenas y forzando puertas, luego recorría pasajes cuyas puertas se sucedían una tras otra de forma casi interminable. Abría habitaciones con paredes cubiertas de cortinas y al correrlas descubría algún secreto que a su vez llevaba a otro secreto, y así continuamente. Y todo eso podía hacerlo usando el teclado. Naturalmente, a veces cogía caminos equivocados o sin salida—su héroe era un simple humano—, pero luego volvía sobre sus pasos y se adentraba más lejos y profundamente, hasta que la partida concluía porque había cometido demasiados errores.

El héroe volvía entonces al punto de partida. Debajo del personaje se podía leer la leyenda: «Jamás me rendiré». Aunque era consciente de que se trataba de un ardid del creador del juego para animarlo a volver a intentarlo, pensó: «Esta vez...».

Esta vez se abrirá la última cortina. Tal vez tarde días en llegar al final, pero las puertas se abrirán una a una. Ahora me las conozco mejor. En ciertos puntos del juego uno puede anunciar una decisión en alto, de manera que mi héroe entona: «Elijo la segunda puerta a la izquierda, para entrar en el aposento verde...». Si uno es lo suficientemente hábil, la ruta elegida lo conducirá al final perfecto. Pero no consigo saber dónde está ese final: cometo demasiados fallos, entro en las salas equivocadas, o yerro por pasillos que no llevan a ninguna parte.

Me cuesta despegarme de la fantasía y volver al mundo donde brilla el sol. Sin embargo, hoy tengo que fotografiar una boda en una iglesia. Hace tiempo que no hago nada parecido. El novio, un joven hombre de negocios, le saca una cabeza a la novia, que camina hacia el altar tomada del brazo de su padre con una mirada temerosa bajo el velo. Es rubia y rolliza. Saco algunos primeros planos cerca del altar, y la cabeza calva como una bombilla del cura se tambalea entre ambos. Cuando la congregación se pone en pie para cantar *Love Divine, All Loves Excelling*, una de las niñas que hace de dama de honor deja caer su ramo de flores y empieza a caminar hacia la salida. La congregación no sabe si reírse o preocuparse. Pero la otra dama de honor (una preciosa joven) coge a la niña en sus brazos y no la suelta.

Tengo dificultades para leer la luz del claroscuro del presbiterio, pero logro fotografiar el momento de los votos matrimoniales, cuando la novia da el sí de forma inaudible y él, retumbante, como un mayordomo. El recorrido de vuelta por el pasillo, ella con el velo echado hacia atrás y

sonriendo, y la salida bajo una lluvia de confeti, son ideales para la cámara, y detrás de ellos la damita de honor está jugueteando con su pequeña corona de madreselva, como si lo hiciera expresamente para mi objetivo. Los padres de la pareja se unen a ellos para una foto en el pórtico de la iglesia, y durante un rato sólo puedo ver rostros brillando en el calor de junio, ataviados con anchos sombreros y flores en el ojal. Las damas de honor brillan en vestidos satén de color rosa pálido, mientras que los novios se miran como sorprendidos por lo que acaban de hacer. Entonces, mientras busco primeros planos, llega flotando hasta mi visor el sobrenatural esplendor de un par de oblicuos ojos verdes. Durante un instante se fijan en el objetivo, como si lo atravesaran y me miraran a mí, pero de inmediato se desvían y se pierden entre los demás.

En la sala de baile de un cercano hotel, donde los canapés y el champán circulan entre una muchedumbre de invitados poco fotogénicos, yo me fijo en todo aquél que parezca importante. Aunque ahora ya sé que hay personas cuya aura de prestigio es nula, y cuando al final entrego las fotografías a los padres de la novia, siempre acaban gruñendo: «Pero si no están los...» o «¿Dónde está la señora...?». Yo hago lo que puedo. El padre del novio, al menos, es un hombre guapo, y también logro sacar algunas sagaces fotos de los invitados riéndose del fatuo discurso del padrino de boda.

Y entonces la encuentro de nuevo: está sola, no está riendo, y el satén que tan inocente les queda a las pequeñas damas de honor cae de sus hombros desnudos con un brillo rojo coral, realzando su alta figura de pechos altos. En ese momento parece muy joven. Los extraños y vívidos ojos se fijan en mi cámara con una mirada inocente.

Cuando concluyen los discursos, el padre de la novia reúne animadamente a los novios para otra foto. Mis focos ya están preparados en otro cuarto cercano: la pareja y sus entrometidos padres posan de forma tan poco natural que tengo que recolocarlos continuamente, mientras crece mi temor a que los invitados se estén dispersando, a que ella se marche.

Y cuando vuelvo, ya no está. El novio me ofrece una copa de champán, pero ésta tiembla descontroladamente en mi mano y acabo dejándola en una mesa. No han pasado ni veinte minutos y ya no está. Buscó en los pasillos y en el parking. Me duele la barriga. Cuando la pareja vuelve a juntarse para cortar el pastel de boda, ella sigue sin aparecer, y yo fotografío distraídamente la pretenciosa ceremonia desde todos los ángulos, mientras que la Leica tiembla en mis manos. En cuanto acaban, guardo mis cámaras y me dirijo a los lavabos arrastrando los pies por la alfombra. Delante de la pila me entran arcadas, pero no consigo vomitar. Empieza a dolerme la cabeza. Dos invitados entran riendo para orinar. Me miro al espejo y me arreglo el pelo.

Fuera, en el pasillo, de la puerta de enfrente del baño de mujeres sale la damita de honor con la cara llena de lágrimas secas, y se vuelve para abrazarla a ella, que la sigue; luego regresa corriendo a la fiesta. La miro a los ojos como un idiota, y ella, apoyando la espalda en la pared del pasillo, me dice:

—Ah, tú eres el fotógrafo.

El fotógrafo. ¿Cómo lo ha dicho? No estoy seguro, pero me ha parecido notar cierto desdén en su voz: yo no soy uno de los invitados, sólo el fotógrafo, un empleado. Oigo mi propia voz, como si la escuchara desde fuera, diciendo cosas que no quiero decir.

—Ah, no, no soy el fotógrafo, le estoy haciendo un favor a alguien, es una especie de...

Ella me está mirando con esa terrible inocencia suya. Mis palabras se disuelven. ¿Qué estoy diciendo?

—Entonces, ¿a qué te dedicas?—me pregunta.

¿De verdad está interesada? Parece la Madonna de Rafael. Un mechón de pelo caoba, trenzado con gardenias, se desliza por su espalda. Y la misma voz, que es la mía, responde:

—Estudio en el seminario. —¿Cómo he llegado aquí? Debe de ser su cara, su cándida mirada. Tal vez son las flores en su cabello, o la ceremonia nupcial. Tan pronto como digo esas palabras, me arrepiento, pero ya no puedo desdecirme—: ¿Y tú a qué te dedicas?—le pregunto

—Trabajo en una agencia inmobiliaria. —Y menciona el nombre, por si me suena.

—¿Y cómo te llamas?—Qué torpe, qué descarado, tierra trágame.

—Me llamo Rebecca Ryan. ¿Y tú?

Ay, madre mía, si no soy el fotógrafo, ¿quién soy?

—Me llamo David Sykes. —¿De dónde ha salido ese nombre? Me estoy hundiendo en el fango, cada palabra me hunde un poco más, nunca tocaré fondo. ¿Acaso pienso que David Sykes suena importante? Mi sonrisa expresa cierta súplica, como si pidiera perdón por algo inconfesable. Sus serenos ojos se posan en mí, y no sé si su pureza le permite ver a través de mí, o si por el contrario la inocencia le impide ver cualquier cosa.

—Tengo que buscar a esa mocosa—dice señalando el lugar por donde la damita de honor se ha ido corriendo—. Se ha lastimado la rodilla.

Y desaparece.

Me aferro a su nombre como un tesoro. Inquietante aliteración. Incluso sé dónde encontrarla. Eso en sí ya es un milagro. Vuelvo a poner mis focos y cámaras en el coche. Tengo que dar marcha atrás a la mentira que he puesto en circulación. Tengo que volver a ser yo.

Richard se ha ido. Se ha mudado a Glasgow donde tiene un nuevo trabajo y donde vivirá con su prometida: una chica guapa y antipática que se llama Sheila. Creo que el cambio se debe a la muerte de nuestra madre. Ignoro cómo me ha afectado a mí. A veces hablo con ella de noche. Evidentemente, el piso está más vacío sin Richard: echo de menos nuestra rivalidad y nuestras conversaciones sobre nuestra madre, que la mantenían con vida. Esparcimos sus cenizas en los acantilados de Telscombe. No sé por qué hace tanto frío aquí en junio. A menudo no puedo sentir las piernas. Debería dejar de fumar hierba.

Cuando reciba la herencia de mi madre, me compraré una casa. Pero ésa no es la razón por la que reviso una lista de agentes inmobiliarios locales y reconozco el nombre de Rebecca. La oficina está en el centro de la ciudad y cuando paso por delante, caminando por la acera opuesta, la veo sentada frente al ordenador casi al lado de la ventana. Lleva tejanos y una blusa blanca. Abro la puerta frente a una hilera de mesas. Ella se sienta al final, la cabeza inclinada. Antes de que alcance su mesa, un joven pregunta «¿En qué puedo ayudarlo?» y me señala una silla. Me da un formulario para rellenar: características de la vivienda, presupuesto, hipoteca. No me atrevo a mirarla. Me la imagino escrutándome. Esos ojos increíbles serían capaces de adivinar todo lo que escribo. De modo que acabo poniendo David Sykes en la casilla de nombre y apellido, pero añado mi verdadera dirección y un precio más elevado del que puedo pagar.

El tipo que me atiende es solícito y complaciente.

—Le voy a asignar un agente—me aclara.

—Gracias—le respondo sin mirarlo a los ojos, me levanto sin esperar y me siento delante de ella.

Ella alza la mirada tranquilamente, sin reconocirme, y le sonrío dubitativamente. Cuando lee

el formulario que he rellenado, no observo en su cara el menor atisbo de reconocimiento. Quizá haya soñado nuestro encuentro. Sacando unos archivos me pregunta si prefiero una propiedad de algún período en concreto o algo moderno. ¿Es importante que tenga garaje? El parking en la vivienda aumenta el precio. ¿Necesito un jardín? Ah, preferiría algo fuera de la ciudad, un lugar más tranquilo; no es fácil de encontrar ese tipo de vivienda en estos días. Su risa es un distante tintineo. Me enseña una casa de campo más allá de los suburbios situados al noreste.

—Precisa algunas reformas—me comenta, e imagino que estará hecha una ruina—. Puedo programarle una visita si quiere.

Así que, por lo visto, podría haber usado mi nombre auténtico, ya que no me reconoce. Podría haber empezado desde cero. Sin embargo, no se me ocurre ninguna excusa para justificar el haber escrito un nombre falso. ¿Un error inexplicable? ¿Una broma? Aguarda a que le responda sobre la casa de campo, y yo escruto esos ojos rasgados: son de un verde precioso y opalino. Finalmente, murmuro:

—Sí, me parece bien.

Entonces, con la misma expresión, me pregunta:

—¿Y cómo le va a Dios?

—¿Qué?

—Quieres dedicarte al sacerdocio, ¿no?

Así que se ha acordado desde el principio. Me estremezco con una mezcla de alivio y terror. Ella se echa a reír.

La casa de campo se encuentra al final de un camino pedregoso al borde de unos pastos. No sé si finalmente me la enseñará ella. Hace bochorno, pero me imagino el viento de invierno soplando por estos campos. A través de la ventana puedo ver que no hay nadie en la casa. En el descuidado jardín hay una piscina de hormigón cubierta de juncos, y un gato rubio desaparece entre las flores de un arriate cubierto de alceas.

No podría vivir aquí: no hay nada que le haga a uno sentirse en casa, ninguna comodidad bajo estos cielos abiertos. En un lugar como éste tan sólo es posible temblar, no hay absolutamente nada. Yo quiero una casa cercada, privada, un lugar acogedor.

A mucha distancia veo un coche plateado avanzando por el camino. Lanza destellos bajo el sol como en señal de alarma. Ella sale del coche, sola, sosteniendo una carpeta. Se acerca a mí sonriendo. Deseo decirle mi verdadero nombre y profesión.

—¿Te han dejado salir del seminario?—pregunta conforme se acerca.

—Sí, ahora estamos de vacaciones. —La mentira sale sin siquiera pensarla.

Ella abre la puerta de la casa, que chirría, empujando una pila de correo comercial tirada por el suelo. Noto un intenso aroma a humedad. Caminamos a través de habitaciones que podrían haber sido abandonadas hace años. Pero las camas todavía están hechas, y en los estantes de la cocina hay tarros de café enmohecido. Cuando tiro de una cortina de encaje, se desgarran en mi mano. Hay un gorrión muerto en la repisa de la ventana.

—El dueño vive en Canadá y tiene prisa por venderla, lamento lo del olor. —Es extraño caminar con ella a los pies de una cama de matrimonio. Las sábanas están agujereadas por las polillas. Todavía queda una crema de manos en la mesita de noche de la mujer. La del hombre está vacía—. No sé por qué se marcharon. —Sus hombros rozan los míos. Me imagino una intimidad

fantasmal: la de ellos o la nuestra—. Sé que todo es bastante espeluznante, tienes que imaginártelo vacío, David.

Ya me siento más ligero, vagando por la vida de otros. Y ahora no tengo nombre y he perdido mi profesión.

—No me puedo imaginar viviendo aquí—le respondo de inmediato.

—Sinceramente, yo tampoco. Debe de ser deprimente en invierno. —Y se dirige al lavabo.

Mientras tanto, me miro en el espejo del dormitorio y me pregunto quién fue la última persona que se miró en él. Me había imaginado que estaría demacrado, pálido, que tal vez ni siquiera me reflejaría. No obstante, veo un rostro enardecido y apasionado, con el pelo castaño.

Salimos afuera aliviados y permanecemos bajo el sol. A ella le encantan ese tipo de encuentros, le gusta vincular a la gente con los lugares. A veces los compradores parecen conocer su casa de antemano, y las reconocen. Otros se sorprenden cuando descubren las cosas que les gustan o lo que son capaces de hacer cuando tienen que renunciar a ellas. Le gusta ver cómo nace la certeza en el rostro de las personas. Luego bromea sobre las desventajas de su trabajo: las drásticas ideas de los clientes, los compromisos de venta rotos ante una oferta mejor, las envidias de los compañeros. Muy pronto empieza a mostrarse más pícara, parece confiar en mí, aunque quizá confíe en todo el mundo. Si esos ojos tan magnéticos no iluminaran su rostro, hasta podría parecer ingenua. Me dice que ahora que ya sabe lo que busco, como tienen otras propiedades, se pondrán en contacto conmigo. Y en todo momento yo escucho su cadencia al hablar, un poco áspera y formal, que desemboca en una risita. Ya ha abierto la puerta del coche cuando le digo:

—¿Te apetecería cenar conmigo algún día?

Por primera vez parece sorprendida, y me mira de arriba abajo.

—De acuerdo.

Observo alejarse el coche plateado traqueteando y reluciendo por el camino. Acuno en mi interior su asentimiento y me repito a mí mismo: «Soy David Sykes. Soy un creyente cristiano. Estoy estudiando en un seminario en Londres». Al menos de momento, hasta que sepa qué hacer. Tal vez llegue a vivir un día en una casa que haya elegido ella. Pero no aquí, no en una colina azotada por el viento. El silencio es espeluznante. Necesitas oír el sonido de otras personas (aunque no demasiado cerca). Y el cielo no puede ser infinito.

Antes de que llegue a mi casa para cenar, oculto todo rastro de mi anterior identidad: incluso el nombre en el timbre. La ausencia de libros teológicos puede explicarse fácilmente (al fin y al cabo, el piso es de Richard), pero los focos y los reflectores debo guardarlos en los armarios.

Ella bebe a sorbos el gazpacho y come las chuletas demasiado hechas con aparente gusto. Siente curiosidad por todo: mi vocación, mis pasiones, la separación de mis padres. Por alguna razón le parezco fascinante. Proviene de una familia estructurada y ha estudiado en un colegio privado. Irradia confianza. Sé que es posible advertir cierta amargura en mí cuando pienso en cómo nos abandonó mi padre y en mis estudios escolares interrumpidos, y en Richard, que salió indemne de todo eso, y en el estremecedor vacío de la ausencia de mi madre. Rebecca me escucha con deslumbrante intensidad. Toda la noche anhelo besar sus labios, carnosos y grandes en un rostro un poco alargado. Y en la puerta, cuando se dispone a irse, de repente lo que es un abrazo formal de despedida deja de serlo, y empezamos a besarnos, y siento su cuerpo firme contra el mío, y sus ojos atravesándome antes de cerrarse. Empezamos a hablar incongruentemente en el pasillo del edificio, hasta que tiro de ella haciéndola entrar en el piso. Al cabo de un minuto

estamos entrelazados en el sofá, su blusa desabrochada, su espalda suave entre mis manos. Ella susurra que nunca la habían hecho sentir tan confusa (y ya tiene veintidós años).

—¡No puedo ser el primero!

Bueno, hubo otro, un error. Ella se ríe. No es «del todo» virgen. ¿Y yo? Cuando le hablo de Linda y Cleo, dejo de pensar en ellas como traiciones mías y empiezo a verlas como silenciosos preludios de Rebecca. No está bien, lo sé: ver a mis amantes como escalones que conducen a la siguiente. Pero eso es lo que siento. Más tarde, acostados en mi cama, ella se suelta el cabello caoba, que le cae sobre los hombros. Cuando hacemos el amor, se muestra repentinamente infantil e insegura. Ahoga sus gemidos de placer como pidiendo disculpas, nunca abre los ojos. Al alba se despierta de golpe y dice que debe marcharse. Vive con sus padres, y tiene que entrar de puntillas en su casa.

A veces me hace sentir viejo. Le impacienta cualquier pesar o percance. En cambio, según dice, todo en mí le parece extraño y profundo. Ya en la boda pensó que yo parecía estar tan abstraído en lo que estaba haciendo que acababa eclipsando todo lo que había a mi alrededor.

—Sólo estaba abstraído cuando te fotografiaba a ti.

Eso sigue siendo cierto. Sólo tenemos un día de fiesta, pero consigo fotografiarla con diferentes luces y ropa. Aquí se la ve en un jardín junto a una pared de rosas blancas, su propia belleza blanca y majestuosa, de perfil, sonrosada por el sol. Y aquí posa entre árboles moteados, con una camisa que he dejado abierta sobre sus pechos. Sus ojos de color verde brillan ante la cámara. Y aquí se la ve sentada en un muelle junto al mar, envuelta en jerséis en contraste con un cielo amenazante, fingiendo que está borracha. Y aquí posa esculturalmente en el balcón, con un vestido negro, los labios fruncidos en forma de beso inacabado.

Pero a veces actúa con mucha seriedad. Entonces me empieza a preguntar sobre mi futuro, el seminario, mi fe. Creo que Dios ha significado tan poco para ella que ni siquiera se ha molestado en descreer de Él. Me estremezco con cada una de sus preguntas. Ya ha pasado un mes, y en teoría debería de haber regresado al seminario, así que empiezo a improvisar otra vez. Ésos son los momentos que más temo. Sé que hablo de forma evasiva. Ella imagina que soy alguien muy reservado, y lo soy, ¡que sí lo soy! Cuando estoy con ella, temo toparme con conocidos. Cree que no tengo amigos, que soy un ermitaño incorregible. Cuando me lleva a conocer a sus padres, me doy cuenta de que no les gusto. Su padre me interroga obstinadamente. Más tarde Rebecca me cuenta que son personas conservadoras y estiradas, justificándose a sí misma lo que sea que le han dicho ellos sobre mí. Es tan imposible seguir con esto como ponerle fin.

A veces, cuando la acompaño a las casas que está vendiendo, percibo su contagioso optimismo. Anima a los clientes más reticentes pintando cuadros de habitaciones redecoradas y jardines arreglados, y conjura la magia de una cornisa o una escalera rediseñada. Transmite una especie de luminoso candor. A menudo señala abiertamente algún defecto o aberración de la casa, como si en realidad no quisiera venderla. Esa franqueza no es táctica, dice simplemente lo que piensa. Pero inspira confianza, por supuesto, y de vez en cuando sorpresa. A veces intento imaginarme la casa en la que viviríamos juntos.

Me he acostumbrado a que me llame David. Steve se está desvaneciendo hasta convertirse en un extraño. La semana pasada paseé por un seminario en Londres imaginando que era el mío. Incluso he leído obras teológicas (Barth y Tillich): me parecieron aburridas al principio, pero ya no. Creo entender la belleza de una fe que no puedo compartir. Pueblo el seminario de amigos

para satisfacerla a ella, y éstos luego parecen cobrar vida propia: el severo, el inocente, el enigmático. Formulo problemas de conciencia y de duda; me imagino un suicidio. ¿De verdad son tan distintos de mí? A veces me miro al espejo y mi cara me resulta extraña. Si uno mira durante el suficiente tiempo, el reflejo acaba siendo el de otra persona. Tengo un poco de miedo, mi casa ahora está a oscuras y demasiado silenciosa.

Tenía que pasar. Ocurre tras regresar de un tranquilo día junto al mar, el último, ahora lo sé, en paz. En cuanto abro la puerta me doy cuenta de que algo va mal. Rebecca dice:

—Vaya, creo que ha vuelto tu hermano.

Debería haber dado media vuelta en ese preciso instante, inventarme cualquier excusa, llevarla a casa. Sin embargo, me quedo en blanco. Camino como un sonámbulo detrás de ella hasta el salón, y allí está Richard, a un tiempo cortés y rudo, como de costumbre, con los brazos en jarras, y todo mi equipo fotográfico (focos, trípodes, baterías, difusores) apilado junto a la puerta de su dormitorio.

—Hola, Steve, he vuelto a casa antes de lo previsto—dice ofreciéndole la mano a Rebecca—. Soy Richard, el hermano de Steve.

—¿Steve?

Ella le tiende la mano rígidamente. Yo lo miro desesperadamente, haciendo señas para que se calle, pero él no se da cuenta, y si lo hiciera probablemente seguiría hablando. Cómo lo odio.

—Steve, ¿qué demonios hace todo tu equipo fotográfico en mi armario? ¿Ya no recibes encargos?

Desconcertada, Rebecca apostilla:

—Ha estado en el seminario...

—¿Qué seminario? ¡Steve! ¿Qué seminario?—Y de inmediato añade—: ¡Pero si Steve es ateo!

Ella me clava los ojos. Nunca olvidaré su cara. La mía está ardiendo. Paralizado, soy incapaz de pronunciar palabra. Tengo la sangre helada.

Por fin Richard se da cuenta de que hay algo raro.

—Tengo la sensación de que sobro aquí—dice cogiendo las llaves de su coche, y se marcha.

Rebecca sigue clavándome una gélida mirada de profunda confusión.

—Di algo—susurra por fin.

—No sé qué decir. —Salvo que querría morir.

—No eres David Sykes. —Su confusión se está transformando en terror—. ¿Quién es David Sykes?—pregunta como si pudiera encontrarlo en otro lugar.

—No lo sé.

—Y el seminario..., ni siquiera estás en el seminario. Ni siquiera...

—No—susurro.

—Así que todo era mentira, todas las personas de las que me has hablado, el que se ahorcó... Todo mentira...

—Fue un cuento. —Pero incluso ahora sigo creyendo que tenía algo de real. Como una verdad paralela. Al haberla creado yo, tenía la impresión de que realmente había ocurrido, aunque ella eso no lo podía saber.

Ahora su desconcierto se ha transformado en muda repulsión. Sus ojos tienen la finalidad del metal. Me está mirando como si no fuera del todo humano, como si fuera un reptil.

—¿Por qué? ¿Pero por qué?—pregunta finalmente.

—Quería gustarte...—Qué abyecto suena.

—Tú estás loco—dice ella—. Tienes que estar loco.

Cuando la vuelvo a mirar, su expresión ya no es la misma, sé que la he perdido. Pertenecía a David Sykes, y él nunca ha existido. No puede soportar mirarme ni un minuto más. Al oír las palabras de Richard había dejado caer el bolso al suelo, pero ahora se lo pone al hombro y se echa el pelo hacia atrás.

—Ya puedes volver a ser tú mismo..., si es que sabes cómo hacerlo. Pero conmigo no cuentas —me dice antes de marcharse.

El edificio empieza a desmoronarse, y las ventanas que se asoman a la orilla repiquetean y gotean con el viento. Trozos de yeso caído cubren la escalera del sótano, y en el tiesto de flores junto a mi puerta sólo hay geranios muertos. Richard se fue de nuestro antiguo apartamento, y yo no podía pagar un alquiler completo ni habría podido soportar compartir casa de nuevo. Aquí me siento seguro, pese a la humedad. Los demás inquilinos normalmente desvían la mirada, temerosos de entablar conversación. No sé quién es el propietario, pago el alquiler a un agente. Tal vez no haya un propietario.

Richard es impasible ante mi sufrimiento, por supuesto. («¿Qué esperabas si no paras de fumar esa mierda?»). Me advierte que si empiezo a tomar coca estaré acabado; pero no tomo mucha, y me devuelve un mundo vibrante, al menos de momento. Dice que vivo en mi fantasía, pero no lo entiende. A él no le importa vivir aletargado. En cualquier caso, se ha marchado a Escocia.

Casi he resuelto *En Busca del Grial*. Había un pasadizo secreto que llevaba directamente desde la mazmorra hasta el torreón. También internet es fascinante: he encontrado una página web llena de mujeres con ojos rasgados, tres o cuatro de ellas son preciosas; pero esta noche no puedo acceder a sus páginas, mi ordenador va muy lento, y en cambio no dejo de ver la imagen de una cabeza con máscara a la luz del fuego. La piel me escuece, sobre todo de noche, y no puedo dormir. Consigo quitarle la máscara, y alguien dice: «¿Por qué me miras?». A veces me cuesta respirar, apenas hay oxígeno aquí abajo. Pero conservo sus fotografías, las fotografías de todas, no falta ninguna. Son más, sólo más: una actriz sobre el escenario y una mujer negra con un vestido carmesí que mira fijamente a la cámara sin decir nada. A menudo me late el corazón demasiado rápido y siento algo de culpa. El doctor me lo advirtió, pero él tampoco lo entiende. Y ahora vuelve a latir rápido, sabe que Rebecca está cerca. La estrecho entre mis brazos. Rebecca, no puedes irte, ya no. Te aprieto contra mi pecho, mis brazos te rodean. Mueres suavemente entre mis brazos, no sufres demasiado, y te dejo en el suelo.

La mantengo cerca de mí, aquí, ahora, justo debajo de las tablas del suelo. El propietario no se dará cuenta, y si lo hace, no lo reconocerá. Así que ella ya no puede volver a abandonarme. Todos creen que no hay suficiente espacio para esconder un cuerpo entre las tablas del suelo y el hormigón, pero es delgada, y noto sus ojos justo debajo de mí cada vez que me dirijo a la cocina o al baño...

Con el tiempo llegó a enamorarse de otras mujeres: de una diosa omnipresente y de una alienígena de piel azul que salían en las películas del cine local. Más tarde se compró los DVD, pero se acabó cansando de verlas tan a menudo. Pasó una época prendado de un maniquí que vio en el escaparate de un centro comercial cercano. Siempre volvía al lugar donde lo exponían para

admirarlo. Todos dicen, pensó, que esas figuras no tienen vida, que no tienen autonomía, pero al final tienen la vida que nosotros les otorgamos, y eso no es muy distinto a como amamos a las personas.

Sus ídolos siguieron siendo solitarias fijaciones. Se compró una muñeca hinchable de tamaño natural con facciones orientales que yacía a su lado la noche en que se produjo el incendio. Se estaba carcajeando antes de atragantarse y perder la conciencia, en un típico ataque de hilaridad histérica por efecto del cannabis. Las llamas fundieron su archivo de fotografías y el abandonado equipo fotográfico mucho antes de alcanzarlo a él, y consumieron los tablones del suelo donde yacía el imaginario cuerpo de ella.

6

EL COLEGIAL

En verano, cuando la luz del sol se filtra a través de la ventana de la planta superior del edificio y baña la desgastada moqueta de la escalera, cualquier inquilino podría detenerse en el silencioso rellano e imaginarse una vejez de plácidos recuerdos, reconciliada con el pasado. Sin embargo, en invierno, las gaviotas, impolutas y amenazantes, se posan en las barandillas de la escalera de incendios, dejando caer su guano en la herrumbre y la pintura desprendida. El frío se cuele a través de las grietas de las ventanas, y aparecen manchas de humedad en las paredes de los pasillos. Incluso de noche acuden a la azotea las gaviotas, graznando y gimiendo, y es posible oír sus ganchudas garras arañando las tejas y el ulular del viento. Entonces la impresión de estar siendo asediado se apodera de uno: como si las cosas, poco a poco, se estuvieran desintegrando irreversiblemente.

El inquilino más anciano, apenas unos años más joven que el propietario, oía desde su cama los graznidos de las gaviotas, y en sus sueños imaginaba que se trataba de los maullidos de unos gatos o los gritos de unos niños. Llevaba postrado en cama una semana: su rodilla derecha se había hinchado hasta el doble del tamaño de la otra. Se dormía escuchando música clásica en la radio, y así se olvidaba del dolor. Cuando iba cojeando al lavabo, tenía la impresión de que su rodilla cedería en cualquier momento, y aguardaba la operación de la articulación con una especie de alivio nostálgico, como quien se separa de un viejo enemigo.

De pequeño parecía propenso a sufrir accidentes que luego no le dejaban secuelas. Cuando se cayó de un árbol se lastimó las lumbares, pero tardó menos de un día en recuperarse. También recordaba que el cartílago de una rodilla se le salía de sitio cuando jugaba a fútbol, pero ocurría con tanta frecuencia y era tan indoloro que había dejado de prestarle atención. Sin embargo, cincuenta años más tarde, la debilidad hizo su aparición como un doloroso fantasma, y con los años él se iba volviendo cada vez más frágil, a medida que los músculos de sus muslos y pantorrillas se encogían. Divertido y un poco horrorizado, pensó que su cuerpo estaba lleno de recuerdos de aquel tiempo anterior a la adolescencia, cuando sus padres lo enviaron a un internado. Hacía tiempo, caminando demasiado deprisa las noches de invierno, empezó a sentir un escalofrío en la tráquea cuyo origen era el topetazo que se había dado con otro niño más voluminoso de su clase jugando al rugby setenta años atrás, y ahora todas las mañanas sentía un dolor en la base de la espina dorsal. Cuando examinaba sus brazos se daba cuenta de que la piel nunca había llegado a cubrir del todo las diversas quemaduras que padeció tratando de hacer una hoguera, ni la cicatriz que surcaba sus nudillos (una navaja se le había resbalado de las manos).

Tal vez fuese el recuerdo de una herida lo que le hizo pensar en la escuela aquella noche, una escuela preparatoria como tantas otras al borde de los brezales de Berkshire, donde pasó su infancia, en la que los momentos de júbilo y miseria se alternaban. O tal vez las volutas de humo que se filtraban por debajo de la puerta del dormitorio resucitaran momentáneamente la ceremonia del bosque, de noche junto al lago rodeado de rododendros, cuando tenía ocho años.

Incluso ahora le conmovía pensar en lo rudimentario que era todo aquello: el trono del Mago era una frágil estructura de palos atados con una deshilachada cuerda, y el fuego sagrado no era más que una pequeña pirámide de ramitas ardiendo. Sin embargo, pensó, no dejaba de ser increíble que se hubieran atrevido a reunirse en aquel lugar, escabulléndose por una ventana de la clase casi a medianoche, agachándose al abrigo de los árboles donde cualquier maestro podría haberlos descubierto. Y si Matron hubiera inspeccionado los dormitorios se habría encontrado con seis camas vacías. Era ese peligro compartido (más que las contraseñas o las jerarquías establecidas) lo que unía a los miembros de la Sociedad de la Serpiente.

Nada de lo que le ocurrió más tarde en la vida llegó a inspirarle la emoción y el terror de su propia iniciación. Cuando le quitaron la venda de los ojos no sabía quién se escondía detrás de cada máscara, sólo reconoció el cuerpo voluminoso de Fatboy sujetando su palo como un cetro. Y a la luz del fuego se cernía la figura del Mago entronizado. De su máscara blanca como la muerte pendía una melena leonada y brotaban cuernos de toro, y la voz ahogada que surgía había dejado de ser la de Tansley, y sonaba a encantamiento: «Repetirás conmigo las palabras secretas de la Sociedad de la Serpiente... Ahora da un paso al frente, alza tu mano izquierda...». Y cuando le prendieron el broche ceremonial su pertenencia al grupo había quedado sellada para siempre.

Springdown no era tanto un internado como una casa de campo en decadencia, donde el terreno más allá de las canchas de juego descendía hasta un lago rodeado de árboles y matorrales llenos de escondrijos. Era un lugar casi completamente al margen de todo. Más allá del lago, si se saltaba una valla de madera, podía entreverse una autopista por donde circulaba el misterioso mundo de los adultos. Y a veces, bajando furtivamente por la entrada de coches del colegio, él se adentraba por unos setos y se encontraba frente a un cementerio donde en una ocasión, paralizado, horrorizado, vio cómo enterraban un ataúd.

Tansley el Mago, su mejor amigo, le contó que los cuerpos no se pudrían en la tierra.

—¿Sabes, Squit, que se quedan igual durante siglos? Yo los he visto.

A veces Squit (todo el mundo lo llamaba así) no acababa de creerse todo lo que le decía Tansley, pero su mirada nunca dejó de hipnotizarlo, porque Tansley tenía acceso a mundos que Squit ni siquiera podía imaginar. Tansley era más inteligente que él, más inteligente que todos. Su frente alta y abombada atrás y su larga barbilla hundida le conferían el aspecto de una especie de pájaro prehistórico con un talento sobrenatural. De hecho, Tansley el Mago era tan listo que lo habían adelantado un curso. Pero seguía compartiendo el dormitorio con Squit, y de noche contaba historias extrañas; sólo Fatboy se atrevía a contradecirle de vez en cuando, o a desafiar su liderazgo en la sociedad secreta, porque Fatboy era tonto.

El suyo era un mundo sin mujeres. Durante un trimestre quedaron prendados de una profesora de arte bastante guapa, pero nunca volvió, y la matrona de mediana edad a la que apodaron la Blanca de la Col, que usaba un tocado almidonado como el de una enfermera jefa, no contaba. Dos veces por trimestre, las tardes de domingo, venían los padres de los niños y se los llevaban a pasear por el campo y a comer galletas de té; pero la familia de Squit vivía en Chipre, donde el

padre era ingeniero, y sus visitas (tías responsables y amigos de familia) parecían pálidas réplicas de su madre y su padre. Las vacaciones, que pasaban en Limasol o en los montes de Troodos, siempre terminaban en el aeropuerto de Nicosia, y la angustia que sentía al tener que separarse de los brazos de su madre en la pista de aterrizaje se prolongaba hasta la noche, en que seguía derramando lágrimas secretas bajo las sábanas en Springdown. Squit tenía la impresión de que su infortunio era algo único y lo señalaba como un niño diferente. Su burlón hermano mayor, Dick, que iba a una escuela cercana, lo llamaba llorica, lo que intensificaba la sensación que tenía de que había algo extraño en él: estaba enamorado de su madre.

Con sus compañeros acabó por fingir que sus padres estaban muertos. Vivían a tres mil kilómetros y le resultaba más fácil imaginárselos muertos: quizá fuese su manera de vengarse por haberlo abandonado. Sin embargo, en la misa matutina que se celebraba en la capilla de la escuela (una habitación oscura cerca de los aposentos del director) él rezaba a Dios por su regreso. A veces se colaba en la capilla solo. En la entrada, inscritos en letras plateadas, estaban los nombres de los antiguos alumnos que murieron durante las dos guerras mundiales. Él se los sabía de memoria. Y más allá de los nombres, el silencioso santuario parecía extenderse en la penumbra: siete filas de bancos para los chicos, la sillería del coro enfrente, y el altar con su cruz dorada. Aunque era consciente de que no tenía permiso para estar allí, se imaginaba protegido por las inscripciones, como si las reglas de la escuela terminaran allí donde empezaban las letras plateadas. Un día que se subió temerosamente al altar, encontró entre el polvo una mariposa muerta: se la puso sobre la palma de la mano y la lanzó al aire, viéndola caer en la oscuridad. Luego colocó debajo de la cruz una fotografía de su madre tomando el sol en Limasol. Durante las siguientes semanas, en la misa matutina, la seguía viendo, desapercibida para todos bajo la cruz dorada.

Tansley el Mago afirmó que con el hechizo adecuado podía resucitar a los padres de Squit. Él se ocuparía de descubrir cuál era. Aunque a Squit le preocupaba el efecto que ese tipo de hechizo pudiera tener sobre los vivos, no dijo nada, en parte porque a menudo se creía sus propias fantasías: sí, sus padres estaban muertos. Eso hizo que su otro amigo, Wynne, lo compadeciera, cosa que complacía culposamente a Squit. Wynne era encantador: tenía unos bonitos rizos rubios y tartamudeaba un poco. A menudo se sentaban juntos en la hierba alta cerca de las canchas (la hierba estaba cubierta de mariposas en verano) y Squit tenía la sensación de haber estado allí antes, entre aquellos aromas almizcleños y las alas que titilaban, mientras los demás eran apenas voces distantes. Como Wynne era un niño delicado, a los demás se les advirtió de que jugaran con él con cuidado: tenía un soplo en el corazón. Él no participaba en los juegos, y ni siquiera Fatboy se metía con él: el misterio de su corazón lo aislaba del resto. Era un chico aplicado y tranquilo, y nunca lo admitieron en la Sociedad de la Serpiente. «Seguramente su fragilidad lo ha hecho tan sensible», pensó Squit. Casi parecía una niña. Cuando Wynne le dijo: «Lamento que estén muertos... Lo la-la-lamento mucho», y sus ojos se humedecieron al mirar a Squit, imaginándose su orfandad, éste lo contempló atónito ante semejante empatía y preocupado al pensar que Wynne pudiera morir antes que sus padres. Squit no comprendía en qué consistía el soplo en el corazón, puesto que el corazón de Wynne parecía estar mucho más sano que el de los demás.

En cambio, Tansley el Mago mataba mariposas que luego examinaba en el microscopio del colegio. El profesor de ciencias era un hombre benévolo y a menudo estaba ausente, y Tansley y Squit entraban en su aula y contemplaban las fantásticas imágenes aumentadas de las cosas que el Mago había coleccionado. Allí residía el corazón de todo, dijo Tansley, de eso estaban hechas las

cosas. «Pensabas que eran sólidas, ¿verdad, tonto?», le decía a Squit, pues no, estaban en constante movimiento: una gota de líquido era un remolino de diminutas células.

Para Squit, esos minutos robados representaban una mágica conspiración, cuando el Mago se inclinaba sobre el ocular y anunciaba un nuevo milagro. La cabeza de la mariposa era un borbotón de plumas desaliñadas y antenas que brotaban como árboles, y sus ojos eran tan grandes como melones. La textura de las sedosas alas se asemejaba a las tejas superpuestas de un techo, y una cordillera llena de cráteres peludos resultó ser el abdomen de una oruga. A veces Squit sentía que la cabeza le daba vueltas: nada era lo que parecía. Las armaduras bruñidas de las moscas y las hormigas brillaban como la del Príncipe Negro en *Our Island Story*, y los pétalos de una flor se transformaban en intrincados tejidos. En cualquier momento lo diminuto podía volverse enorme y lo bello, grotesco; y los insectos transformarse en peligrosos robots.

Pero más increíble era cuando el Mago traía botellas llenas de líquido. Tras poner una gota de agua del estanque en una lámina del microscopio, Squit contemplaba un universo en ebullición de criaturas desconocidas que vibraban y brincaban ante sus ojos, desplazándose velozmente de un lado a otro con patas giratorias, o deslizándose a través de un mundo verde con precisión fantasmal. Había organismos con cabezas embrionarias y tentáculos translúcidos de color esmeralda claro; otros con manos giratorias o antenas que eran arpones predatorios; y otros con trompas aserradas. Squit recordó que en una ocasión, caminando sediento por el bosque, se bebió varios tragos de esa misma agua.

Una noche, cuando el aula de ciencias estaba a oscuras, iluminada sólo por la bombilla del microscopio, Tansley colocó en sucesivas láminas leche mezclada con verdín en la platina del microscopio. Entonces vieron a través de la lente una masa resplandeciente de protozoos suspendida en el espacio: orbes y glóbulos se movían unos alrededor de los otros en lenta procesión, y parecían girar en sus órbitas. Squit se sintió mareado al mirarlo, como si cayera de bruces en el espacio.

—Son como las estrellas—dijo.

De repente, el Mago le estaba sonriendo.

—Ése es el secreto, Squit. Se llaman células. Las estrellas y las hormigas, tú, yo, Wynne y Fatboy..., todos estamos hechos de las mismas células. Y cuando estemos muertos nadaremos todos juntos, tú, tu madre, yo y la Blanca de la Col. ¿Sabías que la mayor parte de nuestro cuerpo está compuesta de agua? Eso he leído.

De pronto Squit se sintió confuso.

—¿Cómo es posible que mi madre y la Blanca de la Col sean lo mismo y naden juntas?—De todos modos, Squit sabía que sus padres estaban en Chipre.

—¿Cómo es posible que mi mejor amigo sea tan tonto?—le respondió Tansley impacientándose—. No son iguales en este instante exacto, ¿entiendes? Pero podríamos cambiar en cualquier momento.

Squit pensó: «Entonces, ¿podríamos transformarnos en otra persona sin darnos cuenta?». Ése era un secreto entre él y Tansley. Tal vez ni siquiera los chicos de sexto, los únicos que tenían permiso para hacer experimentos, lo supieran. Quizá un día terminara convirtiéndose en sacerdote y hablara con Dios. Pero si alguna vez descubría el hechizo correcto, pensó, preferiría ser un científico que supiera de estas cosas.

Squit quería ver todo lo bello y extraño que había en el mundo. En la pared de delante del

aula, detrás de la mesa del profesor, había un enorme mapa del mundo con el que se distraía durante las clases. En las de matemáticas, en lugar de intentar multiplicar aburridas fracciones, observaba los países en distintos colores, y se imaginaba un viaje desde la pequeña mancha rosa de Chipre hasta África, o hasta el este a través de esos países que tanto anhelaba conocer: Persia, India, China, Japón. Quizá el profesor de matemáticas atribuía su soñadora mirada a su interés por las fracciones decimales, pero Squit sólo advertía la presencia del profesor cuando éste se levantaba para escribir algo en la pizarra. Entonces su inmenso corpachón bloqueaba Birmania y Siam enteras interrumpiendo el viaje de Squit a través de un río lleno de pagodas encantadas.

No obstante, las ensoñaciones de Squit al observar el mapa fueron ensombrecidas por una acechante amenaza. Distorsionada por la proyección de Mercator, la inmensidad verde claro de la Unión Soviética avanzaba como un glaciar extendiéndose más allá de Asia. Tal vez invadiría la Europa Occidental en sus sueños: ese año el miedo a la Guerra Fría se instaló en las aulas de Springdown. Más allá de Rusia, la perturbadora presencia de una multitudinaria China Roja estaba coloreada de amarillo chillón, y una guerra terrible había estallado en Corea.

Springdown se situaba al borde de un brezal que había sido un campo de entrenamiento militar. Cuando en las salidas del colegio los domingos rodeaban aquel lugar, en realidad estaban siguiendo las marcas de los tanques. Tansley el Mago creía que el ejército todavía se entrenaba allí en secreto, y Fatboy dijo que había oído las orugas de los tanques girando de noche. Sin embargo, cuando el Mago convocó una reunión de emergencia de la Sociedad de la Serpiente, todos adivinaron el motivo. Durante aquellas noches de verano, oteando por las ventanas del dormitorio, habían visto la silueta de una figura en el pretil que coronaba el edificio donde se encontraban las estancias de los maestros. No habían conseguido distinguir quién era, pero a veces veían el destello de una linterna, como si estuviera haciéndole señales a alguien, y vislumbraron cómo inclinaba la espalda y desaparecía. De día uno tan sólo podía discernir en el tejado un par de antenas de radio, una colocada verticalmente y otra inclinada, y también, a un lado, una especie de bulto cubierto.

Sabían que la vivienda de abajo pertenecía a Jarrold, el profesor de historia que a nadie le gustaba. Era un tipo delgado y pálido de edad incierta que daba la impresión de favorecer al azar a algunos chicos, mientras que a otros les tenía manía, entre ellos Tansley.

La noche de la reunión de la Sociedad de la Serpiente, Fatboy se quedó atascado en la ventana de la planta baja. Dos de los miembros (el larguirucho McMorris y el pelirrojo Hamilton) se pusieron nerviosos y quisieron dar media vuelta, pero Tansley y Squit quitaron la cadena rota de la ventana de guillotina y alzaron el marco de la ventana cinco centímetros más. Al otro lado, junto a un arriate de altramuz húmedo, juraron no volver a hacer ruido y avanzaron sigilosamente hasta los árboles rituales. Era una clara noche de junio y el cielo estaba completamente estrellado. Mientras el fuego ceremonial se encendía titilando y ellos se ponían sus máscaras, empezaron a amedrentarse. No se veía una sola luz en las ventanas de la escuela. Oyeron el ulular de un búho. Por encima de sus cabezas la Vía Láctea se extendía plateada. El Mago, que había encontrado la constelación Serpens en un atlas de estrellas, señaló en silencio el zigzag que trazaba en el cielo, como si pidiera su protección divina. Su voz sonaba ahogada y hueca. Todos se habían dado cuenta, dijo, de que uno de los maestros era un traidor. Cada noche le hacía señales a alguien en el brezal, probablemente mientras se realizaban maniobras militares, y guardaba un radiotransmisor secreto en el tejado. El Mago se inclinó hacia el fuego, que alumbró las cuencas de sus ojos. ¿Qué tenían que hacer?

Durante unos instantes sólo se oyó el crepitar del fuego, hasta que Fatboy rompió el silencio:

—¿Por qué no vamos y le damos una paliza? Seguro que podemos con él, somos seis y él es un blandengue.

Pero como Squit pensaba que Fatboy era un cobarde y que probablemente se acabaría escabullendo, propuso:

—Creo que se lo tendríamos que decir al director.

Los cuernos de toro del Mago se tambaleaban mientras nos miraba uno a uno.

—Pero el director no nos creería—dijo finalmente—. Se burlaría con el señor Jarrold, y éste aprovecharía para ocultar las pruebas que lo delatan.

McMorris, con su voz aflautada, intervino:

—A lo mejor les está dando a los rusos la señal para invadir—dijo con voz trémula—. Y tal vez la invasión sea inminente.

Los rostros enmascarados levantaron a una la vista al cielo, como si esperaran la llegada de paracaidistas, y a Squit se le heló la sangre.

—Tenemos que atraparlo rápido...

—Necesitamos pruebas—dijo el Mago.

—¿Y cómo las conseguimos!?!—quiso saber Fatboy. No era tanto una pregunta como una provocación. Era el único que se atrevía a desafiar a Tansley, cosa que hacía a menudo, frustrado por ser sólo el asistente del Mago—. ¿A qué te refieres con pruebas?

—La semana pasada estuve en su apartamento—aclará el Mago—. Fui con Wynne a recoger unos cuadernos de ejercicios. Allí tiene una máquina de codificación, yo la vi. —Se echó hacia atrás apartándose de la luz del fuego y su voz pareció surgir de las tinieblas—. Las llaman máquinas de cifrado: crean un lenguaje secreto, todos los comunistas las usan.

A Squit le maravillaba el conocimiento de Tansley. ¿Cómo sabía qué aspecto tenían esas cosas? De alguna forma tendrían que robarla y llevársela al director. Luego descifrarían el código de Jarrold, y todos saldrían en los periódicos.

El Mago prosiguió:

—Él se marcha fuera cada domingo. Entonces actuaremos. Uno de nosotros hará guardia en la puerta y el resto entrará. —Los miró uno a uno y nadie dijo palabra—. Sé dónde está esa máquina de codificación, y también podríamos llevarnos su radio, todos sus papeles y mensajes.

—Todo—repitió Squit.

Había empezado a refrescar. En el cielo, la constelación Serpens se desplazaba hacia el este. Durante un minuto el semicírculo de máscaras blancas se quedó mudo e inmóvil, pero el fuego se había reducido a cenizas, y entonces el Mago descendió de su chirriante trono y finalmente volvieron a hurtadillas hasta el colegio, se deslizaron por la ventana medio abierta, y se sumieron en un sueño inquieto.

Squit era incapaz de comprender el concepto de infinito. Tenía la impresión de que su cabeza iba a explotar cada vez que oía hablar de la dicha o del tormento eternos, como también le ocurría con la multiplicación de fracciones. Quizá Tansley tuviera razón al decir que el cielo y el infierno no existían, sino que todo el mundo terminaba en una especie de sopa, y se fundían los unos con los otros. Sin embargo, en la misa matutina en la capilla de la escuela, cuando cantaba «¡Oh, Paraíso! ¡Oh, Paraíso! ¿Quién no anhela descansar?», pensaba que *paraíso* era una palabra

preciosa, como Persia, y que le gustaría verlo. Ese domingo se sintió aliviado cuando no vio al señor Jarrold en la procesión de maestros en dirección a la capilla: su sitio lo ocupó un capellán que estaba de visita.

Aquel capellán parecía increíblemente viejo. Unos bigotes grises se deslizaban por sus mejillas y sus ojos eran de un desvaído color dorado. Cuando los chicos salieron de la capilla, los esperaba junto a la puerta, con una cruz brillando en el pecho, sobre la sotana, asintiendo y sonriendo a cada uno de ellos, de manera que Squit no se alarmó cuando le tocó el codo y le preguntó:

—¿Te importaría que habláramos un momento?

Se sentaron en unas sillas de mimbre junto a la salida mientras el pasillo se iba vaciando. En alguna parte, Squit había visto fotografías de clérigos victorianos (hombres de grandes bigotes y gran santidad) y pensó que el capellán debía de ser uno de ellos. Su voz sonaba muy profunda y suave.

—Wynne me ha dicho que has perdido a tus padres.

Squit bajó la mirada, súbitamente asustado.

—Sí. —Era casi verdad, porque estaban perdidos en su propio tiempo y espacio. Chipre no era más que una pequeña fantasía en el mapa de la clase, y había perdido la cuenta de las semanas que faltaban para volverlos a ver.

La silla del capellán chirrió cuando éste se inclinó hacia delante. Sus manos eran desproporcionadamente grandes y estaban cubiertas de vello gris.

—¿Hay algo que te gustaría preguntarme?—le dijo.

—¿Por qué están tan lejos?—le soltó Squit.

—En fin, no era su intención.

—Los padres de todos los demás están más cerca.

—Los tuyos también están cerca, aunque no los puedas ver.

—No están cerca, señor. —Y al decirlo se dio cuenta de que había sonado grosero, pero no sabía cómo arreglarlo.

—Estoy seguro de que fueron buenas personas—lo consoló el cura tocándole el brazo—y han ido al cielo.

—Sí, señor—asintió Squit. Pero el cielo sonaba aún más lejos que Chipre.

—No se trata de un lugar en las nubes, ¿sabes?—le aclaró el capellán sonriendo, aunque parecía triste—. Es difícil saber dónde está ese lugar.

—Pero ellos no pueden hablar conmigo—replicó Squit con un nudo en la garganta—. Y yo no puedo hablar con ellos.

—Es cierto, en la vida no podemos comunicarnos con los que han partido.

—¿Por qué no, señor?—A menudo Squit hablaba en su cabeza con su madre. Era parecido a rezar—. ¿No nos oyen?

—No estoy seguro, quizá sí. Como están con Dios, todo es posible.

Las palabras «están con Dios» despertaron a Squit de golpe, como de un sueño que hubiera creado él mismo, y de repente se sintió avergonzado. ¿Lo acabarían descubriendo? Miró fijamente sus pies y vio los calcetines y las ligas arrugados alrededor de sus tobillos. Entonces cobró conciencia: «No, mis padres no están con Dios. Probablemente estén en una cóctel en Nicosia». De pronto, sombrío, se despidió:

—No se preocupe por mí. Gracias, señor.

El capellán se puso de pie y le acarició la cabeza.

—Sé feliz por ellos.

Squit asintió y permaneció cabizbajo mientras resonaban las pisadas del anciano alejándose por la escalera de la entrada principal, y luego oyó el motor de un coche que arrancaba.

Squit se quedó durante largo rato mirando fijamente la alfombra bajo sus pies, sin saber muy bien lo que sentía. Luego regresó a la capilla, se sentó en su sitio en los bancos y, como le habían enseñado, unió las palmas de sus manos temblorosas. Pidió perdón a Jesús por mentir, aunque no tenía la impresión de que se tratara de una mentira tan grave. Había llegado a costarle imaginarse a sus padres, evocar sus caras en cualquiera de los sitios o momentos que recordaba. Se preguntó si acaso ellos podían evocarlo a él y sintió una punzada de preocupación. ¿Seguro que su madre (cuyos preciosos ojos podían verlo todo a su alrededor, como si fuera un pájaro) aún lo recordaba?

Se acercó de puntillas al altar, pero la fotografía ya no estaba. A su lado las paredes de paneles quedaban ocultas tras las densas cortinas fruncidas de color verde oscuro que colgaban del techo hasta el suelo. Incluso durante el oficio religioso aquellas cortinas le producían una mezcla de fascinación y miedo que intentaba reprimir. Entonces encontró la separación entre las dos cortinas, pero su mano se quedó paralizada: no sabía lo que había detrás e imaginó que se abrirían a un país terriblemente bello o sagrado. Por un instante reculó y dejó caer los brazos, pero de pronto, en un arrebato histérico, corrió las cortinas y descubrió tan sólo la pared de paneles de madera clara con molduras. Mientras la contemplaba, las cortinas se deslizaron de sus dedos y volvieron a su sitio. Él regresó a su banco y se tapó la cara con las manos. Cuando volvió a mirar hacia arriba, sintió de nuevo aquella extrañeza, la sensación de que existía otro lugar fuera de su alcance, y continuó observando las cortinas de color verde jade, desconcertado, sombrío y enfadado.

Una voz en la entrada de la capilla susurró:

—¿Squit?

—Sí—respondió sin volverse.

—He supuesto que estarías por aquí—dijo Wynne mientras se deslizaba por el banco para acercarse a él—. ¿Estás enfadado conmigo?

—No—contestó Squit, pero sí lo estaba un poco. Miró a Wynne a través de los dedos—. Por supuesto que no. —Le impresionaba lo que Wynne se había atrevido a hacer por él.

—¿Te ha ayudado?

—Me ha dicho que mis padres están en el cielo—le explicó Squit, que se sentía sofocado de pronto: las cortinas lo habían puesto de mal humor, y las mentiras. Cuando se levantó, Wynne hizo lo mismo, y ambos anduvieron de puntillas hasta la puerta, donde brillaban los nombres plateados de los muertos en combate, y Wynne se detuvo, alzando la vista para mirarlos. A menudo Squit tenía la impresión de que había algo en Wynne que no era de este mundo. Ahora miraban juntos a la lista, como si acabaran de descubrir sus nombres. Nadie hablaba jamás de ellos.

—¿Piensas a veces en la muerte?—le preguntó Wynne.

Como hacía tiempo que Squit había decidido que nunca moriría, le respondió:

—No. —Pero al decirlo sintió una punzada de preocupación.

Wynne, con sus rizos dorados y su delicada piel de niña, parecía vulnerable, aunque eso lo

hiciera aún más encantador. Squit vio que Wynne recorría con la mirada los nombres plateados como si buscara el suyo. Cuando su amigo llegó al último, miró a Squit cándidamente.

—¿Por qué me miras siempre así?

Squit sintió que le ardían las mejillas. Le hubiera gustado responder: porque eres muy guapo. Pero sonaba cursi. Seguía mirándolo a los ojos y Squit se sentía atrapado.

—¿En serio te miro?

—¿Es porque piensas que me voy a morir?—le preguntó Wynne.

—No te vas a morir, Wynne, eso no es posible, no te dejaré. —Y con los brazos abiertos rodeó los estrechos hombros de Wynne—. Yo moriré en tu lugar. —A veces no sabía por qué decía ciertas cosas—. ¿Adónde crees que irías?

Él esperaba que Wynne le dijera que iría al cielo con Jesús, ya que tanto se parecía a un ángel. No obstante, su rostro se ensombreció inesperadamente.

—En la India creen que uno simplemente desaparece con el cadáver—dijo—y que así dejamos de existir.

Squit temió que Wynne pensara como en la India, que acabaría bajo tierra, como el ataúd que él había visto en el cementerio.

—Salgamos, Wynne—dijo—. Te voy a contar un secreto. Las Serpientes piensan entrar en la vivienda del señor Jarrold esta tarde. ¿Sabías que es un espía? Trabaja para los rusos.

Se reunieron junto a la puerta mucho antes de la hora convenida. McMorris llevaba su pistola de fogeo con mango de marfil, y Squit había llevado un destornillador sin saber muy bien para qué. El Mago estaba exultante: había sospechado de Jarrold desde el principio. Si no lograban robar la máquina de cifrado (podía estar fijada a la pared) se llevarían el radiotransmisor. Seguro que era un modelo especial, él sabría reconocerlo. Lo que contó sobre tubos y cristales deslumbró a Squit y dejó a los demás aturridos. Entonces el Mago ordenó a Hamilton que hiciera guardia, mientras él abría suavemente la puerta y todos nos colábamos.

No había nadie en la habitación, que apestaba a tabaco. Vieron un pequeño sofá con dos sillones, algunas estanterías, y una radiogramola con una pila de discos de Benny Goodman. Escudriñaron la habitación, al principio sin atreverse a tocar nada. La mesa estaba cubierta de papeles y tazas con restos de café. Sus propios trabajos sobre la Guerra de los Cien Años permanecían sin corregir sobre una montaña de cuadernos de ejercicios abiertos.

Tansley el Mago se acercó a un hueco detrás de la mesa, donde encontró la máquina de cifrado medio oculta en una estructura de madera. Sólo se veían las hileras de largas y delgadas teclas. Con mucho cuidado la sacó de la caja y la colocó sobre la mesa. Entonces Squit oyó un gutural grito de tristeza. Tansley tenía la mirada fija en la máquina, con expresión pétrea. El carro tenía el escudo de armas real y la inscripción IMPERIAL 55. En el rodillo había una carta a medio escribir que comenzaba así: «Estimados señores, en vista del deseo de mi madre de mudarse de casa en septiembre, querría solicitar...».

—Eso es una máquina de escribir cualquiera, mi padre tiene una de ésas...—apostilló McMorris.

—Sí—confirmó Fatboy—. Está claro que eso es una máquina de escribir.

Todos la contemplaron en silencio. Squit no se atrevía a mirar a Tansley, quien giró suavemente el rodillo como si quisiera cambiar algo, pero sólo consiguió sacar la carta. Entonces

empezó a temer que el señor Jarrold regresara y descubriera que alguien había tocado su mesa. Fatboy había empezado a reírse disimuladamente.

—Una máquina de escribir...—dijo agarrando a Squit del brazo.

Fueron a mirar en el dormitorio. Los trajes del profesor colgaban incorpóreos de un armario abierto, y eso intensificó el miedo de Squit. En la mesita de noche había un marco con la foto de una bonita mujer y un chico.

—Es él de niño—dijo Fatboy—. Ésa es su napia, no hay duda.

A Squit le sorprendió descubrir que el señor Jarrold tuviera madre.

Una sensación desazonadora flotaba en la vivienda del profesor: parecía haber oscurecido, a pesar de que el sol todavía brillaba fuerte en las canchas al otro lado de la ventana. Todos miraban a Tansley, pero él, lívido, seguía pegado a la máquina de escribir. Como había un pequeño escalón debajo de una ventana baja que llevaba a la escalera de incendios y al techo, Squit gritó:

—¡Busquemos la radio!—Y se rompió el hechizo.

Salieron por la ventana y treparon por el estrepitoso hierro. Soplaba una cálida brisa, y una golondrina salió volando de debajo de una cornisa. Squit se volvió para hacerle señas a Tansley de que subiera. Pero Tansley, con la mirada perdida en la nada, se limitó a responderle:

—Ve tú—y se quedó donde estaba.

Después de saltar por encima del pretil llegaron a un tejado plano. Al otro lado, a unos cincuenta metros, se veían las luces encendidas del dormitorio que habían abandonado. Squit avanzó con cautela al notar el suelo blando y hueco bajo sus pies. Aquí y allá el plomo se había agrietado formando delgadas venas oscuras. Había una solitaria tumbona abierta, mirando hacia las canchas de más abajo, con la lona mojada tras la reciente lluvia. Al lado, un cenicero lleno a rebosar de colillas.

Al principio no vieron la radio por ninguna parte.

—A lo mejor la ha escondido—dijo Squit.

Buscó alrededor del tanque de agua y detrás de las chimeneas, y cuando trató de mirar debajo del pretil se mareó. Y entonces, de pronto, lo entendió todo: cerca de la tumbona había un baúl vacío y abandonado, y detrás se veían las barras de alguna obra inacabada sobresaliendo del cemento, todo lo cual, visto desde el dormitorio, parecía proyectar la silueta de la radio que él recordaba.

Squit hizo este descubrimiento con una punzada de decepción, pero no se lo contó a los demás. Sin embargo, al cabo de un minuto, McMorris, dando una patada a las barras oxidadas, exclamó riendo:

—¡Mirad, aquí están las antenas de Tansley!

Fatboy también se acercó a mirarlas y boquiabierto gritó:

—¡Conque ésta es la radio secreta de Tansley! ¡Tansley el genio! ¡Tansley el burro!

De pronto, al ver a un hombre caminando por el campo de críquet, se agacharon detrás del pretil y avanzaron a gatas hasta la escalera de incendios, que temblaba con un ruido metálico mientras descendían y sus dedos se deslizaban por encima de los excrementos de paloma. Squit se quedó rezagado a propósito, porque no quería ser el primero en contarle a Tansley que allí no había nada, aunque estaba seguro de que éste ya lo sabía.

A partir de ese momento la vida de Squit empezó a desmoronarse. Jarrold regresó y no pareció darse cuenta de nada, aunque a Squit le siguió pareciendo que en la escuela actuaba como si ocultara algo. No obstante, la fina red que formaban las amistades de Squit empezó a tambalearse y a desgarrarse. Tansley se esforzaba por reafirmar su prestigio, pero Fatboy y McMorris se reían a sus espaldas, y a Squit le desconcertaba sentir pena por él.

—Sigo pensando que Jarrold es un espía—dijo Tansley, y Squit, pasando el brazo alrededor del cuello de su amigo, sugirió que quizá el maestro se había enterado de sus planes y cambiado la máquina de cifrado por una de escribir y escondido la radio en algún lugar, lo cual sin duda alegró a Tansley.

Luego, al cabo de dos días, se celebró el partido de críquet. Springdown se enfrentaba a Cottendale, la escuela preparatoria más cercana, donde el hermano de Squit, que tenía trece años, había sido nombrado capitán del equipo. Mientras los niños de Springdown ocupaban sus asientos alrededor del campo, Squit se sintió imbuido por una confusa emoción. Era una tarde que amenazaba con lluvia, y el equipo de Springdown salió a batear bajo un cielo encapotado. Sentado entre Tansley y Wynne, Squit pudo distinguir perfectamente la alta figura de Dick jugando en la cancha. Por alguna razón, todos parecían saber que era el hermano de Squit y el capitán de Cottendale. Incluso Fatboy se acercó bamboleándose a Squit, con una amplia sonrisa en la cara:

—¿Quién crees que ganará? ¿Ellos o nosotros?

—Nosotros, por supuesto—contesté, aunque no estaba seguro.

—No te creo—le replicó Fatboy.

Sin embargo, Squit sí se sintió lealmente abatido cuando, uno tras otro, los mejores bateadores de Springdown fueron cayendo eliminados. Desistió de apuntar los tantos en su cuaderno. En poco más de una hora el equipo local terminó su entrada con tan sólo cuarenta y ocho carreras y le tocó fildear bajo un pálido sol. Pero luego las cosas comenzaron a mejorar: los dos primeros bateadores de Cottendale fueron eliminados tras sólo dos carreras, y los espectadores más pequeños estallaron en vítores. El tercer bateador era Dick. Cuando salió del banquillo sujetando despreocupadamente su bate, su equipo empezó a aplaudir esperanzado. Al verlo caminar hacia el campo, Squit sintió estremecerse su corazón. Uno de los espectadores gritó:

—¡Ése es el hermano de Squit!

Squit odiaba y veneraba a su hermano, que siempre lo había considerado un niño fantasioso y bobo. Pero ahora, mientras Dick se acercaba a la línea de bateo, Squit deseó que batease un seis a los lanzadores de Springdown, deseó sentirse orgulloso de él. Además, la presencia de Dick le evocaba su hogar. Parecía haber llegado de ese mundo y de ese tiempo más amable, irradiando el calor de su madre y el sol de Chipre, de modo que los ojos de Squit se humedecieron al verlo, y sí, rezaba para que lo hiciese bien.

Dick tenía que lidiar con una cancha húmeda y un lanzador rápido, pero aguantó el primer *over*, y en el segundo golpeó un impreciso *leg-breaklogrando* un elegante cuatro. Squit aplaudió furiosamente hasta que Tansley le dio un codazo de advertencia, y se percató de las miradas hostiles a su alrededor. Sin embargo, poco a poco, Dick se fue imponiendo en el campo. Empezó a golpear la pelota con un aplomo majestuoso. A veces, justo antes de que le lanzaran la pelota, miraba a su alrededor con estudiada naturalidad, fijándose en las posiciones de los fildeadores más alejados antes de encontrar un hueco entre ellos, o golpeando con efecto la pelota lo suficientemente rápido como para colarla entre los *slips*. Los espectadores de Springdown aplaudieron débil, deportivamente, como les habían enseñado que debía hacerse. Ya sabían que su

equipo se encaminaba a la derrota.

Squit, no obstante, había dejado de aplaudir a su hermano. Se estaba ahogando en un agitado mar donde se confundían el fastidio y la nostalgia. Tal vez Dick evocara el recuerdo de su madre, pero también tenía, y ahora más que nunca, una personalidad propia. Se estaba pavoneando con una familiar autoridad. Squit detestaba su despreocupada forma de golpear atléticamente las pelotas hasta la banda, o de mirar a su alrededor tras conseguir de un golpe otras cuatro carreras, la arrogancia con la que agradecía las ovaciones de su equipo asintiendo con la cabeza perentoriamente mientras se dirigía al banquillo. Squit se lo imaginó pensando: «Ésta es la escuela de mi hermano, así que no debe de ser gran cosa». Y cuando por fin Dick fue eliminado por un afortunado *off-spin*, Squit aplaudió tan fuerte que Tansley frunció el ceño mientras Wynne le sonreía por ser tan solidario con sus compañeros.

Pero a los pocos minutos, el partido había terminado: Cottendale había ganado, y los jugadores se mezclaban en el banquillo en busca de bollos de crema y limonada. El profesor de deportes se acercó a Squit para decirle que, como favor especial, podía ir a ver a su hermano.

—Es un auténtico W. G. con el bate—le dijo.

—Sí, señor—respondió Squit, sin tener ni idea de a quién se refería.

Squit se debatía entre el deseo y el temor de saludar a su hermano. En el equipo de críquet todos eran mayores que él, y no sabía ni siquiera si Dick quería hablar con él. Era todo muy raro. Le apetecía abrazarlo, como solían hacer al reencontrarse, pero cuando Dick lo reconoció, se limitó a tenderle la mano, como si fuera un conocido, y Squit sintió una punzada de soledad aún más profunda que si lo hubiera ignorado. Como Dick le dio la espalda enseguida al volverse para hablar con el capitán de Springdown, Squit decidió asaltar los bollos de crema. Consiguió meterse en el bolsillo uno para Wynne y otro para Tansley, y de inmediato fue a reunirse con los más pequeños que merodeaban por el campo.

Pasó una hora hasta que el profesor de deportes lo encontró y le dijo que su hermano quería despedirse de él. Sintió que le invadía una triste ternura: lejos de los demás, Dick quizá lo abrazaría como solía hacer en el mundo de sus padres. En la entrada principal encontró el autobús al que ya estaba subiendo el resto del equipo.

Squit encontró a su hermano solo en el vestíbulo del despacho del director. Parecía más alto de lo que recordaba, desconocido e importante con su uniforme blanco de críquet y su blazer azul. Tenía el aspecto que Squit odiaba desde que tenía memoria: atlético y desdeñoso.

—Renacuajo, ¿por qué le has dicho a todo el mundo que mamá y papá están muertos?

Squit, boquiabierto, con las mejillas coloradas, miró desesperadamente atrás, como si buscara ayuda, y su incorregible costumbre de echarse faroles lo empujó a susurrar:

—¿Y a quién le he contado eso?

—A todo el mundo, por lo visto, a toda la escuela. Un mocoso pelirrojo me ha pedido que le firmara su quiniela y me ha dicho que lo sentía por mis padres. Casi le pego.

Debía de haber sido Hamilton, pensó Squit, que era incapaz de guardar un secreto.

—¿Y le has dicho la verdad?

—Pues claro. Se lo he dicho a todos, mocoso. ¿Por qué quieres que papá y mamá estén muertos? ¿Qué te pasa? Papá se va a poner furioso.

Fuera, el autobús empezó a dar bocinazos. Dick recogió su bate de críquet y acercándose a la puerta le dijo:

—Puedes contarle a papá que he hecho cuarenta y cuatro carreras contra Springdown.

—Díselo tú mismo—masculló Squit, pero Dick ya se había marchado.

Squit permaneció en el vestíbulo durante un buen rato, porque nadie solía pasar por allí. Tenía las paredes decoradas con trofeos de caza: cornudas cabezas de sambares y una piel de leopardo. Sentado en un silla de cuero, oyendo los lejanos ruidos de fuera, pensó: «¿Cómo ha podido decir Dick que quiero que mamá y papá estén muertos? Pues no, no sé por qué me inventé eso, simplemente me lo inventé y luego ya no pude desdecirme. Tansley dice que uno puede matar a gente imaginándosela muerta, que en las tribus africanas lo hacen. Pero yo nunca he querido matar a nadie, excepto a Dick. Si mi madre muriese, yo también moriría, y lo mismo con Wynne. ¿Cómo voy a mirar a la cara a Tansley, a Wynne y a todos los demás? Pensarán que he traicionado a mis padres, que querría que estuvieran muertos. Debe de ser cierto, si no no lo habría fingido. ¿Por qué lo he hecho? Supongo que me gustaba que los de las Serpientes me respetaran, que pensarán que yo era especial. Y también, claro, la manera de mirarme de Wynne, con esos ojos azules, como si me amase».

Esa noche salí afuera y me tumbé entre las altas hierbas, esperando que viniese Wynne, aunque sabía que no lo haría. Los arbustos susurraban, llenos de mariposas. Imaginé que eran las mismas que revoloteaban en nuestra casa de campo en los montes de Troodos y que mi familia las enviaba como mensajeras. Había una con ocelos en las alas, como la mariposa que había encontrado en el altar de la capilla. A lo mejor aquella mariposa había visto a mi madre, e incluso me imaginé que era ella cuando se posó en mi mano.

Entonces oí las voces de una multitud de chicos corriendo, entre los que había algunos de las clases superiores.

—¿Dónde está Squit? ¡Vayamos a por Squit!

A través de las altas hierbas los vi acercarse: Hamilton estaba entre ellos, pero era el único de las Serpientes. Cuando uno de ellos gritó «¡Finge que su madre está muerta!», se me heló el corazón. Pegué mi rostro al suelo preguntándome si algún día volvería a hablar con Tansley, o con Wynne, que había convencido al capellán para que hablara conmigo. Deseé quedarme para siempre oculto entre las hierbas, pero finalmente sonó la campana de la cena y tuve que volver.

Nadie habló conmigo. Wynne no me miró a los ojos y Tansley, extrañamente, hablaba con Fatboy, a quien despreciaba. Temí vomitar el flan de sémola. McMorris, sentado a mi lado, susurró:

—Tansley está furioso contigo. Dice que nos has engañado a todos.

—Él también—repliqué, aunque el señor Jarrold me seguía pareciendo un tipo sospechoso.

En el dormitorio fingí estar dormido mientras los demás se reían disimuladamente. Yo habría querido despertar muy lejos, en otro país, tal vez en Persia. Por primera vez no deseé regresar a mi casa en Chipre, porque temía lo que mi padre diría cuando Dick se lo contara. No era el hijo que él habría querido tener, no era Dick, era demasiado pequeño, aunque definitivamente no era bobo.

Soñé con mi madre: sus ojos rasgados estaban bañados en lágrimas, pero eran lágrimas de rabia. Se preguntaba por qué quería yo que estuviera muerta.

Siempre me ha dado miedo hacerme mayor. Hay cosas que me ponen nervioso: cosas propias

de los hombres, como fumar y afeitarse. Un día, mi madre me contó que la infancia era un largo sueño. Pero la semana pasada en los vestuarios vi a un chico que tenía vello entre las piernas. Yo creía que eso era una cosa de adultos, pero mi compañero sólo tenía trece años, sólo era cuatro años mayor que yo. Me dio asco y me dejó confuso.

Y luego está lo que ocurrió ayer; espero poderle preguntar algún día a alguien qué significa. Yo sólo quería ayudar a Tansley o, para ser sincero, congraciarme de nuevo con él. A fin de cuentas, era mi mejor amigo.

En el fondo, nunca creí que Tansley se hubiera equivocado: debía haber algo que había pasado por alto. A lo mejor el señor Jarrold nos engañó, o no buscamos de forma suficientemente exhaustiva. Así que se me ocurrió que si me colaba en su vivienda encontraría documentos incriminatorios. Tal vez habría vuelto a sacar la máquina de cifrado, y entonces sería yo el que probara que Tansley tenía razón después de todo, yo sería el héroe. Quería volver a verlo como el Mago, volver a creer en él.

Me acordé de que los domingos el señor Jarrold no estaba, y esperé hasta las cuatro, la misma hora que la semana anterior, cuando el pasillo estaba vacío y los demás jugaban alrededor del lago. Naturalmente, me daba miedo, porque no se me ocurría ningún pretexto que justificara mi presencia allí si alguien me sorprendía. Para colmo, cuando me disponía a entrar, me arrodillé para mirar a través del ojo de la cerradura, y el cartílago de mi rodilla se torció: un signo de mal agüero. De todos modos, el ojo de la cerradura estaba tapado por dentro.

La puerta se abrió sin hacer ruido, y yo estaba tan absorto en cerrarla detrás de mí que tardé unos instantes en ver lo que ocurría: el señor Jarrold estaba sentado en el sofá, y al volverse hacia mí vi su tez cenicienta y sus ojos saltones de liebre. Junto a él estaba Wynne en calzoncillos, con los pantalones cortos y el cinturón caídos y arrugados en los tobillos. La mano del señor Jarrold descansaba sobre el muslo de Wynne. Los tres permanecimos inmóviles. Wynne tenía el pelo despeinado, y me clavaba boquiabierto una mirada tan extraña que pensé que había estado lloriqueando.

Al cabo de un segundo o de un minuto—no sé cuánto tiempo permanecí pasmado—conseguí balbucear:

—Lo siento, señor..., lo siento mucho. —Dicho lo cual abrí la puerta y desaparecí.

Mientras me alejaba por el pasillo, pensé que oiría la voz de Jarrold ordenándome volver, o las pisadas de Wynne corriendo detrás de mí, pero nada de eso ocurrió. Había cruzado medio campo de críquet en dirección al lago cuando recordé que ya nadie quería jugar conmigo.

La lluvia transforma este lugar. Cuando cae como una cortina a lo largo del lago, difuminando los campos de juego en una neblina, todo el mundo se emociona, y los truenos arrancan gritos de miedo a los más pequeños. La lluvia gotea en nuestros escondrijos entre los arbustos de rododendro alrededor del lago y cae a raudales en las guaridas bajo las ramas de roble. La mía está escondida en lo alto de un árbol, de donde caí el pasado trimestre, y su plataforma siempre acaba demasiado empapada como para poder sentarse. La lluvia también cae en el cementerio, por supuesto, y eso me da miedo: hace que los muertos parezcan más muertos que antes. Espero que inunde el campo de críquet y no les quede más remedio que cancelar el próximo partido.

Hoy mi único refugio son los dormitorios. El mío está bastante desangelado. Los niños de primero tienen derecho a dormir con sus peluches, pero los de segundo decidieron que eso era de críos, y tuvimos que llevarnos los nuestros a casa. Mi cama se encuentra entre la de Hamilton, que

ronca, y la de Wynne, que pone un impermeable debajo de la sábana bajera porque a veces moja la cama. En las estanterías sobre las camas tenemos permiso para dejar nuestros libros favoritos. Hamilton tiene todas las historias de Bulldog Drummond; Wynne guarda la Biblia que le dio su padre; yo tengo *Los héroes* de Charles Kingsley y *El libro de la selva* de Rudyard Kipling, una reliquia de mis primeros años en la India.

Permanezco tumbado de espaldas un buen rato porque no sé qué otra cosa hacer. La única persona a la que le podría preguntar sobre Wynne es Tansley, que aunque quizá no lo sepa todo, sigue sabiendo muchas cosas. Pero tal vez ya sea demasiado tarde: parece haber pasado una eternidad desde que allanamos la vivienda del señor Jarrold. Al mirar por la ventana a través de la lluvia, la radio secreta en la azotea ya no es más que un viejo baúl y dos barras metálicas.

Entonces se abre la puerta y me doy la vuelta fingiendo estar dormido. «No te dejan en paz ni siquiera en el dormitorio», pienso. Por la forma de caminar (arrastrando un poco los pies) me doy cuenta de que es Tansley. Cuando abro los ojos él se ha colocado a mi lado y me escruta el rostro.

—Sé que te estás haciendo el dormido—dice.

—¿Y qué?

—Estás enfadado.

—No estoy enfadado, me siento fatal.

—Es culpa tuya, no deberías haber mentido. Todo el mundo solía compadecerte, y te pasaste cuatro pueblos, incluso me pediste que pensara hechizos para resucitar a tu madre...

—Eso fue una estupidez.

—... aunque ella estuviera viva. Tu hermano le contó a Hamilton que tus padres viven en Chipre.

—Sí.

—Wynne dice que lo tenías completamente engañado, incluso consiguió que el viejo Santascollejas hablara contigo para consolarte. Eso sí fue hacer magia. Wynne se pregunta qué otras mentiras habrás contado.

—Ninguna—le aseguro, sintiendo de inmediato que eso también es mentira.

—Dice que ya no le caes bien.

Al oírlo siento una punzada de dolor, como un retortijón en el estómago o cualquiera de esos dolores que uno sabe que se agudizarán más tarde, justo cuando dejas de pensar en ellos. No obstante, yo quería preguntarle a Tansley por qué el señor Jarrold castigaba a Wynne, y si era eso lo que hacía, lo cual me extrañaba, porque Wynne solía ser uno de sus favoritos.

—Wynne dice que cualquier cosa que digas sobre él también es mentira—prosigue Tansley.

—No he dicho nada sobre él.

—En cualquier caso, si lo haces, dice que es mentira.

Me cubro con la manta hasta el cuello, a pesar de que hace calor, y le doy la espalda. El corazón me late desbocado. Busco con los ojos la luz, en el gran cristal por el que se desliza la lluvia. Al poco, siento la mano de Tansley en mi brazo.

—Seguimos siendo amigos, Squit—dice, y despeinándose el pelo añade—: Eres mi segundo mejor amigo después de Wynne.

Tomo su mano y la oprimo contra mi pecho. Me siento atrapado en una maraña de gratitud y tristeza, incapaz de pensar con claridad. Lo único que deseaba era que él volviera a dirigirme la palabra y por fin lo ha hecho. Sigo con los ojos clavados en las gotas de lluvia deslizándose por

la ventana y lo oigo cerrar la puerta al salir.

La noche de San Juan la escuela organizaba el anual simulacro de incendios. El profesor de deportes encendía cubos llenos de papel de periódico cuyo humo se propagaba por los pasillos de los dormitorios hasta que sonaba la alarma. Por alguna razón teníamos que caminar a cuatro patas por los pasillos, lo que resultaba divertido, pero Fatboy tiró uno de los cubos y casi provocó un incendio de verdad. Luego nos congregamos fuera, donde la Blanca de la Col andaba de acá para allá y el director pasaba lista. Esa noche faltaban dos chicos: se habían quedado dormidos, de modo que se habían convertido oficialmente en ceniza, y cada uno recibió un punto negativo en el tablón de anuncios al día siguiente. Pero yo creo que el simulacro era una estupidez, ya que si hubiera habido un incendio de verdad habría sido mucho peor, y el director y la Blanca de la Col también se habrían convertido en cenizas. Pero el simulacro sirvió para que todos estuviéramos totalmente despiertos para el consejo de las Serpientes que se celebraría dos horas más tarde.

Era una noche sin estrellas. Una pálida media luna asomó por encima de las nubes y luego desapareció. Yo tenía miedo, y Fatboy, McMorris y Hamilton susurraban entre ellos mientras caminábamos. En nuestra sala del consejo entre los árboles prendimos fuego a una pila de ramitas y un viejo ejemplar del *Kennedy's Latin Primer*, y el fuego sagrado ardió tan alto que pensé que nos descubrirían. La noche silenciosa nos envolvía. El trono del Mago se tambaleaba y chirriaba mientras Tansley se encaramaba a él, y la respiración de Fatboy sonaba ronca a sus pies. Luego, durante un buen rato, apenas se oyó ningún sonido, sólo el crepitar del fuego y el ulular de los búhos junto al lago.

En cuanto nos poníamos las máscaras ocurría algo sobrecogedor. Ninguno de nosotros se parecía a sí mismo, si es que nos parecíamos a alguien. Las máscaras eran antifaces, como el del Llanero Solitario, pero los habíamos pintado de blanco y los dos agujeros de los ojos nos daban un aspecto fantasmal, de calaveras. Tan sólo el Mago se cubría toda la cara, de modo que la voz salía amortiguada, como si hablara desde las profundidades. Tansley aseguraba que la máscara venía de África, pero McMorris creía haber visto máscaras iguales en las tiendas de disfraces. En cualquier caso, permanecemos en silencio, sin que nadie osara decir nada, y empecé a tener cada vez más miedo. Como creía que me iban a expulsar por todas mis mentiras, o a hacerme algo todavía peor, pensé que a lo mejor debería huir corriendo a la escuela—las ventanas estaban a oscuras—, aunque no estaba seguro de que mis piernas respondieran, porque me temblaban. Entonces recordé que el Mago me consideraba su segundo mejor amigo—lo cual volvió a ponerme triste—, y descubrí que las cabezas a la luz del fuego no me estaban mirando a mí sino a él, esperando a que alguien dijera algo. Tansley contemplaba el cielo para ver si las estrellas de la constelación Serpens estaban brillando, pero no lo hacían.

Finalmente se inclinó hacia delante por encima de las llamas y sus ojos centellearon al fondo de los agujeros de su máscara de toro.

—Declaro abierta la reunión de las Serpientes—dijo—, y propongo incorporar a un nuevo miembro.

Se hizo un silencio. Tal vez esperaba que alguien de nosotros preguntara de quién se trataba, pero nadie lo hizo. Finalmente, alguien masculló:

—Ya somos siete. Si fuéramos más, ya no seríamos tan secretos.

El Mago inclinó su cabeza hacia atrás.

—El ocho es un número de la suerte—auguró, y de inmediato proclamó—: ¡Yo digo que

admitamos a Wynne!

Levanté la cabeza para mirarlo: Wynne, su nuevo mejor amigo. Me sentía tan desolado que ni siquiera podía decir nada.

Pero Fatboy enseguida gritó:

—Es una nenaza.

—En cualquier caso, no puede unirse a nosotros—añadió Hamilton—. Tiene esa cosa del corazón...

—Se unirá a nosotros—dijo el Mago—. Se lo he preguntado.

—No tienes derecho a hacer eso—protestó Fatboy.

El Mago lanzó una mirada fulminante a su alrededor; sus cuernos acompañaban el movimiento rotatorio de su cabeza. Entonces alzó los brazos y los dejó caer otra vez, acallando silenciosamente la revuelta.

—¡Soy el jefe Serpiente! Yo creo las reglas. —Y volviendo a levantar la cabeza para mirar por encima de nosotros se cruzó de brazos—. Siguiendo tema.

Abruptamente me invadió un profundo rencor. El Mago estaba allí sentado, con su pose de superioridad, sus piernas flacuchas colgando en el trono, dándonos órdenes despóticamente. Odiaba cómo echaba hacia atrás la cabeza cornuda a la luz del fuego, tan seguro de sí mismo, desdeñándonos a todos, y su forma engreída de cruzarse de brazos.

De pronto, oí a McMorris murmurar:

—Todos tenemos derecho de voto. Wynne es demasiado blando, yo no voto por él.

—Demasiado tarde, ya lo he elegido—dijo el Mago, y señalando hacia arriba, con su voz sobrenatural, declaró—: ¡Lo elijo por el poder que me otorga la estrella de la Serpiente!

Sentí que todo se había acabado. Volvió a reinar el silencio. El fuego se estaba apagando, apenas quedaban unas brasas, y yo estaba temblando, tal vez de frío. Un viento bajo soplaba entre los árboles, y todos nosotros parecíamos muy débiles con nuestras caras cadavéricas frente a las brasas y al Mago que se pavoneaba por encima de nosotros. Estaba seguro de que Tansley, encaramado en su vanidad, estaba sonriendo con desdén bajo su máscara.

Entonces alguien susurró:

—Pero si la estrella de la Serpiente no está.

—Volverá—contestó el Mago.

—¿Cómo lo sabes?—protestó de repente Fatboy, apoyándose ostensiblemente en el trono—. A lo mejor se ha ido para siempre, tú no sabes nada.

Una fría emoción se apoderó de mí: algo estaba cambiando. Tuve la impresión de que podía ocurrir cualquier cosa, sentía como si se despejara la niebla, o como si reventara una burbuja, y creo que lo mismo sintieron los demás. No estaban sentados con las piernas cruzadas, sino de cuclillas, como las ranas, y el larguirucho McMorris, poniéndose de pie, con la cabeza casi a la altura de la del Mago, le soltó:

—Ya no te queremos.

El Mago lo rechazó con un gesto de la mano.

—¡Nos contaste trolas sobre el señor Jarrold, Tansley!—le increpó Fatboy casi a gritos—. Haciéndonos entrar de esa manera en su apartamento podrías haber hecho que nos expulsaran a todos.

—Nos habrían podido castigar con la vara—dijo otro con voz de pito.

El Mago no cedió.

—Sigo pensando que Jarrold es un espía.

—Ni hablar, es demasiado ñoño. —Hamilton también se puso de pie y se volvió hacia los demás—. Yo voto a Fatboy como Jefe Serpiente.

Tres más dijeron a coro:

—Nosotros también votamos por Fatboy.

Y entonces Fatboy, de pie junto al trono, alzó su cetro, que no era más que un palo.

—Ya puedes ir bajándote de ahí.

Admito que de repente Fatboy daba miedo, con las nalgas que parecían a punto de reventar sus pantalones cortos y las gruesas piernas separadas. Agarró las patas del trono y lo sacudió; luego golpeó con su cetro el muslo desnudo del Mago y se oyó el sonido seco de una palmada. También McMorris empezó a empujar a Tansley, pero el Mago todavía permanecía erguido, fulminándonos con la mirada a todos los que seguíamos por debajo de él. Yo aún lo imaginaba sonriendo con desdén, pensando que éramos estúpidos de remate.

No sé lo que me ocurrió entonces, pero fue algo terrible: me coloqué debajo del trono sin que el Mago se diera cuenta de mi presencia, por supuesto, ya que estaba demasiado ocupado despreciándonos a todos. E incapaz de contenerme, como si otro yo, alguien desconocido, estuviera despertando en mí, me subí al trono y le golpeé en la cara. El golpe me colmó de una sensación liberadora, como si le hubiera pegado a Dick. Le volví a pegar, en toda la frente, mientras los otros me animaban a seguir. Saqué toda la rabia, un rencor que ni siquiera sabía que guardaba. Me oí decirle «Ya no eres tan mago, ¿eh?» mientras tiraba de su collar hasta romperlo. Fatboy le cogía de las piernas y yo, subido al travesaño del trono, conseguí agarrar su máscara—parecía bastante endeble—y arrancársela de un tirón. Uno de los cuernos se rompió en mis manos.

Sólo entonces me detuve, y los otros enmudecieron. La cara de Tansley, sin su máscara, lucía demacrada y contraída. Me miraba con los ojos bañados en lágrimas. Poco a poco fue resbalando del trono, cayó al suelo y permaneció allí, desplomado. Rehusó la máscara que yo le ofrecía. Fatboy trató de trepar al trono, pero como bajo su peso temblaba y crujía, renunció, mascullando:

—De todos modos, yo soy el Jefe Serpiente.

Tansley empezó a sollozar, y el llanto le agitaba todo el cuerpo.

Cerré los ojos. Era la primera vez que traicionaba a alguien. Todavía hoy no sé muy bien por qué lo hice.

Imaginó un largo viaje, una carretera que lo llevaría lejos de allí, a Chipre o incluso más lejos. Al llegar hasta la valla más allá del lago podía verse la autopista que conducía a Gales, o a Londres, según en qué dirección se mirase.

Al andar deprisa por un pequeño camino a través del cementerio (algo que él nunca se atrevió a hacer) era posible hallar un sendero que llevara a cualquier parte, y se imaginaba a sí mismo penetrando en el mapa de la clase y emprendiendo el camino a Persia.

Pero aunque soñaba con escaparse, nunca lo hizo. No es que fuera infeliz, sino que vivía de forma más intensa en su cabeza. Como le daba miedo el futuro, lo nublaba a propósito en sus sueños. En aquellos tiempos era más fácil vivir en sus propias fantasías. Solía imaginarse que era un gran cirujano que curaba a los moribundos, o un misionero guiando a pueblos enteros hacia Dios. Nada era demasiado ambicioso para él. Se convirtió en un fotógrafo cuyas creaciones

eclipsaban la vida real, en un explorador o un naturalista que desaparecía en los lugares más recónditos del planeta y regresaba con mariposas tan grandes como águilas. A veces imaginaba que hacía esos descubrimientos junto a Wynne, o que exploraba Oriente con Tansley, aunque terminó imaginándose solo, y supuso que se trataba de una señal de que se estaba haciendo mayor.

Años después, se preguntó por la veracidad de los recuerdos más arraigados. En una ocasión se topó con Tansley en un pub de Londres: tenía un aspecto inconfundible, su rostro seguía siendo huesudo. Los ojos de Tansley vagaron amablemente por el rostro de su viejo amigo: recordaba haber analizado el agua de un estanque bajo el microscopio, y el secreto que un día compartieron, el de que todos los elementos eran en verdad uno, como las estrellas, o los muertos, y al hablar de ello no paraba de reírse. Pero no, no recordaba nada llamado las Serpientes. Se había convertido en un abogado de éxito.

Esa última noche, el humo filtrándose por debajo de la puerta del dormitorio hizo evocar al inválido adormecido el ritual del fuego. Sólo había vuelto en una ocasión a Springdown, pero había sido una experiencia estrictamente bidimensional: vio de nuevo los campos y el lago rodeado de rododendros y los paneles de los pasillos. No obstante, casi todos los profesores eran más jóvenes que él, imberbes, y el lugar le pareció de una imperfección tan conmovedora que le produjo cierta angustia. También buscó el claro de las Serpientes junto a los robles, pero no consiguió encontrarlo. Incluso removió la tierra con un pie confiando en hallar algún resto carbonizado, y al hacerlo el cartílago de la rodilla le dolió, como ahora en la cama, mientras aguardaba la operación preguntándose por qué las gaviotas graznaban alrededor de la casa a tan altas horas de la noche.

7

EL VIAJERO

El inquilino del piso superior se despertó con el presentimiento de lo que iba a ocurrir, pero durante un minuto pensó que todavía no corría peligro. Salió de la cama a trompicones y cogió de las paredes y las estanterías los recuerdos de cincuenta años de viajes: una piel de leopardo indio, una talla de madera tanzana, un buda nepalí, la cabeza de granito de una diosa de la dinastía Tang (falsa), vasijas persas esmaltadas. Tras lanzarlos por las ventanas del salón, esperó unos segundos hasta oírlos topar contra el suelo empapado de los arriates de flores de abajo, y sólo entonces se preguntó si la misma caída podría matarlo a él o si era mejor intentar cruzar el pasillo hasta la escalera de incendios que había al fondo.

Estirando el cuello por la ventana abierta, le pareció ver las luces de un camión de bomberos parpadeando entre las densas nubes de humo. Confiaba incluso en que en cualquier momento, a través de la humareda cada vez más espesa y de las llamas, apareciera una escalera con un bombero manteniendo el equilibrio, ofreciéndole los escalones plateados que lo conducirían a tierra. Pero las luces del camión sólo eran las chispas que salían del sótano arrasado, y como las olas de calor lo empujaban hacia atrás, se vio obligado a refugiarse de nuevo en su cuarto.

De repente se sintió mareado, enfermo, y se tumbó en el sofá, como si fuera un lugar seguro. Contempló con perplejidad la desnudez de las paredes, olvidando la razón por la que lucían de aquel modo. A su mirada cada vez más nublada las paredes le parecieron un signo de que era hora de echarse a viajar otra vez, de que el mundo lo aguardaba, todavía intacto, más allá de aquel lugar en que yacía. ¿Acaso había vuelto con las manos vacías? ¿Había soñado sus viajes? Desde que le extirparon un tumor cerebral a edad avanzada había dejado de confiar en su memoria. Llegaba a imaginar cosas que nunca habían ocurrido, o que habían ocurrido en recónditos rincones de su mente a los que ya no tenía acceso.

La carretera, en aquel último viaje, era muy larga. El tiempo se dilataba increíblemente frente a él. Ya nada lo retenía en Inglaterra. Incluso ya jubilado su anhelo de experimentar toda la belleza y la rareza del mundo seguía latiendo y azuzándolo. Su exmujer bromeaba diciendo que no existía horizonte que no le despertara el deseo de alcanzarlo. Según ella, era como un niño. Viajar era su vicio, su adicción. Quizá deseaba huir de algo: si conseguía mantenerse en movimiento, el demonio interior no podría seguirle el ritmo y terminaría agotándose.

Pero él no compartía esta idea: la huida era quedarse en casa, viajar era experimentar la realidad. Tras divorciarse empezó a dedicar el tiempo libre a los viajes, intensos y a veces

espartanos. Se jubiló anticipadamente de la docencia. Viajar se volvió su obsesión, una sutil liberación. Nada podía superar la embriagadora soledad y el anonimato en un lugar alejado de cualquier cosa conocida, o la sensación de que más allá de la siguiente frontera, aún fuera de su alcance, le aguardaba algo revelador. El encuentro con costumbres ajenas todavía le producía la emoción de los intercambios humanos. Y también había encuentros con mujeres. Durante un breve período de desdicha se juntó con las temibles y risueñas prostitutas de Dar es-Salam y Mombasa, a las que abandonaba sin el menor sentimiento de culpa, pues a ellas les era indiferente, aunque curiosamente arrepentido, como si en el fondo se hubiera encariñado.

No obstante, luego volvió a la soledad. Siguió viajando cada vez más lejos, sin dejar rastro. El pasado se acumulaba reluciente en sus recuerdos y colgaba de las paredes. Incluso parecía que habían llegado a una especie de acuerdo.

En aquel viaje se había propuesto visitar sólo Jerusalén y Belén, pero los ficticios lugares sagrados lo conmovieron inesperadamente. En la basílica del Santo Sepulcro, junto a la falsa tumba de Jesucristo, lo invadió una profunda aflicción: en aquella espuria cueva de oro y mármol, el cristiano que había en él y del que había renegado mucho tiempo atrás se alzó disgustado. Rechazó la patena durante el ofertorio y salió de la basílica.

Buscó obsesivamente por toda la ciudad las pocas losas de pavimento—casi ignoradas—que debieron de pisar realmente los discípulos y futuros santos. Se agachó para tocarlas, como un creyente. Incluso logró acceder al pasaje subterráneo de la Puerta de Hulda, y acarició los enormes pilares bajo los cuales Jesús debió de subir hacia el Templo desaparecido, entre la penumbra y el polvo de las cosas largamente abandonadas.

Sorprendido por su propia inquietud, no volvió a casa. Voló a Estambul, ciudad que había visitado cuarenta años atrás con la mujer que acabaría siendo su esposa. Temía olvidar: aunque, según los doctores, la extirpación del tumor cerebral realizada tres años antes casi no había afectado a su facultad de recordar, él no estaba tan seguro. Habían eliminado tejido canceroso de órganos vitales para la memoria, cuyos nombres había olvidado, y desde entonces le preocupaba que episodios enteros de su vida, incluso relaciones personales, hubieran desaparecido de su conciencia.

A veces, deambulando por las calles y las mezquitas de Estambul, volvía a recordar las fotografías que había tomado en su anterior viaje, pero a menudo las imágenes habían sustituido a la memoria, y no recordaba haber caminado por allí. Sabía que la ciudad había cambiado radicalmente, y que era completamente normal que cuarenta años después de su primera visita no recordara ciertas cosas. Sin embargo, se figuraba una dolencia física en su cerebro, el dolor sordo del tejido cerrándose en torno a un vacío, y seguía teniendo la sensación de que estaba recorriendo una metrópolis de recuerdos desvanecidos.

Cuando, cerca de las antiguas murallas que rodeaban la península de la ciudad a lo largo de cinco kilómetros, topó con una vetusta iglesia en cuyas paredes exteriores se superponían hileras de ladrillo y piedra, le invadió una inquietante sensación de *déjà vu* que, por otro lado, solía experimentar bastante a menudo. Solía asociar esa sensación al cansancio o incluso a la edad. Estaba seguro de que no había visto esa iglesia antes, pero tenía la impresión de que en cualquier momento la acabaría reconociendo.

En la capilla funeraria, muy cerca del ábside, una tenebrosa representación del Juicio Final cubría parte de la bóveda. A los pies de Cristo, donde Adán y Eva imploraban perdón por los pecados de la humanidad, un río de fuego llevaba a los condenados al infierno. Fluía como sangre,

y las zonas decoloradas sobre el yeso le parecieron los rostros de los pecadores, que nunca conocerían el descanso de la muerte, ahogándose. Alzó la mirada y, con una vieja angustia, los contempló, como también a los que se habían salvado en la orilla, preguntándose no sólo cuántos millones de personas habían muerto aterrorizadas por aquella mórbida ficción, sino también si él había visto antes aquel fresco.

Como no había nada que lo reclamara en casa, solicitó visados en varias embajadas extranjeras y viajó en tren por la meseta de Anatolia, más allá del lago de Van, hasta la frontera este de Turquía. Le fascinaba la desnudez escultural de aquellas colinas. Al cruzar la frontera con Irán, se adentró en un país embargado donde había desaparecido el turismo, e incluso en las ciudades de Isfahán y Shiraz parecía ser el único extranjero. El concepto de hogar empezaba a parecerle extraño. Experimentaba cierta ligereza interior. Le parecía que el país lo estaba absorbiendo, y que el tiempo se ralentizaba y dilataba ante sus ojos. Vagó por Persépolis, Pasargada y las tumbas en los acantilados de los antiguos reyes persas. Nunca había visitado aquel país. Dormía en hoteles baratos y se alimentaba de pollo y arroz. No sabía hablar farsi, pero disfrutaba de conversaciones casuales con los paisanos que chapurreaban inglés o francés. Por su manera de viajar pensaban que era pobre. Sus botas y su mochila estaban cada vez más desgastadas, y cuando se miró al espejo le sorprendió descubrir su rostro más demacrado y expresivo de lo que recordaba.

Semanas más tarde llegó a las antiguas ciudades zoroástricas de Yazd y Kermán, y visitó las Torres del Silencio; luego se dirigió al norte, hacia el mar Caspio. Era época de peregrinación en la ciudad santa de Mashhad, el lugar donde se concentraban más santuarios islámicos del mundo. Sus hoteleros le advirtieron de que no visitara el interior de los santuarios, pero la fantasía le llevó a imaginar que albergaban pasajes y cuartos ocultos por cortinas que lo conducirían a un misterio único, y no pudo reprimir el imprudente impulso de penetrar en ellos.

De noche, envuelto en los ropajes de los lugareños, pasó junto a los guardias de la puerta, cruzó el esplendoroso patio y por fin, arrastrado por una estela de adoradores a lo largo de los pasillos, llegó acompañado de los cantos hasta la cámara funeraria de un imán chií martirizado. Temblando, sintiéndose culpable, permaneció apretado entre una clamorosa masa de dolientes que se agarraban a las rejas de la tumba y lloraban con una pena indescriptible. Y aun sumido en el miedo se preguntó: «¿Por quién lloran en realidad?». El imán llevaba muerto mil doscientos años, y las piadosas alabanzas habían sepultado mucho tiempo atrás al personaje. Ninguna hazaña de la memoria podría resucitarlo. Sin embargo, el dolor parecía aumentar como una especie de pena inmemorial, y también la ira. Era como si el dolor, el éxtasis y hasta Dios mismo aguardaran ser reavivados en el laberinto del santuario o del cerebro. Luego la masa volvió a arrastrarlo fuera, al frío anochecer.

Tres semanas más tarde, cuando hizo algunas llamadas telefónicas ineludibles desde un hotel en Lahore, nada había cambiado en Inglaterra. Sin embargo, en la voz de su hermano Ricky (normalmente tan condescendiente) detectó una inusitada tensión: ¿qué estaba haciendo?, ¿por qué llevaba tanto tiempo en el extranjero? Más tiempo del habitual... Cuando Steven le explicó que planeaba visitar Shimla, la antigua capital de verano británica donde había trabajado su padre tiempo atrás, advirtió el repentino interés de su hermano a través de la línea telefónica, como si hubiera estado esperando escuchar algo curioso o significativo. Y cuando finalmente Ricky dijo:

«¡Voy a Delhi y me sumo a tu viaje!», Steven volvió a sentir el viejo rencor que tan bien conocía. Aun en la distancia podía advertir la dinámica familiar de siempre: Ricky tomaba decisiones y su hermano pequeño obedecía. No obstante, aquel día percibió en la voz de su hermano mayor un tono suplicante y agradecido, insólito hasta entonces: «No querría estropear el plan...». Paradójicamente, la desaparición de la vieja condescendencia con que solía tratarle su hermano lo alarmó: había accedido a reunirse con él en Delhi, exactamente como habría hecho de pequeño, pero ahora a causa de una angustiada perplejidad.

Durante la siguiente semana el viaje quedó ensombrecido por la llegada de Ricky. La soledad de la que tanto disfrutaba se intensificó a causa de su inminente final. Acampó durante dos noches en las estribaciones del Himalaya, y al anochecer contempló cómo las cimas nevadas se iluminaban una a una, como por obra de una mano invisible, bajo el cielo nocturno, y comprendió por qué los hindús las veneraban. Cuando se zambulló en el hollín y la polución de Delhi, aquella magia seguía acompañándolo, de modo que la perspectiva de que llegara su hermano le resultaba descorazonadora: Ricky traería consigo Inglaterra, y el horizonte se encogería y oscurecería.

En el aeropuerto, Steven se puso irritable en cuanto entrevió a su hermano. Entre el tropel de pasajeros, vestidos con anoraks oscuros, pañuelos y modestos saris, Ricky apareció con camisa tropical, pantalón corto y sandalias, arrastrando una gran maleta. Debía de creer que en la India hacía calor todo el año. Sin embargo, cuando lo tuvo delante, Steven se ablandó: extrañamente, Ricky parecía cansado y solitario. Su pelo peinado hacia atrás era más escaso y se le había encanecido en las sienes. Cuando se abrazaron torpemente, como siempre, recordó que, pese a ser más alto que Ricky, lo olvidaba en cuanto se separaban. Entonces, en la sala de llegadas, sintió el cuerpo de su hermano más flaco de lo que recordaba, e incluso le pareció que temblaba un poco, lo cual, paradójicamente, lo hizo recular: en el fondo deseaba que las cosas se mantuvieran como siempre, incluida la autoridad de Ricky.

Fuera había un denso smog. Tomaron el metro hasta el centro de la ciudad y luego, para llegar a la estación de Old Delhi a través del bullicioso tráfico, un *rickshaw*. Steven estaba acostumbrado a todo aquel ajetreo, pero por un instante se descubrió observando lo que le rodeaba con los cansados ojos de Ricky: los escúters y *rickshaws* pasando a toda prisa junto a ellos, los ficus religiosa y los eucaliptos llenos de polvo, el pavimento cubierto de aguas residuales y mierda, y, al fondo, las espectrales siluetas de los bloques de apartamentos emergiendo entre el smog.

Su tren llevaba cinco horas de retraso. La niebla se filtraba a través de las altas bóvedas de la estación, donde los viajeros, ajenos a lo que pasaba a su alrededor, dormían bajo los fluorescentes y sobre agrietados suelos de mármol, rodeados de sus hijos y sus maletas. Ricky aprovechó para buscar un baño donde cambiarse de ropa, y se puso unos pantalones de pana, un suéter y una gabardina. Las salas de espera estaban atestadas. Caminaron de arriba abajo por el frío vestíbulo mientras Steven se preguntaba qué hacían ellos allí, y qué le habría pasado a Ricky. No habían viajado juntos desde la adolescencia, cuando su padre los llevó de vacaciones a Escocia.

—¿Por qué ahora?—se preguntó en voz alta—. ¿Por qué aquí?

—Necesitaba escapar de Inglaterra—respondió Ricky haciendo una mueca—. Aunque fuera sólo unas semanas —prosiguió sin devolverle la mirada a Steven—. Y como la época que pasamos en la India es uno de mis primeros recuerdos, pensé: ¿por qué no volver? La verdad es que es una tontería, pero en fin...—Quizá ya se estaba arrepintiendo de haber venido. Había

cruzado los brazos para protegerse del frío—. Pero ¿por qué quieres ir tú a Shimla, Steven? Ni siquiera la recuerdas.

Shimla era en la mente de Steven lo que le había oído contar a su madre y callar a su padre.

—Quería recordarlos a ellos—le respondió Steven.

Ricky, riendo secamente, añadió:

—Creo que papá prefería olvidar, casi nunca hablaba de la India.

Steven recordaba el silencio de su padre. Era su madre la que echaba de menos Shimla: sus magníficas montañas, el aroma de los pinos. En cambio, para su padre la India había sido una oportunidad perdida: había pasado los exámenes para la administración colonial y luego había trabajado durante cinco años en una oficina del gobierno, hasta que la inminente independencia de la India los mandó a todos a casa.

—Tenía planes de futuro—dijo Ricky—. Soñaba con convertirse en oficial de distrito en Punjab, administrando justicia a los nativos, pero no pudo ser...

—¿Te lo contó él?—preguntó Steven, dolido por las pocas cosas que su padre se había dignado a revelarles a él. Ricky siempre había sido el favorito de su padre. Para Steven, la India estaba en los márgenes de su memoria—. Ricky, ¿de verdad te acuerdas de Shimla?

De niño, Ricky solía atormentarlo con historias de monos y elefantes, mientras que Steven no se acordaba de casi nada de la India. Sólo tenía cuatro años cuando regresaron a Inglaterra, a bordo del *Dilwara*. Pero como Ricky ya tenía siete, su colección de historias exóticas no hizo más que crecer con los años.

Mientras caminaban, Steven fantaseaba con la idea de que quizá algo de lo que le rodeaba se materializaría en su memoria. Era fácil de imaginar. Los avisos que emitían los altavoces (en hindi y en un inglés forzado) resonaban en su cabeza como antiguas trompetas. Cada uno era interrumpido por las notas de un órgano que daban un aura de funesta divinidad a los avisos. Y en el centro de la estación, bajo el panel de anuncios, dormía un grupo de *sannyasi*, renunciantes, estirados sobre periódicos con túnicas y turbantes de color azafrán, los rasgos ocultos bajo las matas de pelo. ¿Era posible que hubiera olvidado todas esas cosas? No obstante, también Ricky las observaba asombrado.

Empezaba a oscurecer cuando por fin subieron al coche-cama. Tumbados bajo mantas manchadas, en un compartimento con cortinas deshilachadas, Steven cerró los ojos aliviado mientras anochecía. El tren avanzaba estruendoso entre la niebla, hacia el norte, y Ricky se convirtió en una voz incorpórea a un metro sobre su cabeza. El otro sonido que le llegaba era la apagada risa de unos pasajeros en un compartimento alejado. Mientras el resplandor naranja de la ciudad de Delhi se iba disipando, Ricky dijo:

—Judith me ha dejado.

A Steven no le sorprendió la noticia. Ricky y su mujer se ponían los cuernos desde hacía años, y no parecía quedar nada que los mantuviera juntos. Sus hijas se habían casado y se habían marchado de casa. Steven murmuró que lo lamentaba y confesó:

—La verdad es que nunca me gustó...

Pero la voz de Ricky sonaba ahora lastimera y desconcertada:

—Le advertí que era demasiado tarde, Steve, la gente se divorcia cuando aún es joven, como hiciste tú. Pero nosotros ya somos mayores, yo ya tengo sesenta y nueve años, nos hemos acostumbrado el uno al otro y perdonado montones de cosas. Por Dios, es demasiado tarde para

empezar una nueva vida. —Se interrumpió unos segundos, como si quisiera darle la posibilidad a Steven de decir algo, y luego añadió—: Y eligió el peor momento para dejarme.

—¿Por?

Otro silencio, y por fin:

—Me han despedido de la junta.

—No fastidies, Ricky, pero ¿por qué?

Steven esperaba oír una retahíla de adquisiciones y traiciones en la sala de juntas, pero Ricky se limitó a responder:

—Hubo una apropiación indebida de activos.

Steven no entendió lo que siguió después. En la oscuridad, las palabras de Ricky adquirían tintes de confesión, aunque sonaban huecas, como si las hubiera dicho demasiadas veces. Le habló de pagarés endosados y maquillaje de las cuentas en los libros de la empresa. Al parecer, su hermano había cruzado la delgada línea roja que separa las prácticas irregulares y el fraude manifiesto. Steven ni siquiera trató de entender sus argumentos; se concentró en prestar atención al tono de su voz: a ratos sonaba culposo y otras agraviado o reconciliado.

Cuando por fin se quedaron en silencio, Steven tenía la mirada perdida. El aire estaba cargado del olor a comino, sudor y desinfectante. En el pasado Steven se habría regocijado secretamente de las desgracias de su hermano: la vida de Ricky el triunfador, el hábil modelo a seguir, se revelaba como una vulgar farsa. Sin embargo, ahora le habría gustado compadecerlo.

—Nunca he entendido los negocios, Ricky—dijo finalmente.

—Judith tampoco.

—¿Te ha dejado por eso?

—Me ha dicho que me habría dejado de todas maneras, ha dicho cosas imperdonables.

Como a Steven siempre le había irritado Judith—menuda, ansiosa, complaciente—, no entendía qué sentido tenía estar con ella.

—Te sentirías mejor si estuvieras enfadado—le dijo a su hermano.

Pero Ricky no estaba enfadado. Más bien parecía desamparado, como si la ausencia de Judith lo abocara a un espantoso vacío.

—Debes de creer que aún la quiero.

Steven se inclinó hacia su hermano y le tocó la mano con la que se estaba cubriendo la cara. Su repentina compasión le tomó por sorpresa, y a ella le siguió inmediatamente una fugaz sensación de intimidación, tras la cual volvió a sentir la misma vergüenza de siempre. Y cuando Ricky murmuró «Maldita mujer», el tono indicaba que daba por zanjada la conversación.

Steven no durmió, pero el sueño de los demás pasajeros sumió el tren en un profundo silencio. A veces paraba en estaciones apenas iluminadas, donde nadie subía ni bajaba. Despierto e inquieto, Steven se alegró al pensar que su madre nunca llegaría a enterarse de la caída de Ricky. A ella, que los había tratado a los dos con el mismo afecto, la habría atormentado y entristecido tanto aquella desconcertante noticia que se habría negado a creerla. Por suerte había muerto dos años antes, con sus ilusiones intactas. Sólo al final aquella mujer apasionada y corpulenta sucumbió a una apoplejía masiva. Durante la última semana, ella había tanteado la sábana del hospital buscando la mano de Steven, que la corregía cuando se confundía o la consolaba: Ricky está de viaje de negocios en Australia; Ricky ya está regresando (pero no llegó a tiempo). Al final, su piel se había vuelto tan fina que parecía etérea, irreconocible: cerró los ojos con una mueca de

dolor, mientras él sentía cómo la preciosa mano de su madre, como una garra, se aferraba a la suya.

Un siglo antes, el Imperio Británico había construido un ferrocarril de vía estrecha por las estribaciones del Himalaya hasta Shimla. A través de más de cien túneles y ochocientos puentes éste llevaba anualmente a la elite gobernante del calor sofocante de Delhi a lo más alto de las montañas. Los padres de Steven habían viajado en aquel tren. De hecho, tal vez él y Ricky estuvieran en aquel momento acomodándose en los mismos asientos de madera en los que se habían sentado sus padres. Justo antes del amanecer, una locomotora que parecía de juguete empezó a tirar de los vagones rojos y amarillos entre la niebla e inició su ascenso de cinco horas. Al principio serpenteó entre la vegetación tropical y luego ascendió por curvas cerradas entre cedros y pinos gigantes. A mediodía contemplaron cómo en el horizonte aparecía una reluciente barrera de nieve, y entrevieron la antigua capital de verano que se extendía a lo largo de las escarpadas crestas que se alzaban imponentes ante ellos.

Steven no tenía ni idea de qué le aguardaba, y cuando se apearon no reconocieron nada. De camino al centro en busca de un hotel toparon con una multitud que se movía en todas direcciones: turistas de las llanuras que iban a pasar el fin de semana, oficinistas de Delhi, sijes y miembros de tribus de la montaña fluían a su alrededor en riadas de variados dialectos y colores chillones. La gente acudía a Shimla para comprar, hacer caminatas o relajarse. Tejanos, anoraks y gorros con borla se disputaban el espacio con turbantes y pantalones *shalwar*; y todo el mundo hacía fotos. No había ningún occidental a la vista. Ricky había llevado un mapa, pero en vano intentaba encontrar antiguos puntos de referencia. El mundo que ellos buscaban se había desvanecido mucho tiempo atrás: la India moderna, brillante, multitudinaria, segura de sí misma, lo había arrasado.

En el centro de la ciudad se encontraba el monumento de bronce dedicado a Mahatma Gandhi, en el que éste caminaba con su bastón en una mano y un libro en la otra, y en cuyo pedestal podía leerse: EL PADRE DE LA NACIÓN. Los vendedores de algodón de azúcar y helado pululaban a su alrededor, y los niños se divertían dando vueltas sobre dóciles caballos. Enfrente, una estatua de Indira Gandhi, la dama de hierro de su tiempo, estaba de espaldas a las empinadas laderas de los suburbios, y un grupo de macacos merodeaba a sus pies.

Poco a poco, Steven y Ricky empezaron a reconocer a su alrededor los pintorescos edificios de estilo Tudor (tan denostado ya en su patria) que sus padres debieron de conocer y que sobrevivían como un anacronismo. En un extremo de la explanada la iglesia neogótica de Cristo estaba cerrada; en el otro, el antiguo ayuntamiento había decaído hasta convertirse en un fantasma de vidrio y madera podrida; las tejas se deslizaban por las ventanas de las buhardillas y las palomas entraban y salían de las habitaciones desiertas.

Esa noche, exhaustos, se sentaron en las camas de su habitación compartida, como habían hecho de pequeños, y se preguntaron si el viaje había sido buena idea. Ricky había llevado consigo un viejo álbum de fotos familiar y un mapa hecho a lápiz de la parte occidental de Shimla. En el mapa, trazado por la meticulosa mano de su padre, había señaladas varias oficinas del gobierno, y justo debajo de Viceregal Lodge, un borroso punto verde marcaba el lugar donde había estado la casa de sus padres. En su juventud, un día que había pedido ver ese álbum, Steven se encontró a sí mismo escudriñando un tiempo que le costaba imaginar, y finalmente su padre lo había vuelto a guardar con su habitual despotismo. Pero ahora, mientras su hermano dormía, lo hojeaba cada vez más fascinado. En las pequeñas y desvaídas fotografías, el centro comercial de

Shimla, las iglesias y las oficinas con entramado de madera parecían medio desiertas: un paisaje en color sepia salpicado de figuras anodinas en salacot y de *rickshaws*. Pero también había fotos de partidos de polo y fiestas en el jardín del virrey, de la cara de su madre protegida por un enorme sombrero florentino mientras una banda militar tocaba al fondo y su padre charlaba con sus colegas en chaqué y con un sombrero de copa gris que conservó hasta su muerte.

En otras fotografías, más próximas e íntimas, la pareja estaba sentada en la veranda de la casa, o en soleadas habitaciones. En una se veía a su madre plantando capuchinas, en otra sosteniendo un cachorro de labrador mientras su padre leía *Blackwood's Magazine* repantingado en una silla de mimbre; ambos miraban a la cámara sin sonreír. Steven podría no haberlos reconocido. Los ojos de su madre parecían más negros e intensos de lo que eran; la raya del pelo, recogido a ambos lados, más marcada. Su expresión era diferente a cualquiera que él recordara: era dura, desconfiada, incluso asustada. Sin embargo, se había enamorado, decía ella, del aroma de los cedros y de los arroyos del Himalaya. Mientras pasaba las páginas, Steven se sintió conmovido por la enorme distancia que mediaba entre él y sus padres; habían vivido esa vida antes de que él naciera. Su madre había montado a caballo en las carreras de Annandale; su padre cazaba sambares en la cordillera de Sivalik. Había fotos desenfocadas de gente bailando. Cuantas más fotos veía más extraños le resultaban sus padres y aquella época. Inexplicablemente jóvenes, parecían alejarse de él. Habría deseado poderles preguntar: ¿qué sentíais?, ¿erais tan diferentes? Pero a pesar del extrañamiento que le producía verlos en aquellas fotos, se dio cuenta de que por algún truco del tiempo ya entonces parecían ser sus padres, ya entonces eran sutilmente maduros. Siempre los veía mayores que él.

En aquellas fotografías los sirvientes ocupaban un opaco territorio propio. Llevaban chaquetas blancas y turbantes, pero sus oscuras pieles parecían relegarlos a la sombra. Si aparecían en alguna foto, siempre descalzos, se los etiquetaba con nombres genéricos (el *khansame*, el *mali*, el *dhobi*). Sólo el jefe de los porteadores posaba una mano en el hombro de un niño—Ricky—, que permanecía atento a lo que le decían, vestido con pantalón corto de color caqui y camisa de cuello ancho. Hacia el final del álbum aparecía otro niño. Steven sabía que ése debía de ser él. En una foto estaba con su niñera india, su *ayah*, que lo mecía en sus brazos llenos de pulseras, y en otra él la cogía de la mano cuando tenía muy pocos años. Los dos chicos no tardaron en aparecer con salacots que les iban demasiado grandes, Ricky ya entonces con un aspecto despierto y varonil, sujetando una cometa casera, mientras que el rostro de Steven parecía pálido y soñador. Ella, su *ayah*, era casi lo único que podía recordar de la India, pero quizá también ella fuese una fantasía. Según le había contado su madre, la habían educado los misioneros, y llevaba un sari carmesí. Tenía la piel del rostro y los brazos de un brillante color oscuro, aceitoso, y las comisuras de sus ojos, que llegaban casi hasta la raíz del pelo, le daban una mirada felina. De los truncados recuerdos de Steven, apenas sobrevivían tres: un mono mirando maliciosamente desde un farol de piedra en alguna parte, el barro maleable con el que había moldeado animalitos y el aroma de aquella mujer oscura.

Cerró el álbum y apagó la luz. De la calle llegaba el ruido y el humo de un bazar nocturno (el olor a humo de madera y cilantro, y el sonido de la música hindú). Como no tenía sueño, se asomó al balcón. Las luces que cubrían la ladera situada más abajo se iban apagando. El habitual entusiasmo que solían inspirarle esos momentos—de luces y sonidos desconocidos—se veía perturbado por la melancolía que le producía haber recordado la ausencia de sus padres. Una por una las luces se fueron apagando, y el ruido cesó. Entonces los perros callejeros empezaron a

ladrar (los mismos aullidos habían desvelado a su madre años atrás). Por encima de las montañas brillaba la media luna.

Se quedó en el balcón largo rato y vio las luces de la ciudad apagándose bajo el iluminado Himalaya. Fantasiosamente, se preguntó si la euforia que sentía al contemplar todo aquello no era en realidad una especie de recuerdo. Se preguntó si las sensaciones de su infancia en la India, que lo habían acompañado durante los años en el internado de Inglaterra, vinculadas a imágenes que se iban desvaneciendo (el mono mirándolo, el brazo lleno de pulseras de una mujer), habían persistido en su inconsciente, de manera que su posterior pasión por viajar no se debía en absoluto al deseo de vivir nuevas experiencias, sino de recuperar lo perdido: sus viajes quizá eran un peregrinaje cuyos orígenes había olvidado.

En cuanto salió el sol la magia del bazar nocturno se evaporó. Los postigos de las tiendas estaban cerrados—era domingo—y los perros callejeros dormían en las alcantarillas. Arreciaba un viento frío del norte. Ricky, que se había despertado cansado e irascible, aprovechó el desayuno para insistir en la desilusión de su padre: la prematura indianización de los empleados de la administración, lo entrometidos que habían sido los políticos advenedizos y lo pusilánimes que habían sido los británicos. Según Ricky todo el mundo era idiota, incluso su padre: «Nunca lo vio venir».

Pero en el silencio de las primeras horas de la mañana por fin lograron atisbar la etérea forma del mundo de sus padres: si uno omitía mentalmente los suburbios que se multiplicaban en las laderas más alejadas (los tejados eran de un rojo o verde demasiado intensos) veía extenderse sin obstáculos las colinas despejadas hasta las largas y glaciales siluetas del Himalaya, que se acercaban de forma imponente. Desde la curva de la antigua y angosta calle principal, los caminos se precipitaban hacia el valle. Las tiendas con tejados a dos aguas que se sucedían en ella se aferraban a nombres y tiempos pasados: Ram and Son 1908; C. Fook Chong & Co, diseñador de calzado chino; Duti Chand Travel Good; est. 1921...

Steven recordaba que su madre se mofaba del centro comercial tachándolo de lugar de chismorreos donde perder el tiempo. Ella prefería encargarlo todo a través del catálogo de Army & Navy Stores, y Steven se sorprendió escudriñando aquellas tiendas con la misma indiferencia que ella. Pero si él recreaba Shimla a través de los ojos de su madre, Ricky lo hacía a través de los de su padre, y cuando hallaron una puerta lateral de la iglesia de Cristo abierta, entraron convencidos de que encontrarían a su padre junto a las placas de bronce que conmemoraban a los servidores muertos del Raj, modelos de las tres virtudes victorianas: la prudencia, la fortaleza y la paciencia (representadas como pálidas mujeres en los vitrales).

Poco después Steven encontró el pequeño Gaiety Theatre donde su madre había actuado en una pieza amateur representada por los británicos. El programa estaba pegado en una de las hojas del álbum que Ricky tenía llevado consigo (lo abrieron en el teatro vacío) y tenía una foto de su madre con un vestido de seda ceñido, actuando en una ignota comedia llamada *By Candlelight*. Incluso en la fotografía su madre parecía demasiado grande para el escenario, y sus gestos y rasgos demasiado toscos. Un guía les contó que todo seguía igual que en la época en la que ella había actuado: sólo el telón carmesí había sido sustituido por uno verde y dorado. Cautelosamente, Steven se subió al escenario que su madre había pisado y la imaginó mirando más allá de las candilejas de queroseno hasta el palco del virrey y los bancos donde se sentaba el público (trescientas veinte localidades). Hasta le pareció sentir el miedo escénico de ella.

Ya era mediodía cuando llegaron a las antiguas instalaciones del gobierno imperial. La arquitectura nacional de estilo Tudor había desaparecido, y avanzaban por un camino a la sombra de los árboles. Los edificios de grandes piedras se alzaban en las laderas, por encima de ellos, apenas visibles. Ricky caminaba alegre, de buen humor, cargando el álbum de su padre en una bolsa de arpillera colgada de un hombro. Pero Steven estaba triste y frustrado: había creído que en Shimla se sentiría más cerca de sus padres, que el lugar ayudaría a su deteriorado cerebro a verlos desde un nuevo prisma. Sin embargo, tenía la impresión de que se hundían en las profundidades de la historia. El mundo al que habían pertenecido no era el suyo, y por aquel entonces ellos eran jóvenes, mucho más jóvenes de lo que él era ahora. Ricky, pensó, era más íntegro que él, tenía los pies en la tierra. Tal vez su hermano no se preocupara tanto o fuera más tolerante. «Se limitaban a ser ellos mismos, Steve», le dijo.

Llegaron al ministerio donde su padre había trabajado, pero como se había convertido en un cuartel no estaba permitido el acceso, y el centinela sij les advirtió que no se acercaran. Luego encontraron la pintoresca oficina de correos imperial, y finalmente acabaron caminando junto al largo muro de piedra oscura de la entrada del Vicerregal Lodge, el corazón del poder británico que gobernaba a más de cuatrocientos millones de personas. Tardaron un buen rato en verlo, pues se encontraba escondido en una colina poblada de árboles. Se asomaron a cuidados céspedes, arbustos podados y arriates de flores inglesas, y finalmente vieron emerger la enorme construcción de la residencia y la contemplaron asombrados. Era imponente y a la vez fantástica: una mole maciza cuya arquitectura vacilaba entre el estilo de un palacio Tudor, el de un gigantesco castillo señorial y el de un pabellón mogol.

Se sentaron en un banco para recuperar el aliento. En una de las primeras fotografías se veía a su padre debajo del ornamentado porche, posando para un desconocido con una mano en la cabeza: apenas tenía veinticinco años. Debía de estar allí por algún asunto oficial, porque no vestía de etiqueta, sino con pantalones cortos y calcetines hasta las rodillas. Observando la fotografía, Steven se quedó perplejo al descubrir que en aquel rostro no había rastro de la invariable amargura del padre que él recordaba. La boca, en la que con el tiempo se fijó una tensa y cínica mueca, sonreía de oreja a oreja. Bajo su salacot tenía una expresión franca, confiada, como si el porche que se alzaba sobre su cabeza fuera su portal al futuro. En años posteriores, recordó Steven, su padre había ridiculizado Vicerregal Lodge tachándolo de tarta de bodas mestiza, con sus galerías de múltiples pisos y ventanas con parteluz, miradores y torreones adornados con una heráldica que despreciaba.

Anduvieron durante un rato entre las magnolias y los lirios del jardín victoriano, y oyeron el canto de un pavo real. Ricky se había puesto sombrío.

—No entiendo por qué papá quedó tan dolido con la India—dijo. Steven tenía la impresión de que su hermano se estaba identificando con el fracaso de su padre, como si fuera genético—. Debería haber pasado página.

Salieron de los jardines y caminaron al borde de la colina. Una calle asfaltada había reemplazado el sendero que antaño serpenteaba por debajo de la casa de sus padres. El claro estaba lleno de cicuta y cedros. Los sarnosos macacos que infestaban la ciudad habían desaparecido, y un grupo de langures de cabeza blanca saltaba entre las ramas. Steven y Ricky tenían pocas esperanzas de encontrar siquiera el emplazamiento de la casa. Ricky afirmaba que tenía nítidos recuerdos del lugar, pero Steven no recordaba nada. Ahora había otros edificios desperdigados a lo largo del camino: almacenes y casas de campo en decadencia, la oficina de un

abogado. Pero el camino era muy tranquilo. De vez en cuando algún langur saltaba de la copa de un árbol y caía estrepitosamente sobre un tejado corrugado; luego volvía a reinar el silencio.

Se sentaron durante un rato sobre una pared a punto de desmoronarse, envueltos en el aroma de la pinaza, y cuando estaban discutiendo sobre si convenía regresar, Ricky exclamó de pronto:

—¡Es ésta!

Estaban sentados en la terraza inferior de la casa, y de inmediato repararon en que estaba abandonada. Por encima de ellos, un montón de árboles jóvenes la ocultaba, y el terraplén en el que se ubicaba era una maraña de malas hierbas. Subieron con cuidado por los escalones rotos hasta llegar a la veranda. Ricky reconoció los pilares estucados, que en las fotografías aparecían iluminados por el sol pero ahora quedaban ensombrecidos por los altos árboles que se inclinaban sobre la casa. Los adoquines del sendero que conducía a la entrada se habían separado hasta no ser más que un montón de irregulares piedras.

—Me acuerdo... Me acuerdo...—repetía Ricky, pero su voz sonaba apagada, insegura.

Intentaron abrir las puertas, pero estaban cerradas con llave. Quienquiera que hubiera vivido allí por última vez debió de marcharse muchos años atrás. Una maraña de grietas se extendía por las paredes exteriores, y los marcos metálicos de los mosquiteros colgaban de las ventanas. Algún vagabundo había colocado junto a la balaustrada unos cuantos ladrillos con los que proteger del viento las brasas de un fuego. Había hojas por el suelo, y un chándal mohoso. Pero a través de los árboles Steven vislumbró el paisaje que sus padres debieron de contemplar: el contorno de unas montañas sobre las que un quebrantahuesos surcaba el cielo. A veces se preguntaba si lo habría recordado todo en caso de haber venido antes de su operación cerebral. Ya no podía estar seguro de si sus recuerdos eran tan sólo el producto de sus deseos. Creía recordar a su padre tomando ginebra en la terraza, mientras su madre iba y venía sonriendo por la casa.

Ricky había abierto el álbum apoyándose en la cornisa de una ventana y trataba de entender la disposición de las habitaciones a través de las fotografías. Escudriñando por una ventana cuyos postigos estaban rotos, Steven sólo vio escombros y trozos de cristal. No obstante, reconoció que aquello había sido el salón de sus padres, y gracias a la fotografía amarillenta que sostenía en la mano fue capaz de volverlo a amueblar con las sillas de mimbre, las cortinas de chintz y un sofá en el que vio a su madre leyendo. Había una palmera en un tiesto en una esquina a mano izquierda, al lado de un gramófono. Debajo de la fotografía del cuarto que ahora estaba en ruinas, su padre había escrito: «Nuestra primera casa». Steven continuó mirando por la ventana, sorprendido por lo que le mostraban sus ojos: también hubo un aparador de madera de teca, y la piel de un sambar colgada en la pared, sobre la cabeza de su madre.

Ella había sido feliz en aquella casa. Según le había contado, aburrida de las reuniones de bridge y las carreras, había empezado a tomar clases de urdú y a celebrar veladas para esposas indias. Jamás había hecho caso de los rumores que corrían sobre el creciente odio de la población india hacia los británicos, y años más tarde recordaría con nostalgia los banderines ondeantes de la caballería india, los pícnicos que duraban un día entero en los pinares y la insólita claridad en las noches estrelladas, a cuya luz había leído *Anna Karenina*.

Los rostros que lo miraban fijamente desde el interior del álbum apenas le decían nada a Steven. Sólo su *ayah* se parecía a ella misma, con los ojos rasgados mirando la carita de un niño, tanto daba quién fuese o qué edad tuviera. Pero de un sobre pegado al final del álbum, como si hubiera ido a parar allí tardíamente, cayó una fotografía de su madre sentada en el salón junto a otro hombre. Era un señor de una delicada belleza que llevaba un sobretodo hasta las rodillas y un

bastón; un aristócrata indio, al parecer, sin sombrero pero impecable, con lustrosos zapatos europeos. Miraba a la cámara con angustiados ojos vidriosos, mientras ella lo contemplaba apoyando su mano en el brazo de él.

—¿A ver?—dijo Ricky mirando por encima del hombro de Steven—. Qué foto más rara.

—Fíjate en su mano...

—Un indio. —Ricky empezó a sonreír—. Esto es inaudito.

—Me pregunto quién hizo la foto...—Steven sonreía desconcertado.

—Su sirviente, supongo. —De pronto Ricky se echó a reír—. Mamá nunca se atuvo a las normas...

—¿Tú crees que era su amante?

—Shimla era un lugar famoso por eso, todo el mundo tenía aventuras.

—Yo sabía que papá había tenido aventuras, pero no mamá.

Entonces se apoderó de Steven una abrumadora tristeza, sin que él supiera por qué. De niño había pensado que su madre era preciosa (quizá todos los hijos pensaban eso), y sólo más tarde advirtió su pesadez, su indefinible tosquedad. Ya durante la vejez la piel empezó a dejar traslucir la fragilidad de sus huesos, y a veces, cuando se sentía desorientada, su mirada parecía incluso tierna. Steven se preguntó si ella buscaba la mano de alguien más cuando palpaba las sábanas en la cama del hospital. Quizá, como solía hacer, su madre había corrido un tupido velo sobre la aventura, pero tal vez la había atesorado en silencio. A Steve le habría gustado saberlo, pues ahora ella le parecía aún más distante.

—¿Te acuerdas de él, Ricky?

—¡Pero si sólo tenía siete años!

Ricky se puso a hablar de otras cosas: de su primer uniforme en la escuela preparatoria, y de cómo dos años antes, en un desfile del virrey saliente, lord Linlithgow, se había plantado ante el dignatario y le había presentado un torpe saludo; y de las nubes de mariposas que en una ocasión habían sobrevolado las canchas de la escuela para perderse luego en el valle.

Abriéndose paso entre los árboles infestados de monos, rodearon la casa y llegaron a los cuartos de los sirvientes. Quedaban algunas dependencias anexas en pie, con los techos de hojalata intactos, y una cocina destrozada. Steven se alejó con paso ligero hacia el antiguo jardín, que recordaba o fantaseaba. Desde allí se volvió para contemplar la casa, con su chimenea de ladrillos y la balaustrada, y le pareció que había algo inmanente en ellos. Se descubrió andando con cuidado, como si no quisiera perturbar el presente.

Entonces recordó el huerto y una especie de náusea se adueñó de él: sabía que estaba forzándose demasiado mentalmente para recordar. Pero entre la maleza los manzanos himalayos se alzaban nudosos y fragantes (sesenta años atrás también debieron de parecerle altos), y al tocar los troncos le pareció haberlo hecho antes. Un círculo de piedras señalaba el lugar donde había estado el tanque de agua: un cilindro pintado de negro con el borde oxidado, lo recordó de repente. La cirugía cerebral no lo había borrado. El tacto de las piedras era rugoso y húmedo. Más allá de las piedras, se imaginó a Ricky, muy joven, callado, y entonces le llegó el perfume de las manzanas caídas. Luego, llevado por la voluptuosidad del recuerdo voluntario, vio entre las malas hierbas del huerto los brazos llenos de pulseras de su *ayah* abrazándolo, y aunque sabía que al recordar el cerebro se estremece y que cambia con cada recuerdo, vio brillar los ojos de ella mientras sus labios de niño la besaban, estaba seguro, y acariciaba su pecho oscuro.

Al otro lado de la ventana el paisaje se había oscurecido y sólo se divisaban los tenues contornos de una llanura de colores cenicientos. Los campos de trigo y arroz esbozaban oscuros rectángulos entre la niebla. Hacia el sur, el Ganges era invisible. A veces unos campesinos atravesaban la neblina, o un buey holgazaneaba a lo lejos, donde la tierra y el cielo se fundían.

Al anochecer Steven se sumió en un duermevela tumbado en su compartimento vacío. Ya se había acostumbrado al hedor de los uriniales y a los gritos de los vendedores de *chai* en los pasillos. En la litera vacía de enfrente Ricky le había dejado una botella de agua y unas galletas, además del recuerdo de una incómoda despedida. Cuando se separaron (dos ingleses maduros abrazándose en el caos de la estación Old Delhi) Ricky había recuperado parte de su vieja y brusca autoridad. Podría haber seguido viajando, le aseguró, pero la India no le fascinaba: estaba harto del pollo masala, y tenía cosas que hacer en Inglaterra.

Para su sorpresa, a Steven le produjo tanta tristeza la separación que deseó regresar con Ricky. Pero era demasiado pronto: quería visitar Benarés, la gran ciudad de peregrinación junto al Ganges, y tal vez después dirigirse al sur. Al separarse, Ricky le preguntó:

—¿Aún te jode olvidar cosas, Steve? Porque te veo en plena forma, los recuerdas a todos: a papá, a mamá y a todos..., puede que demasiado.

Durante dieciocho horas la niebla obligó al tren a avanzar a paso de tortuga. Una y otra vez parecía reducir la marcha, aunque nunca se detuvo del todo. Steven se cubrió la cabeza con las mugrientas sábanas y mantas del tren, y se tumbó sobre la espalda, harto de no poder conciliar el sueño. Recordó el último comentario de Ricky y le dolió: había insinuado que se regodeaba en los recuerdos, en los muertos. Sin embargo, había muertes que era imposible olvidar, que parecían no haberse resuelto: Sylvia, la mujer de un colega de la que Steven se había enamorado tras divorciarse y que había muerto en un lejano hospital; el amigo que se había ahorcado décadas atrás; y su madre, claro, de la que ahora sabía un nuevo secreto, y cuya ausencia siempre volvía intacta, sin cicatrizar. También había muertes menos graves, separaciones y traiciones que le perseguían en la soledad del viaje: viejos amigos a los que había olvidado, mujeres a las que había defraudado. Ahora lo atormentaba más que nunca que los recuerdos fueran tan escurridizos. Se preguntaba si el intermitente dolor de cabeza sería autoinducido. A veces llegaba a imaginar que quizá había existido otro yo que había conocido y experimentado la vida de forma más intensa que él, otro yo del que era tan sólo un tardío reflejo.

Finalmente se sumió en un duermevela. El tren llegó a Mughal Serai a las cuatro de la mañana y al apearse se vio rodeado de silencio y un frío húmedo. Las luces de la estación eran esferas naranjas suspendidas en la niebla. Un *rickshaw* lo llevó a través de la noche (las rasgadas cortinas abiertas le dejaban ver la carretera) hasta los santuarios budistas de Sarnath. Durante una hora el vehículo recorrió caminos sin iluminación que cruzaban pueblos desperdigados donde los hombres se acurrucaban junto a fuegos encendidos al borde de la carretera, y finalmente lo dejó en la silenciosa ciudad santa envuelta en la niebla. Encontró un monasterio tibetano cuyas puertas estaban abiertas, entró y se quedó allí sentado, oculto por la neblina, hasta el alba. Volvió a sentir la emoción de estar solo, y buscó en su mochila las galletas de Ricky.

La luz se fue abriendo paso imperceptiblemente, como si el aire nocturno se fuera volviendo transparente. Uno a uno, los monjes y peregrinos emergieron para girar las ruedas de plegaria alrededor del patio del templo, murmurando sus mantras, y los golpes de tambores y cantos llenaron el templo. Permaneció sentado allí durante mucho tiempo, sintiendo una euforia

contenida, escuchando las incomprensibles plegarias, hasta que llegó un anciano hospedero y le asignó una celda en el claustro.

Ya en la calle, Steven ignoró los puestos de souvenirs dorados y los reclamos de falsas antigüedades, y entró en un parque donde la niebla acariciaba las ruinas de una ciudad monasterio fundada más de dos milenios atrás. Buda había dado su primer sermón en aquel lugar, rodeado de sus primeros discípulos y algún que otro atento ciervo. Unos pocos monjes daban vueltas alrededor de la única estupa conmemorativa que quedaba en pie (un imponente cilindro de ladrillos y piedras), y los peregrinos encendían velas en los lugares donde pensaban que Buda había predicado. A su alrededor, entre la niebla, se extendían los cimientos de ladrillo de un vasto complejo de monasterios y templos, en ruinas desde hacía unos mil años: celdas bordeadas de hierba, terrazas, paseos, y los círculos vacíos de lo que antaño fueron extraordinarios santuarios.

Los monasterios en activo (japoneses, tailandeses, chinos, birmanos) se multiplicaban por la ciudad. El santuario tibetano donde él se alojaba era venerado en voz baja, y en su templo, más allá de los asientos bajos y el altar con bancos, se cernía el torso dorado de un enorme Buda, cuya cabeza quedaba oculta por la torre del santuario y cuyas manos doradas representaban el gesto de la iluminación espiritual, que se había producido en el parque por el que Steven acababa de caminar. Las paredes estaban cubiertas de frescos con representaciones de diminutos e idénticos Budas, como si fueran los ecos de las plegarias y los mantras que se cantaban allí, en la paz de la repetición.

Su celda estaba amueblada con una cama de hierro y un ventilador roto. Dos noches lo despertó el bajo y cadencioso murmullo de la plegaria en el templo, como el revuelo de una colmena, y por la mañana vio a los monjes comiendo en su improvisado comedor, o caminando por los fríos claustros vestidos con túnicas magenta y gorros de lana. Varios de ellos hablaban inglés, y conversaban con él en un tono suave y atento. Sólo unos pocos habían conocido su hogar tibetano. Nacidos en el exilio, habían encontrado un hogar en la fe. ¿Qué representaba Tíbet para ellos?, se preguntó Steven. ¿El paraíso perdido o el país usurpado por los chinos? Un viejo monje, rebosante de júbilo interior, dijo que Tíbet estaba presente en la India, en el linaje de sus maestros. Allí se encontraba la patria verdadera.

A Steven los monjes le parecían misteriosamente alegres. Se encontró a sí mismo preguntándoles cosas totalmente ingenuas. Cuando se interesaba por el karma o el samsara, ellos le contestaban dulcemente, y acabó intimando con un monje anciano y su acólito de aspecto frágil. El más joven se quedaba callado en presencia del anciano, así que Steven intentaba charlar con cada uno por separado; sin embargo, a menudo cada uno hablaba como si fuera el eco del otro, como si lo hicieran desde un mismo conocimiento o autoridad, refiriéndose siempre a los seres humanos como entes que mueren y renacen constantemente. Norbu, el anciano, describía el viaje del alma como el de un caminante que vuelve a su morada cada noche, duerme y olvida, y se levanta cada mañana habiendo renacido. Tenzin, el acólito, comparaba ese tipo de resurrecciones con un tulipán que florece cada año tras haber dormido en la tierra.

Sin embargo, el alma no existía: no contemplaban una esencia humana eterna. Lo único que existía era el viaje, el karma de la causa y efecto. Mientras Norbu desgranaba sus verdades con sonriente serenidad, Tenzin notó que Steven estaba algo angustiado. Sus finos dedos retorcían el rosario budista mientras hablaba, como si pudiera suavizar sus respuestas, y parpadeaba a menudo.

—Nosotros vemos las cosas diferente—le explicó asumiendo que Steven era cristiano—.

Nosotros no creemos en la existencia de Dios. No existe el Creador, existen dioses que nos ayudan a entender, pero también mueren. Son ilusiones.

Steven permaneció en silencio unos instantes, y luego preguntó:

—Si no hay Dios, ¿qué sobrevive a la muerte?—Se dio cuenta de lo anhelante que había sonado la pregunta, como si Tenzin (que hablaba de manera tan exacta y convencida, aunque nerviosa) estuviera en posesión de un conocimiento secreto.

—Algo que heredamos—respondió el monje—. Algo que aguarda ser perfeccionado. —Y separando las manos a la altura del pecho añadió—: Pero no es posible volver a la vida anterior.

—No tenemos memoria de esa vida...

—Si la tenemos, no somos conscientes de ella. A veces se recuerda a alguna persona tras muchos años, puede que por casualidad. Hay historias...

Steven percibió en la mirada del monje que intentaba consolarlo. Era cierto, existían historias de personas que recordaban vidas pasadas, pero eran historias extrañas, dudosas. Al final nadie podía reencontrarse con los muertos que había amado. Estaban cambiados y ni siquiera sabían quiénes eran.

—Ellos ya se han marchado. Nunca volverán—le dijo Tenzin.

—No...

Pero Steven vio su angustia reflejada en la expresión de Tenzin. Bajó la mirada y se quedó en silencio. «El pasado es demasiado grande»: oyó la voz de la mujer de su colega, Sylvia, que había muerto enamorada de él; luego recordó el tacto de la mano de su madre, y la inocente cabeza del joven que se había ahorcado seguía reapareciendo en su memoria.

El anciano monje Norbu, sentado en una celda al menos tan vacía como la suya, le contó alegremente a Steven que no existía. De hecho, ninguno de los dos existía, ni tampoco Tenzin. El mundo se diluía y desaparecía con la iluminación que llevaba al nirvana. El yo creaba su propio entorno, y éste no era más que una ilusión. También el yo era una ilusión: la mayor de todas. Gracias a la meditación (Norbu había meditado durante más de cincuenta años) él había alcanzado una visión purificada. Una vez emprendido el camino de la meditación (y al decirlo le dio unas palmadas a Steven en el brazo para darle ánimos) era imposible volver atrás.

—¡Perderías demasiado! ¡Ja, ja! Volverías a morir de sufrimiento. Nosotros decimos que la vida es una casa en llamas.

Steven se dio cuenta de que junto a la cama de Norbu había un mandala: era el dibujo de un palacio en forma de laberinto, en cuyo centro se sentaba Buda. Eso no era magia, se rio Norbu, y no, tampoco se trataba de un laberinto. La concentración en la figura sagrada del centro ayudaba a meditar. Se trataba de un acto de gran disciplina y silencio, en el que el yo individual se desvanecía lentamente para unirse por fin al Buda.

Steven recordó de su época de estudiante, que parecía pertenecer a otra vida, los recientes experimentos con el cerebro que probaban que la concentración prolongada en un objeto, a través de un complejo desequilibrio de la excitación neuronal, producía la sensación de que el yo se fundía con el objeto. Por un momento quiso contarle esto al anciano para socavar su certeza. Pero, evidentemente, el experimento no probaba nada. Sólo que el cerebro era o bien el receptor o bien el creador de la divinidad. El éxtasis o el dolor—o quizá Dios—aguardaban en las profundidades de la mente el estímulo del santuario del mártir en Mashhad o de las confesiones de un postulante a la luz de una vela: nadie podía saber si eran autoinducidos o provocados por una divinidad.

Steven intentó imaginarse a sí mismo emprendiendo el camino de la meditación, adentrándose en su certeza, en su transformación neuronal, mientras el anciano le sonreía. Por supuesto que era capaz de avanzar por ese camino hasta que el retorno fuera imposible: hasta que la duda se esfumara junto a la intensidad del dolor, y los muertos fueran liberados en sus reencarnaciones.

Comprendió que, según la fe del monje, sólo el bien y el mal sobrevivían: perduraban en la cadena del karma, que estaba más allá del yo individual, y conducían a la salvación de todas las cosas sensibles.

—Cuando soñamos—explicaba Tenzin con su extraña, trémula, certeza—imaginamos que todos los deseos y los horrores son reales, hasta que despertamos. El *yo* es lo mismo, una ilusión soñada.

Steven no recordaba haber oído a Norbu o a Tenzin hablar en primera persona, tal vez lo evitaran instintivamente. Para ellos, *yo* no era una entidad intrínseca, sólo era una serie de respuestas transitorias que formaban en la memoria un recipiente que ella misma llamaba *yo*. *Yo* era la historia que las percepciones se contaban a sí mismas. Como en las teorías recientes sobre el cerebro, el yo coherente desaparecía.

Sin embargo, Steven masculló de forma casi inaudible:

—Pero alguien se despierta de un sueño, es decir, alguien está soñando.

—No hay nadie soñando—respondió Tenzin.

Al cabo de un tiempo Steven fue desarrollando una impaciencia exasperante. Empezaba a equiparar la duda con la liberación, y quería marcharse. Pero sabía que su cabeza tenía una carencia, le habían extirpado para siempre algo que no recuperaría por mucho que se concentrara. Tal vez por eso estaba empeñado en insistir en el *yo*, en su propia singularidad. «Estoy caminando por esta calle—se dijo a sí mismo, tras partir del monasterio—. Voy a buscar un autobús. Creo que dentro de una hora estaré en Benarés. Éstas son mis piernas, mis brazos, éste soy yo...».

Mucho antes de llegar al Ganges, las calles se llenan de peregrinos y comerciantes envueltos por la niebla. *Rickshaws* y escúters se abren paso zigzagueando entre los transeúntes. El ruido es atronador. La gente es más oscura y pequeña que en Shimla, son peregrinos que vienen de pueblos rurales y aldeas, guiados por sus *pandas*, con coloridos *tilakas* en la frente. Apenas me miran. De vez en cuando veo pasar a toda prisa por la calle grupos cargando féretros de madera. El cuerpo envuelto yace rígido, la cabeza ornamentada asomando a través de sábanas carmesí y doradas, y el puñado de dolientes que lo acompañan cantan «*Rama nama satya hai!*», el nombre de Rama es la verdad. A veces parecen felices. Por encima de sus cabezas se extiende, una maraña de anuncios y cables eléctricos. Hay basura por todas partes, alcantarillas abiertas y fogatas en las aceras. Los perros duermen sobre las cenizas calientes, y hay vacas blancas pastando.

Bajo hacia el río adentrándome en estrechos callejones flanqueados por edificios de cuatro o cinco pisos de altura que apenas dejan entrar luz. Son de yeso mohoso: un laberinto en el que sobresalen balcones y postigos destrozados. Algunos peregrinos duermen en los alféizares y otros en las escalinatas, obstaculizando el paso. Las puertas abiertas dejan ver los interiores oscuros. Y los santuarios de los dioses están por todas partes: en nichos y en cámaras subterráneas, donde se unge la piedra en forma de falo del dios Shiva, señor de la destrucción y del cambio, adornada con caléndulas. Toda la ciudad de Benarés pertenece a Shiva. Gracias al místico equilibrio que alegoriza su tridente, la ciudad escapa a los ciclos del tiempo cósmico hindú. Es indestructible. Aquellos que mueren y son incinerados aquí entrarán inmediatamente en el *moksha*, el nirvana

hindú. De modo que el lugar está abarrotado de enfermos y ancianos que aguardan la muerte. Me adentro en el corazón de una ancestral comprensión del mundo. Según dicen, para quien tiene una mirada pura la ciudad es preciosa. La atroz dejadez (la basura por todas partes, las alcantarillas abiertas, la pobreza crónica) es el velo que cubre su santidad. Iama, el señor de la muerte, tiene prohibida la entrada. No obstante, yo soy incapaz de ver nada de todo esto, mi mirada no está purificada. Soy sólo un turista, y los mendigos se apiñan en torno a mí, agitando sus cuencos vacíos.

Al ponerse el sol encuentro un hotel cerca del Ganges. Desde la ventana veo fluir el río de un color gris aceitoso. En un destartalado restaurante pido el pollo masala que Ricky detestaba (nada de lo que hay aquí cuesta más de unos pocos céntimos); lo acompaño con una cerveza Kingfisher, y me acuesto pronto. En comparación con la celda monástica donde dormí anoche, la habitación de hotel me parece un lugar cavernoso; el agua caliente de la ducha despierta la nostalgia de comodidades. No consigo dormir profundamente, en mitad de la noche me despierta el sonido de cantos y campanas. El hostelero me ha dicho que es posible recorrer en barco el sagrado Ganges al alba, mientras los peregrinos se meten en el agua para bañarse. Así que salgo a la calle antes del amanecer, cuando aún hace fresco, y una multitud de barqueros grita a mi alrededor «¡Señor! ¡Barco, señor!», hasta que escojo a un anciano remero (tiembla bajo su jersey hecho jirones) y zarpamos.

La noche se vuelve blanca a nuestro alrededor. Los remos crujen mientras nos adentramos en un vaporoso muro de cielo y agua. Entonces la ciudad comienza a materializarse: una silueta de color caoba se esboza en la grisura, donde brillan unas pocas luces. A lo largo de seis kilómetros, a orillas del río se suceden enormes terrazas con escalinatas sobre las que se alzan templos y palacios vetustos. Sale el sol y cuelga como una moneda blanca en el vacío, desprovisto de cualquier luz circundante. Y la gente empieza a descender al río por las escaleras. Los hombres se quedan en taparrabos y caminan sumergidos hasta la cintura. Se salpican agua sagrada sobre el cuerpo y la cara. Algunos se sumergen por completo. Se respira una felicidad festiva en el ambiente. Las mujeres se bañan con sus saris, riendo. Los corpulentos torsos de los brahmanes, con los collares ceremoniales colgando, se mezclan con los larguiruchos cuerpos de los ancianos. Parecen formar distintos cuadros a nuestro paso. Un joven, adentrándose en la fría corriente, mira absorto hacia el este, rezando con las palmas de las manos unidas. Una frágil anciana, temblando, entra en el agua, quizá por última vez, con la ayuda de su hija.

Mi barquero descansa sobre sus remos. «¿Quiere una ofrenda para la Madre Ganges?». Me vende una guirnalda para dejarla flotar en el río. «¿No quiere comprar seda?».

No quiero seda, no. La corriente contaminada chapotea contra la proa. Los residuos parecen estar profundamente incrustados en los márgenes del río. Los vertidos de las fábricas río arriba (plantas químicas, tenerías, mataderos) se mezclan con las aguas residuales, la basura y los restos de los cuerpos incinerados, que flotan lentamente junto a nosotros con tóxica santidad. Los palacios y los templos que se alzan sobre las escalinatas, cuyos lisos muros culminan en galerías y cuyos torreones se recortan contra el horizonte, parecen destrozados y abandonados, sus ventanas sin luz. Las deterioradas paredes están cubiertas de anuncios medio borrados de hostales y restaurantes, dioses pintados, publicidad de Vagyoga Chetanapitham, de la pensión Elvis y de una línea telefónica de ayuda a niños abandonados.

A medida que transcurre el día grupos de peregrinos se desplazan por el río en grandes y

lentas lanchas cuyos motores apenas se oyen bajo los templos. Alejados del bullicio, donde la orilla este del Ganges es un páramo desarbolado, van a la deriva, flotando en la niebla, y hay mujeres que dejan en el agua pequeños cuencos con velas encendidas. En las escalinatas más populares los sacerdotes se instalan al abrigo de paraguas color azafrán, y los bendecidos ascetas *sadhu*, untados con ceniza o sándalo, se sientan delante de santuarios caseros en honor a Shiva contemplando inmóviles el Ganges.

Yo miro atrás y me pregunto qué estarán viendo. Siento un antiguo deseo de capturar el espectáculo con mi cámara, y vago por las escalinatas durante toda la tarde bajo un pálido sol. En los trechos más tranquilos hay niños jugando a críquet con palos y pelotas de tenis, o haciendo volar cometas que dan tirones en un cielo que parece detenido en una calma sobrenatural. Otras terrazas están atestadas de sombrillas, como una especie de feria sagrada, mientras río abajo brillan los fuegos eternos del crematorio. Todo parece estar dispuesto para que la cámara capture una colorida composición. Un templo de piedra esculpida se inclina sobre el lodo. Bandadas de pájaros miná alzan el vuelo desde el tejado de un palacio. Una humilde joven muy flaca recoge agua del Ganges en un frasquito y luego lo oprime contra su pecho. El teleobjetivo me permite acercarme a la muchedumbre en las terrazas, transformarla en una brillante multitud, y recorrer la orilla del río capturando un collage de relucientes cuerpos hirsutos.

Pero al anochecer, al abrigo de un callejón, reviso las fotografías en el visor de la cámara, y no salgo de mi asombro: algo esencial me ha rehuido. Es como si en esta extraña ciudad lo visible no tuviera importancia, y su significado sólo fuera comprensible a través de la profunda fe, la fe que vuelve pura incluso la cloaca del Ganges. Me he limitado a imponer a estas escenas patrones de forma y luz confiando en que resultaran elocuentes.

«¿Hachís, señor?».

He oído esta pregunta por toda África y Asia. Yo solía fumar. Ahora un hombre me ofrece un pastelito marrón. Supongo que si lo acabo comprando es porque el hachís es sagrado para Shiva, y aún me sigue gustando experimentar las cosas *in situ*. Al masticarlo en un camino desierto sabe más amargo de lo que debería.

En el laberinto de callejuelas, los templos y santuarios se multiplican tras paredes ruinosas y puertas destartaladas. En una entrada a oscuras alguien me vende una guirnalda para el dios, me ofrece un cuenco de agua para lavarme las manos y me marca la frente con un *tilaka*. Dejo mis zapatos a su cuidado. En las paredes cuelgan carteles en hindi que no entiendo. Me adentro en un laberinto de pasillos flanqueados por capillas protegidas con barrotes de hierro, y el suelo de mármol me hiela los pies. Los devotos encienden velas en los escalones frente a los dioses mientras una mujer susurra los nombres divinos. Pero los dioses permanecen inescrutables en la oscuridad de sus jaulas. Algunos están pintados en colores vivos, otros cubiertos de bermellón, y otros—los menos adorados—parecen absortos en su pétreo desnudez. A menudo no puedo distinguir más que el tocado de una cabeza incorpórea o la silueta de una mano enjoyada. Algunos llevan tal cantidad de guirnaldas que de su rostro cubierto sólo se ven los ojos brillantes. En una cueva cubierta de llamas se encuentra el dios Ganesh, con cabeza de elefante, sentado; el dios mono Hanuman es un amasijo de arcilla con dos pupilas negras.

Para la elite ilustrada esas deidades no existen. Como para los monjes budistas, el mundo e incluso la divinidad son ilusorios. Recorro los pasillos estupefacto. Ninguno de estos dioses tiene sentido por sí mismo. En un panteón repleto de dioses cada uno es un elemento, un complemento o

una antítesis divina del otro. Soy incapaz de recordarlos todos. Empiezo a sentir el cosquilleo de la conocida euforia. Vishnú, el dios de la preservación, es la manifestación benigna de Shiva, el destructor, que a su vez crea incluso cuando destruye. En cierto sentido cada uno es la otra cara del otro. La consorte de Shiva es la benévola Parvati, que sin embargo puede transformarse en cualquier momento en su antagonista Kali, la diosa de la sangrienta aniquilación.

Los santuarios se suceden creando zonas de luz parpadeante y avanzo junto a las llamas. Empiezo a sentirme deslumbrado, veo acercarse y alejarse las cosas alternativamente. Oigo risas y cantos; me pregunto si tengo derecho a estar aquí, en este inframundo de dioses secreto. He leído que si la estatua tiene ojos, significa que el dios está vivo. Los ojos, como los de un icono, emiten la luz de otro reino. Mis pies se deslizan en silencio sobre el mármol: tengo la sensación de estar flotando. Reparo en que eso se debe al efecto del hachís—ya lo conozco—, pero ahora descubro puertas y pasillos que parecen conducirme al límite del infinito. Me imagino entrando en habitaciones secretas donde las paredes ocultas tras las cortinas se abren y me revelan misterios que a su vez revelan nuevos secretos. Cuando contemplo el interior de los santuarios, mis manos aferradas a los barrotes de la jaula parecen alejarse de mí. Los dioses se ciernen sobre mí, intermitentemente desenfocados. Todos son uno, por supuesto, o no son nada. Pero sus miradas se entrecruzan en la oscuridad. Y todos están acompañados de su montura, que alegoriza sus atributos, tumbadas a sus pies: Shiva monta un toro; Parvati, un león; Ganesh viaja sobre un ratón; Vishnú, sobre un águila. Yo avanzo en silencio sobre mis pies, que no puedo sentir, pero me duele la cabeza.

La luz que emiten varias velas colocadas en un banco tiembla sobre el rostro tallado del dios. Todos los devotos tienen una sonrisa en el rostro. Su fervor inflama al dios. Creo que es un dios con una máscara de toro, tal vez Shiva. A lo mejor estoy recuperando la memoria. A la luz de las velas, los cuernos se curvan muy por encima de la cabeza. Como si estuviera bajo los efectos del incienso y el humo de las velas, alargó el brazo para quitarle la máscara al dios, pero mis dedos topan con la dura piedra. Mi mano parece la de otro. Quizá, como los dioses, también yo soy muchos otros, o no tengo una existencia real. No puedo oírme rezar, he olvidado cómo hacerlo. Sólo soy un receptáculo de sensaciones. No hay ninguna razón específica por la que yo debería existir, salvo mi propia imaginación. Nunca existí y nunca volveré a existir. En cualquier caso, el humo me irrita los ojos.

Los fieles se han reunido delante de un santuario interior. Un sacerdote vestido de blanco, oculto tras unas puertas enrejadas, baña y unta a la deidad delante de nosotros. Los peregrinos forman dos filas ante el dios, las mujeres a un lado y los hombres al otro, y yo espero oliendo el incienso y las flores marchitas. Cuando las puertas se abren de golpe con un clamor ensordecedor de gongs y tambores el sacerdote traza círculos de fuego delante de la imagen, al ritmo de una atronadora campana. Me inclino hacia delante bajando la cabeza. Al final del túnel de devotos, bañada por una luz brillante, veo a Kali, la diosa de la destrucción. Tiene la piel negra y unos colmillos blancos, y blande una cabeza cortada y un cuenco de sangre. Sus joyas están hechas de calaveras humanas. Sus feroces ojos, pegados a su tiara, miran hacia arriba. Son obscenamente bellos y me pierdo en ellos. Medio oculta detrás de ella, como una silueta concéntrica, se encuentra su antagonista, Parvati, un rostro de una belleza convencional. Los devotos se inclinan ante Kali. Uno se cae hacia delante, golpeándose la frente. Ya sólo huelo el incienso y las caléndulas marchitas. Saco la cámara para tomarle una fotografía: los ojos pintados relucen en el visor.

Pero cuando un hombre me da un golpe en la mano, negando con la cabeza, tapo el objetivo. Al fin y al cabo, es una imagen sagrada. En algunas de sus prodigiosas metamorfosis devora el tiempo y luego vuelve a hundirse triunfante en el abismo. Fotografiarla significa degradarla. Al salir del templo la culpa me corroe y me acabo perdiendo en la noche.

No tenía intención de ir a los *ghats*, pero como una pareja sueca del hotel me dijo que los visitarían esa mañana, los recorremos juntos un buen rato, inequívocamente extranjeros, así que los barqueros, los mendigos y los vendedores de flores y velas para la Madre Ganges pululan a nuestro alrededor. Alguien me coge la mano y me propone un masaje ayurvédico, otro grita ofreciéndose a cortarme las despeinadas greñas. A medida que nos acercamos al crematorio del *ghat* de Manikarnika, las ofertas aumentan y las amenazas se intensifican: invitaciones para ver las cremaciones desde plataformas, súplicas de que compremos unos haces de leña o demos limosna para los hospicios de moribundos.

Detrás de la empalizada de troncos y ramas de ocho o diez metros de altura, se ve una maraña de andamios, chapiteles y casas lóbregas veladas por el humo e iluminadas por una aureola de fuego. Observamos el lugar junto a otros turistas desde el balcón de un templo. La señora sueca dice que tiene náuseas. Las diversas castas arden en distintas terrazas. Justo debajo de nosotros, hay seis o siete piras alineadas como las camas de un dormitorio. Los cadáveres llegan desde las calles envueltos en telas carmesí y doradas, y a veces los anuncia el estruendo de unos tambores. Los siguen unos pocos parientes varones (las mujeres no tienen permitido el acceso), que bajan el cuerpo hasta la orilla del Ganges para mojar sus pies en el agua. Después retiran la sábana funeraria y colocan el rígido cuerpo vendado de blanco en la pira que le han asignado, donde la casta antaño llamada de los intocables amontona la leña por la que ha pagado la familia.

Miro hacia abajo, al principio paralizado. La mayoría de cuerpos tardan tres horas en consumirse. El hijo mayor, con la cabeza rapada, gira el cadáver en el sentido contrario al de las agujas del reloj y lo enciende con el fuego de otra pira: en Manikarnika el fuego jamás puede apagarse. Después, echa sándalo, las llamas se avivan y el hombre se une a los demás parientes, que permanecen sentados contemplando las pilas de leña. No sabría decir cuánto les aflige su muerte. Las manifestaciones de tristeza se consideran indecorosas, ofenden a los muertos. Algunos de los dolientes charlan entre sí. Veo a uno leyendo el periódico, y a unos pocos ancianos contemplando el fuego en silencio. Toda la ladera, cubierta de leños y hombres, parece aguardar, y más allá, en el río, veo barcazas hundidas hasta la borda, transportando nuevos montones de leña que se descargan en la orilla del río, o se apilan en los balcones de los templos abandonados de alrededor.

Debajo de nosotros, las cabezas y los pies vendados de blanco sobresalen de las piras frente al Ganges. Cuando el fuego se debilita, los congregados atizan las llamas con largas ramas. Al cabo de un rato se consume la mortaja y, en ese horno, el cuerpo se rompe. Cabras y perros hambrientos escarban a sus pies. Si el cadáver no se desintegra lo suficientemente rápido, los ayudantes lo golpean con palos y lo empujan al centro de las llamas. Muy cerca de mí, veo una cabeza convertida en una pelota carbonizada que no puedo evitar contemplar absorto. Finalmente, el cráneo se agrieta produciendo un chasquido que parece el disparo de una pistola, y una masa carbonizada se desparrama sobre las llamas: fragmentos de huesos, carne, memoria.

Tengo los nudillos blancos de aferrarme con todas mis fuerzas a la balaustrada. No pienso en mi madre, ni en Sylvia, ni en nadie en absoluto. Sólo repito mentalmente: lo que consumen las

llamas no es una persona, sólo es un receptáculo de sensaciones, una conciencia transitoria. En el luto se llora la ilusión de un yo, nada más. El setenta y cinco por ciento del cerebro es agua: disecado, se reduce al tamaño de una nuez. El mundo hindú muere y renace en una conflagración, y el ser humano es su microcosmos, un fragmento de un ciclo perpetuo. Siento un nudo en la garganta reseca. El individuo no es nada. Alguien conservó el cerebro de Einstein en dos tarros de mayonesa durante veinte años. Todo lo que se ha perdido es el tacto de su mano, el timbre de su voz.

A la mujer sueca parecen habersele pasado las náuseas. Cuando está a punto de irse, me pregunta:

—¿Te encuentras bien?

—Sí, ¿por qué?—le respondo sorprendido.

—Estás llorando.

—No me había dado cuenta—le confieso mientras me palpo los ojos.

En la pira más cercana, el fuego se ha apagado. Cuando el fuego se apaga, se echa agua sobre las ascuas, y las cenizas van a parar al Ganges. Pueden quedar algunos trozos del cuerpo, por supuesto (el barquero los llama «almas flotantes»), pero terminan desembocando en el mar.

Cuando miras por la ventana del hotel al amanecer, si la niebla no es demasiado espesa, aparece la pálida línea de la otra orilla del río. Parece simplemente un banco de arena suspendido a lo lejos, y para cuando llego a la orilla, ha desaparecido.

Según una de las diversas creencias hindúes ésa es la orilla que cruza el alma para reunirse con sus ancestros tras doce días de viaje. Sin embargo, un barquero se ofrece a llevarme allí en diez minutos, aunque me informa de que no vale la pena.

—Nada que ver allí, señor. Mejor ver el *ghat* en llamas. Veinte rupias.

—Vayamos de todas formas.

Nos adentramos en la niebla. Al cabo de unos minutos Benarés se ha desdibujado convertida en una sombra tan inmaterial como la orilla opuesta, en la que sólo unas pocas luces brillan suspendidas en la bruma. Una cometa, volada desde algún lugar invisible, emerge planeando por encima de nosotros y luego desaparece. Los remos se hunden en una calma gris. Unas golondrinas aletean sobre la superficie. Cerca del banco más alejado resuenan los graznidos de una colonia de pájaros miná alojados en un barco abandonado. Aquí no hay nada excepto arena, pálidos arbustos y las tenues siluetas de los árboles que se vislumbran en el horizonte, al este.

—No baje—me recomienda el barquero—. Hay gente malvada más allá de los árboles.

—¿Qué tipo de gente?—le pregunto, pero no lo sabe.

Camino por el lugar con paso ligero. A mis pies la arena es blanda como el polvo. El barquero insiste en que estamos en un desembarcadero para las almas que viajan hacia la reencarnación. Pero en la orilla flotan montones de restos: prendas empapadas, flores mustias, un perro muerto. Las estridentes sábanas funerarias, aparentemente imperecederas, destacan en los bajíos. Hay cosas que prefiero no examinar. Entonces sale un sol ácueo que materializa la orilla que hemos dejado atrás. Y es hora de regresar.

Al día siguiente se dirigió hacia el sur tomando distintos autobuses hasta Rourkela. Como las carreteras estaban marcadas con líneas muy finas en el mapa, y las ciudades se encontraban muy

alejadas entre sí, nunca estaba seguro de dónde pasaría la noche. Al principio el terreno era llano, bordeado de colinas bajas bajo un cielo despejado. Había promontorios de roca que se alzaban en las llanuras como caparazones de tortugas dormidas bajo tierra, y aldeas agrícolas diseminadas a lo largo de los arrozales. Algunas vistas le resultaban inexplicablemente reconfortantes, como si reemplazaran los recuerdos que él temía haber olvidado: un templo de piedra en las colinas boscosas, las cascadas irisadas que caían desde una meseta. Y algunas de las personas escuálidas por los estragos de la pobreza que hacían el mismo recorrido que él en autobús eran bellísimas.

Al cabo de tres días, cuando finalmente llegó a su destino, lo primero que hizo fue echarse a andar. El camino se abría paso a través de rocas y pálidos árboles, y apenas se cruzó con nadie. Resecos canales de irrigación atravesaban campos vacíos para terminar desapareciendo entre arbustos y hierba amarillenta. Rellenó la botella de Ricky con el agua de arroyuelos hundidos, y se alimentaba de verduras al curry que había envuelto en *chapatis* días antes. Ya apenas hacía planes, ni anticipaba nada de lo que haría. Desplegó su saco de dormir bajo las estrellas, en el cálido crepúsculo, y se despertó al amanecer temblando de frío. Sentía el cuerpo entumecido pero la mente despejada. En el espejo oxidado de la tienda de un pueblo vio un rostro enjuto de vidriosos ojos febriles. Sólo llevaba cinco días caminando, y seguía avanzando a buen paso sobre el agrietado asfalto. Apenas le pesaba la mochila, que se había convertido en un caparazón. Le daba miedo detenerse. Sin embargo, al caminar, a veces sentía cierta fragilidad, como si se separara de su cuerpo, como si su mirada se volviera para observar el interior de su cabeza y descubriera un doloroso vacío. Temía haber sufrido una hemorragia cerebral. Al final ya no sabía dónde estaba: los nombres de los pueblos no aparecían en el mapa y no entendía nada de lo que le decían las personas con las que intentaba comunicarse. Un día enseñó el mapa a unos campesinos: señalaron con sus dedos callosos los nombres en inglés de las ciudades, hablando entre ellos, sin aclararle nada. Ni siquiera estaba seguro de que supiesen leer.

Poco a poco se fue sintiendo inquieto. No a causa del lugar, ni de sus habitantes rústicos y humildes. Lo que le inquietaba era la compulsión de continuar caminando, tal vez para siempre, a través de aquellos parajes de peñascos y árboles esqueléticos, hacia el horizonte que la niebla ocultaba. Los habitantes de aquellos lugares debían de pensar que pertenecía a otra casta o provincia. Lo miraban pasar hasta perderlo de vista. Y él tenía la creciente sensación de que su entorno era cada vez más angosto, hasta reducirse a la franja de carretera agrietada que tenía enfrente, mientras sentía aquella fragilidad en el cráneo. Temía que su cabeza se quebrara si la posaba demasiado abruptamente en el suelo rocoso por la noche (dobló los pantalones para usarlos de cojín) o que explotara al tomar su frugal comida, o limpiándose los dientes con el frío cepillo, o recordando cualquier cosa.

Una mañana vio aparecer una figura a lo lejos, en medio del camino. Era apenas una manchita más oscura que el suelo rosáceo a su alrededor (tal vez había surgido de la tierra misma) y a veces desaparecía entre los árboles retorcidos que interrumpían el camino. El resplandor de las rocas debió de provocar la ilusión de que aquella silueta era el reflejo de Steven acercándose a él. Ninguno de los dos hacía ruido. Al cabo de un rato, al reconocer las ropas de color azafrán del hombre, supo que se trataba de un *sannyasi*, un devoto peregrino, que apoyaba el tridente en un hombro, como si llevara una caña de pescar. Ni siquiera al acercarse el uno al otro se detuvieron. Steven reparó entonces en que era un hombre mayor y llevaba pintadas en el rostro las dos barras blancas de ceniza de Shiva; sus grandes ojos miraban plácidamente hacia delante, absortos en un punto remoto del paisaje. El anciano pasó a su lado sin ni siquiera mirarlo.

Sabía que el *sannyasi* jamás dejaría de andar. La línea del horizonte iría reculando frente a él hasta que por fin decidiera abandonar el camino para morir. Steven contempló la figura, cada vez más menuda, y oyó las suaves pisadas de sus sandalias sobre la tierra en la que no dejaba huella, hasta que desapareció de su vista. Después de un buen rato, cuando apareció un camión, Steven levantó el brazo. Tenía la mente en blanco, aletargada. Pero le pagó al desconcertado conductor unas cuantas rupias, y al cabo de dos días se encontraba en los caóticos suburbios de Calcuta, decidido a regresar a casa.

Meses más tarde, ya en Inglaterra, seguía sin abandonarle un profundo pesar: como si finalmente hubiera un destino que se le había escapado.

Sólo unos minutos después de vaciar las paredes de los recuerdos de sus viajes (la casa ardía a sus pies, la cabeza le daba vueltas) había olvidado que también había arrojado por la ventana las vasijas persas y el buda nepalí. Asfixiado, era incapaz de levantarse del sofá. Vio el humo colarse en los huecos que había dejado su memoria. Clavó los ojos en las paredes vacías: no quedaba rastro de sus viajes. Tampoco en su mente, a punto de asfixiarse, quedaba rastro de sí mismo, que tal vez sólo había sido un cúmulo de sensaciones y visiones, y aquel horizonte que aún no había logrado alcanzar.

8

EL PROPIETARIO

Bajo la fría luz de las estrellas, a la hora prevista, los meteoritos de las cuadrántidas aparecen en el cielo, por el norte, y se precipitan hacia la tierra. Su flujo, desde un punto de vista astronómico, es joven y reducido, de modo que en pocas horas caen densamente agrupados. Parece una oscuridad iluminada por estrellas plañideras. Dan la impresión de desplegarse en abanico desde la constelación Boötes (en algunos mapas parecen fuegos artificiales), pero es posible que se dispersen por medio cielo. De vez en cuando un meteorito se parte en dos; otros salen disparados como renacuajos celestes con cabezas grandes y llameantes y afiladas colas. En el silencio, sus movimientos parecen obedecer a un propósito arcano, aunque naturalmente sólo son desechos cósmicos (los residuos de un cometa pasando cerca de la Tierra) cayendo a toda velocidad hasta desintegrarse en la densa atmósfera.

El viento arrecia y agita el espumoso mar. El observatorio de la azotea apenas lo resguarda. Escucha el ir y venir de las olas. En el pasado, durante el apogeo de las cuadrántidas, ajustaba la cámara para tomar una fotografía de larga exposición y registraba las características de los meteoritos más espectaculares: su magnitud, color, distancia recorrida. Le entusiasmaba la variedad: unos brillaban en el horizonte como borrosas lágrimas y otros dejaban tras de sí una estela fina como una aguja. Pero esta noche los observa dejándose llevar por el mismo espíritu ensoñador con que solía contemplarlos de joven. En una noche clara como ésta, si deja de lado el telescopio—incluso los binoculares—y mira con el ojo desnudo, la cúpula celeste lo vuelve a conmover como entonces. Sus dimensiones son incomprensibles para él. El supercúmulo de galaxias al que él y toda vida conocida pertenecen mide cuatro millones de años luz de lado a lado. Pero incluso esa distancia es insignificante en el espacio cósmico, y entonces su mente se rinde y se concentra en fenómenos más perceptibles. El ordenador colocado sobre la montura del telescopio puede registrar en cuestión de segundos la estrella que él seleccione y ofrecerle una serie de números que parece la lista de sus teléfonos favoritos, cuya sutil belleza todavía contempla estupefacto, con la ilusión de un niño. Su aparente inmutabilidad resulta esperanzadora (aunque sepa que también las estrellas están muriendo). El cúmulo doble de Perseo cuelga sobre su cabeza como una inmensa joya, tan lleno de estrellas que el cielo a su alrededor palidece y se suaviza. Y junto a la cola de la Osa Mayor localiza la pareja de Alcor y Mizar: una luce dorada y la otra, de un azul intenso. Una especie de extraña fuerza gravitacional las atrae, de modo que aproximadamente cada medio millón de años—un parpadeo en el tiempo galáctico—completan una órbita la una alrededor de la otra.

A veces, como esta noche, el cielo le inspira la ancestral idea de que allí fuera hay algo que espera ser descubierto, algo imperceptible. Las inquietas constelaciones le recuerdan sus días de colegio, cuando, en la lente del microscopio, cuerpos en apariencia sólidos se convertían en un universo de partículas en movimiento. Pero él sospecha que ese secreto celeste, si existe, no se halla en las galaxias, sino en el invisible abismo de los agujeros negros que—si la ciencia está en lo cierto—podrían ser más numerosos que las estrellas. La impredecibilidad (que se refuten teorías antes aceptadas) le resulta increíblemente reconfortante. Las cosas no son lo que parecen. Los agujeros negros, al engullir todos los fenómenos conocidos, curvan el espacio y los rayos de luz hasta que las leyes científicas y el propio tiempo se desmoronan. Y hasta es posible que en las profundidades de esos abismos exista un agujero de gusano que conduzca hasta una inmensidad inversa donde la materia no sea absorbida sino recreada, el tiempo retroceda y la memoria regrese.

En el radiante de las cuadrántidas, lo obsesiona desde hace tiempo la oscuridad de la que surgió la estrella T Boötis. Pero el frío, el hedor a humo (a saber de dónde viene) y la momentánea interrupción de la lluvia de meteoritos se confabulan para hacerlo bajar de nuevo. Dirige el telescopio por última vez a la ubicación de la estrella desaparecida confiando en que esta vez, milagrosamente, aparezca ante sus ojos. Pero cuando acerca el ojo al visor helado sólo ve oscuridad.

Abajo, el olor acre que creyó que emanaba de su viejo proyector de cine se ha mezclado con una fina nube de humo. Se asoma a la cocina, pero como se encuentra en la parte más interior de la casa, el olor a quemado no ha llegado allí. Enciende distraídamente el proyector para comprobar que funciona, y aparece en la pantalla la tierra rosada del paisaje africano, una manada de antílopes asustados y unas colinas cubiertas de niebla. Antes solía leer complacido las etiquetas de sus películas apiladas: Irán, Tanzania, Dar es-Salam, Jerusalén, la Amazonia y el delta del Ganges. A medida que mira partes de la película al azar—su olfato ya se ha acostumbrado al humo—nada le resulta más extraño que su propio rostro estragado. Tras cuarenta, cincuenta años, ha perdido toda su juventud: es un pavoroso extraño. ¿Por qué sonrío de esa manera, como si guardara algún secreto? Y los que aparecen junto a él, aquellos a los que supuestamente sonreía (la actriz que se sentía prematuramente vieja, la mujer negra que le devuelve la mirada sin sonreír, como si anticipara lo que va a ocurrir), son las víctimas de su vacío interior.

Prueba con otra película: una intensa luz alumbra la habitación, y aparecen tres hombres jóvenes ascendiendo por un promontorio. El líder marcha delante, seguido de su rubísimo discípulo, y parecen avanzar a buen ritmo en un aire transparente. Es increíble qué jóvenes son, qué exultantes están. Luego aparece Julian frente al pantocrátor de una capilla, perplejo ante la ausencia de un punto de vista individual: el mundo visto desde la perspectiva de Dios.

Hay escenas filmadas en la costa de Dorset, y en un teatro de alguna parte, y en cuartos vacíos llenos de escombros, mientras al fondo se oye el distante canto de un pavo real. De pronto aparece una mujer andando en un huerto cubierto de malas hierbas. Es su madre, torpe, corpulenta, una energética ama de casa con una sonrisa que le desgarrar el corazón. La ve abrir la boca para hablar.

El proyector se apaga de repente. «¿Quién va a saber reparar esta antigualla?», piensa molesto. Aprieta un interruptor, pero no hay electricidad. En la oscuridad el hedor y el humo se intensifican. Encuentra una linterna y abre la puerta del salón: a la luz de la linterna ve flotar una nube azulada.

Se le huela la sangre en las venas. La única vía de escape es la puerta que da a la escalera de

incendios. Cuando la abre, se le echa encima una oscuridad que lo asfixia. Está paralizado, no puede respirar, y el humo se cuele por toda la casa. Frente a él todo está teñido de una tenue luz carmesí a través de la cual, antes de que se le cierren de nuevo los ojos, distingue la barandilla de la escalera donde la luz carmesí es más intensa y parpadea. Desde abajo le llega el ruido amortiguado de unas detonaciones y de cristales estallando, y de fondo oye un rugido jadeante. Aún permanece inmóvil, incrédulo, otro segundo. Siente temblar el edificio débil, casi imperceptiblemente. La puerta contra incendios que ha contenido el infierno se ha convertido en un panel lleno de ampollas y de goterones de aislante derretido. La cierra de una patada.

El sonido y la luz se atenúan. Vuelve a respirar, y se enjuaga los ojos llorosos. Entonces, imbuido de una tristeza y de una calma inesperada, entra en el dormitorio. El haz de luz de la linterna le descubre el cuerpo tendido bajo el edredón. Ve subir y bajar su pecho mientras respira. El humo flota en la habitación. Piensa: «Así dejará de sufrir». Se acuesta pegado a su espalda, abrazándola por los hombros, sin saber si lo hace para tranquilizarla a ella o a sí mismo. Nota el silbido de la respiración en el pecho ancho como un barril, los efectos de la enfermedad respiratoria contra la que lleva años luchando.

Finalmente despierta, se remueve en la cama y murmura:

—¿Qué es ese olor?

—Huele a quemado, se está quemando la casa—le contesta él.

—Vaya, algún idiota se habrá dejado el fuego encendido—dice ella, y luego se da la vuelta y sigue durmiendo.

Junto a la cama encuentra el frasco de pastillas para dormir que ella toma para evitar los ataques de pánico nocturnos. Está casi lleno. Se levanta, llena un vaso de agua, echa veinte pastillas dentro, y lo acerca a los labios de ella, que murmura:

—¿Qué es?—Pero está desorientada y traga obedientemente. Él se echa el resto en la boca. Ella vuelve a preguntarle—: ¿Adónde dices que vamos?—Y vuelve a dormirse.

Los labios de él rozan la mano que ella tiene en el cuello y susurra para sí mismo: «Exacto, es un viaje, imagínate que viajas».

Reinan el silencio y la calma. A cada lado hay resbaladizas pendientes y cúpulas de hielo cuyos contornos, bajo esa luz primordial, parecen esculpidos de forma intencionada. El barco flota en una quietud glacial. El aire es gélido. Es un universo de una inmovilidad brillante, donde sólo han persistido el blanco deslumbrante y el negro intermitente de las paredes de las montañas. A veces delicados témpanos de hielo salpican el mar como azúcar glasé. Todo lo superfluo (el movimiento, los sonidos, las personas) ha desaparecido.

Naturalmente, creer que ese aire cristalino podría curarla siempre fue una idea ilusa. No hay cura para el enfisema. Pero desde hacía años ella quería ver las montañas de la Antártida, y ahora permanece horas en la proa del barco, sujeta a la fría baranda, contemplando la imponente procesión de formas de hielo en el silencio blanco, y parece estar en paz. Los otros pasajeros los evitan. La han visto sacar su concentrador de oxígeno, exhausta tras subir las escaleras hasta cubierta, e introducir el tubo de oxígeno en la nariz; y suponen que ella desea cierta privacidad, o tácitamente les repele su extraña presencia, como si pudiera fastidiarles las vacaciones. A ella le hace gracia que la hayan puesto en cuarentena. Dice que es más feliz a solas con él. A pesar de que no puede desembarcar con los demás para fotografiar focas en los bancos de hielo, observa con los binoculares las colonias de pingüinos bamboleándose por algún macizo cubierto de nieve,

admira durante horas los icebergs que desfilan ante ella y su brillo azul bajo el agua.

Esa capacidad de observación había sido lo primero que le había atraído de ella años atrás, cuando ambos ya no eran tan jóvenes. Se habían visto tres veces antes de que él besara sus sorprendidos labios. Más tarde, encaprichado, le pareció descubrir que los ojos rasgados y los pómulos de ella le daban el aspecto de una preciosa gacela; su vivaz inteligencia o los cambios de humor podían llegar a dilatar aquellos ojos y convertirlos en unas desconcertantes esferas que expresaban preocupación o tristeza.

La primera vez que se dio cuenta de su debilidad fue durante una de las caminatas al borde de los acantilados. Ella se detenía, perpleja, para contemplar la vista, como si fuera culpable de que le faltara el aliento. Más tarde, enfadada, trató de combatir la enfermedad practicando quizá demasiado ejercicio y varias horas diarias de yoga. A menudo la tos no le permitiría conciliar el sueño de noche, pero dormía exhausta durante el día; y, a pesar de que la llegaron a intubar en el hospital para aliviar sus pulmones, su respiración se iba volviendo cada vez más superficial y rápida, hasta que incluso cuando estaba en reposo escapaban constantes jadeos de sus labios entreabiertos. Finalmente, su precisa y vibrante forma de hablar comenzó a degenerar, de manera que sus frases a veces se apagaban, confusas, pues estaba demasiado cansada como para poderlas acabar.

A bordo del barco, durante la primera semana consigue dormir profundamente. No tiene ataques de pánico. En la penumbra del verano antártico, a menudo son los únicos que suben a cubierta. Observan cómo la proa rompe los blancos restos flotantes que luego vuelven a unirse a sus espaldas, como si el barco nunca hubiera pasado por allí. No saben si son los desechos de un mundo de hielo que se deshace a su alrededor: si dejan atrás un planeta en ruinas.

Pero una noche ella despierta aterrorizada y empieza a toser una flema verde. A la mañana siguiente la oye dando puñetazos al parapeto de hierro de la proa, furiosa, maldiciendo, y la gente se aleja de ella. Sabe que esos ataques de ira son una violenta manera de afirmar que sigue respirando. Incluso sus amigos más íntimos a veces le resultaban extraños, porque estaban a un lado de la muerte, mientras que ella prácticamente ya había cruzado al otro. Llegaba a emprenderla con él, que percibía el rencor en sus ojos, pues lo miraba como si estuviera en un lugar muy lejano, y entre ambos flotara una neblina que lo aislara. De pronto, ella estallaba y le reprochaba que fuera a seguir viviendo. Y a veces, resentido, él se alejaba a propósito, convencido de que era imposible amar a aquella mujer, como si de ese modo quisiera aplacar el temor a perderla.

No obstante, tales separaciones pocas veces duraban un día. En cuanto oía el menor temblor en su tos, o veía que se le aceleraba el pulso en el cuello, se sentía atormentado. Se preguntaba si la amaba por compasión, y la sola posibilidad de hacerlo le parecía una mezquindad: ella había conseguido disipar su soledad y redimir un pasado que a él le parecía insoportable a causa de las traiciones que había cometido. Incluso le había gustado verla envejecer (como era once años más joven que él, iba a la zaga), acariciar las arrugas que empezaron a aparecerle en las comisuras de sus ojos, y hasta le pidió que no se tiñera el pelo. Estaba sorprendido de sí mismo. Antes de que enfermara estaba convencido de que ella siempre le parecería joven. Ahora veía cómo se transformaba su belleza física (se le había ensanchado el pecho y el cuello, tenía el rostro demacrado a causa de las noches en vela) y se apagaba su inteligencia. Pronto, pensó, ella sería puros recuerdos, los de él, y ya no sabría qué estaba amando.

Éste, claro, es su último viaje juntos. La encuentra en cubierta a medianoche, en una noche aún

iluminada por la luz refractada del sol.

—Ya ves, no está funcionando—le dice ella.

Sí, lo sé, lo sé, siempre lo supimos. La abraza y ella le acaricia la espalda. Él piensa: «Ésta es la mujer a la que amo, y la amaré hasta el final». Los cielos antárticos no se parecen a ninguno de los que ha conocido. Más allá de la constelación Cruz del Sur, aunque jamás oscurezca, es posible contemplar la Vía Láctea como a través de un gran embudo sembrado de estrellas.

El humo los alcanza cuando él la estrecha entre sus brazos. Durante un buen rato confía en caer inconsciente junto a ella por efecto de los somníferos. Pero ya no está seguro de si ella sigue respirando: está muy tranquila, no se mueve mientras el humo se condensa a su alrededor. Y cuando a él lo vuelve a invadir el pánico, sale temblando de la cama. Cree que encontrará una ventana abierta al cielo despejado. Su estudio apesta a madera carbonizada y hierro fundido. La luz de su linterna enfoca todas las cosas que debería salvar, atesoradas a lo largo de setenta años: cartas de amigos del colegio, papeles de los seminarios, de los hospitales, pilas de fotografías catalogadas, películas inflamables, apuntes astronómicos, anotaciones neuróticas sobre sus distintas novias, su madre, hermana, hermano, África, Asia, Antártida. De repente recuerda que las cosas guardadas en el frigorífico pueden sobrevivir a un incendio, y rebusca entre fotografías y correspondencia olvidada, vacía una caja de antiguos regalos. Hay un curioso recuerdo de la India que compró Dick; un icono griego de la Virgen de la Ternura de hace mucho tiempo (no tiene ningún valor); un abrecartas de Toledo. Encuentra una bola de cristal de cuando era niño en la que un diminuto mago sacude la varita mágica y caen copos de nieve, y una fotografía de Samantha, aún bella en su último año de vida, en cuyo dorso hay escrita una frase de la fábula de Leonardo *La mariposa y la llama*(«Pensé que encontraría en ti la felicidad y en vez de eso encontré la muerte»).

Está en el suelo, pero no sabe cómo ha caído. Le arden los pulmones, tiene ganas de vomitar y las piernas no le responden. Un ardiente vacío le inunda el pecho. Durante un minuto entero intenta volver al dormitorio, pero es incapaz de moverse. Sin embargo, el dolor ha abandonado su cuerpo, simplemente delira, y ya en trance piensa: «Mis pulmones se han detenido, mi cerebro está solo». Se aleja de su cuerpo a nado. Conoce el cerebro, claro, y sabe que éste olvida, y que puede recordar sin sentir afecto cuando la operación obliga a penetrar en las profundidades del sistema límbico. Pero ahora ha perdido su cuerpo y su mente flota. Ella levanta la vista y lo mira desde la camilla del hospital: «Recuerdo».

El cerebro puede sobrevivir algunos minutos después de que fallen el corazón y los pulmones. Las emociones se disocian de sus causas y fluyen libremente. Siente que sueña lo que ha olvidado, o lo que nunca ocurrió. Quizá viva los recuerdos de otros, cuya esencia se le ha escapado, ha eludido la cámara. Ella lleva un vestido de color salmón, y gardenias en el cabello recogido: es una agente inmobiliaria que vende casas de campo donde podrían haber vivido juntos. Pero él enterró su confianza bajo un suelo de hormigón. Y cuando salía a escena era cuando más la amaba. Es una perfecta señorita eduardiana con su vestido de encaje color crema. Hay otros, pero no lo miran, contemplan caminos costeros o salas de estar. Y luego la ve a ella—la brillante piel negra, cubierta con un vestido carmesí—devolviéndole una mirada inexpresiva: ya no puedes hacer nada por mí. Él se acerca para tocarla, para besarla si se lo permite, como si quisiera quitarle la máscara y verle el rostro.

Brilla una claridad cristalina, la luz antártica. Apoyan las manos, pegadas, en la barandilla del barco, y el meñique de ella se enlaza tiernamente con el de él. Recuerda perfectamente la mano, los tendones tensados como las cuerdas de un arpa. Y la oye susurrar un «Gracias» que parece surgir de una profunda calma, de una respiración perfecta.

Ha oscurecido y empieza a correr las cortinas de la capilla. Sobre el altar encuentra una mariposa muerta, todavía reluciente. Hay pasajes que llevan más allá, a otras cortinas, a otros cuartos. Él ya no es nada, o es alguien soñando, soñando en la mujer de piel oscura a cuyo pecho se aferró extasiado en el huerto en llamas. La casa tiembla a su alrededor, y las habitaciones están vacías excepto en sus sueños. A medida que las sinapsis de su cerebro se interrumpen, los recuerdos quedan aislados, esperando su turno para disolverse. Ya no hay nadie que pueda despertarlos, constituyen una persona que ha desaparecido. Tal vez se esté hundiendo en la negra garganta de un agujero de gusano. Quizá una luz empiece a brillar a lo lejos, como refulge una estrella que alguna vez fue invisible, o tal vez la luz fluya llevándose como un río de fuego, hasta que el cerebro—nueve mil millones de neuronas—se derrame como podría haberlo hecho a orillas del Ganges, alcance al fin el océano y se desintegre bajo la luz de estrellas desconocidas.

AGRADECIMIENTOS

Quiero agradecer especialmente a William Gray, profesor de Neurocirugía Funcional de la Facultad de Medicina de la Universidad de Cardiff, la información, las observaciones y las inestimables explicaciones sobre cirugía cerebral. También debo agradecer su ayuda a Andrew McEvoy, jefe de Neurocirugía en el Hospital Nacional de Neurología y Neurocirugía de Londres.

Asimismo, todo mi agradecimiento a mi diligente editora Penny Hoare.